



KINGSLEY AMIS

Los viejos demonios

Lectulandia

Publicada en 1986 y galardonada con el premio Booker, *Los viejos demonios* es una de las grandes novelas inglesas de la segunda mitad del siglo xx. Cuando parecía que ya había culminado su obra, Sir Kingsley Amis sorprendió al público y a la crítica con esta desternillante y ácida obra.

La novela cuenta la historia de un grupo de amigos galeses cuyas aposentadas vidas se ven de pronto alteradas por el inesperado regreso a la provincia del matrimonio Weaver, tras una larga y exitosa carrera en Londres. El reencuentro provoca delirantes escenas, encontradas sensaciones, viajes en el tiempo y disparatadas borracheras. A solas con la edad, los amigos se enfrentan a los demonios del pasado.

Al final de su vida, Amis ofreció en esta inolvidable novela una síntesis de su universo literario, además de una alta y aguda comedia sobre la vejez y la amistad.

Lectulandia

Kingsley Amis

Los viejos demonios

ePub r1.0

Leddy 25.05.2018

Título original: *The Old Devils*
Kingsley Amis, 1986
Traducción: César Armando Gómez
Diseño de cubierta: Nuria Zaragoza

Editor digital: Leddy
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Louis y Jacob

Aclaración del autor

En esta novela se mencionan muchos lugares reales (Carmarthen, Cowbridge) y también muchos ficticios (Birdarthur, Caerhays). Lower Glamorgan no se corresponde con ningún condado. Los lugares ficticios no son lugares reales disfrazados o con seudónimo. Por ejemplo, quien tratase de ir desde la costa de Gales del Sur hasta la isla de Courcey no tardaría en encontrarse en el canal de Bristol. Courcey y los demás no tienen mayor existencia real que cualquiera de los personajes aquí retratados.

K. A., Swansea, Londres.

1

Malcolm, Charlie, Peter y otros

1

—Si quieres saber mi opinión —dijo Gwen Cellan-Davies—, Alun es un ciudadano de Gales de lo más distinguido. O al menos lo que se considera como tal en estos tiempos.

Su marido quitaba la corteza a una tostada.

—Bien, eso no lo discute nadie.

—Y Reg Burroughs también lo es después de treinta años de chupatintas, primero en el ayuntamiento y más tarde en el consejo del condado, lo que le ha valido toda clase de honores.

—No hay que ser tan despreciativo. Se mire como se mire, Alun ha hecho cosas buenas. A cada cual lo suyo.

—Cosas buenas para él, desde luego: *El Gales de Brydan* y esa antología, no recuerdo cómo se llama. Los dos libros siguen vendiéndose bien al cabo de tantos años. Sin Brydan y el negocio que genera, Alun no sería nada, y mucho menos su obra; esos poemas son todos puro Brydan.

—Seguir esa estela no es un mal camino...

—Lleva a que se diviertan norteamericanos e ingleses, qué duda cabe, pero... —Gwen ladeó la cabeza y esbozó la sonrisilla fruncida que utilizaba cuando se disponía a manifestar algo a alguien, a menudo una opinión negativa sobre un tercero— convendrás conmigo en que en cuanto a imaginación y oficio está muy por debajo de Brydan.

—Estoy de acuerdo en que, comparado con lo mejor de Brydan, no...

—Tú ya me entiendes.

En este caso Malcolm Cellan-Davies sí la entendió. Se levantó para volver a llenar la tetera y después su taza, a la que añadió un chorrito de leche desnatada y un nuevo producto edulcorante que se suponía que no dejaba mal sabor de boca. De nuevo sentado a la mesa del desayuno, colocó entre sus molares izquierdos un pequeño triángulo de tostada y miel para diabéticos y masticó suavemente pero con firmeza. No mordía nada con los incisivos desde que, seis años atrás, perdió la funda de uno de arriba con una loncha de salchicha de hígado, y la parte derecha de la boca era zona prohibida, ¡qué remedio!, con un agujero entre los dientes inferiores, donde siempre podía pegarse algo, y un curioso trozo de encía que parecía haberse desprendido y se movía de forma desconcertante en cuanto tenía ocasión. Mientras sus mandíbulas trabajaban, desvió la vista hacia el *Western Mail*, hacia la información

sobre el partido Neath-Llanelli.

Tras encender un cigarrillo Gwen continuó hablando en el mismo tono.

—No recuerdo que creyeras en exceso en la integridad de Alun Weaver como encarnación de la conciencia galesa.

—Bueno, supongo que en algunos aspectos, todo eso de la televisión y demás, tiene no poco de charlatán. Sí, puede ser.

—¡Puede ser! Dios todopoderoso... Naturalmente que es un charlatán, y que le vaya bien. ¿A quién le importa? Es divertido y nada pomposo. No nos vendría mal una docena como él por aquí para dar un susto de muerte a más de uno. Necesitamos unos cuantos impostores para hacer mella en esa maldita autenticidad.

—No todos se alegrarán de tenerlo aquí —dijo Malcolm, mientras procedía a aplicar el tratamiento acostumbrado a otro trozo de tostada.

—Vaya, esa sí que es una buena noticia. ¿En quién estás pensando?

—En Peter, por ejemplo. Curiosamente ayer surgió el tema. Le sentó tan mal que me quedé de lo más sorprendido. Le sentó fatal.

Malcolm no lo dijo con tono apesadumbrado, sino como si comprendiera esa reacción e incluso sintiese algo parecido. Gwen lo miró de forma escrutadora a través de los cristales levemente parduscos de sus gafas de montura cuadrada. A continuación hizo una serie de ruiditos y movimientos que querían decir que era hora de levantarse y marcharse, pero siguió sentada y, quizá distraídamente, tendió la mano hacia la carta que había originado esa conversación y empezó a toquetearla.

—Será... extraño volver a ver a Rhiannon —dijo.

—Hum.

—Ha pasado mucho tiempo. ¿Cuánto? ¿Diez años?

—Por lo menos. Seguramente quince.

—No ha venido nunca con Alun en ninguno de sus viajes. Solo una vez. ¿O fueron dos?

—Venía a ver a su madre, que vivía en Broughton, pero la pobre mujer murió hace mucho tiempo, de modo que probablemente...

—Sabía que lo recordarías. Estaba pensando que es curioso que Rhiannon no haya seguido relacionándose con sus amigas del colegio, ni con nadie más, que yo sepa.

Malcolm se limitó a balancearse en su asiento para dar a entender que la vida estaba llena de esos pequeños enigmas.

—Bien, tendrá mucho tiempo a partir de ahora; o, mejor dicho, del mes que viene. Espero que no encuentre esto demasiado aburrido después de vivir en Londres.

—Seguro que mucha de la gente que conocía sigue aquí.

—Eso es lo malo —repuso Gwen con una risita. Miró un momento a su marido sonriendo y entornando los párpados, antes de añadir—: Debe de haber sido un pequeño sobresalto saber que... que Rhiannon viene para quedarse después de todo aquello.

—Más bien una sorpresa. No había vuelto a pensar en ella desde Dios sabe cuándo. Ha pasado mucho tiempo.

—Ahora es muy corriente, ¿verdad? Bien, dejémoslo estar. ¿Te importa que entre yo primero en el cuarto de baño?

—Adelante —dijo él, como todas las mañanas.

Esperó a oír crujidos en el piso de arriba y entonces dio un profundo suspiro con un bufido en medio. Pensándolo bien, Gwen le había puesto fácil lo de Rhiannon, aunque naturalmente no debía olvidar que se trataba solo de una primera entrega. Por suerte había sido él el primero en bajar y había tenido un par de minutos para recuperarse en parte del sobresalto —aquí sí venía bien la palabra— de ver el sobre con aquella letra que no había cambiado y resultaba inconfundible al cabo de treinta y cinco años. Gwen había dejado la carta sobre la mesa. Con una breve mirada al techo Malcolm la cogió y volvió a leerla, al menos algunos fragmentos. «Abrazos para los dos» no era una referencia a él que pudiera halagarle, pero al no haber otra tendría que conformarse. Quizá simplemente Rhiannon había olvidado lo sucedido. Al fin y al cabo, desde entonces le habían ocurrido muchas cosas.

Terminó el té y encendió su primer y único cigarrillo del día. Nunca le había gustado demasiado fumar, y hacía ya más de cinco años que, siguiendo el consejo de su médico, lo había dejado, salvo aquel solitario cigarrillo después del desayuno, que no podía hacerle mucho daño y estaba seguro de que contribuía al buen funcionamiento de sus intestinos. También como siempre, mató el tiempo quitando la mesa; le convenía moverse. El salvado y la mermelada enriquecida con whisky de Gwen volvieron al aparador, y tanto las pepitas de las ciruelas cocidas y no azucaradas que él había comido como las cáscaras de los dos huevos pasados por agua de su esposa fueron a parar a la bolsa negra del cubo de la basura. Pensó un momento en los huevos, en la suave explosión cuando la cuchara penetraba en la yema y en el modo en que su sabor se extendía por la boca en un segundo. El último huevo que había comido, desde luego el último huevo pasado por agua, se remontaba a una época cuando menos tan lejana como su última jornada de fumador. Era bien sabido que solían provocar estreñimiento, no mucho, quizá solo un poco, pero aun así lo suficiente para procurar evitarlos. Por último, metió los cacharros en el lavavajillas, y apretó un botón, se encendió una luz roja, un tanto parpadeante, y al momento retumbó en la cocina un zumbido brutal.

El lavavajillas no era ni muy grande ni muy eficaz, y la cocina no tenía nada de bonita. En Werneth Avenue, más exactamente en la casa de esa avenida donde los Cellan-Davies habían vivido hasta 1978, la cocina era espléndida, con una larga mesa de roble a la que podían sentarse sin problemas catorce personas y un precioso aparador galés con tazas y jarras de colores colgados. Aquí no había nada que no pudiera encontrarse en un millón de pisitos atestados de todo el país: suelo de linóleo, tapas de plástico, un fregadero de metal y, en vez de la gran Rayburn que calentaba toda la planta baja en Werneth Avenue, una estufa eléctrica ovalada adosada a la

pared. Casi todas las mañanas, aproximadamente a aquella hora, Malcolm se preguntaba si no se había excedido al mudarse allí para reducir gastos, pero de nada servía preocuparse por eso ahora, ni más tarde.

Notó un leve movimiento en los intestinos. Cogió el *Western Maily* y, sin apresurarse —lo que tenía su importancia—, fue hasta el aseo, o retrete, de techo inclinado que había bajo la escalera. Como era de esperar, una vez más se desarrolló la secuencia de siempre: ¿no hacer fuerza, porque ese era el modo saludable, natural? ¿Hacer un poco de fuerza porque eso no podía tener ninguna consecuencia nociva? ¿Esforzarse como un loco porque...? Porque no había más remedio. Al fin tuvo éxito, aunque más bien modesto. No había demasiada sangre; en conciencia la cantidad podía clasificarse de escasa o muy escasa. Esa era la señal para que se cuadrara y saludara.

En el dormitorio, Gwen estaba sentada ante el tocador aplicándose la base de maquillaje. Malcolm se acercó a la puerta con su sigilo habitual y la vio en el espejo. Algo en el ángulo o en la luz lo impulsó a mirarla con mayor atención que de costumbre. Siempre había sido una criatura suave, redondeada, rellenita, no torpe, pero sí de aspecto y movimientos blandos. Eso no había cambiado; a los sesenta y un años —la misma edad que tenía él—, sus mejillas y sus mandíbulas conservaban la forma y debajo de los ojos la piel era notablemente tersa. Pero ahora en esos ojos hundidos advirtió una expresión que le pareció no haber visto antes, intensa, casi dura; además, tenía los labios apretados, mientras se aplicaba la crema a ambos lados de la nariz. Probablemente se debía solo a la concentración. Un segundo después ella lo vio y se relajó, volvió a ser una agradable mujer de cierta edad, con el pelo teñido de castaño claro y vestida con un conjunto a cuadros azul y blanco que parecía propio de una persona un poco más juvenil, pero que no resultaba en modo alguno ridículo en ella.

Más que nada por oír su voz, Malcolm le preguntó:

—¿Más vida social? ¿Es que no paráis?

—Solo vamos a tomar café a casa de Sophie —dijo Gwen con su tono de inocente vivacidad.

—¿Solo café? Eso es nuevo. Es increíble, acabo de darme cuenta de que hace casi un año que no veo a Sophie. ¿Te llevas el coche?

—Si no tienes inconveniente. ¿Tú vas al Bible?

—Pensaba pasarme un rato. —Iba al Bible todos los días—. No te preocupes, iré en el autobús.

Se hizo un silencio. Gwen se puso colorete en las mejillas. Al cabo de un momento dejó caer las manos en el regazo y se quedó quieta. Después se apresuró.

—Bueno, ¿y cómo estás esta mañana?

—Perfectamente, gracias. —El tono de Malcolm fue más brusco de lo que pretendía. Se había preparado para volver al tema de Rhiannon y la pregunta sobre sus funciones corporales, aunque habitual y expresada poco más o menos como de

costumbre, lo cogió por sorpresa—. Muy bien —añadió con mayor afabilidad.

—Nada...

—No. En absoluto.

Gwen negó con la cabeza, como él ya sabía que haría.

—¿Por qué no lo solucionas de una vez? Un hombre inteligente como tú... No hay más que ir a la farmacia.

—No soy partidario de los laxantes. Nunca lo he sido. Lo sabes de sobra.

—Laxantes... No estoy hablando de infusiones de sen ni de jarabe de higos, sino de fórmulas cuidadosamente preparadas y de eficacia demostrada. Ya no son los purgantes de antaño.

—Todos esos productos afectan al equilibrio corporal, alteran el organismo. Llevan sustancias químicas.

—Francamente, Malcolm, yo pensaba que era eso lo que querías, alterar lo que tienes. ¿Y qué me dices de todas esas ciruelas que compras? ¿Acaso no te alteran?

—Son naturales.

—¿Y cómo crees que actúan? No son más que sustancias químicas en otra forma.

—Sustancias químicas naturales que se dan de un modo natural.

—¿Y cómo crees que van a distinguir tus intestinos entre la sustancia química de una ciruela y esa misma sustancia química en una píldora o una cápsula?

—No lo sé, cariño —respondió Malcolm, vencido por la impotencia. Le parecía un tanto bochornoso que un hombre no fuera capaz de ganar una discusión sobre sus propios intestinos, aunque fuera con su mujer—. Tampoco tengo por qué saberlo.

—No me creas a mí, pídele hora a Dewi. Sí, sí, ya sé que tampoco eres partidario de los médicos, ¿y por qué tengo yo que darte la lata? Porque eres un insensato, por eso. No haces nada por ti y te niegas a entrar en razón. ¿Sabes que a veces he estado a punto de tomarte por un maldito galés?

—No hace falta que vaya a ver a Dewi. No me pasa nada. No tengo síntomas de nada.

—Solo para pedirle una receta. Un par de minutos.

Malcolm negó con la cabeza y se hizo otro silencio. Al cabo de un momento dijo:

—¿Puedo irme ya?

Se abrazaron leve y cuidadosamente mientras Gwen emitía otra serie de ruiditos. Esta vez querían decir que, aunque seguía pensando que su marido era un insensato con respecto a su salud, en adelante lo dejaría correr. También en esto había afecto, aunque no demasiado cargado de respeto.

Como tantas veces, Malcolm pensó que tenía buenas razones para no mencionar jamás sus defecaciones. Nunca había esperado más que una palabra tranquilizadora de vez en cuando. Como parte al parecer imprescindible de sus conversaciones cotidianas, el tema tenía ciertos inconvenientes, aunque seguía siendo preferible al de sus deficiencias como hombre, marido, persona capaz de comprender a las mujeres y sostén de la familia, entre otros defectos que, según recordaba vagamente, habían

salido a relucir con frecuencia en el pasado.

En el cuarto de baño que había al otro lado del descansillo se cepilló los dientes, primero la veintena que más o menos sobrevivían en su boca y después los siete de la prótesis parcial de arriba. Le quedaba tan ajustada que volver a ponérsela suponía siempre un momento de tensión; por lo visto doblar las rodillas y moverlas hacia dentro y hacia fuera ayudaba. Y qué decir de las cinco fundas, de variada manufactura y fecha, por lo que el conjunto parecía un atlas en colores, pero al menos nadie podría confundirlas con una dentadura postiza. Eso llegaría algún día, pero no por el momento, gracias a Dios. La idea de que le sacasen un diente, por más que le bailaran ya casi todos, le preocupaba de un modo que creía haber superado hacía muchos años.

El rostro que rodeaba a esos dientes se hallaba en buen estado, dadas las circunstancias. Era más bien largo, especialmente entre la punta de la nariz y la de la barbilla, pero los rasgos en sí estaban bien, y sabía sin pizca de vanidad que con su estatura, su porte erguido y su pelo gris rojizo, la gente solía encontrarlo bastante presentable. Al mismo tiempo había advertido que de vez en cuando algún desconocido, generalmente hombre, lo miraba de un modo que siempre le resultaba un tanto desconcertante, con una expresión no del todo hostil, pero sí impregnada de un no sé qué desfavorable, de cierta frialdad.

Había visto a menudo esa clase de miradas en el colegio, donde lo habían maltratado más de lo que cabía esperar en un chico que no era esmirriado, extranjero ni débil, y recordaba haberle preguntado a Watkins, el Gordo, uno de sus principales perseguidores, el porqué. El Gordo le había respondido sin vacilar que daba el tipo, y a saber qué había querido decir con eso. Ya adulto, en dos ocasiones, una en Street's End un sábado por la noche y otra en un tren, cuando volvía de ver un partido internacional en el Arms Park de Cardiff, ambas sin meterse con nadie, un matón desconocido lo había elegido entre un grupo de amigos y lo había atacado sin más preámbulos. Quizá sin pretenderlo adoptaba a veces una expresión que la gente tomaba por presunción o algo así.

Con independencia de los detalles de su cara, iba a tener que afeitársela. Detestaba tanto aquel rollo —dientes, afeitado, baño, pelo, ropa— que a menudo pensaba que pronto llegaría a un punto en que pasaría de todo eso y andaría el día entero en pijama y bata. De no ser por Gwen, ya lo habría hecho mucho tiempo atrás. Estaba siempre detrás de él aconsejándole que se llevase a todas partes el transistor, y Malcolm lo intentaba en ocasiones, pero la cháchara le gustaba casi tan poco como la música moderna, y al parecer eso era lo único que había en todas las emisoras aparte de Radio Cymru, que sin duda era la más adecuada para quienes quisieran mejorar su galés. Lo malo era que hablaban muy deprisa.

Gales surgió de nuevo y de un modo más sustancial cuando, tras haber oído cómo se alejaba el coche de Gwen, se instaló en su estudio para pasar un rato antes de ir al Bible. El estudio, que estaba en el primer piso, era una habitación pequeña y sucia en

la que sonaban las cañerías. Su característica predominante era una librería de nogal que en Werneth Avenue no parecía demasiado grande, pero que aquí había obligado a suprimir la ventana para poder instalarla. Uno de los estantes estaba dedicado en exclusiva a la poesía: una buena selección de clásicos ingleses, algunos ya muy gastados; unos pocos textos galeses, todos en excelente estado, y dos docenas de volúmenes de poesía inglesa escrita por galeses del siglo xx. Uno de ellos, no excesivamente delgado, llevaba el nombre de Malcolm y el pie de imprenta de un pequeño taller situado en lo que era ahora Upper Glamorgan. Al aceptar la jubilación anticipada en la Real Cámara había pensado en darle un sucesor completando algunos poemas dejados a medias durante años y escribiendo otros que estaban en su cabeza o en ninguna parte. Debería haber tenido el suficiente sentido común para saber que en un caso como aquel las intenciones no bastaban. En todo ese tiempo no había aflorado ni un solo verso. Pero quizá algún día lo hicieran, y entretanto debía ejercitarse, tratar de volver a adquirir práctica. De ahí el galés.

Entre los libros apilados sobre su mesa había una publicación de la Sociedad de los Primeros Textos Galeses, con poemas y fragmentos poéticos de Llywelyn Bach ab yr Ynad Coch (*fl.* 1310), abierta por el canto fúnebre a Cadwaladr, una obra de peso, trescientos versos más o menos. También estaba allí la traducción que Malcolm había realizado de las dos primeras partes, un manuscrito levemente corregido, así como un opúsculo que contenía la única traducción anterior de que tenía noticia, hecha y publicada por un maestro de escuela de Carmarthen en los años veinte, pero con un estilo de medio siglo antes. No importaba: pese a sus carencias como obra poética, le venía muy bien como traducción literal.

Moviéndose a velocidad media, Malcolm abrió el opúsculo por el principio. Su mirada se desplazaba del original galés del pasaje a las dos versiones inglesas, descubriendo palabras y frases en una y otra lengua que creía no haber visto nunca: la tumba del regio jefe... rojos sementales... los guerreros de Gwynedd... yo el cantor, el juglar... montones de muertos sajones... guirnalda... ciervo... rodela... aguamiel...

Malcolm se enderezó de golpe en la silla. Una gran oleada de aburrimiento y odio le recorrió el cuerpo. Entretenerse con cosas como aquella no era vivir, no era vida, no era nada, y menos después de la noticia de aquel día. No, los poemas no estaban hechos de buenas intenciones, pero tal vez pudiesen nacer de la esperanza.

Iba a romper el manuscrito, pero se contuvo al pensar en las horas que le había costado, y se dijo que volvería a ocuparse de él en otra ocasión y lo transformaría, haría de él algo maravilloso. En esos momentos era incapaz de estarse quieto. Sin embargo, si salía ahora llegaría demasiado temprano, o bastante temprano, en todo caso antes de tiempo. Bueno, podía apearse en Beaufoy y hacer a pie el resto del camino. Continuó razonando del mismo modo mientras abrillantaba sus zapatos, no porque esto tuviese mucha importancia en aquella zona, sino por pura urbanidad.

Cuando al fin salió, el cielo estaba encapotado, oscuro, había cierta humedad y

una ligera brisa disipaba la niebla; el típico tiempo galés. Si se ve Cil Point, significa que lloverá más tarde; de lo contrario, que está lloviendo. Cuando empezó a bajar por la cuesta lo vio, apenas un morro gris oscuro entre las filas de tejados de pizarra brillante por la humedad. La bahía no tardó en aparecer a sus pies, con su amplia curva hacia el oeste, donde en otros tiempos había minas de carbón en la orilla y tierra adentro a lo largo de la llanura costera, y donde todavía se trabajaban el acero y la hojalata y se refinaba petróleo, al menos por el momento; más allá se alzaba, borrosa entre la neblina, la masa casi cuadrada del Mynydd Tywyll, el segundo pico más alto de Gales del Sur.

Era media mañana de un día laborable, y sin embargo las aceras estaban atestadas de gente que entraba y salía de las tiendas o que simplemente paseaba como veraneantes... ¿allí, en febrero? Niños y perros corrían de un lado para otro. Cruzar la carretera no era ninguna broma, dada la cantidad de coches y motocicletas que circulaban. Había cola en la parada del 24, pero durante largo rato no apareció ningún autobús. Falta de personal, decían, pues había disminuido el número de aspirantes desde que el sistema de pago automático había supuesto el fin de los días de abundancia, cuando el cobrador se quedaba con la mitad del dinero de los billetes que se compraban durante el recorrido por las afueras de la ciudad y se lo repartía con el conductor al llegar a las cocheras. Para no tener que bordear la cola, los jóvenes que pasaban por la acera cruzaban por en medio, y siempre, como si se hubieran puesto de acuerdo, precisamente por donde estaba Malcolm.

Llegó el autobús. Mientras subía por los escalones cubiertos de desperdicios, el testículo izquierdo le dio una punzada, visto y no visto, como un interruptor de la luz que se encendiese y apagase, y después otra vez, ya sentado. Nada. Una de aquellas molestias y dolores que iban y venían. No tenía importancia. No siempre se lo había tomado con tanta preocupación. De hecho, durante una época la posibilidad de tener cáncer en los testículos, en uno de ellos, había figurado entre sus principales temores, superando a los demás por su localización tan personal y su supuesta virulencia. Incluso en cierta ocasión, tras sentir punzadas continuas en ambos lados durante un día y la mayor parte de la noche, se había pasado las horas del amanecer redactando mentalmente una posible lista de libros para llevar al hospital, sobre todo poesía inglesa y un par de obras descriptivas sobre Gales, por supuesto en inglés. A la mañana siguiente, en una de las mejorías más rápidas y completas de la historia de la medicina, el dolor había desaparecido. Por el momento, claro. Después había leído en el *Guardian* que, gracias a avances recientes, la tasa de supervivencia para los casos de tumores testiculares se situaba en un noventa por ciento e incluso más, y durante el resto de aquel día se había sentido veinte, treinta años más joven, y parte de esa sensación no había desaparecido por completo.

Reflexionando sobre este asunto y otros similares se pasó de parada y llegó casi al Dinedor. Con un aire de inocencia transparente en el que por suerte nadie reparó, se apeó junto a la trattoria de Paolo. Justo a la vuelta de la esquina estaba el Bible, o

mejor dicho el Bible and Crown, el único pub de ese nombre en todo Gales. Según los eruditos locales, hacía referencia a cierto brindis de los partidarios de Carlos I, aunque las investigaciones no habían logrado dar con una fecha anterior a 1920, algún tiempo después de que proclamar la lealtad al rey hubiera dejado de ser peligroso en cualquiera de sus dominios, incluido aquel.

Al entrar en el local Malcolm se animó, como le ocurría siempre ante la perspectiva de una hora o quizá más sin pensar en enfermedades ni en lo que había que hacer con ellas. Aún era temprano, pero no tanto como para llamar la atención.

2

—Pero todavía es más fea la joroba que nos sale por no tener mucho que hacer. ¿Sabes quién dijo eso?

—No.

—Kipling. Joseph Rudyard Kipling. Y solía tener razón. No vale la pena pasar el tiempo sentado, decía, o haraganeando junto al fuego con un libro. Haragán, una palabra bonita, ¿verdad? A saber de dónde procede. Da igual, el caso es que hay que salir al aire libre y hacer un poco de ejercicio. Andar a buen paso, tres kilómetros como mínimo, mejor cuatro. Después ya no necesitas píldoras para dormir. Yo no he tomado ninguna desde... A ver si adivinas cuándo tomé por última vez un somnífero.

—Ni idea.

—En mil novecientos cuarenta y nueve. Fue entonces cuando tomé por última vez un somnífero. Mil novecientos cuarenta y nueve. Buenas, Malcolm. Otro madrugador.

—Buenas, Garth. Buenas, Charlie. ¿Qué os traigo?

Los dos tenían los vasos casi llenos y rechazaron el ofrecimiento, que formaba parte del protocolo de la llegada. Malcolm fue a pedir media pinta de cerveza Troeth a la ventanilla del pasillo, el lugar más cercano. Durante su ausencia Garth Pumphrey continuó hablando a Charlie Norris de los beneficios del ejercicio y de lo innecesario de los somníferos. Charlie escuchaba el discurso de Garth con mediana atención como mucho, pero lo encontraba reconfortante. Sabía que nada de lo que dijese Garth iba a sorprenderlo y, tal como se sentía en ese momento, que era más o menos como se sentía todas las mañanas a esa hora, cualquier sorpresa, incluso agradable, fuera la que fuese, era mejor posponerla. Dio un leve respingo cuando Malcolm reapareció más bruscamente de lo que esperaba.

—¡Ah, qué bien! —dijo Garth con cordialidad, mientras estiraba el brazo para indicar a Malcolm la silla que tenía al lado—. Siéntate. He ofrecido al joven Charlie una conferencia de lo más erudita sobre el tema de la salud, tanto física como mental. Mi primera norma es no reposar nunca las comidas. Y mucho menos el desayuno.

Malcolm pensó que era asombroso que sistemáticamente se olvidara por

completo de Garth cuando le apetecía o se planteaba ir al Bible. Olvidar cosas como aquella era probablemente uno de los modos que tenía la naturaleza de procurar que la vida continuase. Como el instinto maternal.

—Claro que ya sabéis que Angharad dice que me estoy volviendo en un auténtico pelmazo de la salud, uno de los peores peligros de la edad, según ella. —En el silencio que siguió Garth dio un buen tiento a su bebida, que parecía un vino rosado algo espeso, pero en realidad era ginebra con angostura. A continuación se dirigió a Malcolm con un tono más serio—: Tú eras muy bueno, Malcolm. Con la raqueta, quiero decir. Hace un momento decía que recuerdo cómo golpeabas la pelota. Le pegabas con una fuerza endiablada. Y aquel servicio tuyo. Tenía fama, y merecida.

—Han pasado muchos años, Garth.

—No tantos, tal como va el mundo. Noviembre de mil novecientos setenta y uno, fue entonces cuando el club cerró sus puertas para siempre. —Garth se refería al Club de Squash Dinedor, del que los tres habían sido socios desde su juventud—. Fue el final de una época. Tú y yo jugamos un partido casi la última semana. Me diste una paliza, como de costumbre. Esa tarde no fallabas una. Después tomamos una copa con el pobre Roger Andrews. ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió Malcolm, aunque había olvidado esa parte, y Charlie hizo un gesto de asentimiento para demostrar que seguía en la conversación.

—Parecía rebosante de vida en aquel entonces. Y luego, ¿cuándo fue?, seis semanas después de que empezásemos a venir aquí, ocho como mucho, se murió. Así, sin más. Sentado precisamente donde tú estás ahora, Charlie.

Malcolm recordaba muy bien esa parte. Y también Charlie. Roger Andrews no había sido nada especial, un contratista de obras, no más corrupto que la mayoría, ni siquiera un buen tipo, pero su muerte repentina en el llamado salón del Bible había tenido un efecto duradero, pues había confirmado la tendencia de un grupo de ex socios del desaparecido club de squash a acudir al local con regularidad a mediodía y a primera hora de la tarde. Con los años la sala se había convertido en una especie de recuerdo o descendiente del club, de sus paredes colgaban fotografías de campeones, equipos, ceremonias de entrega de premios y cenas ya olvidados, y sobre sus mesas descansaba un par de viejos ceniceros feos que habían escapado a la venta o el robo cuando se liquidaron los efectos del Club de Squash Dinedor. Los asiduos habían adquirido incluso una especie de derecho consuetudinario a vedar la entrada a los intrusos. El dueño del Bible no ponía ningún reparo, pues en realidad le convenía tener hasta una docena de clientes relativamente formales ocupando el rincón menos cómodo y agradable del establecimiento. De vez en cuando los contertulios se quejaban de la incomodidad, pero allí seguían. El tugurio estaba casi al lado del club, que era lo que los había llevado allí al principio, y en invierno el amable anfitrión les permitía disfrutar de una pequeña estufa eléctrica sin aumento de precio.

Al cabo de un momento de ensimismamiento o reflexión Garth Pumphrey volvió de nuevo el rostro hacia Malcolm, un rostro atezado, serio y arrugado, con un asomo

de pasión contenida; un rostro de actor, podría haber pensado alguien.

—¿Qué ejercicio haces ahora, Malcolm?

—Prácticamente ninguno, me temo.

—¿Prácticamente ninguno? Un hombre con tu físico, un deportista nato como tú... ¡Vaya, vaya!

—Ex deportista nato. No voy a empezar a hacer carreras a campo traviesa a mi edad.

—Espero que no, es muy tarde para eso. —Garth silbó para sí y deslizó la mano de canto a lo largo de la mesa—. ¿Sigue apeteciéndote la comida? Espero que no te importe que te lo pregunte, somos todos viejos amigos.

Charlie pensó que una cosa era que Garth se jactara de sus tripas y otra que se metiera en las de los demás, pero no tenía valor para decir algo así. Su segundo whisky largo con ginebra empezaba a hacerle efecto y ya podía volver la cabeza sin tener que pensarlo antes. Pronto aquel podría dejar de ser uno de esos días que le hacían lamentar estar vivo.

—No, no te preocupes, Garth —dijo Malcolm con buen ánimo—. No, mi problema es el contrario. No aumentar de peso.

—Bien, bien. —El menudo cuerpo de Garth estaba acurrucado en el sillón de polipiel agrietada, de espaldas a Charlie. Sonrió y asintió con la cabeza—. ¿Y...? —Tenía las cejas alzadas.

En un instante Malcolm supo o fue como si supiese que acto seguido Garth iba a preguntarle por sus defecaciones. Pensó que debía hacer algo para evitarlo, y mencionó lo que ni siquiera había pensado mencionar allí, no todavía, no hasta que lo hubiese acariciado a solas tanto tiempo como pudiese.

—Alun y Rhiannon vendrán a vivir aquí dentro de un par de meses —dijo atropelladamente—. Vuelven a Gales.

Surtió efecto. La incredulidad de Garth tardó unos minutos en aplacarse, lo mismo que sus ansias de información, pero al fin explicó que, si bien debido a sus obligaciones en Capel Mererid y todo lo demás no había conocido al matrimonio en los primeros tiempos, sí había coincidido con Alun muchas veces cuando este había viajado a la localidad, y, de cualquier modo, concluyó con rotundidad, «el tío es una figura nacional, hay que reconocerlo».

—Tú lo reconoces —dijo Charlie, que tenía sus propias razones para no estar loco de contento con la noticia de Malcolm—. Ya sé que sale mucho en televisión, aunque no solemos verlo en Gales, y cuando alguien necesita una opinión llena de color sobre algo relacionado con los galeses por supuesto acuden a él. Con un poco de elocuente sentimentalismo en Navidad, o cuando se trata de perros o de pobres. Es el galés por antonomasia para los medios de comunicación de calidad. Y me parece bien. Lo acepto en ese papel. Pero en cuanto a Alun Weaver como escritor, en especial como poeta... lo siento.

—Bien, no soy crítico literario —repuso Garth—. Solo me guío por los elogios

que le dedica todo el mundo. Tengo entendido que en Norteamérica goza de una gran consideración. Pero tenemos aquí a un escritor.

—¡Oh, no! —dijo Malcolm, turbado—. No en ese sentido. ¿Qué puedo decir yo? Es verdad que gran parte de su obra está influida por Brydan, pero no veo nada malo en eso. En sus libros hay algo más. No digo que no haya tomado bastante de Brydan, pero los dos se han inspirado en un acervo común con resultados diferentes. Más o menos.

—Lo que dices tal vez sea cierto, pero no me convence —dijo Charlie con rostro inexpresivo—. Brydan, Alun, te regalo el lote completo. Puedes llevártelo. Y olvidarlo.

—Por favor, Charlie —rogó Garth—. Brydan no. No un libro como *Cuentos desde la maleza*, conocido y apreciado en todo el mundo.

—Ese sobre todo. Que escriba sobre sus compatriotas tanto como quiera, que sea blando con ellos, que los ridiculice si es preciso, pero que no los trate con aires de superioridad, no les haga de menos y, sobre todo, no los exponga como objetos curiosos en una tienda de souvenirs.

—No sabía que tuvieses unas ideas tan firmes sobre el particular —dijo Malcolm tras un momento de silencio.

—No, no las tengo en absoluto. No es mi especialidad. Pero creo que si un tío decide vivir de ser galés es preferible que lo haga en un programa de la tele, cosa que creo que Alun comprende a veces.

—¡Caramba! —Malcolm parecía abatido—. ¿Y tú ves eso en su poesía, y también en la de Brydan?

—Sí. ¿Qué es todo eso de... el hombre de la máscara y el hombre de la calle? Se ha limitado a hacer malabarismos con dos frases y ya tienes a los norteamericanos dándole vueltas a todas horas a una imagen infantil de Gales. Infantil y pobre. Eso no es serio.

Malcolm se puso a considerar a su concienzuda manera qué había de cierto en parte de eso. Enseguida Garth, que había estado mirando con inquietud la cara de uno y otro, emitió un ruido para pedir permiso para hablar. Charlie lo animó con un movimiento de la cabeza.

—Solo iba a decir: ¿qué hay de ella? La conozco, claro, pero creo que solo la he visto una vez, hace mucho tiempo.

—Sí, ¿qué nos dices de ella? —preguntó Charlie.

—Cuando la conocí —respondió Malcolm con soltura, incorporándose en su asiento como un miembro de una mesa redonda que contesta a una pregunta del público—, Rhiannon Rhys era una de las chicas más imponentes que he visto en mi vida. Alta, rubia, elegante, con un cutis precioso y ojos grises con solo una pizca de azul. Una auténtica rosa inglesa. Y de un carácter encantador: modesta, nada presumida... No pretendía ser el centro de atracción, pero lo era, estuviera con quien estuviese. Yo también hace mucho que no la veo y puede que haya cambiado, pero

hay cosas que no cambian ni en treinta años. Me alegro de que vuelva a Gales.

Malcolm creía haberse expresado de un modo sencillo, llano. Garth no perdía ripio. En cuanto a Charlie, vació por segunda vez su vaso, chupando con avidez para no desperdiciar las últimas gotas.

—Bueno —dijo Garth—, eso suena de maravilla. Gracias, Malcolm. Espero reanudar mi amistad con... con la señora Weaver.

Antes de que hubiese terminado de hablar, Charlie ya urgía a Malcolm a que tomara una auténtica bebida, asegurándole que lo que tenía delante no era más que pis, y se levantó de la mesa. Eso no era tan sencillo como pudiera pensarse, teniendo en cuenta la propia mesa, el sillón, las piernas de los contertulios, su propia corpulencia y el estado en que se hallaba. Al salir del salón Charlie profirió un grito ahogado cuando se golpeó el tobillo contra el marco de la puerta. No obstante, tras detenerse un momento y concentrarse, logró evitar los peligros del suelo del pasillo, donde desde hacía años faltaba la mayor parte de una baldosa. Rozó con el hombro, pero no la hizo caer, una fotografía enmarcada colgada de la pared que mostraba a una fila de hombres con sombrero plantados delante de una casa con tejado de paja de Irlanda o un sitio parecido.

Mientras esperaba en la ventanilla a que Doris terminase de dar el cambio de un par de billetes de veinte libras en la barra, Charlie pensó en el discurso de Malcolm. Casi todas las frases habían estado bien en sí mismas, o al menos lo habrían estado dichas con otra voz, o añadiéndoles unos cuantos tacos, o quizá viéndolas escritas. Eran el tono y la actitud del muy cabrón, como si estuviera satisfecho de sí mismo por no haber tenido falsa vergüenza para sacarlo a relucir; eso era lo que había exigido que lo estampara de cabeza contra la ventana cerrada, o algo más vulgar como volcarle la mesa sobre el regazo. Y aquella mirada límpida de no haber roto nunca un plato...

Doris se acercó y Charlie pidió un vaso grande de ginebra con angostura mencionando el nombre de Garth, y tres whiskies largos con agua. Un whisky cayó entero mientras Doris marcaba en la caja, y al momento el viejo plumero del polvo se removió en el fondo de la garganta de Charlie, que empezó a toser con violencia, rugiendo y bramando como si se tratase de una imitación, encogido y apretándose el vientre con los puños, y las lágrimas corriéndole por la cara. Se hizo un silencio a su alrededor. Cuando alzó la vista le pareció ver a varias personas, jóvenes zangolotinos, inclinados sobre la barra para mirar. Doris le llevó un vaso de agua y Charlie tomó un sorbito y respiró antes de bebérselo entero. Con una gran espiración se enderezó y se secó los ojos, ahora muy orgulloso de sí mismo, como si gracias a su bien conocidos dureza y valor hubiese superado la prueba de un nuevo ataque procedente del exterior.

Aún no había tocado la bandeja de las bebidas cuando se abrió de golpe la puerta del final del pasillo y una silueta torpe y voluminosa hizo crujir el suelo mientras avanzaba hacia él en la penumbra, y al cabo de un momento reconoció a Peter

Thomas, subcampeón en el torneo del Club de Squash Dinedor, un par de veces en los años cuarenta, pero más bien golfista. Actualmente, por supuesto, ni lo uno ni lo otro.

—Hola, Peter. Es temprano para ti.

—No. Sí, tomaré una ginebra con tónica baja en calorías.

Si a Charlie Norris lo consideraban corpulento, gordo y de tez colorada, y no era fácil evitar semejante descripción, tal vez conviniese revisar tales términos al ver a su amigo. Cierto que el trasero de Charlie partía el faldón de su chaqueta de tweed en dos mitades divergentes y que su barriga empujaba la pretina de los pantalones hacia la entrepierna, pero Peter podría haberle regalado una docena de kilos y aun así seguir siendo el más orondo, no tanto visto de frente o de espaldas, donde el corte de su traje tendía a disimularlo, como visto de lo que llamaríamos perfil. Por otro lado, las mejillas y la frente de Charlie no eran más que rubicundas comparadas con el intenso color de las de Peter. Sus caras eran diferentes: la de Charlie redonda y con la nariz chata, con un aire de colegial maltratado; la de Peter de rasgos finos, casi distinguidos, entre los bultos y las bolsas. En ese momento Charlie sonreía, Peter no.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Charlie.

Bien pensado, era una pregunta ociosa.

—¿Qué crees tú? Como ves, todavía puedo salir de casa. ¿Quién hay ahí?

—Solo Garth y Malcolm.

Peter hizo un gesto de asentimiento y suspiró, aceptándolo. Su enorme cabeza se volvió bruscamente cuando se oyó un estallido de carcajadas y gritos jocosos procedentes del interior del bar. Parecían voces juveniles. Con el ceño fruncido se encaminó cojeando hacia la ventanilla y se asomó a curiosear.

—Según Malcolm... —empezó a decir Charlie, pero se interrumpió cuando el otro se dio la vuelta hablando.

—Creía que estábamos en plena crisis. ¿Has mirado ahí? Casi lleno, a estas horas. —Le salían las frases como recién acuñadas—. La mayoría no tiene ni veinte años. Chicos que dejan la escuela y no encuentran trabajo, sin duda. ¿Qué mejor oficio en estos tiempos si tienes la oportunidad? ¿Qué pasará si alguna vez llega una época de vacas gordas? Se caerán de borrachos desde la mañana a la noche. Como en el siglo dieciocho; ya sabes, los dibujos de Hogarth.

Charlie estuvo tentado de sonreír cuando Doris puso en la bandeja la tónica baja en calorías, junto a la ginebra (larga). Era como una gota de agua en el mar, como el elefante que se priva de un plátano. También pensó que Peter parecía mucho más gordo desde la última vez que lo había visto, aunque a decir verdad lo dudaba, ya que de eso hacía solo un par de días. Tampoco tenía buen aspecto. Había llegado jadeando y sudaba, si bien no hacía calor ni fuera ni dentro. Presión sanguínea alta. Mal asunto.

Sin dejar de hablar, Peter le precedió por el pasillo.

—Deberías ver a esas brujas salir de los supermercados con las compras

amontonadas en el carrito como en Navidad. —Su cadera golpeó con fuerza una mesa pegada a la pared, lo que hizo que se agitaran las hojas del tiesto sin flores que la adornaba—. Y no me refiero al centro de la ciudad; te hablo de zonas de mala muerte como Greenhill o Emanuel. —Abrió la puerta del salón—. Y el caso es que no puedes decírselo a nadie. Nadie quiere saber nada.

Peter Thomas tuvo que sostener la puerta porque, debido a un antiguo defecto de fabricación, se cerraba al cabo de pocos segundos y Charlie estaba demasiado ocupado con la bandeja después de que un par de correcciones apresuradas hubiesen dejado los vasos amontonados en bordes opuestos. Al fin estuvieron dentro e instalados, y Garth terminó de saludar a Peter.

Una mirada al recién llegado los informó de que por el momento no podían esperar gran cosa de él. En parte para provocarlo, Charlie dijo:

—¿Habéis pasado hace poco por Saint Paul? Se lo están pasando en grande allí.

—¿Te refieres a la catedral de Saint Paul de Londres? —dijo Malcolm.

—No, no, a la iglesia del Strand de aquí; la de... ¿cómo se llamaba?, la de Joe Craddock.

—¿El que llevaba una gorra de tweed verde con el alzacuello?

—El mismo. Pues tendría que verla ahora. Y vosotros también. Es un cine porno. ¿A que no seríais capaces de inventar una cosa así? No os atreveríais. Nadie se atrevería.

—Vamos, Charlie —dijo Garth sin perder comba—. No pretenderás que nos sentemos allí y...

—Claro que sí. Cine para adultos en las salas uno y dos. En la nave y el presbiterio, supongo. *Ven a jugar conmigo* y no sé qué otro título igual de ingenioso.

—Por lo visto hacen cuanto pueden por secularizar el edificio —dijo Peter.

Gilipollas galés gordo e hipócrita, pensó Charlie.

—De todos modos, a Joe le hubiese gustado —afirmó, y añadió dirigiéndose a Garth—: El viejo Joe se follaba todo lo que se movía. Era un prodigio. Además consiguió llenar su iglesia. Y tenía mucho aguante con la bebida. Por supuesto, hablo de hace veinte años.

—No lo sabía —dijo Malcolm tratando de no mostrarse escandalizado—. Me refiero a sus... actividades.

—No, bueno... —Una vez más Charlie se guardó lo que pensaba. Todavía sonriente, miró un segundo a Peter, lo suficiente para asegurarse de que se esforzaba por no sumarse a la risa admirativa y en parte horrorizada, algo que sin duda hubiera hecho hasta hacía bastante menos de veinte años—. Tenía también una suerte extraordinaria con los caballos. Decía que solía sacar entre quinientas y seiscientas libras al año, lo que en aquellos tiempos no estaba nada mal. Pero a nadie le parecía bien.

Se hizo otro silencio. Los silencios eran una de las principales características de aquellas sesiones en el Bible. Peter, con las manos abiertas sobre sus enormes muslos,

resoplaba y gruñía por lo bajo, quizá tratando de dar con algo que resumiese lo que pensaba del destino de Saint Paul, y si era así, sin conseguirlo. Finalmente Garth, con su voz impaciente que semejaba un graznido, dijo:

—Malcolm nos estaba contando que Alun y Rhiannon Weaver vendrán a vivir aquí.

Peter se volvió casi enfadado hacia Charlie.

—¿Tú lo sabías? No me habías dicho nada.

—No me dejaste abrir la boca.

—¿Y dices que van a vivir aquí?

—Eso parece —contestó Charlie, dando con un gesto la entrada a Malcolm, quien sin demasiada dilación empezó a explicar que los Weaver habían alquilado una casa en Pedwarsaint hasta que encontraran una residencia definitiva, y cosas por el estilo, mientras Peter lo miraba fijamente, o al menos miraba en su dirección, a través de sus gruesas gafas, y Garth escuchaba como si oyera aquello por primera vez.

Malcolm no reveló que, siendo Peter un joven profesor de la universidad local y Rhiannon alumna de segundo, ambos habían tenido una aventura; y ella se había quedado embarazada y había abortado, para lo cual él pagó a un médico de Harriston, al que por cierto suspendieron poco después por un caso similar y que había muerto hacía ya tiempo. Había sido una serie de acontecimientos sorprendentes en la Gales del Sur de 1947-1948, y aún fue más sorprendente que a Peter no lo echasen de la universidad; en realidad no se dijo oficialmente ni una palabra del asunto. Al fin y al cabo lo que contaba, y no solo en Gales del Sur, no era lo que se sabía, sino lo que se podía demostrar que se sabía. No obstante, Peter no había tardado en renunciar a una prometedora carrera académica en el campo de la ingeniería química para irse a trabajar no lejos de allí, unos cuantos kilómetros al oeste por la carretera de la costa, en Port Holder. Rhiannon se marchó enseguida a Londres, donde, tras un período del que nada se sabía, se colocó de recepcionista en la BBC, lo que a su vez le permitió conocer un par de años más tarde a Alun Weaver.

Por supuesto, habían ocurrido más cosas. Más o menos cuando Rhiannon se quedó embarazada, Peter dedicó sus atenciones a otra mujer, fuera del ámbito universitario, y al cabo de unos meses resultó que estaba prometido, es de suponer que con esa otra. Su novia era una tal Muriel Smorthwaite, hija de uno de los directores de la fábrica de hojalata en la que ahora él trabajaba. En aquel tiempo todos habían considerado a Peter bastante afortunado, dado su historial, por estar prometido a alguien de más allá de la muralla de Offa, pues aunque los Smorthwaite no eran de por allí, sino que procedían de Yorkshire, algún vecino concienzudo debió de dar la noticia. La pareja se casó y tuvo la precaución de vivir en Port Holder durante un par de años antes de instalarse en Cwmgwyrdd, justo en la otra punta de la ciudad.

A causa de la guerra, Charlie estudiaba el mismo curso que Rhiannon, aunque era mayor que ella, y conocía a la joven y a sus amigas. Se había enterado de lo sucedido

tanto como la mayoría de la gente no directamente implicada, pero no había vuelto a oír nada desde entonces. No había tratado de indagar ni le habían contado nada, y había olvidado por completo el asunto hasta esa mañana. Se preguntaba lo bien informados que estarían los otros dos: Malcolm bastante, como demostraba con cada movimiento e inflexión de voz mientras hablaba; Garth probablemente estaba en la inopia.

Malcolm terminó su breve relato. Era evidente que a Peter, a quien Garth no quitaba ojo en espera de algo, no se le ocurría nada que decir. Su reluciente calva se movía de un lado a otro con agitación.

Charlie quiso ponérselo fácil.

—Desde luego, tú nunca has sido un gran admirador de Alun, ¿verdad? Ni como hombre ni como escritor, que yo recuerde.

Peter se volvió de nuevo hacia él, pero esta vez agradecido.

—Puñetero galés —dijo con regodeo, sin duda refiriéndose a Alun.

—¡Oh, vamos, Peter! —Garth consiguió echarse a reír en lugar de indignarse—. Aquí todos somos galeses, incluido tú, que yo sepa.

—Más lamentable aún —repuso Peter, que vació su vaso con un floreo.

En ese momento la puerta se abrió tan repentina y bruscamente que bien podría haber matado a Charlie media hora antes, pues el borde golpeó el respaldo de su sillón, aunque no muy fuerte. Enseguida aparecieron un hombre y una mujer jóvenes, los dos con botas hasta la rodilla, otras prendas de material sintético y sendos cascos de moto. De inmediato quedó claro que la tumultuosa irrupción había sido resultado de la inadvertencia más que una muestra de hostilidad. Ajenos ambos al silencio y a las cuatro miradas que lo acompañaban, desde la airada de Peter a la de leve curiosidad de Malcolm, atravesaron la habitación y se pusieron a mirar algunos de los recuerdos del Club de Squash Dinedor que había en la pared y en la repisa de la chimenea sellada. Empezaron a hablar con un acento que no era de por allí; tal vez de Liverpool.

—«Plantilla, a treinta y uno de diciembre de mil novecientos cuarenta y nueve» —leyó el joven, y tomó un trago de lo que parecía cerveza rubia—. ¿Qué clase de plantilla sería esa?

Estaba desconcertado.

—Todo esto debe de ser del dueño —dijo la chica. Tenía en la mano un brebaje de un verde opaco en el que flotaban trozos de hielo y fruta.

—«Cena anual...»

La muchacha estudió la fotografía ligeramente enmohecida.

—Este sitio no es de aquí.

—Presidente... comité... ¿No será esto una especie de club?

—Pues a nosotros nos han servido.

La pareja había empezado a volverse con aire cohibido hacia el grupo de ancianos cuando Garth, que se había dado cuenta sin la menor sensación de novedad de que

Peter y Charlie estaban demasiado gordos para esperar que se movieran y Malcolm era demasiado timorato, se levantó y cerró la puerta lo más fuerte que pudo, que no era mucho, porque estaba ya casi cerrada.

—Ejem, perdonen —dijo el joven.

Garth lo miró sin hablar.

—¿Es esto un club?

—No exactamente —respondió Garth moviendo la cabeza y torciendo la cara en un gesto de complicidad—. Es más que eso. Pensábamos celebrar esta reunión privada del comité dentro de unos minutos. Asuntos personales, ya comprenden...

—Oh... vaya... lo siento...

Tras un intercambio de miradas los dos invasores se dispusieron a marcharse sin más demora. La chica, que era más bien alta y caminaba con paso firme, echó una breve ojeada a los tres hombres sentados.

—Y cierren la puerta —dijo Peter moviendo mucho la boca.

Cuando se cerró, casi sin ruido, Garth soltó un resoplido y Charlie exclamó:

—Bien hecho, Garth, eres un gran tipo.

Peter lanzó un breve rugido, como un león probando la voz.

Malcolm no dijo ni pío. Creía que la mirada de la chica se había cruzado con la suya un instante, naturalmente por pura costumbre e incluso cortesía, y sin embargo eso le dio que pensar. ¿Cuántos años hacía que no reparaba en una muchacha? ¿Y qué había visto en esta? No era tan atractiva. Desde luego, era joven, aunque no sabía qué edad echarle, pero no tanto joven como fresca, nueva, recién salida del envoltorio, sin tiempo para que nada hubiese llegado hasta ella y empezado a gastarla. Costaba creer que había existido una época en que él pasaba toda su vida entre personas como aquella, con solo distracciones ocasionales y pasajeras a cargo de una tía, un profesor o un revisor de autobús.

—No es que los hayan educado mal, es que son ordinarios y toscos por naturaleza.

Por lo visto Peter opinaba que se habían tomado demasiado a la ligera el incidente.

—Todo lo contrario —replicó Malcolm con una brusquedad impropia de él—. Han metido la pata sin querer, pero, en cuanto se han dado cuenta de lo que ocurría, se han comportado con educación.

—Si quieres voy y los invito a volver —propuso Charlie.

—Yo pago esta ronda —intervino Garth.

—No, me toca a mí —le corrigió Peter.

Pero antes de que se pusiera en pie la puerta se abrió de nuevo, casi de par en par como antes, aunque suavemente y sin hacer ruido. Siguió un silencio que a un extraño tal vez le hubiera resultado inquietante. Después entró en la sala un hombre que cerró la puerta ceremoniosamente tras de sí, un hombre de más o menos la misma edad que los allí reunidos, alto y recio, no gordo, que llevaba una chaqueta de punto

de color crudo muy gruesa con botones de cuero pelado. Era Tarquin Jones, al que todos llamaban Tarc, propietario del Bible desde que los presentes recordaban. Al verlo por primera vez detrás de los grifos de cerveza de la barra principal en torno a 1950, Malcolm pensó que debía de haberse llevado un gran disgusto esa misma mañana y decidió al instante que él, Malcolm, era en cierto modo responsable. Pero siguió en sus trece y no tardó en descubrir que Tarc tenía siempre aquella expresión, al menos en público.

Ahora, agarrado a los respaldos de los sillones de Charlie y Peter, se inclinó sobre la mesa y los miró a los ojos de uno en uno.

—Conque han conseguido deshacerse de la intolerable intrusión —dijo con tono serio, esparciendo una nube de aquella ambigüedad que solía envolver gran parte de lo que decía.

—Se han ido como corderitos —indicó Charlie—. Ningún problema.

Tarc asintió impaciente con la cabeza, sin querer saber más del asunto.

—Anoche —continuó, bajando la voz— estuvieron ahí fuera más de una hora después de que cerrara el pub arrancando las motos, escuchando rock a todo volumen en las radios y dando gritos. Esos...

—¡Qué raro! —comentó Malcolm—. Como dice Charlie, no han podido ser más razonables hace un momento. No hubo la menor...

Su voz se desvaneció cuando Tarc volvió a recorrer el círculo con la mirada, esta vez cargada de un hastío estoico.

—Estaba hablando de otro grupo de jóvenes —repuso afectando de pronto una risueña indulgencia—. No los dos que acaban de entrar y salir. No. Otros... que son dados a comportarse como trataba de explicarles. Como decía —continuó, pero se quedó callado unos segundos antes de proseguir a su peculiar manera—, la mayoría no es de por aquí. Vienen por la M4 de Cardiff o Bristol, como demonios salidos del infierno, a cualquier hora del día o de la noche, y todos con una chica detrás. El domingo pasado volvía yo de ver a mi hija en Penarth y una de esas pandillas me alcanzó y empezaron a acosarme, adelantándose y desplegándose delante de mí en abanico, y después se ponían a mi lado de tres o cuatro en fondo y me miraban, me miraban fijamente durante, no sé, varios minutos seguidos, y eso yendo a ciento diez. ¡Ciento diez! Y venga a hablar de mí, a gritarse unos a otros y a señalarme. No me importa admitir —añadió bajando aún más la voz— que estaba asustado, de verdad que sí. Asustado.

Cuando dejó de hablar, ninguno de los que le escuchaban dio muestras de responder, ni entonces ni más tarde.

—Porque no es solo alegría o entusiasmo juvenil; a eso estamos acostumbrados. No, no; a lo que nos enfrentamos es a un ataque orquestado contra nuestra cultura y nuestro modo de vivir. Y eso los afecta en especial a ustedes, caballeros. Dada su posición, les corresponde tomar nota y reflexionar sobre lo que hay que hacer. Si las personas como ustedes no toman alguna iniciativa, no sé qué va a ser de nosotros.

—Si quiere saber mi opinión —dijo Malcolm—, lo que podría estar operando es un auténtico odio a la estructura misma de la sociedad.

Esta observación pareció desinflar a Tarc, que dijo en tono quejumbroso y con voz levemente trémula:

—Me alegra saber que comparte usted esa opinión, señor Cellan-Davies, porque es más o menos lo que yo trataba de expresar. —A continuación, mientras recogía los vasos vacíos, empezó a recobrar un tanto sus maneras y por un momento se mostró casi cordial—. ¿Están calentitos aquí? Fuera hace un día horrible. Recuerden que no tienen más que decirme una palabra y traeré la estufa. —Nadie la dijo, de modo que se retiró, no sin antes detenerse en la puerta para rematar su discurso—. Les ruego que consideren seriamente lo que les he dicho.

—¡Caramba, es todo un personaje! —dijo Garth, repitiendo más o menos lo que solía decir después de cada visita de Tarc.

—Parece que lo he tranquilizado —indicó modestamente Malcolm.

—Sí, es cierto —asintió Peter.

—El bueno de Tarc a veces va demasiado lejos —opinó Charlie—. Sabemos que tenemos que aceptarlo y él también lo sabe, de modo que no debería hablar de ataques orquestados y de cuál es nuestro deber, de esto último sobre todo. Ha sido una impertinencia.

—Lo siento, pero no te entiendo —dijo Malcolm.

—Pues el provocarnos, el desafiarnos a decirle que no es para tanto.

—¿Quieres decir que es solo teatro? Sé que exagera y todo eso, pero...

Fue Peter quien respondió:

—Tarc no sabe lo que hay de teatro en él, ya no. Ha llegado a un punto en que ya no sabe cuándo habla en serio. Y no es el único por aquí que ha llegado a ese estado.

—De todos modos —dijo Garth—, tú y él parecéis estar de acuerdo en cuanto al mundo moderno, la juventud de hoy día y todo eso.

Por suerte, antes de que Peter pudiese responder apareció el viejo Owen Thomas (ningún parentesco) con un invitado suyo, un censor jurado de cuentas ya jubilado de Brecon, y poco después llegó el viejo Arnold Spurling, seguido del viejo Tudor Whittingham, que en 1953 había derrotado al campeón amateur del Imperio británico por 9-3, 14-12 y 9-7 en Wembley. Arnold acababa de ganar unas libras en uno de los concursos de bingo del periódico y se empeñó en invitarlos a todos. Charlie empezaba a sentirse bien, e incluso Peter parecía capaz de soportar la presencia del viejo Arnold y los demás.

Owen Thomas fue a la barra a por bocadillos de jamón y volvió con lo único que había en la fila de comestibles, una bandeja de quiches de huevo y queso preparados por la nieta de Tarc, que estaba siguiendo un curso de cocina en la universidad. Por diferentes razones Peter, Charlie y Malcolm los rechazaron. Los tres decidieron marcharse después de una última copa, o más bien Peter, que tenía fuera el coche, lo decidió y los otros dos lo imitaron. Tomaron esa última copa, y luego otra rápida, que

Malcolm declinó, y a continuación se marcharon. Garth vivía cerca, de modo que regresaría a casa a pie, quizá en cuanto acabase de explicarle al invitado de Owen Thomas la importancia de no darle demasiadas vueltas a las cosas.

3

El coche de Peter era un Morris Marina de un arcaico color naranja apagado cuya monotonía rompía aquí y allá pequeños archipiélagos de herrumbre. Sin decir palabra Charlie se sentó junto a Peter, y Malcolm detrás. Con sus largas piernas, a Malcolm no le resultó fácil acomodarse, ya que Peter tenía que llevar el asiento echado lo máximo posible hacia atrás para meter la panza detrás del volante. La otra mitad del asiento trasero estaba ocupada por cajas de madera que soltaban tierra y piedrecitas y en las que se amontonaban patatas, puerros, chirivías y quizá nabos recién sacados de la tierra, o al menos sin tocar desde entonces. Cajas de pañuelos de papel vacías, trapos sucísimos que habían servido para limpiar las ventanillas, folletos técnicos muy sobados, gráficos y gruesos fajos de fotocopias de un aspecto desoladoramente anticuado, circulares de editores, un bote vacío de caramelos para niños, un envoltorio de galletas y varios libros y folletos sobre regímenes dietéticos yacían por todas partes. Cuando Peter puso en marcha el coche, de debajo de su asiento salió rodando una botella sin tapón que en su día tal vez hubiera contenido tónica baja en calorías.

Malcolm cogió del suelo uno de los folletos sobre dietas y lo hojeó. Deseaba prevenirse en cierto modo contra la posibilidad de que volviera a surgir el tema de Rhiannon. Además, los regímenes le interesaban. En la comida y la bebida seguía una combinación de varios, a menudo irreconciliables entre sí. Por ejemplo, las dos medias pintas de cerveza diarias que creía necesitar para ir al baño con regularidad le obligaban a reducir calorías de otra parte, con el riesgo de un déficit de fibra, que era tan importante. En general, nunca se sabía lo que un plan dietético desconocido podía proponer para reducir el apetito o limitar el volumen de forma inocua. Además, últimamente no había mucho que leer.

No tardó en darse cuenta de que el que había elegido no era bueno, excepto para hacerle más llevaderos los cinco minutos de viaje que lo esperaban. Tras prohibir todas las bebidas alcohólicas, excepto un vasito de vino blanco seco al año o algo por el estilo, ofrecía una lista completísima e imaginativa de cuanto a la gente le gustaba comer y lo prohibía todo, aunque seguramente con cierto peligro de que se cometiera alguna transgresión. De todos modos, le bastaban los ojos para saber que si el bueno de Peter, que ahora escuchaba lo que le contaba Charlie sobre el precio de una casa en Beaufoy, había observado alguna vez tales prohibiciones, las había olvidado al cabo de un par de horas. Entonces, ¿por qué se molestaba en leer o al menos en comprar literatura dietética? ¿Para sentirse bien sin invertir nada más que dinero?

¿Para hacerse promesas a sí mismo como quien hojea folletos de viajes de lugares exóticos? No, más bien como quien lee sobre exploradores de los polos que viven a base de nieve, musgo y cuero de bota, o sobre las torturas de los pieles rojas.

Malcolm se distrajo. Del mismo modo que en su niñez pensaba deliberadamente en el colegio o los deberes a fin de oscurecer la perspectiva de un regalo o una fiesta de cumpleaños antes de entregarse a la deliciosa expectación, ahora dejó que el problema de sobrepeso de Peter fuese borrado por los recuerdos de Rhiannon. Lo malo era que no estaban tan nítidos en su memoria como las *Lettres de mon moulin* o el partido que jugaron los sudafricanos en Gloucester. Lo había llevado a verlo su tío el sacerdote.

—¡Qué hombre más tonto! —dijo Peter cuando dejaron a Malcolm delante de su casa—. Muy agradable, de acuerdo, pero tonto perdido.

—Sí —convino Charlie.

—Apuesto a que anota el mes y el año en todas las matrices de su talonario.

—Sí, y escribe los peniques con todas las letras.

—Y manda tapas a un concurso para ahorrarse tres cincuenta en una licorera de artesanía que regalan.

—Creo que eso es ir un poco lejos. Pero apostaría a que ve documentales en la tele.

—En galés. —Peter hablaba con auténtico rencor.

—Y seguro que balancea los brazos al andar.

—¿Sabes que ahora dan lucha en galés en ese canal nuevo? Lo curioso es que es lo mismo que en inglés, solo que el tipo cuenta *un, dau, tri*, etcétera. Después los idiotas pueden ir por ahí diciendo que las cifras de audiencia de los programas en galés han aumentado. Ahora son cuatro mil once.

—Los comentarios deberían ser también en galés.

—Qué duda cabe. ¿Te has dado cuenta de que el joven Malcolm estuvo, digamos, algo colado por Rhiannon en aquellos tiempos?

—Eso parece. No fue muy concreto.

—A mí me dio la impresión de que hablaba como si hubiese habido algo. Pero me pregunto cuándo.

—Soltó una gran perorata lírica sobre ella poco antes de que llegases. Nada concreto, como digo, pero no parece muy oportuno, ¿no crees?

—¡Hum! La falta de concreción podría indicar dos cosas: que nunca le puso las manos encima pero le gustaría que lo creyésemos, o que lo hizo, pero por alguna razón no quiere que creamos que fue así, de modo que actúa como si no hubiera habido nada. No olvides que es galés.

—¡Caramba, Peter! Nadie diría que tú lo eres después de semejante análisis. De todos modos, no creo que Malcolm sea esa clase de galés.

—¿Acaso hay otra? En realidad tú sabes que tuve una...

La voz de Peter se interrumpió tan bruscamente que era difícil estar seguro de que

hubiese dicho lo que parecía haber dicho. Aunque tenía los hombros encorvados, su postura era tensa, con los brazos estirados al máximo para llegar al volante, las piernas y los pies igualmente estirados y aun así alcanzando a duras penas los pedales. Al cabo de un momento Charlie le lanzó una rápida ojeada, cuando una mirada prolongada hubiera sido más característica, además de viable con el coche detenido ante el semáforo de la Salt House. Se le escapó un gruñido por el esfuerzo cuando se inclinó aún más hacia delante, aplastando sin contemplaciones la barriga, para poner en marcha los limpiaparabrisas bajo la fina lluvia.

—Desde luego, es difícil estar seguro de que un hombre no le ha puesto las manos encima a una mujer en un caso concreto —dijo pensativamente Charlie—. Incluso Malcolm de joven. Yo no lo pondría...

—También yo tuve una aventura con ella. Sin duda estás enterado de eso.

—Sí.

—Y de algo más, no me extrañaría. No salí muy bien parado, lo sé. Tampoco me porté demasiado bien.

Se hizo un silencio, tras la cual Charlie dijo:

—Supongo que todos nosotros...

—Quizá no tan mal como algunos imaginan, pero desde luego nada bien. En absoluto. De modo que para mí ha sido una bomba saber que vuelve. Como es lógico, haré todo lo posible para no encontrarme con ella.

—No tan lógico, al cabo de tantos años.

—No, no, hay un montón de... Te lo contaré más tarde. Por el momento solo te pido que me eches una mano. Y no solo para no encontrarme con ella. También está él.

—Sí, está él.

—Ahora no es momento de hablar de eso. Pero supongo que imaginarás cómo me siento. En parte al menos.

—Me lo imagino. Y estoy seguro de que también te imaginas cómo me siento —dijo Charlie, dejando claro por su tono y su mirada que estaba haciendo posible que se hablara de lo que hasta entonces se sabía pero nunca se había traído a colación.

—Por supuesto. —Algo parecido a la cordialidad irrumpió en el tono de Peter—. ¿Lo ha comentado alguna vez Sophie? Quiero decir que la cosa nunca tuvo demasiada importancia.

—No que yo sepa, y Alun no fue exactamente el único, aunque, para serte franco, creo que con él es suficiente. Además se suponía que todo había terminado antes de que yo llegase, pero... Una tarde, mientras él estaba por aquí en uno de sus viajes, hará cinco o seis años, llamaron de la tienda a Sophie y no hubo modo de encontrarla, y después me enteré por casualidad de que nadie sabía tampoco dónde estaba él a esa hora. Probablemente no hubo nada, de acuerdo, y en cualquier caso, no hubo nada más, que es lo importante. Porque lo peor son los efectos secundarios, algo en lo que Alun es un maestro. Un poema traumáticamente embarazoso sería un ejemplo muy

suave.

—Lo comprendo... ¡Vaya si lo comprendo! ¿Recuerdas cuando se derrumbó en aquella misa por Brydan, en Saint Illtyd's?

—Sí, y el modo en que se derrumbó. «*Gwae och*, no soy digno de elogiarlo», y todo lo demás.

—Un bienvenido ataque de realismo —dijo Peter.

—¿Eso crees? En mi opinión no había nadie más apropiado.

—Bien, sí, de acuerdo. ¿Cuándo llegan? No recuerdo si me lo has dicho.

—Todavía no. Dentro de un par de meses. ¿Te importaría dejarme en el Glendower?

—Claro. ¿Qué le digo a Sophie?

El destino de Peter era la casa de los Norris, donde debía recoger a su mujer, que había ido allí a tomar café con sus amigas.

—Solo que me has dejado en el Glendower. No creo que le pille por sorpresa.

Cuando llegaron, Charlie le propuso a Peter que lo acompañara a tomar una copa, pero Peter dijo que pensaba que era mejor seguir adelante, de modo que Charlie entró solo en el Glendower, de nombre completo Taberna y Restaurante Owen Glendower (no esa bobada de Owain Glyndwr). Como copropietario del establecimiento, Charlie estuvo solo muy poco tiempo, pues encontró en la barra, que tenía la consideración de ofrecer diecisiete clases diferentes de whisky, a un par de tipos a los que conocía del consejo del condado y a los pocos minutos estaba en plena forma.

4

Sobre la mesa con superficie de cristal había dos botellas vacías de litro y medio de soave superiore (DOC) junto a una bandeja de plata con diez u once tazas usadas, algunas todavía medio llenas de café. El aire del espacioso salón de Sophie Norris era nebuloso por el humo de cigarrillos y en él resonaban varias conversaciones. Fieles a la puntualidad galesa, la mayor parte de las señoras habían llegado a la hora acordada, a las once, o poco antes, de modo que no se habían perdido nada de lo ocurrido. El café y las obligadas pastas, que habían otorgado una especie de legitimidad a la sesión, habían durado poco, tragados por algunas como si fueran pan con mantequilla antes del pastel o desdeñados totalmente por otras, y al cabo de unos veinte minutos se descorchó y sirvió lo que de verdad importaba. Por supuesto, después de eso hubo borracheras a diferentes velocidades, aunque cabía sospechar que un par de mujeres de las que había en el salón le habían dado al soave, o tal vez al frascati, antes y en otra parte. Al fin y al cabo no era más que vino.

Sophie no se contaba entre esas dos mujeres. De pie junto a la puerta ventana que daba al jardín, al campo de golf y, a lo lejos, al mar, se la veía segura de sí misma y a gusto, muy en el papel de esposa de un próspero proveedor recientemente

semijubilado, cuando menos, y sin casi nada de la que en su época había sido una de las cosas más seguras que había entre Bridgend y Carmarthen, toda una distinción. Con una falda de tweed y un jersey de angora, su figura resultaba todavía impresionante, aunque sus pechos ya no sobresalían del torso como un par de muslillos, según decían todos en otros tiempos. En ese momento ella y Gwen Cellan-Davies estaban hablando sobre el tema estelar del día.

—Es un hombre muy guapo, supongo que tendrás que admitirlo —decía Gwen con imparcialidad—. O al menos lo era.

—No está mal si te gustan los hombres un tanto llamativos. —Sophie hablaba con el tono obstinado y estridente de Harriston, muy apropiado para las declaraciones inexpresivas—. Desde luego, ella es encantadora.

—En realidad es un verdadero farsante.

—¿Perdón?

—Eso de que fue al colegio con Brydan es puro camelo. Es cierto que coincidieron en el instituto, pero se llevaban tres años. No pudo conocerlo. Y si lo conoció, eso significa que Brydan se interesaba por chicos tres años menores, y he oído un montón de cosas sobre él, pero eso nunca. Pregúntale a Muriel. Ella te dirá que Peter tiene la misma edad que Alun. Estaban en el mismo curso, y él no recuerda para nada a Brydan.

—Sí, bueno...

—Y lo de «Alun», según Peter, es una broma. En el colegio fue siempre Alan, a la inglesa. Claro que entonces no se dedicaba a ser galés de profesión.

A Sophie le interesaban pocos temas generales, y el de Gales y lo galés era uno de los que menos.

—¡Oh, sí! —dijo con un aire lo bastante aburrido para haber desanimado a cualquiera menos tenaz que Gwen.

—Cuando volvió después de la guerra había estado en el gran mundo y descubierto las ventajas de la galesidad.

—Por el amor de Dios, dime cuáles son, Gwen, para que pueda decírselo a mi marido —intervino Muriel Thomas con su voz alegre y tonante mientras se acercaba. Llevaba un botella de soave recién abierta, esta vez solo de litro, con la que volvió a llenar la copa de Gwen—. Parece creer que se trata de la mismísima marca de Caín.

—Yo solo quería atraer a los sajones, Muriel, como solía hacerlo Brydan. Pero en realidad estábamos hablando de Alun.

—¿De veras? Me temo que aquí hay una sajona que ha conseguido resistirse al atractivo tanto de Brydan como de Alun. Y no diré más porque, al fin y al cabo, soy una invitada en vuestro país.

—Eres una de nosotras, querida —dijo Sophie.

Esto era verdad en el sentido de que, a pesar de proclamarse inglesa a menudo, Muriel se ajustaba en gran medida al físico galés dominante, con su pelo y sus ojos oscuros y su constitución delgada, y con frecuencia se lo decían, al menos en Gales.

Si lo pensó ahora, no dio muestras de ello, y fuera lo que fuese lo que tenía en la punta de la lengua, dijo:

—Si me he acercado a vosotras no es para hablar del gran Alun, sino para formar una expedición de rescate que salve a la pobre Angharad. Dorothy la ha convertido en su esclava.

Al cabo de un minuto el trío empezó a cruzar la sala con cierta precaución. El nivel de contaminación atmosférica parecía haber aumentado ligeramente. Los porcentajes de consumo alcohólico entre las reunidas podían haber variado, pero había una afición bastante extendida a los cigarrillos, y el humo de los que estaban siendo fumados se veía respaldado por las tres o cuatro colillas dejadas sin apagar en los ceniceros. Cajetillas vacías u olvidadas y trozos de envoltorio se esparcían sobre las alfombras.

En la situada ante la estufa de gas encendida, un aparato grande y elegante con trozos de carbón de pega, estaba sentada Dorothy Morgan, que había llegado a la puerta de Sophie a las once menos diez. A su lado había una botella de litro medio llena de pinot chardonnay de California y un cenicero de cristal rebosante que se distinguía de los demás por tener dos colillas ardiendo al mismo tiempo. Dorothy le hablaba fogosamente, aunque no en voz alta, a Angharad Pumphrey, que tenía que inclinarse a menudo desde su sillón de cuero para oír lo que decía.

Angharad no era sorda, o no más que la mayoría de las reunidas, y tampoco estaba borracha, ni siquiera bebía. Lo que la diferenciaba de cuantas la rodeaban era su aspecto, el de una auténtica anciana dama, aunque no fuese la de mayor edad. En parte se debía a su atuendo —nada de trajes pantalón de colores vivos— y en parte a su pelo sin tocar o al menos sin retocar y otras cosas por el estilo, pero no parecía haber nada que hacer con su boca caída, las protuberancias nudosas de la mandíbula a ambos lados de la barbilla o las bolsas flácidas entrecruzadas en torno a los ojos. Se había hablado de una enfermedad desfiguradora padecida antes de su llegada allí desde Capel Mererid y probablemente después de su matrimonio con Garth, pero nadie lo sabía a ciencia cierta o quería hablar de ello.

—Pero no es solo eso —decía Dorothy Morgan—, toda su actitud, su visión de la vida, es diferente. —El pelo corto y las gafas de montura negra sin adornos le daban un aire engañoso de severidad intelectual—. Eso se ve en la estructura de su idioma. ¿Sabes algo de ruso? Pues está lleno de conjugaciones e inflexiones. Por ejemplo...

Entretanto, las mujeres que se acercaron fueron tomando posiciones con expresión seria: Muriel en el brazo del sillón, Gwen sobre un costurero acolchado y Sophie acuclillada en la alfombra. Mientras lo hacían, todas saludaron a Angharad, le preguntaron cómo estaba y le dijeron que se alegraban de verla, y ella no dejó de responder a ninguna.

Durante esta última parte Dorothy se incorporó hasta quedar de rodillas y, en voz algo más alta que antes, dijo:

—Estaba hablándole a Angharad del ruso y le decía que es una lengua mucho

más complicada que el galés, y por supuesto que el inglés, lo que no significa... — Hablaba con una leve sonrisa inmóvil y la mirada fija en un punto neutro... no necesariamente más sofisticados que nosotros, al menos no siempre... —No se sabía cuándo dormía, porque nadie la había visto nunca irse a la cama ni, cuando se alojaban en la misma casa, había bajado a desayunar sin encontrársela ya a la mesa con un cigarrillo y casi siempre con un vaso de vino... muy primitiva, porque suprimen el verbo «ser» siempre que pueden. Como los pieles rojas. —Se decía que una vez la habían encontrado hablando sobre el eohippus al hombre que ponía las alfombras.

Debido al estilo arrollador de Dorothy, sus oyentes tardaban cierto tiempo en volver en sí, de modo que cuando hacía una pausa de un par de segundos, como la hizo ahora después de los pieles rojas, nadie tenía nada que decir al principio, hasta que Sophie consiguió por los pelos meter baza cuando el ámbar estaba a punto de cambiar a rojo para pedirle que le contase algo de su viaje a Leningrado. ¿Otra vez? Sí, otra vez, insistió Sophie, y acto seguido Dorothy comenzó a exponer las razones para viajar con Aeroflot con la misma convicción del primer día.

Bajo este fuego de cobertura, Muriel, Gwen y Angharad pudieron retirarse en orden. El plan de actuación con respecto a Dorothy prescribía que cuando esta se embalaba y alguien tenía que sacrificarse por las demás, la que en ese momento fuese la anfitriona diese un paso al frente. El castigo parecía bien repartido, a no ser porque cuando estaban en terreno neutral a Sophie le tocaba más a menudo de lo que le correspondía. Las demás comentaban un tanto avergonzadas que era a la que menos parecía importarle.

En la mesa de las bebidas no había ni rastro de la botella de litro de soave casi llena que Muriel había dejado minutos antes. No obstante, se hallaba a su alcance una mágnam de Orvieto intacta, y se puso a abrirla con toda eficiencia, el cigarrillo en la boca, los ojos entrecerrados.

—Hacía mucho tiempo que no te veíamos por aquí, Angharad —dijo Gwen.

—Es cierto, y tampoco estaría hoy si no hubiese tenido que llevar un reloj a arreglar a ese sitio de Hatchery Road. —La voz de Angharad no era de vieja, hasta el punto de que algunos de los desconocidos que llamaban a su casa todavía trataban a veces de flirtear con ella por teléfono—. Me encontré con Siân Smith, que venía hacia aquí.

—La verdad es que te queda muy lejos.

—Sí, y cuando vengo tampoco me divierto mucho, como habéis podido ver.

—Lo siento por la buena de Dorothy. Nosotras ya estamos acostumbradas. Vimos que te había cazado.

—Espero no tener nunca ocasión de acostumbrarme yo también. ¿Qué le hace pensar a esa mujer que quiero oír sus insignificantes observaciones sobre Rusia, el ruso o los rusos, o sobre cualquier otra cosa?

Angharad no daba la menor muestra no ya de agradecimiento, sino ni siquiera de

darse por enterada del rescate. Por el contrario, su irritación por la conducta de Dorothy pareció aumentar cuando no vio a nadie dispuesto a excusarla. Con atención y aparente curiosidad, había observado cómo Muriel extraía y retiraba el corcho del orvieto; ahora, casi con incredulidad, siguió cada detalle mientras lo servía, manteniendo austeramente a un lado su vaso casi vacío. La gente tendía a olvidarse de Angharad como se olvidaba de su marido, a quien, dicho sea de paso, nadie había visto nunca con ella, lo mismo que nadie había visto por dentro la casa de ambos. La vida doméstica y marital de los Pumphrey era una incógnita tanto en aquellas reuniones para tomar café como en el Bible.

—Bueno, ella es así —dijo Gwen, defendiendo a Dorothy bastante tarde y sin mucho fervor—. Siempre lo ha sido, pero últimamente se ha puesto peor. Como todos.

—No es que yo sea muy amiga suya, que digamos —repuso Angharad, ahora en tono acusador—. Casi no la conozco. Apenas había hablado con ella hasta hoy.

—Estabas allí, y con eso le basta —indicó Muriel.

—¿Qué clase de marido tiene una mujer así?

Muriel encendió otro cigarrillo antes de hablar:

—Es muy buen chico, Percy Morgan. A él no se lo hace. Al menos estando nosotras delante. Se llevan de maravilla.

—Es constructor —añadió Gwen.

—¿Constructor?

—Bueno, construye ayuntamientos y esas cosas —explicó Muriel.

Tras estudiar la siguiente inhalación de humo de Muriel, Angharad volvió a su tema:

—No me ha dejado pronunciar ni una palabra, ni una sola palabra. Ni siquiera decirle lo pesada que se estaba poniendo.

—Siempre hay una persona así en este tipo de guateques —apuntó Gwen.

Angharad arqueó sus pobladas cejas.

—¿Sí, eh? Para ser franca, si fuera solo una persona como esa no me molestaría tanto —dijo mirando educadamente por encima del hombro de Gwen mientras hablaba—. No me importa decirnos que pasará mucho tiempo antes de que yo vuelva por aquí. Esta clase de guateques, como tú los llamas, me supera. Será mejor que me despida. ¿Dónde está... dónde está Sophie?

Las otras dos vieron a Angharad despedirse breve y fríamente de la anfitriona y, sin una mirada a Dorothy ni a nadie más, salir cojeando del salón.

—Eso es lo que yo llamo volverse más afable con los años —comentó Muriel colocándose las gafas en lo alto de la cabeza—. Me ha impresionado que no le importase decirnos lo que nos ha dicho.

—Creía que solo la gente guapa se comportaba así. De todos modos, ¡pobre mujer!, probablemente tiene dolores.

—Eso espero. No nos ha beneficiado nada defender a Dorothy.

—Desde luego, aunque la verdad es que no la hemos defendido mucho.

—Ahora que lo dices, es cierto. No es una gran defensa de un ladrón decir que siempre ha robado.

—Tal vez tendríamos que haber convenido con ella en que Dorothy es terrible.

—Entonces la hubiese tomado con nosotras por conocerla. A algunas personas no hay manera de contentarlas, como probablemente ya habrás observado.

Se inició un revuelo general. Se apuraban los vasos, pero no siempre se dejaban vacíos, porque parecía predominar la idea de que ninguna botella de vino abierta debía quedarse sin beber, tal vez por alguna vieja superstición galesa. Las cosas podían haber ido de otro modo, o simplemente llegado más lejos en la misma dirección, si Sophie hubiese abierto la caja de tres litros de selecto riesling balcánico que había encima del mueble-bar, cuyo contenido de ginebra, whisky y otros licores fuertes estaba por supuesto perfectamente a salvo de las reunidas. Dos o tres mujeres fueron a decir adiós a Sophie, quien sintió tal alivio al poder hablar de nuevo que se negó a dejarlas marchar, al menos hasta que hubo respondido al timbre de la puerta. Siân Smith se cayó pero enseguida se levantó y consiguió llegar al vestíbulo. Cuando volvió Sophie iba acompañada de Peter Thomas. Le había bastado verlo solo en el umbral para saber que había dejado a Charlie en el Glendower. Sin consultarle, y mucho menos ofrecerle un vaso de vino, fue hacia el mueble-bar.

Peter estaba un tanto desconcertado. Tras un momento de vacilación se adentró en el salón con verdadera desgana que después intentó disimular, de modo poco convincente, con una cómica afectación de hastío. Él y Muriel se saludaron con un gesto, y lo mismo o algo parecido hizo con Gwen, Dorothy y con otro par de mujeres. Agitando la mano en el aire lleno de humo dijo en tono de broma:

—Conque a esto es a lo que os dedicáis las atareadas amas de casa mientras vuestros hombres holgazanean y beben como cosacos en el pub.

No era gran cosa, aunque seguramente mejor que nada; se había esforzado por parecer simpático y lo había parecido, al menos para él, pero por lo visto nadie lo oyó y nadie se acercó a él, ni siquiera Dorothy, hasta que Sophie le llevó una ginebra con tónica y se ofreció a ir a buscar hielo, a lo que Peter se negó. Ambos charlaron de algo, probablemente de varias cosas, hasta que Muriel fue a buscarlo y se lo llevó. Si su cara de desconcierto había llegado a desaparecer, entonces ya estaba otra vez en su sitio.

De las invitadas solo Dorothy se quedó. No se movería hasta que, siguiendo el procedimiento habitual, Percy llegase de Pedwarsaint para llevársela, probablemente, aunque no era seguro, mediante el poder de la palabra. No había procedimiento habitual para eso.

—Lo habrás pasado bien en el Bible, supongo —dijo Muriel—. ¿Quién estaba?

Peter se lo dijo:

—Uno se pregunta por qué diablos va, sobre todo cuando una vez allí se encuentra con lo de siempre, y después se da cuenta de que va por eso. Supongo que hubo un tiempo en que hacíamos las cosas para variar.

—Malcolm tendrá un montón de noticias sobre los Weaver.

—Pues sí.

—¿Y cómo habéis reaccionado?

—No nos sorprendió. Recordarás que siempre ha amenazado con volver a sus raíces galesas.

—Quizá lo recuerde, pero eso no significa que me guste hacerlo.

—A mí tampoco. ¿Qué tal la fiesta en casa de Sophie?

—Lo de siempre, como te decía. O sea, agradable sin más. —Sin ninguna pausa perceptible y sin apenas cambiar de tono Muriel continuó—: Desde luego, no es la reunión de tontas, aburridas y locas por la que, según has dejado bien claro, nos tomabas, como te apresuraste a decir. Vaciaste el salón en sesenta segundos. Enhorabuena. Estupendo. Es tu récord por ahora.

Peter, sentado al volante mientras se dirigían a Cwmgwyrdd, se acordó, como tantas veces, de una película que había visto hacía cosa de medio siglo. En ella, un sargento sádico minaba el temple de un soldado en una prisión militar golpeándolo sistemáticamente a intervalos caprichosos, que iban desde más de un día hasta un cuarto de hora, de manera que el pobre hombre nunca sabía cuándo sería el próximo ataque, nunca se sentía seguro. A Peter le parecía que la vida con Muriel se había convertido durante los últimos siete u ocho años en una versión cada vez menos soportable de esa historia. A decir verdad había veces, y esa era una de ellas, en que uno podía estar moralmente seguro de que se acercaba el vapuleo, no por algo que Muriel dijera o hiciera, sino porque durante los últimos minutos había visto salir a la superficie algo desagradable para ella, bien en sí mismo o por asociación de ideas; eso era suficiente para Muriel. No obstante, por alguna extraña razón esa clase de aviso previo apenas suavizaba el impacto. Sintió que la frente se le perlaba de sudor.

—¿Puedo pedirte que lo dejes hasta que llegemos a casa? De lo contrario es posible que me estrellé contra algo. No es una amenaza; solo digo que podría ocurrir.

—Estoy de acuerdo en que podrías estrellarte contra algo en cualquier momento, con esa panza que te obliga a ir echado hacia atrás, tan separado del volante, en una postura, dicho sea de paso, ridícula. —El estilo de Muriel hizo que pareciera que había pasado semanas enteras sin pensar en otra cosa—. No creo que te des cuenta de qué objeto tan poco atractivo eres. Y no me refiero solo al físico, aunque desde luego también pienso en el físico, para empezar. Despides inutilidad, rencor, aburrimiento y muerte. No me extraña que todo el mundo te rehuya.

En un terreno familiar, aquello casi tenía sentido, por muy incómodo que

resultara. Si Peter hubiera deseado la paz, por limitada que fuese, habría hecho bien en dejarlo estar o pedir cuartel. En cambio, se encontró de pronto mostrándose desafiante.

—Da la casualidad de que llegué al final. Ya habían empezado a irse antes de llegar yo.

—Las mandaste a casa deprimidas. Lo que por cierto llevas camino de hacer conmigo. No sé cuánto tiempo más podré soportarte.

—Lo pasado, pasado está. Es una pérdida de tiempo desear que hubiera sido diferente.

—¿Quién ha dicho nada del pasado?

—Tú. Por supuesto que tú. ¿Acaso no es tu gran tema?

Este último proyectil no explotó. Muriel siguió hablando un poco más deprisa de lo que supuestos amigos de Peter le habían dicho sobre él y otras cosas inofensivas. Peter se concentraba cuanto podía en la conducción. Si hubiera estado razonablemente seguro de que se iban a matar los dos en el acto, le habría gustado atravesarse en el carril contrario al pasar algún autobús o camión de una constructora, pero, tal como estaban las cosas, condujo con prudencia dejando atrás el monumento a los caídos en la guerra, el barrio irlandés y el río Iwerne, hasta llegar a lo que había sido en otro tiempo el pueblo minero de Cwmgwyrdd y era ahora un barrio residencial medianamente elegante. A ratos trataba de convencerse de algo que sabía que era cierto: que Muriel no seguiría así siempre y al cabo de unos minutos volvería a ser un tanto mecánicamente afable hasta la próxima vez; pero no acababa de creerlo.

Ya estaban en casa. Se apearon del coche en el garaje de su muy decorosa villa de los años treinta, construida en el lado que daba al mar, que era el más caro. Cuando Peter cerró con llave las portezuelas, Muriel le dirigió una mirada de estudiada neutralidad, indicio de algún cambio de dirección. A él le alegró haberse dejado guiar por su instinto y no haber mencionado las verduras del coche, en esta ocasión del huerto de Vaughan Mowbray. Sacarlas ahora a relucir podría haber llevado a la exigencia de explicaciones sobre lo que tenía en contra de su alimentación habitual y otras cosas.

Ya en el umbral, Muriel dijo:

—¿No creo que esa noticia sobre los Weaver sea buena para nadie.

Al cabo de tantos años se entendían muy bien. Que Muriel dijese eso sin darle importancia significaba que las hostilidades quedaban suspendidas, y aún más, que el tema era ya libre y podía traerse a colación en cualquier momento sin mayores consecuencias. Aún más: como habría comprendido enseguida cualquiera que no fuese él, era un modo de disculparse, o al menos lo más parecido a una disculpa a que iba a llegar nunca de Muriel.

Peter dio vueltas a estos pensamientos en la cabeza mientras iba a sacar del frigorífico un par de palitos de pescado empanado para comer, de modo que no llegó

a plantearse si estaba de acuerdo con lo que Muriel había dicho. Ella se calzó las botas de goma y salió al jardín. Nunca almorzaba.

2

Rhiannon, Alun

1

Un tren, un tren determinado, el que salió de Paddington a las tres y cuarto semanas después de que Peter Thomas hubiese decidido dejar las patatas y los puerros en el coche, surgió del túnel de Severn y entró en Gales. Esa zona se llamaba antes Monmouthshire, pero a causa de una decisión tomada en Londres ahora se llamaba Gwent, por el nombre de un antiguo reino galés o lo que quiera que hubiese antes allí o en los alrededores. Fuera como fuese, era Gales, como Rhiannon Weaver pensó que le hubiera sido fácil adivinar por su aspecto a través de la ventanilla del vagón. No había indicios obvios, como señales de carretera en dos idiomas o fábricas cerradas, pero sí algo, un mayor verdor en la hierba, una suavidad en la luz, algo que parecía muy inglés y sin embargo no era del todo Inglaterra, más una cuestión de sentir que de ver, pero no solo de sentir; algo decadente y triste pero no obstante más sencillo y libre que Inglaterra. Al cabo de diez minutos Newport, después otra hora en tren y diez o quince minutos más por carretera.

Era el último traslado de los Weaver, y esa noche sería la primera en suelo galés como residentes, aunque pensaban pasarla en casa de Gwen y Malcolm Cellan-Davies. Rhiannon había esperado viajar en coche para, entre otras cosas, ahorrarse hacer maletas, pero enseguida comprendió que, para alguien que quería que su llegada no pasase inadvertida, los trenes tenían la gran virtud de aparecer en un lugar concreto a una hora fijada. En cierto modo habría sido mejor ir en avión, pero los vuelos disponibles solo llegaban hasta Rhoose, que tenía el inconveniente de ser el aeropuerto de Cardiff.

Apartó la cabeza de la ventanilla y vio que Alun, en el asiento contiguo, le lanzaba una de sus sonrisas radiantes con los ojos entrecerrados y la boca ligeramente abierta. La sonrisa significaba más o menos que, a pesar de todo, lo que no era poco, la adoraba, y que ella sabía, también a pesar de todo, que no había nadie como él. Rhiannon habría tenido que estar de acuerdo con Gwen en que Alun era un hombre muy guapo, o, más que muy guapo, notablemente guapo, al menos teniendo en cuenta la vida que llevaba. La piel se mantenía bien, solo tenía un color rosáceo, como después de todo un día viendo críquet. La famosa melena, en otro tiempo y durante muchos años de un tono bronce oscuro, era ahora blanca como la nieve, mucho más blanca, en cualquier caso, que el gris entreverado y mortecino que tendría de haberla dejado tal cual. La mayoría de sus amigos estaban seguros de que, en este aspecto como en otros, Alun enmendaba la plana a la naturaleza, pero pocos hubiesen

sospechado que era Rhiannon quien le aplicaba el blanqueador mientras los dos se reían y bebían.

De pronto Alun se enderezó bruscamente y empezó a hacer señas al camarero del vagón restaurante, que había aparecido por la puerta del fondo. El hombre sonreía y asentía con la cabeza mientras avanzaba hacia ellos a toda velocidad, pero Alun seguía haciéndole señas. Tras él se acercaba con menor apresuramiento otro camarero, más joven y de inferior categoría.

—Lamento el retraso, señor Weaver. —El primer camarero parecía realmente apenado mientras descargaba un botellín de Whyte & McKay, un lata de cerveza de jengibre Idris y algo para picar—. Siempre se llena antes de Newport —añadió. A continuación su actitud cambió por un momento para adquirir un aire de relativa consternación—. Dijo usted sin hielo, ¿verdad, señor Weaver? Así pues, ¿tienen todo lo que querían? ¿Señora Weaver? ¿Seguro? ¿Nada para comer? —Tras lanzar una rápida mirada por encima del hombro agregó, pronunciando las palabras en un susurro a fin de demostrar que no eran para todos los oídos—: Emparedados calientes, beicon o queso azul danés y encurtidos. ¿Seguro que no quieren nada?

Alun dijo que no y soltó una sarta de expresiones de agradecimiento mientras pagaba y daba una propina moderada.

Tras asegurar que había sido un placer, Emrys dijo:

—Hay aquí un joven que casi me ha pedido de rodillas que le diese la oportunidad de conocerlo. Permítame presentarles a Darren Davies. El caballero es el señor Alun Weaver, oficial de la Orden del Imperio Británico.

Obligó al camarero de inferior rango a adelantarse. Este parecía un tanto incómodo y en absoluto la clase de persona que se muere por conocer a un viejo galés famoso por algo que no entiende, pero consiguió esbozar una sonrisa.

Alun se levantó como movido por un resorte y le estrechó la mano.

—En realidad soy comendador de la Orden del Imperio Británico. ¿Qué tal, Darren? ¿De qué parte de Gales eres?

—De Llangefni, en Anglesea.

—Sí, Darren es un galés del norte —dijo Emrys con el mismo tono resuelto que habría utilizado para anunciar que el muchacho era futbolista o católico romano.

—Anglesea es precioso. Estuve allí hace un par de años. En Aberffraw. Ahora, Emrys, no debo apartarle más de sus obligaciones, no sería justo para los demás pasajeros.

—Muy bien, señor Weaver, pero antes de irme quiero decirle solo una cosa: estamos todos encantados de que usted y la señora Weaver hayan decidido vivir entre nosotros en Gales del Sur. Y orgullosos también. Muy honrados.

Tras decir que estaba agradecido y muy conmovido, desembarazarse de Emrys y Darren y conseguir que bajaran la mirada los pasajeros sentados cerca, no todos respetuosos ni comprensivos, Alun se volvió hacia Rhiannon y alzó las cejas con una mezcla de tristeza y resignación.

—No hay más remedio que pasar por esto —dijo como tantas otras veces.

—Naturalmente —repuso ella en el mismo tono.

—Esta noche dirá en el pub que ese pelmazo de Alun Weaver iba en su tren. Había dicho algo similar otras veces, aunque no tan a menudo.

—Tonterías; estaba emocionado, se le notaba.

—Al menos mucho más de lo que hubiera estado si llego a pedirle que me traiga uno de esos malditos emparedados de beicon.

En la estación de Cambridge Street, durante casi un minuto pareció que Alun no tendría nada que hacer, pero enseguida apareció un hombre rechoncho con un impermeable blanco que llevaba en la mano lo que a Rhiannon le pareció una pequeña pieza de alguna máquina.

—¿Alun Weaver?

—Sí. ¿La BBC?

—Jack Mathias. No, Glamrad —dijo con voz ronca el otro, refiriéndose a la emisora de radio comercial local.

—¡Ah, muy bien! —Alun miró en vano a su alrededor durante un momento y después se puso en marcha—. Me alegro de verlo, señor Mathias, y gracias por venir. Espero que no haya tenido que aguardar demasiado. ¿Qué puedo hacer por usted?

Mathias indicó que Alun y él podían ocuparse de su asunto en un banco público del andén. Estaba resguardado, pero llegaban ráfagas de llovizna y había mucho ruido de gente y trenes.

—¿No podemos ir a algún sitio más cálido? —preguntó Alun—. ¿Y más tranquilo?

Ladeaba la cabeza de un modo antinatural para evitar que el viento le alborotase el pelo.

—Lo siento, necesitamos el ruido para la emisión. —Mathias preparaba con movimientos de experto la grabadora que había dejado a su lado en el banco—. Sonido ambiente. Uno, dos, tres, cuatro, probando, probando.

—¿Va a necesitar a mi mujer para algo?

—No.

Era evidente que la pregunta le había desconcertado.

—Está bien. —La cara de Alun traslucía que le fastidiaban todos aquellos trámites, pero también que los aceptaba. Le dijo a Rhiannon—: Ve a tomar una taza de té, cariño. No hace falta que sigas aquí.

Rhiannon pensaba lo mismo, pero prefirió quedarse para ver, o mejor dicho oír, el comienzo. Pronto, lo bastante pronto para que constituyera una leve humillación, Mathias estuvo preparado. Todavía no había mirado a ninguno de los dos a los ojos.

—Alun Weaver, estación de Cambridge Street, toma uno —dijo dirigiéndose a nada en particular—. Dígame, ¿qué se siente al volver a vivir en Gales después de tantos años fuera?

—Muchas cosas serias y alegres y de todos los colores, pero una por encima de

todas: que vuelvo a casa. Esa palabra tan corta como rica y sonora significa una sola cosa para un galés como yo, nacido y criado en esta tierra de ríos y colinas, y esa cosa, esa cosa milagrosa, es Gales. Cincuenta años de exilio no podrían romper ese lazo tan fuerte. El corazón está allí donde está el hogar, y el corazón de un galés...

La voz cálida y alegre no tardó en perderse cuando Rhiannon echó a andar hacia la barrera llevando el bolso de viaje que Emrys se había empeñado en que dejaran llevar a Darren. Caminaba muy erguida y todavía respondía físicamente a gran parte de la descripción que Malcolm había hecho de ella, aunque sus ojos grises nunca habían tenido el toque azul que él había dicho que veía en ellos.

En sus dos viajes recientes a aquellos pagos había ido en coche y hacía más de diez años que no veía la estación. Hasta ahora, con excepción de los letreros, era más o menos igual que antes, y por supuesto la vista era la misma, la ladera de una colina con aquellas inconfundibles casitas adosadas, algunas alineadas de izquierda a derecha y otras de arriba abajo, entre trechos de pradera con tramos de acantilado de roca pelada, unos pocos árboles y ni un solo color vivo. Rhiannon siempre había pensado que era increíblemente típico, puro Gales del Sur, aunque no del que salía en las postales, y al mirarlo ahora bajo la fina lluvia se dio cuenta de que lo había recordado exactamente como era.

El vestíbulo de la estación estaba más o menos irreconocible: cafetería, agencia de viajes, fotomatón y pantalla electrónica de salidas y llegadas. Bajo esta vio en la pared, una placa conmemorativa, tal vez la que a Alun le había sentado tan mal que no le pidieran que descubriese el año anterior. Tras una ojeada entró en la cafetería, donde todo lo que no era rojo, azul o amarillo de cuaderno para colorear era negro. El surtido de comidas y bebidas era escaso y solo servía una chica que parecía estar esperando algo o a alguien que no era Rhiannon, y que, como el entrevistador, ni siquiera la miró. Cuando perdió toda esperanza de lo que quiera que fuese, se acercó y, sin decir palabra, le puso delante una taza de té.

Mesas y sillas estaban sujetas a un soporte asegurado en el suelo para evitar que los clientes las levantaran y emplearan como arma arrojada. Rhiannon no recordaba que los galeses hubieran caído nunca en esa clase de comportamiento, pero probablemente también eso había cambiado. El té era tan repulsivo como el que servían en la antigua cantina de la estación, aunque diferente; pero estaba caliente. Mientras lo tomaba se preguntó qué esperaba Alun, por qué aquel hombre de la radio había supuesto una decepción. ¿El alcalde, el parlamentario local, el presidente del Consejo de las Artes Galesas, una muchedumbre de admiradores con sus libretas de autógrafos? ¿Un equipo de televisión? Alun hacía mucha televisión y sabía más de eso que ella, pero...

Rhiannon nunca se había parado a pensar en lo importante o conocido que Alun creía ser, e incluso que era, salvo muy por encima, pero en ocasiones como aquella pasaba por su mente la idea de que su marido tal vez se tomara demasiado a pecho esa parte de su persona. Quizá fuera algo intrínseco a la clase de escritor que era. Y

tampoco acababa de entender por qué siempre decía que quería que lo consideraran ante todo un escritor y luego se desvivía por ir a la televisión y ser entrevistado.

Ahora lo vio aparecer, dirigirse a grandes zancadas hacia la puerta de cristal, detenerse de pronto cuando alguien lo reconoció, estrecharle la mano, sonreír, asentir con entusiasmo y escribir algo, no precisamente en un cuaderno de autógrafos, pero qué más daba. Era una suerte. Sin embargo, cuando llegó junto a ella lucía su expresión de descontento, con el ceño fruncido y un tic en la nariz.

—Ese tío era un gilipollas —dijo mirando a Rhiannon—. Un verdadero gilipollas. ¿Sabes qué me ha preguntado? Si creía que mis libros se vendían todavía razonablemente bien. ¿Qué te parece? Y cuando le he contestado con malas maneras, ¿qué otra cosa podía hacer?, me ha dicho que se refería a Inglaterra tanto como a Gales. Joder, ni que se lo hubiesen contado. —Siguió mirándola un momento antes de dejar caer los hombros y echarse a reír, y ella lo imitó—. Salgamos de aquí. Perdón, acaba tu té. ¿De veras que no?

Salieron y se detuvieron donde un letrero que antes rezaba «Taxi» decía ahora «Taxi/Tacsi» en beneficio de los galeses que nunca habían visto una equis. Empezaba a oscurecer y se iban encendiendo las luces, que se reflejaban en el pavimento húmedo. Parte de lo que Rhiannon veía continuaba igual o había cambiado muy poco, pero otras cosas que recordaba bien, desde el antiguo hotel Mountjoy Arms, con su friso verde y marrón de figuras clásicas, hasta aquella tienda falsamente rústica donde vendían unas rosquillas estupendas, habían desaparecido sin dejar rastro, de modo que era imposible decir siquiera dónde habían estado. Pero la ciudad seguía siendo el sitio donde habían transcurrido algunas de las etapas más importantes de su vida.

Cuando pasaron treinta segundos sin que apareciese ningún taxi Alun empezó a chasquear la lengua.

—Podía haber venido a buscarnos Malcolm. Ese hijo de puta holgazán...

—Le dijiste delante de mí que no viniese porque el tren podía llegar con retraso. Y así ha sido, por cierto.

—¡Ah! ¿Dije eso? A lo mejor por eso no ha venido. En parte, digamos.

Al cabo de otro minuto, tan largo como todos los que uno pasaba junto a Alun, llegó un taxi, y de modelo londinense, raro en esa parte del mundo. En cierta forma eso le molestó. Cuando arrancaron se instaló en el traspuntín, detrás del taxista, y trató de hablarle a través de la mampara de cristal abierta, para lo cual tenía que gritar y pedir una y otra vez que le repitiera lo que acababa de decir. Cabía deducir que esperaba un sedán corriente con un asiento de pasajero delante. Al fin abandonó la lucha y se sentó junto a Rhiannon.

—No hay modo de tener una conversación como es debido en estas condiciones.

—Pues claro que no. ¿Para qué la quieres?

—Me gusta charlar con los taxistas y la gente cuando estoy aquí. Es algo muy galés. Se trata de una relación completamente diferente de la que se tiene en Inglaterra. Resulta difícil explicarlo.

—No hace falta que me lo expliques a mí. También soy galesa, muchacho.

—Vete al cuerno —dijo Alun apretándole la mano.

2

Rhiannon y Gwen se sentaron en la cocina cuando Alun y Malcolm se fueron al Bible a tomar unas cervezas antes de cenar. Habían sido amigas íntimas en la universidad, miembros de un trío que completaba Dorothy Morgan. Gwen había expuesto sus argumentos para excluir a Dorothy de las actividades de esa noche, pero Rhiannon los había desestimado, basándose sobre todo en que se trataba de su inauguración, por así decirlo. Por lo tanto habían hecho circular una falsa hora de llegada y no habría moros en la costa durante un buen rato.

Para Rhiannon, como para Malcolm, aquella cocina, larga y estrecha, sin apenas sitio para seis personas, no era atractiva. En ese momento hubiera sido difícil encontrar una superficie libre lo bastante grande para preparar té, el fregadero estaba lleno de sartenes, no puestas a remojo, sino simplemente tiradas allí, y de los ganchos para tazas del aparador colgaban dos o tres camisas de Malcolm. Eso hizo que recordara la habitación de Gwen en Brook Hall, la residencia femenina: impecable los lunes por la mañana y convertida en una leonera asquerosa a la hora del té, con sandalias, mermelada y fichas de lectura, además de arena en el suelo durante el curso de verano. Siempre había algo más urgente que hacer, solía decir. Cabía pensar que ahora sería distinto, pero entonces las cosas nunca funcionaban.

Rhiannon se dio cuenta con un leve sobresalto de que la botella de vino blanco que tenía delante no era la misma que ambas habían empezado no hacía mucho. Esta tenía la etiqueta verde en vez de azul y blanca y ya estaba medio vacía. La emoción de estar allí y la repentina sensación, vaga y de origen desconocido pero aun así real, de que no habían dejado de ocurrirle cosas, de que le aguardaban posibilidades desconocidas, le habían provocado un estado de exaltación. ¿Cuántas copas había bebido? ¿Dos, tres? En todo caso más de lo sensato en ese momento. No convenía empezar a seguir los pasos de Dorothy, si eran los que Gwen había dicho poco antes y repetía ahora.

—Terrible. Sophie tuvo que decirle que no había más vino y Charlie trató de convencerla en broma de que tomase whisky. Si llega a hacerle caso...

Si alguien estaba siguiendo los pasos de Dorothy, pensó Rhiannon, tal vez fuera Gwen. El equivalente de una botella había bajado ya por aquel gazon desde el comienzo de la sesión y en la casa no había nadie que pudiese decir cuánto había trasegado antes. La minihistoria de Dorothy y el whisky salía a relucir por segunda vez esa noche. Qué lejos parecía quedar la Gwen que solo bebía cerveza con gaseosa en los tiempos de Brook Hall... Por lo demás no había cambiado: un tanto entrometida, un poco maliciosa, pero sensata, lista, práctica, y ahora como entonces

la única capaz de adivinar las imposturas y las falsas pretensiones. Parecía la misma de siempre cuando, mezclando vacilación y descaro, dijo:

—No he tenido ocasión de preguntártelo antes, querida, pero ¿qué te parece lo de volver a vivir aquí?

A Rhiannon le habría gustado oír a Alun responder a esa pregunta.

—Siempre pensé que acabaría regresando —contestó sin entusiasmo—. Casi todos los galeses con quienes he hablado en Londres dicen lo mismo.

Y en cualquier caso, ¡maldita sea!, aquí estoy, le dieron ganas de añadir.

—Pero la mayoría no viene. Se han adaptado donde están, diría yo. Fíjate, siempre pensé que tú y Alun habíais echado raíces en Highgate. Sobre todo tú, Rhi. Cortaste con todo esto, al menos en los últimos años. No como Alun. Él ha seguido relacionándose con, bueno, un montón de gente aquí y allí.

—Sí, y lo lamento, pero ya sabes, lo vas dejando y de repente te encuentras con que es demasiado tarde, al menos sin un montón de explicaciones.

—Desde luego. Y después la muerte de tu madre, que era a quien venías a ver. Pero no tardaréis en volver a coger el hilo.

Se hizo un silencio que era claramente un intervalo antes de que Gwen volviese a su tema preferido. Rhiannon dejó que transcurriese; nunca le había molestado el silencio. En esta ocasión lo llenó en parte pensando en que una de las razones por las que no había acompañado a Alun en sus viajes a Gales, la que al parecer siempre le había venido primero a la mente, era darle carta blanca para que tratara con ciertas personas, como la esposa de aquel médico de Beaufoy o aquella mujer con un peinado llamativo que había sido subdirectora del hospital psiquiátrico. A su vuelta era un marido modelo durante días, durante semanas. Pero Rhiannon no iba a contarle a Gwen nada de eso, y tampoco que esperaba que Alun empezase a buscar personas a las que «tratar» en Capel Mererid o más lejos, una vez instalado allí.

Gwen la miró con aire comprensivo, preocupado.

—Pero ¿tú querías venir? Es decir, ¿no te convencieron, aunque fuese amablemente?

—No —contestó Rhiannon tratando de no parecer demasiado tajante.

—¿No has tenido ciertas dudas? Sé que guardas recuerdos dolorosos de los viejos tiempos. —Gwen se había puesto triste, como si parte de lo sucedido le hubiese ocurrido a ella también—. ¿No te da miedo removerlos?

Por mucho vino que hubiesen bebido parecía un poco pronto para entrar en tales asuntos, pero en algún momento tenían que salir a relucir.

—Un poco. Pero ha pasado mucho tiempo. Es decir, si te refieres a lo de Peter. Nunca pienso en ello.

—Por supuesto, pero tampoco puedes olvidarlo.

—No, pero puedes dejar de lamentarlo, y es lo que he hecho. No vale la pena.

—No, pero las mujeres tenemos la fea costumbre de sentir cosas que no vale la pena sentir.

—Ya te entiendo. Supongo que he tenido suerte.

Rhiannon quería decir algo así como que había ocasiones en que una persona podía consentir el delito en la medida en que afecta a otra persona e, incluso una vez que los tiempos habían cambiado por completo, para mejor, eso seguía así, inmutable, pero era algo que nunca le había dicho a nadie. Ahora preguntó, pues deseaba saberlo, aunque no necesariamente por boca de Gwen:

—¿Cómo está Peter? ¿Lo ves a menudo?

—No mucho. Malcolm coincide a veces con él en el pub. Parece que está bien, para su edad. Ha engordado bastante. Y, bueno, tengo la impresión de que no está muy contento con la vida.

—Ya se habrá jubilado.

—Según Malcolm, no habla bien de nadie ni de nada.

—No es el único. Muriel sigue por aquí, supongo.

Ante este nombre, se miraron y, como si se hubieran puesto de acuerdo, frunció el ceño, pestañearon y silbaron de forma muy parecida. Instintivamente se inclinaron la una hacia otra.

—Sí —dijo Gwen—, por aquí sigue. Está muy rara, como se suele decir.

—Yo apenas la conozco. En realidad no puedo decir que la conozca.

—Nunca sé lo que está pensando. Siempre tan educada, tan agradable, y no tengo ni la menor idea de lo que hay en su cabeza. Soy incapaz de adivinar lo que pasa por su mente.

—Te echa esa mirada que parece que está midiéndote, evaluándote. En realidad no la veo desde Dios sabe cuándo.

—Puede que nos quiera mucho a todos, pero, no sé por qué, lo dudo.

—No es exactamente fría, porque en cierta manera se muestra muy cordial. Es que no va con su voz.

—Me pregunto cómo se llevarán esos dos. Es divertido verlos juntos. Como dos personas que trabajan en el mismo sitio y no tienen más remedio que hacer buenas migas mientras están allí, pero puedes apostar a que una vez fuera procuran evitarse. Como delante de los criados.

—¿Qué? —Rhiannon se preguntó si estaría quedándose dormida—. ¿Sabe algo Malcolm, quiero decir por sus amigos?

—No lo sé. A veces veo una expresión horrible en la cara de Peter cuando cree que nadie lo mira. Como de sufrimiento, de aflicción.

—Sí, conozco esa expresión afligida de los viejos tiempos. Yo solía decirle que no era más que un...

Como la cosa quedó ahí, Gwen dijo:

—La que también pimpla que da gusto es la buena de Muriel. No de manera habitual, no todos los días, solo de vez en cuando, pero entonces... ¡uf! No se le nota, pero siempre que veo por casualidad su vaso lo tiene lleno o vacío. No es que lo suyo sea nada especial, no, porque ahí está Dorothy... —Hizo una pausa, tal vez para tratar

de recordar si ya le había contado a Rhiannon lo del whisky. En tal caso, el esfuerzo no fue baldío, pues continuó—. Y Charlie, por supuesto...

—Hace que no veo a Charlie...

—Es inútil esperar que diga algo sensato después de las seis de la tarde. Ahora tiene un restaurante en Broad Street. A medias con su hermano. No sé si te acuerdas de Victor. No es un tipo que me caiga muy bien. Es... ya sabes.

—Quieres decir que...

—Ya sabes —repitió Gwen asintiendo con lentos movimientos de la cabeza—. Se supone que en estos tiempos eso no tiene importancia, pero no puedo evitarlo. Digamos que me han pillado ya mayor. Durante años ni siquiera sabía que existía semejante cosa. Y es que entonces no había, al menos en Gales. La primera vez que oí hablar de ellos estaban en sitios como París y Londres. Oscar Wilde, ya sabes. Dirán lo que quieran de la Iglesia, pero al menos los contenía. Y ayudaba a los necesitados. No podían disfrazarse ni esas cosas.

Rhiannon recordaba a Gwen hablando de ese modo en su habitación de Brook Hall, sobre chicos entre otros temas, diciendo lo que probablemente pensaba, pero en un tono de broma que la permitiese quedar libre de toda sospecha. Según Dorothy, cuyo fuerte siempre había sido la psicología, eso demostraba inseguridad. Fuera lo que fuese lo que demostraba, era divertido escucharlo, pero tendía a amortiguar la conversación, y eso estaba ocurriendo ahora. Gwen parecía haberse agotado, aunque sobre eso no diese muestras de estar insegura.

—Ese hermano mariquita de Charlie... —dijo Rhiannon.

—Sí, Victor. Lleva el restaurante con su... con un amigo suyo. Lo único que tiene que hacer Charlie es hablar con los clientes, darle al whisky y decirse a sí mismo que está trabajando. Nada bueno para la salud. A veces se queda dormido sentado a la mesa o la barra y Victor lo manda a casa en un taxi.

—No es vida para Sophie.

—No creo que le importe demasiado. Tiene esa tienda..., una especie de boutique —explicó Gwen en respuesta a la rápida mirada de Rhiannon, y por desgracia se apresuró a seguir—. Lo que pasa es que Charlie no tiene nada más que hacer y puede permitírselo. Me doy cuenta del problema de los jubilados. De repente se encuentran con que la noche empieza después del desayuno. Son muchas horas sin nada por lo que estar sobrio, o nada durante lo que estar sobrio de modo natural, para entendernos... Nos reíamos del padre de Malcolm porque marcaba los programas en el *Radio Times* con lápices de diferentes colores. Nunca lo encontré oyendo ninguno, pero así mataba una hora. No le sentaba bien beber al pobre hombre. Algunos tenemos mucho por lo que estar agradecidos.

Al ver a Gwen volver a llenar su vaso y dejar caer un pequeño chorrito, Rhiannon se preguntó qué se diría a sí misma que estaba haciendo, si es que se decía algo. ¿Es que no sabía lo que hacía? Como le habría ocurrido a cualquier esposa de Alun, Rhiannon estaba casi tan acostumbrada a que las personas se emborrachasen como a

que tomasen un trago, pero también había aprendido que había otra fase más. Y resultaba un tanto descorazonador observar, un par de horas después de haber llegado para vivir entre ellos, que allí todos parecían alcanzar como cosa normal esa fase, cuando no eran raros de algún modo, o tenían, como Muriel, un toque de ambas cosas.

Gwen se estaba poniendo otra vez seria e inquisitiva.

—¿Cómo reaccionaste ante la idea de estableceros aquí? —le preguntó.

Aquello no tenía por qué ser pura divagación; era un truco de Gwen para seguir volviendo a un tema hasta que su curiosidad quedaba satisfecha o bien defraudada por completo, una opción apenas mejor que la de la divagación en opinión de Rhiannon.

—Me hizo mucha ilusión —contestó en voz quizá demasiado alta.

—¿No te importa que te lo pregunte? Supongo que hablarías largo y tendido antes de tomar la decisión.

—En realidad, no, fue cosa de un momento.

—Ya. ¿Quién tuvo antes la idea?

—Descubrimos que los dos llevábamos algún tiempo pensándolo.

—Pero ¿quién fue el primero en plantearlo? ¿Fuiste tú? Me interesa.

—No, fue Alun. Lo propuso una mañana mientras estábamos desayunando.

—Y tú aceptaste enseguida.

—Sí. Fue como si ya tuviese tomada la decisión. No sé por qué.

—Supongo que tendrías un montón de amigos en Highgate.

Rhiannon asintió con un movimiento de cintura para arriba.

—Sí. Mira, querida, si estás tratando de conseguir que diga que fue Alun el que quiso venir y que me obligó a aceptar, pierdes el tiempo. Él tenía más ganas de venir que yo, pero a mí también me hacía ilusión. No es que eso importase demasiado en la decisión si veníamos o no.

—¿Siempre haces lo que él quiere?

—Sí, desde luego, tratándose de cosas de este tipo. Es él quien gana el dinero.

—Permites que ese hombre te trate a patadas, Rhi. Te dije que lo haría.

—¿Me lo dijiste? Bueno, pues esta vez no lo ha hecho.

Al oír eso, Gwen pareció darse por vencida. Fue cortando trocitos del paquete de cigarrillos, los amontonó en las partes vacías del cenicero y sopló cuidadosamente la ceniza de la mesa. A continuación dijo con una sonrisa extraña:

—¿Cómo está Alun?

Eso sonó muy bien durante medio segundo, como una pregunta fácil en un examen: cualquier cosa que se te ocurra decir sobre el tema valdrá. Rhiannon estuvo tentada de responder con un informe detallado sobre el chequeo médico que Alun se había realizado el mes anterior, destacando la parte donde el médico le había dicho, al parecer con cierta frialdad, que tanto su hígado como su corazón y sus pulmones se hallaban en excelente estado. Pero pensó que tenía que ser un poco más amable. Vio

que ahora Gwen sonreía con las cejas arqueadas. ¡Qué surtido de expresiones tenía!

—Está como siempre —dijo—. Sigue tan jovial y animado, excepto cuando no quiero que lo esté. Para mí eso es lo más importante.

Sus palabras no sentaron demasiado bien. Gwen se levantó al instante y fue tambaleándose hasta el cubo de la basura, que estaba detrás de Rhiannon. Tras dejar caer ruidosamente la botella vacía, se la oyó golpear el cenicero contra el borde. Siguió un silencio, probablemente mientras se recuperaba. Cuando habló, estuvo claro por el sonido de su voz que lo hacía vuelta de espaldas. Rhiannon se removió incómoda en su silla.

—A Malcolm le sorprendió mucho tu carta. Habíamos oído algo, pero nada seguro. Fue una tremenda sorpresa para él.

—No desagradable, espero.

—Por supuesto que no. Le produjo una gran alegría. —Un taponazo indicó lo que Gwen había estado haciendo mientras se hallaba fuera de la vista—. Pero también algo más, lo sabes bien, Rhi.

Gwen apareció con la nueva botella y el cenicero vacío, pero todavía sucio, y se precipitó a su asiento.

—Fuiste su primer amor —afirmó con toda naturalidad.

—Me alegro de saberlo. Es uno de los hombres más agradables que he conocido.

Las palabras de Rhiannon eran sinceras, y no comprendía por qué le disgustaba tanto pronunciarlas.

—Nunca habla de ello —repuso Gwen mirando su reloj—. Nunca cuenta qué ocurrió.

—La verdad, Gwen, es que no hay nada que contar. No ocurrió nada de nada.

Rhiannon sintió casi admiración por su amiga, a la vez que cierto deseo de abofetearla por el modo en que aceptaba lo que le decía sin andarse con tonterías de que lo creía o incluso no lo creía. Gwen terminó de asentir con la cabeza y estuvo un rato jugueteando con su copa, que había vuelto a llenar, y moviendo las cejas, como para decir que ahora venía el golpe. En el momento en que contenía el aliento para soltarlo, sonó el timbre de la puerta, un ruido perentorio, como de oficina. Cuando unos segundos después se oyó la voz de Dorothy, Rhiannon rió para sus adentros.

Dorothy entró, abrazó un buen rato a Rhiannon, pidió disculpas por llegar demasiado pronto, quiso que le contara todas las novedades y escuchó, o al menos estuvo callada y observando, mientras la otra explicaba algunas. Una conducta tan sorprendente intrigó a Rhiannon y por supuesto desconcertó a Gwen, quien estuvo por lo menos dos veces a punto de interrumpirla para protestar diciendo que todo aquello era una comedia destinada a desacreditarla, que resultaba de lo más antideportivo y no tardaría en venirse abajo. Al menos en esto último tuvo razón, porque Dorothy se echó al colete su primera copa de vino en poco más de diez minutos y la segunda en algo menos, y no antes de que Alun, Malcolm y Percy volviesen del Bible, pero sí mucho antes de que acabase la velada, empezó a

hablarles a todos, y luego solo a Gwen, de una tribu de probablemente Nueva Guinea sobre la que había estado leyendo, cuyos miembros construían en los árboles casas que nunca ocupaban y que tal vez en una época lejana estaban concebidas como morada de los espíritus de sus antepasados, pero tal vez no, y otras cosas por el estilo. Sin embargo, cuando llegó el momento se fue dócilmente, y tardó menos de un cuarto de hora en desplazarse desde el recibidor hasta unos metros más allá. En ese lapso de tiempo invitó más de una vez a Gwen y a Rhiannon a tomar café en su casa a la mañana siguiente.

—¿Se comporta siempre así ahora? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Alun mientras él y Rhiannon se desvestían en el pequeño dormitorio de invitados—. Algo comentó Malcolm.

—En gran medida, desde luego, pero creo que esta noche ha sido sobre todo la emoción de vernos.

—De verte a ti, dirás. A mí nunca me ha hecho mucho caso. —En equilibrio sobre una pierna, Alun sacudió la otra con tremenda fuerza para librarse de esa parte de los pantalones—. No sé por qué.

Rhiannon se metió en la cama y se enfrascó en la importante tarea cotidiana de dar a su almohada la forma adecuada.

—Cuando llegó estaba serena.

—Sí, cuando alguien le da a la botella todo el día y a diario llega a tener una especie de flotador, de equilibrio. Basta con que empine el codo un poco más de la cuenta para que quede fuera de juego.

—Pobrecita.

—Que le den por culo a la pobrecita —dijo musicalmente Alun tras meterse también en la cama. Apagó la luz, se acostó y se abrazó a Rhiannon como hacía todas las noches o, mejor dicho, todas las noches que estaba con ella—. Los pobrecitos somos nosotros, que tenemos que aguantarla. Y el bueno de Percy el más pobrecito de todos.

—Creo que sabe manejarla. No, quiero decir que ella parece darse cuenta de lo que pasa. Estuvo serena todo el día porque quería estar bien para encontrarse conmigo, su antigua amiga. Eso significa que debe de saber que normalmente no lo está.

—Puede que lo sepa o puede que no, pero es evidente que no le importa o de lo contrario no se pondría así.

—No creo que pueda hacer mucho por evitarlo; es un poco tarde para eso.

—Si pudo evitarlo una vez podrá evitarlo otras. —Alun tuvo que hacer frente a un intenso ataque de sorbetones con la nariz, carraspeos y gruñidos. Cuando al fin terminó, dijo—: La buena de Gwen tampoco se ha quedado corta.

—No. Ni mucho menos. Y antes no lo hacía. Creo que ha cambiado.

—Imagino que décadas de curdas no pueden por menos de dejar huella en el carácter. ¡Dios todopoderoso!, ¿entre qué clase de gente hemos caído? De todas

formas puede ser divertido. En cierto modo al menos. Lo bueno de ti, cariño, es que nunca tendrás ningún problema en ese aspecto. Ni en ningún otro. Es maravilloso saberlo.

Al cabo de un par de minutos retiró los brazos y se dio la vuelta hacia su lado de la cama. No era lo que hacía todas las noches.

3

Unos días después, Cambria Television se dispuso a grabar una entrevista con Alun en la casa que los Weaver habían alquilado en Pedwarsaint, el antiguo pueblo de pescadores convertido en urbanización en el que, o cerca del que, esperaban establecerse. Del muelle ahora desaparecido salían en el pasado numerosas barcas para capturar ostras en la curva que se extendía hasta la isla de Courcey por el este, y vendían sus capturas desde Bristol hasta Barnstaple, hasta que la sobrepesca y la contaminación industrial hicieron desaparecer los bancos de esos moluscos ya antes de la Gran Guerra. Ahora había allí un puerto deportivo, terminado el año anterior, que frecuentaban los propietarios de casinos medianos o de pequeñas cadenas de lavanderías automáticas de Birmingham y lugares más al norte, los cuales llegaban los fines de semana por la M5 y la M4 o, cada vez más, en aerotaxi a la pista de Swanset, en Courcey. Y, por supuesto, donde no hacía tanto se ofrecía merluza con patatas fritas, berberechos en conserva, empanadas de cerdo y pintas de cerveza, ahora se servían canelones, paella, *stifado*, latas de Foster's, botellas de rioja y —ni que decir tiene— de courvoisier y puritos largos, lo mismo que en cualquier otro sitio.

Con excepción quizá del detalle de las ostras por su potencial elegíaco, nada de esto hubiera merecido la atención de Alun, y menos ese día. Estaba entusiasmado por la presencia de la televisión, más por la simple perspectiva de aparecer ante las cámaras que por el hecho de haber tenido que recurrir a todo para conseguir un espacio, incluso el principal, en *La semana en Gales*. Sin embargo, era necesario. Quizá, mirándolo bien, la cosa no fuera tan insignificante, después de todo se había trabajado Inglaterra, había sacado de ella cuanto podía sacar; no podía esperar ser omnipresente allí. En Gales sí podía, o al menos iba a intentarlo con todas sus fuerzas.

La casa pertenecía a un funcionario notablemente opulento de un departamento de vivienda local que en ese momento estaba de vacaciones con su mujer en el Caribe, un hombre cuya futura amistad no sería, con un poco de suerte, mala cosa. Como tampoco lo sería que lo filmasen en aquel suntuoso salón, al menos por lo que al *hoi polloi* se refería. A los izquierdistas demasiado rigurosos que tal vez pensarán que había demasiada plata, cristal y madera cara los aplacaría, cuando le preguntasen por sus planes de futuro, hablando de su rápida mudanza a un lugar más modesto y

mirando alrededor con una expresión un tanto irónica. En aquel momento aún no había perfilado del todo tretas menores como esa, pero era un firme partidario de pensar con la mayor antelación posible en tales cuestiones.

Ahora se propuso congraciarse con el equipo, pero de un modo circunspecto, no de la manera que había sido más que suficiente para Emrys en el tren. Se daba cuenta de que cualquier cosilla tenía un gran efecto con aquella clase de jóvenes, en especial una simple muestra de lo que podía describirse, aunque injustamente, como palabrería, chorradas galesas. Tras haber hecho lo que pudo en ese aspecto, volvió su atención hacia el entrevistador, un joven rubio con una chaqueta color vino en el que no había nada galés y que le hizo saber, con envidiable rapidez y claridad, que aquella tarea matinal no era más que el tipo de cosas que tenía que soportar mientras esperaba a que le dieran un trabajo adecuado lejos de allí. En otras circunstancias Alun le hubiese ajustado las cuentas en cinco segundos, pero se concentró en no darse por enterado y en no tratar de ganarse la simpatía de aquel jovencito capullo; eso tenía que venir de un modo natural o no vendría.

La entrevista fue bastante bien. Alun no tardó en percatarse de que el muchacho no tenía ningún enfoque concreto, de que, como solía ocurrirles a los jóvenes como él, solo le preocupaba dejar bien clara su superioridad. Así pues, la manera de proceder tenía que ser la de saber mucho, ver mucho, interesarse mucho, pero solo de un modo impredecible, o que pudiera interpretarse como tal. No era ocasión de lucirse, pero ya cerca del final, tras dejar pasar magnánimamente una muestra de crasa ignorancia sobre la política de los gobiernos de Attlee con respecto a la industria de Gales del Sur, aprovechó la oportunidad para explayarse.

—Para un exiliado es demasiado fácil volver a casa y quedarse allí donde aterriza, cultivar su jardín sin mirar nunca por encima del seto, convertirse en una especie de vegetal. Me temo que eso no me va. Yo voy a salir, a ir en busca de Gales, a verlo todo y a todos. Será un pequeño viaje de descubrimiento. Estoy seguro de que encontraré muchos cambios, para mejor, para peor, pero hay ciertos sitios a los que los cambios nunca llegan...

A continuación ofreció una lista, quizá un tanto caprichosa, de lugares de esa clase. Normalmente olvidaba cuanto había dicho en una emisión en cuanto acababa, y era una suerte, pues el recordarlo podía afectar a su espontaneidad en futuras ocasiones. Sin embargo, ahora, por una vez, una parte se le quedó grabada. Lo de cultivar el jardín podía descartarlo sin más, como haría cualquiera tan aficionado como él a lo que podía hacerse entre cuatro paredes. Por el contrario, lo de ir en busca de Gales sonaba muy bien, podía llegar a ser algún día *En busca de Gales*; lástima que el bueno de Brynford hubiera hecho aquellos programas tan recientemente. Entretanto, un proyecto nebuloso de esa especie sería de lo más adecuado para librarse de invitaciones inoportunas y cosas parecidas, además de servir de tapadera de cualquier escapada repentina que se sintiera impelido a hacer.

Cuando Rhiannon entró en el salón una vez que se hubieron ido los de la tele,

encontró a Alun rebosante de entusiasmo por su nuevo plan, y también de ideas: excursiones a la isla de Courcey, a Carmarthen, a Merthyr Dafydd, a Brecon; visitas a metalisterías de Port Holder y Caerhays; recorridos por los pubs de Harriston, de Cwmgwyrdd, de Bargeman's Row, y una peregrinación y una juerga en Birdarthur, donde se había instalado Brydan después de su último viaje a América. Mientras él hablaba, Rhiannon deambulaba por la habitación de un modo irritante.

Alun se interrumpió para preguntarle:

—¿Qué haces?

—Nada. Te escucho. Solo quería comprobar que todo está en orden.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con en orden?

—Que no se ha roto nada y eso.

—Estate quieta —dijo Alun, aunque sin brusquedad—. Andas de puntillas por aquí como si temieses desportillar hasta un simple platillo. Esos tíos son muy profesionales; no notarías ni que han estado aquí si no lo supieses.

—Lo que tú digas; pero sí me da miedo desportillar hasta un simple platillo, y a ti también debería dártelo. La gente tiene cariño a sus cosas. ¿Cómo ha ido?

—¿El qué? ¡Ah! —Movi6 la cabeza dando a entender que la entrevista a la que suponía que se refería su mujer no era nada, no había que preocuparse, carecía de importancia, ya la había olvidado, pero había ido bien—. Estaba pensando, he pensado que podía pasarme por el Glendower para almorzar; ya sabes, para pulsar el ambiente, ver cómo va todo. ¿Qué tal si...?

—Tiene que venir la señora de la limpieza y además el tren de Rosemary llega a las tres menos veinte —dijo Rhiannon, aludiendo a su hija menor, soltera. Rosemary aprovecharía que tenía puente en el Saint John's College de Oxford, donde estudiaba derecho, para ayudar a su madre a buscar casa—. Tendría que ir a la carrera.

—¡Oh, Dios, otra vez cuatro a uno! Menos mal que es solo un par de días.

—Vamos, suéltalo.

—Ya te lo he dicho otras veces, no pretendas que no lo sabes de sobra. Un hombre en compañía de dos mujeres está en inferioridad de cuatro a uno, por muy cariñosas que sean. Por definición.

—Entonces cuando estamos solos tú y yo te supero dos a uno, ¿no es eso?

—Efectivamente. Y cuando sois dos no se trata siempre de dos veces dos. Quiero decir que si Frances estuviese con nosotros estaríamos nueve a uno. Es lo que llaman la ley cuadrática.

—Ya has soltado tu bromita, y la dejaré pasar siempre y cuando los dos sepamos que es una broma.

—¡Vamos, vamos, niña! —exclamó Alun, quitando hierro a su comentario, pero al mismo tiempo sacando ventaja de ello, o imaginándoselo—. No te pongas susceptible.

La rodeó con los brazos.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Rhiannon.

El coche familiar era japonés. ¿Y por qué no? Alun reclamaba tácitamente para los galeses una exención especial de cualquier persistente sentido del deber de conducir un modelo «inglés». Lo había llevado de Londres a principios de la semana un personaje de poca monta de su editorial, insignificante a decir verdad, y además varón, lo que solo le dio derecho a un whisky tomado apresuradamente antes de que lo mandaran a la estación. Alun fue en el coche a la ciudad y lo aparcó en el patio de una empresa constructora detrás de Broad Street. Un hombre narigudo con un casco amarillo salió de una nave como para decirle que se fuese, pero la cara de Alun, con su característico copete, era de sobra conocida para que la gente la reconociera, o al menos le sonara de algo, y una palmada en la espalda y un saludo a voz en grito pero ininteligible hicieron el resto.

El aspecto del restaurante del Glendower, cuando menos medio lleno a la hora del almuerzo de un día entre semana y aún temprano, indicaba que el negocio marchaba bastante bien. Una de las habilidades de Alun era aparentar que sabía cosas como qué clase de personas ocupaban las mesas, pero hubiera preferido que no le preguntasen por aquellas. En parte se debía a que ya nadie vestía como es debido. Tampoco había ya aquel tipo de jóvenes demasiado jóvenes a los que era fácil distinguir entre los demás. Echó una ojeada al salón. Comerciantes, se dijo con firmeza. Amas de casa. Tras permanecer allí plantado cerca de un par de minutos sin que nadie se le acercase y ni siquiera levantase la vista, se encaminó hacia la puerta y advirtió que habían intentado, de forma bastante patética, pero no por ello menos ofensiva para cualquier sentimiento respetable, dar al lugar un aire decimonónico o eduardiano a base de felpa, hierro, latón, espejos de pared y largos delantales blancos para los camareros. Entre los ventanales colgaba un mapa antiguo de Gales del Sur (c. 1980).

Arriba, en lo que llamaban la coctelería, más de lo mismo: fotografías sepia de arcaicos próceres en las paredes empapeladas de malva y un barman con chaleco de rayas y botones de latón, y no solo eso. Parecía el candidato ideal para interpretar a Toby Belch en un montaje de *Noche de Reyes* en una universidad femenina. Al otro lado de la barra, un hombre de mayor edad le hablaba muy serio; un hombre delgado de pelo cano ondulado y bien peinado, con el blanco de los ojos sorprendentemente blanco, que por lo demás demostraba no ser una excepción a la regla de Alun de que los hombres de más de cincuenta años que se cuidaban no eran de fiar. Enseguida lo identificó como Victor Norris, quien se volvió y se presentó con una rapidez impresionante y con idéntica celeridad pidió una copa para Alun. Después le hizo la pelota de un modo mucho más eficiente de lo que cabría esperar en un restaurante de una ciudad de provincias, aunque fuera galesa. Cuando pareció haber terminado, Alun preguntó:

—¿Va a venir Charlie?

Victor se rascó el cuello doblando la mano hacia atrás más de lo que podían algunos hombres y miró el reloj de caja que tictaqueaba cerca.

—Si viene, estará al caer.

—Me dijo que solía pasarse a mediodía.

—Sí, aquí se siente como en casa. Lo que a todos nos alegra.

—Es de suponer que se sentiría como en casa en la mayor parte de los sitios que tienen licencia para servir bebidas alcohólicas.

—Hum. —Victor sonrió con los labios cerrados—. Desde luego es muy sociable. Pero tras esa fachada hay una persona muy diferente. Es algo de lo que usted no se ha dado cuenta.

—¿De qué no me he dado cuenta? —preguntó Alun, que empezaba a despertar demasiado bruscamente de la sesión de caba—. Hace muchos años que lo conozco.

—Ah, sí, es verdad. Habla de usted a menudo. El bueno de mi hermano es vulnerable a toda clase de presiones y necesita una vida asentada y tranquila más que la mayoría. Supongo que le parecerá tonto, pero así es.

—¿De veras?

—Sí, de veras. —En ese momento Victor recibió un mensaje silencioso de alguien que estaba en la puerta, sin duda el amigo del que la gente hablaba, y al instante su tono cambió, pasando de la suave amenaza a la amabilidad—. No hay descanso para los malvados. Encantado de conocerle, Alun. ¿Va a comer? ¿Le gustan los escalopes?

Cuando Alun respondió que sí sin faltar a la verdad, Victor alzó la mano, mostrándole la palma para prohibirle que dijera nada más y se alejó con unos andares bastante masculinos. De nuevo en la barra, Alun tomó otra copa, pero no le dejaron pagar, con lo que su respeto por Victor subió otro punto. No obstante, se estaba haciendo tarde. Miró alrededor como había hecho abajo: más comerciantes y amas de casa, una muestra nada cohibida. Cuando comenzaba a imaginar sin gran ilusión un almuerzo en solitario, tal vez con apariciones intermitentes de Victor, llegó Charlie. Iba seguido de alguien que al principio le pareció a Alun una caricatura increíblemente ofensiva pero bastante verosímil de Peter Thomas con ochenta y cinco años encima y media tonelada de peso. Tras una segunda ojeada vio que en efecto era Peter Thomas.

Los tres parecieron ponerse rígidos por un instante, pero enseguida recobraron la vida y el movimiento. Alun levantó su vaso, Charlie saludó con la mano y Peter con la cabeza. Convergieron. Alun estrechó sin demasiada fuerza la mano de Peter, sonriendo sin exagerar. Reconoció que la dificultad estribaba en que se había acostumbrado de tal modo a transmitir afabilidad, benevolencia y todo eso sin sentirlo que aquel encuentro le suponía un gran esfuerzo. Tenía la mejor voluntad: sentía una arraigada y sincera aversión por cualquier problema que no fuera de su cosecha.

—No pensemos en cuánto tiempo hace —le dijo a Peter con bastante sinceridad—. Ahora, bebidas. —Mientras llegaban añadió, señalando con la cabeza la panza de Peter—: No sé cómo lo haces. Supongo que es solo cuestión de comer y beber cuanto te apetece.

—Sí, pero es la tónica baja en calorías la que inclina la balanza. En realidad he conseguido reducir la tasa de aumento de la tasa de aumento.

—Está bien este sitio —le comentó Alun a Charlie paseando la mirada por el local—. Y está claro que no me van a dejar pagar.

—¡Ah, has visto a Victor!

—Sí —dijo Alun, con entusiasmo esta vez—. Me parece un tipo impresionante. Conoce a la perfección su trabajo. Muy profesional.

Charlie pareció dudar de eso, y luego alzó su vaso.

—Por nosotros. Bienvenido a Gales, granuja.

Los tres se miraron muy serios a los ojos y bebieron. Alun empezaba a relajarse. Se relajó aún más con la siguiente copa, cuando pasaron a hablar de política y se divertieron viendo quién era capaz de decir las mayores atrocidades del Partido Laborista nacional, del Partido Laborista local, del ayuntamiento controlado por los laboristas, de los sindicatos, del sistema educativo, del sistema penal, del servicio de salud, de la BBC, de los negros y de los jóvenes (nada de homosexuales por hoy). Las entreveraron de elogios al presidente Reagan, a Enoch Powell, al gobierno sudafricano, a los halcones israelíes y a comoquiera que se llamara ese que gobernaba en Singapur. Seguían en ello cuando bajaron a almorzar, o mejor dicho cuando Charlie, explicando que estaba tratando de limitarse a una sola comida al día, la de la noche, fue y se sentó con los otros dos y se preparó para beber mientras ellos almorzaban. Se había llevado una copa del bar, a fin de asegurarse la fluidez del suministro.

Apenas se habían instalado en sus asientos cuando uno de los camareros de largo delantal estaba ya desdoblando servilletas y extendiéndolas sobre los regazos a que iban destinadas. Eran de tamaño corriente, lavadas y de lino, pero además eran rosa pálido. Alun mantuvo los brazos bien levantados durante la operación. Cuando acabó, adoptó un tono apasionado y didáctico para decir:

—Esto se llama servilleta. Su fin es proteger la ropa de los trozos de comida que debido a vuestros modales en la mesa os caigan de la boca o desde algún punto del viaje hasta la boca, así como proporcionaros algo que no sea la mano o la manga para limpiaros. Meter esto en vuestras molleras me llevaría mucho tiempo, y aun así podría no servir de nada, de modo que será mejor que me calle de una puñetera vez.

—¡Dios mío! —exclamó Peter, con los ojos clavados en la carta. Les habían dado una a cada uno en el bar, pero ninguno la había mirado todavía—. Santo cielo, un almuerzo y una cena galeses. Bien, adelante. —Al mirar a su alrededor en busca de alguien a quien echar la culpa vio a Charlie—. ¿A qué viene esto? —preguntó, al parecer sinceramente desconcertado.

—En cierto modo hay que hacerlo —dijo Charlie—. La gente lo espera cada vez más. De todas formas, solo lo ponemos los viernes; los viernes y el día de san David. Y no siempre. Con lo que les hacemos un favor, porque es asqueroso, a menos que te guste el pollo con miel.

—¿De verdad conseguís que la gente se coma eso? —preguntó Alun.

—No mucho. En realidad no se trata de eso. Lo que les gusta es verlo en la carta. Pasa lo mismo que con los postes indicadores.

—Pero no dais la traducción inglesa —advirtió Peter.

—Es que eso lo estropearía todo. Les gusta pensar que lo entienden, o al menos que podrían entenderlo si prestasen un poco de atención... Y probablemente entienden algo, como que *pys* son guisantes y *tatws* patatas.

—¡Dios mío! —exclamó Peter, ahora verdaderamente asqueado.

—No vamos a pelear por eso, espero. Es todo bastante inofensivo.

—No, no lo es. En eso te equivocas. Es parte, una parte pequeña, pero aun así una parte, de la inmensa muralla china de tonterías que, a esta parte de la muralla de Offa...

—Amenazan con engullirnos —lo ayudó Charlie—. Lo sé. Pero no creo que poner dos docenas de palabras galesas en una carta empeore las cosas. Encontrad una causa que realmente valga la pena defender y estaré a vuestro lado.

—Nunca la hay. Ese es el problema.

—Necesitamos más bebidas —dijo Alun—. Y te aconsejo que cambies, Peter. No creo que esa tónica baja en calorías te siente bien.

—Os recomiendo la sopa —dijo Charlie—. Os habréis fijado en que se llama sopa, no *cawl*. Puede que incluso yo la tome. Hoy es de patata y puerro; le sale muy rica. A menos que Peter piense que el puerro está ahí por razones impuras.

—Vale, Charlie —dijo Peter.

Acababan de pedir cuando Victor se acercó a la mesa, con andares mucho menos enérgicos que cuando había hecho su salida del bar.

—Disculpadme, pero una de sus admiradoras, Alun, solicita el honor de unas palabras.

—¿Qué clase de admiradora?

—Bien, no sé cómo la calificaría usted, pero si dependiese de mí diría que es una persona joven. Allí, en la esquina; ahora se vuelve.

Por lo que Alun pudo ver sin sus gafas, la admiradora parecía de buen ver, y desde luego joven.

—Está bien, pero procure hacerle saber que estoy en un almuerzo privado.

—Me aseguraré de que lo entienda, Alun, déjelo en mis manos.

—Qué remedio —dijo Alun al cabo de un momento. Se sentía algo violento.

—No te preocupes —dijo Charlie.

—Uno puede librarse de ellos si no le importa quedar como un cabrón, pero me temo que soy demasiado cobarde para hacer eso a menos que me vea obligado.

—Lo comprendemos.

Vista de cerca, la admiradora era en efecto agraciada y joven, de menos de treinta años. Alun hizo una seña a Victor, quien, con lo que bien podía ser una diligencia burlona, envió a toda prisa a un camarero con una cuarta silla. La admiradora dio

educadamente la mano a todos y aceptó una copa de vino.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Era inútil, consideró Alun, tratar de ocultar su satisfacción ante el giro de los acontecimientos.

—Me gustaría que le hablase a mi grupo.

—Hábleme de su grupo.

Resultó que era un círculo literario, unas treinta personas las noches más animadas, aunque naturalmente habría más tratándose de alguien como él. Veinte minutos en coche, y no valía la pena preguntar si pagaban. Sí, una lectura estaría bien, si lo prefería.

—Lo pensaré —dijo Alun—. Tal vez podría escribirme unas líneas explicando todo eso y mandarlas a la BBC local. Ha sido muy amable al pedírmelo.

—Encantada de haberlo conocido. —Tampoco su voz estaba nada mal.

Charlie observó a la joven mientras se alejaba.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¿Todo? A lo mejor les hablo si estoy de buen humor. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué? Que francamente no le has hecho mucho caso.

—No sé a qué te refieres.

—¿Es eso lo peor que sabes hacer? Si ni siquiera le has pedido su número de teléfono. —Charlie negó con la cabeza.

—¡Ah, ya te entiendo! Lo que debería haber hecho es tocarle las tetas. ¡Cómo no!

—Así es como se espera que te comportes, ¿no?

—Tienes un gran concepto de mí. Todos nos hacemos viejos.

Les sirvieron las nuevas bebidas, whisky y ginebra para compensar la relativa ligereza del vino. Poco después llegaron los escalopes, y estaban bien, lo bastante comestibles en todo caso para que Alun se deshiciera en elogios cuando Victor se acercó a preguntar. Ese fue el momento que aprovechó para decir que debían permitirle pagar la comida o se sentiría cohibido para elegir con libertad, y Victor se dio por vencido airoosamente y aceptó una copa de la segunda botella de chablis *grand cru*. Por razones obvias, Alun se preciaba de no entender de vinos, pero cualquier tonto se habría dado cuenta de que aquel tenía buen aspecto y sonaba bien. En un momento propicio reveló que había hecho televisión esa mañana; de ahí, explicó, su deseo de desaparecer después para tomarse unas copas con los amigos. Añadió que siempre se sentía así después de una entrevista, aunque fuera para una pequeña emisora local.

—Seguro que te han hecho muchas en Londres —dijo Charlie.

—Sí, ¿y por qué no? Allí hay algunos intelectuales, ya sabes, gente de Hampstead, que te miran por encima del hombro si sales en la tele de higos a brevas. Dicen que eso es rebajarse. Pues yo no. No creo que me rebaje por aparecer en la televisión. ¿Para qué otra cosa sirvo? Al fin y al cabo, no soy más que un mal actor, así que ¿por qué no voy a actuar donde pueda verme la gente?

—Vamos, Alun, por favor —se apresuró a decir Charlie.

—No eres justo contigo —dijo Peter.

—Sois muy amables, pero después de todos estos años ya no me hago ilusiones. Puede que sea un mal actor con éxito, pero un mal actor a fin de cuentas. Un impostor. —Hizo una pausa, como si se preguntara si esta vez habría sido en cierta medida injusto consigo mismo, y continuó con mayor entusiasmo—: Sea como sea, olvidadlo. Me importa un rábano. ¿Quién quiere queso? Al que debe seguir, como la noche al día, un vaso de oporto.

Charlie se apresuró a decir que sí, y Peter tardó solo unos segundos en imitarlo. Alun pidió la tabla de quesos, dos copas grandes de oporto añejo y una del tinto de la casa tras explicar que últimamente el oporto no le sentaba bien, y se fue al lavabo afirmando que era un viejo y los envidiaba a ellos, los jóvenes.

—Nos hemos portado bien, ¿no te parece? —preguntó Charlie—. Respecto a eso de que era muy injusto consigo mismo.

—Hemos hecho lo que hemos podido. ¿Creerá que nos creemos que de verdad piensa que es un mal actor y un impostor, que él se ve así?

—No lo sé. Lo dudo. No me sorprendería que creyese que diciendo eso, pensemos lo que pensemos, mejorará su credibilidad en el futuro. Algo así como que un impostor confeso resulta más creíble que un impostor no declarado.

—Tal vez. De todos modos, el almuerzo que nos está pagando es excelente. Bueno, que me está pagando.

—Sí. Y aunque me duela admitirlo, ver a este hombre levanta el ánimo a cualquiera.

—Sé lo que quieres decir. Incluso yo lo sé.

Alun volvió a toda prisa mientras les servía las bebidas un sumiller que salió de la misma especie de cajón que el camarero, ataviado con una chaqueta de fantasía con racimos de uvas pintados en las solapas. Ya estaba allí el queso. Charlie tomó un trocito de cheddar.

—¿Qué es ese oporto añejo? —preguntó Alun.

—El oporto es un vino fortificado de Portugal —explicó el sumiller, que tal vez no había oído del todo bien—, y el oporto añejo está hecho de...

—No he pedido una conferencia sobre vinificación, idiota. —Alun se echó a reír mientras hablaba—. Dígame la bodega y el año y después vuelva a su agujero y ponga la tapa.

El muchacho no pareció alterarse.

—Graham mil novecientos setenta y cinco, señor —contestó con su acento de Ruritania, y se retiró.

—Es inútil confiar solo en el respeto para conseguir un buen servicio en un restaurante —explicó Alun, todavía sonriendo—. Tiene que haber miedo también.

—A lo mejor se te ha olvidado que soy copropietario del local —indicó Charlie.

—Ni mucho menos; por eso he intervenido. Me he dado cuenta de que te

resultaba difícil decir algo.

—Perdonadme un momento. —Charlie se levantó con lentitud y fue detrás del sumiller.

Alun lo vio cruzar el salón casi en línea recta y a continuación se volvió resueltamente hacia Peter y lo miró a los ojos.

—Aprovecharé la ocasión para decirte esto: lo que ocurrió hace años es agua pasada en lo que a mí concierne. Te lo digo por si te interesa saberlo. No te guardo rencor. De los sentimientos de Rhiannon tendrá que hablarte ella, y perdona si me entrometo, pero por lo que sé son los mismos que los míos. No volveré a hablar del asunto.

—Es muy generoso por tu parte, Alun. —Peter había bajado la vista—. Gracias.

—De esa estúpida entrevista para televisión esta mañana ha salido algo más o menos interesante. Mientras parloteaba se me ocurrió que podía ser divertido hacer unas cuantas excursiones por los alrededores.

En ese momento Charlie volvió y se sentó, de nuevo con unas maneras dignas de elogio.

—Conservar el personal es un problema en estos tiempos. —Su tono era conciliador.

—Seguro que sí —dijo Alun con cordialidad—. Estaba diciéndole a Peter que he pensado en hacer un par de excursiones en las próximas semanas; nada del otro mundo, una especie de recorrido por los pubs más pintorescos con vistas a una posible creación literaria, incluso un par de poemas si la vieja musa puede todavía caminar.

Charlie y Peter se miraron.

—Es una idea —admitió Charlie.

—Resulta un poco triste ir por ahí solo. Quizá os gustaría acompañarme alguna vez, si no tenéis nada que hacer. Podríamos hablar de esto con el bueno de Malcolm, convertir la cosa en una fiesta.

En aquellos pocos segundos la expresión de los otros dos se había solidificado: la de Charlie en una desconfianza jovial, la de Peter en una desconfianza hosca. El recelo era bastante natural, pero estaba fuera de lugar en esa ocasión. Alun quería compañía, quería un auditorio, y le gustaba casi cualquier clase de excursión; eso era todo. Por el momento al menos. Una vez que expuso estas razones sus oyentes empezaron a ceder, no tanto porque le creyesen como porque los dos suponían que podrían oponerse mejor a cualquier intento de enredarlos cuando se acercase la hora de la verdad, y después de todo el almuerzo había sido opíparo. Además, ¿tenían algo mejor en su agenda?

Charlie fue el primero en ceder. Peter se resistió algo más. Dijo que tendría que ver, afirmó que debía tomarse las cosas con calma, pero enseguida lo convencieron al explicarle que lo que necesitaba era salir un poco por ahí. Reapareció la camaradería, que se había desvanecido un tanto con lo del sumiller, y propusieron animadamente

sitios que visitar, hablaron sobre ellos, los recordaron. Alun pidió otras dos copas, dos de oporto añejo y una de tinto de la casa, y en cuanto se puso a beber pareció perder todo interés por el asunto. A los pocos minutos pidió la cuenta, pagó, dejó una buena propina y se fue solo, para llevar el coche a que le arreglasen el arranque, dijo.

4

Sin embargo, cuando Alun subió al coche y se puso al volante, el motor arrancó en un par de segundos, y tampoco fue a ningún garaje o taller de reparación antes de aparcarlo a un lado de la carretera en una elegante zona residencial. A continuación caminó a paso vivo unos noventa metros hasta un corto sendero de acceso a una casa, donde se detuvo bruscamente. Casi inmóvil, miró al frente con una expresión ausente que un transeúnte, en especial un transeúnte galés, tal vez hubiera interpretado como señal de una repentina revelación moral, si no espiritual, que podía hacerle renunciar al instante a cualquier acción que hubiese decidido realizar. Al cabo de un momento, de la mitad inferior de su tronco surgió una especie de ladrido, seguido de un relincho fluctuante y un ruido sordo que apenas parecía orgánico, y no digamos ya humano. Silencio, salvo un leve trino de pájaros. Después, como un personaje de una película que empieza de nuevo a girar, echó a andar con brío y pronto estuvo tocando el timbre de un sólido porche de ladrillo.

Sophie Norris abrió la puerta con un vestido de lana beige y muy buen aspecto, pero en cuanto vio a Alun su acostumbrada media sonrisa se desvaneció.

—Qué cara más dura tienes, Alun Weaver —dijo con la misma voz aguda de antaño—. Me dan ganas de cerrarte la puerta en las narices, pedazo de cabrón.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad, amor? ¿Por qué? Solo he venido a tomar una taza de té. No hay nada malo en eso.

Lanzando un suspiro entrecortado y chascando la lengua, Sophie le franqueó la entrada.

—Diez minutos, te lo advierto. Diez minutos máximo. Tengo que ir a la tienda. Tienes suerte de que no me haya marchado ya.

—Claro. Entonces, ¿no está Charlie?

En esto a Alun se le fue un poco la mano.

—¿Por quién me tomas, Weaver, por una imbécil? —espetó Sophie más indignada que antes, los ojos como platos—. ¿Crees que no sé que ni se te ocurriría asomar la nariz aquí a menos que estuvieses bien seguro de que no está él? Menudo cabrón estás hecho.

—Vamos, solo era una broma. Sí, la verdad es que vengo del Glendower. También estaba Peter. Hemos comido los tres juntos. Ha estado muy bien. ¿Puedo sentarme?

Sophie asintió de mala gana.

—¿Por qué no dijiste nada la otra noche en casa de los Morgan? O podías simplemente haber cogido el...

—No tuve ocasión. No, no es cierto. Supongo que podía haberlo hecho. No se me ocurrió.

—¿Y cuándo se te ha ocurrido, si puedo preguntártelo?

—Bueno... esta mañana. No recuerdo a qué hora. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza y de pronto...

—¿Y crees que puedes aparecer así, de improvisto?

—Si quieres, puedes ponerme de patitas en la calle. Me iré tranquilamente. Bien lo sabes.

—Sigues siendo el mismo.

—Más o menos, sí. —Alun hizo una pausa—. ¿Damos un paseo en coche?

Esta invitación, aparentemente inocente, tenía para ellos resonancias que se remontaban a treinta años atrás, o quizá más, cuando sus paseos en coche los llevaban a un lugar apropiado detrás del hospital psiquiátrico, si hacía mejor tiempo al bosque que había más allá del campo de golf, y en ocasiones al Prince Madoc de Capel Mererid, a cuyo abrigo se habían comportado más de una vez de un modo que nunca había dejado de perturbar a Alun al recordarlo, incluso ahora.

—No es necesario —dijo Sophie. Su voz seguía estando levemente teñida de rencor—. No va a venir nadie.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo estoy.

—Sí, pero ¿por qué?

—Te lo diré más tarde.

—No, dímelo ahora.

—Está bien. Cuando Victor lo mete en un taxi, siempre me avisa, porque una vez que se quedó hasta muy tarde lo encontraron dormido en el taburete del fotomatón de la estación de Cambridge Street. Dio la casualidad de que Tudor Whittingham volvía de Londres y lo vio, y lo trajo a casa en un taxi, en otro. Ni siquiera recordaba que lo hubiesen metido en el primero.

Alun reflexionó.

—Pero el hecho de que Victor te llame no evitará que Charlie se quede dormido en la estación o en cualquier otro sitio.

—No, pero así se lava las manos y me deja la responsabilidad a mí. Lo comprendo.

—Yo también. ¿Qué piensa Victor? Me refiero a cómo ese arreglo vuestro puede influir en tus planes para lo que sea.

—No lo sé. No sé lo que piensa ninguno de los dos.

—¿Y quién lo sabe? ¿Te ha resultado práctico otras veces?

—Si te lo digo, será más tarde.

—Ese arreglo con Victor, ¿te ha resultado práctico otras veces? —preguntó Alun

más tarde.

—¿Crees que tienes algún derecho a esperar que responda a eso?

—En absoluto, no tengo ninguno. Estoy abusando de una vieja amistad.

—Eres un cabrón. Bueno, más o menos, de vez en cuando. Nada importante. No es como cuando...

—No, desde luego que no. ¿Qué sabe él?

—Lo mismo de siempre, todo y nada.

—Yo diría que en general la vida que lleváis juntos está bastante bien.

—No sé si juntos, pero sí, está bien. La mayor parte de las tardes, mientras él está en la ciudad, yo estoy en la tienda.

—Sí, la práctica tienda. La recuerdo muy bien. ¿Qué haces allí?

—De vez en cuando miro un muestrario, y vienen amigas y bebo mucho café. Hago más o menos lo mismo que él en el Glendower. Todo con mucha tranquilidad. Por supuesto, Charlie lo sabía todo sobre mí cuando nos casamos. Bueno, sabía bastante sobre mí.

—No lleváis casados tanto tiempo.

—No sé qué entiendes por tanto. Solo veintidós años.

—Dios mío —musitó Alun, distraído—. No has tenido hijos, ¿verdad? Supongo que eso es...

—Menos mal; nadie podía haberlo dicho más claro, y con tanta razón además. Lo habías olvidado, acabas de recordar que no he tenido hijos. Creo que otro hombre habría hecho sus deberes antes de plantarse aquí en busca de un revolcón rápido. O al menos habría repasado algo. —Volvía a mostrarse desagradable—. ¿Y cómo te va a ti la vida?

—Bien. Sin cambios.

—En ese caso supongo que ya andarás buscando viejas amigas por la vecindad. Un par de docenas. Siempre has sido así.

—El síndrome de Don Juan. Siempre me ha parecido un nombre altisonante. ¿Sabes lo que dicen? Que viene de un deseo de degradar y humillar a las mujeres. Puede que haya algo de eso, pero en tal caso lo lógico sería que me atrajesen sobre todo las mujeres a las que les encanta un poco de degradación y humillación, que van por ahí pidiéndolo, como Muriel y la cara de pez de Eirwen Spurling. Y, para serte franco, me dejan frío.

Sophie no le había escuchado con demasiada atención.

—No me explico —dijo— por qué un tío casado con alguien así tiene que liarse con todas sin excepción.

—Has hablado de los deberes; pues bien, tanto si los he hecho como si no, recuerdo que me dijiste eso hace poco más de veintidós años, y voy a repetirte lo que te dije entonces: nada de que no te lo explicas, lo entiendes de sobra. Es algo, como bien has dicho, que uno tiene que hacer. No se trata de una elección, sino de necesidad. Y es más fácil, más prudente y más considerado... aceptarlo. Pero ¡al

diablo los años! Olvídalos. En cuanto a ti, no tienes por qué preocuparte. Lo creas o no, no recuerdo cómo eras antes. Siempre que lo intento, sigo viéndote como eres ahora. Apenas has cambiado. ¿No es asombroso, no es... espléndido, no es... maravilloso...?

Era ya demasiado tarde para estropearlo cuando sonó el teléfono en el descansillo.
—Quizá sea Victor —dijo Sophie.

Al quedarse solo Alun echó una ojeada desprovista de curiosidad al espacioso dormitorio. Todos los objetos que había en él, grandes o pequeños, se diría que habían sido elegidos en función del precio, empezando por el papel pintado en relieve, que parecía tener incrustadas piedras preciosas. Cruzaron su mente pensamientos triviales e inevitables sobre el paso del tiempo. Desde luego que había pasado mucho tiempo, pero hasta ahora con un efecto sorprendentemente leve. Lo que le acababa de decir a Sophie acerca de su aspecto y demás no era, por supuesto, verdad, aunque había que admitir que hubiera sido mucho menos cierto en el caso de la mayoría de las otras personas a las que había conocido hacía tantos años. Pero en general, aplicado a la experiencia, tenía su porqué. Todo, por ejemplo lo que había ocurrido hacía un momento, parecía como antes, o en todo caso no era lo bastante diferente para preocuparse. Esa situación podía no durar para siempre, pero por el momento, cuanto menos cambiase, en mayor medida sería lo mismo, y la característica más notable del pasado, al menos tal como él lo veía, era que había mucho más ahora que antes, con partes mucho más lejanas de lo que un día había parecido posible. Fue a hacer pis.

Cuando volvió al dormitorio Sophie estaba vistiéndose.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Quince minutos por lo menos —respondió ella sin levantar la vista.

—En mis tiempos lo hacía en dos y medio, y con gemelos y zapatos de cordones.

—Menos charla.

Mientras se anudaba la corbata, Alun vio en el espejo del tocador algo en lo que apenas había reparado al verlo antes directamente, que al otro lado de la cama de matrimonio donde habían estado había otra individual.

—¿Quién duerme en esa cama? —preguntó.

—Él. Suele acostarse ahí.

—¿Suele estar? ¿Quieres decir que a veces viene y...?

—No, no; es donde acaba. Yo me muevo mucho por las mañanas, y él se pasa a esa cama cuando lo molesto demasiado.

—Qué plan más sensato.

Había algo que Alun no acababa de entender, pero nunca había sido persona a quien aquejase la curiosidad desinteresada, y ya se había olvidado del asunto cuando, con seis minutos todavía disponibles, se despidió de Sophie en el vestíbulo. (Seis minutos. El arreglo no era tan maravilloso.)

—Ha sido un placer verte —exclamó Sophie como si en efecto Alun hubiese ido

a tomar el té, y acto seguido cambió de registro para decir una vez más «Pedazo de cabrón», pero ahora con resignación.

—Eres encantadora —repuso Alun tras rechazar el primer pensamiento que le vino a la cabeza—. Volveré a pasarme por aquí un día de estos. Pero telefonaré antes.

Amagó una maldita ironía cuando el coche se negó a arrancar a la primera, aunque después lo hizo. Alun dio la vuelta, algo que en adelante tendría que hacer al llegar, y se alejó colina abajo. ¡Conque seis minutos! Como en los viejos tiempos. Enseguida se olvidó de Sophie, pero, como siempre le sucedía en esos momentos, se sentía totalmente libre, no triunfante; nunca se había sentido más libre, nunca tan libre como ahora. En voz baja, ajustando las notas, rompió a cantar con una agradable voz de tenor:

—«¿Fue la joven Denise la que propagó la enfermedad entre todos los hombres que había en el salón?

»¡Oh, no! No fue la joven Denise, sino la señora Rosenbloom...».

Pasado Beaufoy tomó la carretera desde la que se divisaba el mar a lo lejos y, al otro lado de la bahía, un trecho ocre y verde oscuro de Courcey, con formas vagas de fábricas entre la neblina al fondo. Por el momento lucía el sol, lo suficiente para dar al agua un tono algo más agradable que el habitual pardo grisáceo. Hileras de casas adosadas de fachada lisa a las que se llegaba por empinados tramos de escalones cedieron paso a chalets pareados construidos en la época de entreguerras, un grupo de viviendas prefabricadas de dos plantas de los años cincuenta y después, más lejos y vistas desde atrás, las espaciadas residencias de piedra de los propietarios de minas y los siderúrgicos de los tiempos de prosperidad.

En esa zona Alun dejó de pisar el acelerador y comenzó a adoptar expresiones de aburrimiento, insatisfacción e incluso desilusión, preparando su rostro para la inspección de su hija Rosemary. Había algo espeluznante en el modo en que aquella chica podía equivocarse en cuanto a las actividades e intereses más insignificantes de su padre. A saber qué pensaría que había estado haciendo él, y no precisamente unos minutos antes, si en encuentros como aquel mostraba algún sentimiento más optimista que una valerosa resignación. En este aspecto Rosemary era todavía peor que su hermana mayor, ahora por fortuna casada o, mejor dicho, felizmente ausente la mayor parte del tiempo por esa causa. Habría sido incapaz de explicar por qué aquellas confrontaciones le resultaban tan incómodas.

En el salón madre e hija habían montado un pequeño enclave femenino en la alfombra junto a la chimenea y la mesita que había al lado con tazas, lata de galletas, caja de bombones, caja de pañuelos de papel, bolsos, estuche de manicura, papelera, un mapa local y docenas de folletos y listas de agencias inmobiliarias. Alun sabía que si conseguía superar el primer minuto probablemente todo iría bien. Cruzó sano y salvo los seis metros de campo minado que había desde la puerta y abrazó a su hija. Como de costumbre, fue un abrazo afectuoso.

—¿Qué tal el almuerzo? —preguntó Rhiannon cuando Alun la besó.

—Bastante pasable. Tenemos que ir alguna vez.

—¿Has visto a Charlie? ¿Quieres café?

—No, gracias. Sí, estaba allí. Y también Peter.

—¿De veras? —La voz de Rhiannon denotaba agrado e interés—. ¿Cómo está?

—No muy bien. Ha engordado mucho, pero todavía resulta reconocible.

—Nunca fue precisamente un palillo.

Rosemary, una versión de Rhiannon más morena y robusta, había estado esperando de pie a que acabase aquella parte. Le habían dicho hacía años que, antes de conocer a su padre, su madre había tenido una relación con un profesor universitario llamado Peter Thomas. Ignoraban qué más había oído o sospechado, y ahora no mostró la menor reacción. Señalando un folleto dijo:

—Hay una casa en Kinver Hill con un bonito solario de estilo sueco y el jardín tapiado, lo que no es corriente aquí, y mamá y yo iremos a verla a las cinco. Llegas a tiempo para llevarnos.

—Desde luego. ¿Cómo os las hubierais arreglado si no llego a aparecer?

—Hubiéramos pedido un taxi, como ha hecho mamá durante toda la semana mientras tú te ibas en coche al pub y a donde te daba la gana. ¿Cuántas casas has visto?

—¡Por el amor de Dios, yo qué sé! No muchas. Las menos posible. ¿Unas tres? No es cosa mía. Digáis lo que digáis, seguiré pensando que eso es cosa de mujeres.

Alun solo estaba pendiente de disimular el alivio que le producía que no le hubieran pedido cuentas de sus andanzas, pese al tonillo desagradable de las últimas palabras de su hija.

—Quieres decir que, puesto que tenemos que hacerlo, será mejor que nos guste. Pues no te libras, a pesar de esa vida de soltero que llevas. De dos. La de Mary Tweed Lane puede verse a las seis, ¿no, mamá? —Rosemary buscó en los folletos—. Gran vestíbulo con chimenea en hueco y repisa victoriana labrada. Dice mamá que piensas visitar lugares de interés paisajístico e histórico de los alrededores. —Pronunció las últimas palabras con un acento local bastante convincente, aunque nunca había vivido en Gales—. Hablaremos de esos sitios en otra ocasión, pero, por supuesto, parte de la idea es que mientras estás en Bargeman's Row estudiando las costumbres y emborrachándote no podrás estar en Pedwarsaint o en Holland mirando casas. Pues bien, papá, resígnate a ver un montón de casas durante los próximos dos días. No vas a dejárselo todo a mamá mientras yo esté aquí. ¿De acuerdo?

Alun asintió en silencio. Siempre se vengaban de él cuando hacía algo solo, sin ellas, aunque fuese tan inocente como leer el periódico. Ahora que lo pensaba, desde el principio había contado con que una ventaja adicional de ir en busca de Gales era salvarse de visitar casas. Y, por cierto, el cuatro a uno ya estaba superado; era cuatro y medio: Rhiannon, que ahora lo miraba y le guiñaba el ojo con disimulo, era el medio, y Rosemary, el cuatro.

Bueno, más o menos. Lejos de la menor animosidad, el tono de la arenga de su hija mostraba cierto afecto, pero de una clase que no mitigaba en absoluto el sentido de sus palabras. Cuando al fin se pusieron en marcha, Rosemary le cogió del brazo, lo besó en la mejilla y le dedicó una sonrisa que mezclaba en proporciones precisas el cariño y la desaprobación. Era lo mejor que con toda razón podía esperar.

3

Charlie

1

Cuando Charlie Norris se dio cuenta de que el hombre más bajito de los que iban en el vagón del tren submarino tenía la cara hecha de tejido de alfombra decidió que era hora de irse. Moviéndose y aspirando rápidas y profundas bocanadas de aire logró escapar y volvió a su cama en la oscuridad. Muerto de sed, como de costumbre, se apresuró a alcanzar uno de los vasos de agua alineados en la mesita que tenía al lado, pero antes de conseguirlo le agarró la mano y empezó a mordisqueársela una criatura de mandíbulas estrechas y muy largas que emitía una mezcla de gruñidos y chirridos. Charlie gritó, o creyó que gritaba, impulsó el cuerpo como el nadador que sale a la superficie y por fin estuvo realmente de vuelta.

Oyó la respiración apacible de Sophie en la cama y empezó a echar hacia atrás la ropa de la suya para subir a la otra y acurrucarse junto a ella. Después pensó que había hecho eso un par de veces en apenas diez días y que una tercera sería demasiado. Sophie se despertaba siempre que él llegaba, por mucho cuidado que tuviese, se arrimase a ella o no, y aunque siempre decía que volvía a dormirse enseguida, Charlie lo dudaba. Y al fin y al cabo no se había encontrado al borde de una de aquellas vastas praderas muy iluminadas, con columnas medio derruidas y agua que corría colina arriba y de repente cambiaba de curso, ni había tenido que vérselas con cosas pequeñas, animalillos irreconocibles o máquinas que se comportaban como animales. De modo que de momento se quedó donde estaba, apoyado en un codo.

No estaba demasiado oscuro. Incluso veía parte del contorno de Sophie a la luz de la lámpara que tenía al lado. Además estaba el resplandor que entraba por la puerta que daba al pasillo y que se reflejaba en el alto espejo que había junto a la ventana. Un coche madrugador pasó camino de la ciudad. Charlie estaba a salvo y no menos sediento en el mundo real que en el irreal, y con muchas ganas de orinar. Solo cuando volvió a estar arropado tras haber atendido esa necesidad miró el reloj: las cinco y diez. La cosa no iba demasiado mal. Se sentía como si acabaran de rebanarle dos terceras partes de la cabeza y el corazón parecía latirle dentro del estómago, pero por lo demás estaba bien, y consiguió controlar la respiración durante casi una hora hasta que echó una especie de sueñecito, no muy agradable, a decir verdad.

Era ya de día cuando despertó y no se sentía nada bien, ni mucho menos. Como de costumbre a esa hora, su yo matinal maldijo a su yo nocturno por haber dejado a propósito el whisky en el mueble-bar de abajo. Sin esa ayuda era indudable que

nunca lograría levantarse. En la mesilla había una taza con té y un termo de plástico con más té. No se comprometería en modo alguno a levantarse si bebía un poco. Teniendo esto bien claro, se apoyó en un codo y bebió un poco, en realidad la taza entera, porque el té estaba medio frío, y se dejó caer de nuevo. Pronto el líquido abrió una vía nueva y más directa hacia su vejiga. Charlie se dio la vuelta y clavó la vista en la sólida madera que enmarcaba la cabecera acolchada, contó hasta cien y, echando el brazo hacia atrás con un movimiento convulso, como si fuera a lanzar algo, alargó la mano hasta ella y la asió, contó otra vez hasta cien y tiró con todas sus fuerzas para enderezarse.

En esa postura, todavía agarrado a la madera, hizo otra pausa, recitó «entre suspiros y gruñidos empuja monte arriba una gran piedra» y logró poner un pie en el suelo. Por supuesto, se daba por sentado que si por fin llegaba al cuarto de baño se arrojaría de nuevo a la cama en cuanto volviese a tenerla a su alcance. Al regresar apoyó las manos en el tocador, a ambos lados del espejo de mano de plata labrada, y miró por la ventana sin ver. Con una convicción que no empañaba el hecho de haber sobrevivido a incontables desastres como aquel, pensó que había perdido cuanto tenía y que todas las personas a las que conocía habían desaparecido. Solo porque no había otra cosa que hacer, se quedó allí plantado reuniendo la energía necesaria para moverse, para empezar a vestirse, como el esquiador que se dispone a lanzarse por una peligrosa pendiente. ¿Listo? Adelante. Media vuelta. ¡Ya!

—He quedado con Rhiannon —le dijo Sophie en la cocina—. Cree que han encontrado casa, pero quiere que Gwen y yo vayamos con ella a verla. Es una de las que están cerca del bosque de Holland. Ya sabes, donde vivían los Aubrey. Dilys vendrá a las once y está aquí el señor Bridgeman, en la parte de delante, de modo que no tienes por qué preocuparte. —Se refería a la asistente y al ex estibador que se ocupaba del jardín y limpiaba de vez en cuando una ventana y cosas por el estilo—. Volveré pasadas las cuatro y media. Que te diviertas. No me esperes, cariño —terminó formulariamente. Le besó en lo alto de la cabeza y se fue.

Al cabo de diez minutos, Charlie había conseguido cubrir la distancia entre la mesa del desayuno y el frigorífico. Una vez allí, bebió un buen trago de zumo de manzana y mordisqueó un trozo de tostada medio quemada que había desechado Sophie. Prepararse él mismo una tostada —panera, tostadora, todo eso— era impensable. Se tragó además dos cucharadas de mermelada, directamente del tarro. Ver un paquete de café junto a una taza sin usar no bastó para que se decidiera, pero encontrar el hervidor eléctrico medio lleno inclinó la balanza. Hizo lo que faltaba e incluso puso azúcar, tras lo cual removió el café con la cuchara de la mermelada. Cuando se le adhirió un poco de saliva a la garganta, consiguió dejar la taza antes de que un ataque de tos lo enviase dando vueltas por la habitación hasta quedar cara a cara con el señor Bridgeman, que, ahora en la parte de atrás, estaba al otro lado del cristal de la ventana. Entonces sonó el teléfono, como siempre a esa hora de la mañana.

—Charles, soy Victor. ¿Qué tal estás?

—Como de costumbre.

—Vaya, lo siento. —Victor decía unas veces eso y otras que se alegraba de que la cosa no fuese peor—. Escucha, Charlie: estoy harto de Griffiths & Griffiths. Hasta la coronilla. La mitad de lo que nos mandaron ayer no servía para nada. Como recordarás, hablamos de probar con Lower Glamorgan Products. ¿Qué te parece?

—Adelante.

Hacía tiempo que Charlie había dejado de preguntarse por qué se molestaba su hermano en seguir con la ficción de su responsabilidad conjunta en los asuntos del Glendower. No obstante, el fastidio que aquello le producía resultaba terapéutico.

—Gracias. También quería decirte que no podemos seguir con el blanco de la casa. Es un vino horrible. En cuanto a su sustitución, tengo un par de ideas que me gustaría tratar contigo. ¿Vas a venir?

—No estoy muy seguro. Tengo la ceremonia de Saint Dogmael y después una juerga en el Prince of Wales.

—No me lo recuerdes. No querría perderme la ceremonia, la ocasión de ver al Chulo Posturas desmelenado. Lo malo es el joven Chris. El pobre chico ha cogido no sé qué microbio y lo han mandado a la cama, y no hay nadie que pueda quedarse aquí. Escucha, Charlie: si puedes, reúne a tres o cuatro notables y tráetelos a comer por cuenta de la casa. Solo si puedes. Telefona antes si es posible. El *coq au vin* estará para chuparse los dedos. ¿De acuerdo?

—Tendré que estudiar el terreno, pero lo intentaré.

—Buen chico. Hoy te noto más animado. Cuídate.

El café no se había calentado más, pero Charlie se lo bebió de todos modos en aras de la rehidratación. De vez en cuando tomaba también un whisky con agua, pero se había resistido hasta entonces porque evitaba beber temprano siempre que podía. A las once llegó un taxi para llevarlo a la ciudad. Mientras, bostezando hasta desquijarse, subía al vehículo, se dijo, como siempre en semejante coyuntura, que debía vender su viejo Renault, que llevaba años en el garaje sin que lo usase nadie más que Sophie cuando tenía su coche averiado. Se ocuparía de eso al día siguiente.

En el trayecto pasó por muchos sitios, pero ninguno tan interesante como la nueva sede del consejo del condado de Lower Glamorgan, que tenía seis veces el tamaño del antiguo edificio de Glamorgan en Cardiff y era una auténtica nueva ciudad en miniatura. Se decía que los presidiarios disfrutaban de incontables bares, comedores iluminados con muy buen gusto, discotecas, jacuzzis, salones de peluquería y masaje y unidades de cuidados intensivos mientras no defraudasen al pueblo, todo ello situado oportunamente junto a Jenky'n Farm, también conocida como la cárcel. Notables eran asimismo los muelles donde el señor Bridgeman había ganado en otro tiempo un salario muy respetable y se había enriquecido por otros medios. Ahora, donde antes atracaban docenas de barcos que llegaban cargados con madera, minerales y arrabio y partían con carbón, coque o cinc estaban solo la draga del

puerto, que parecía no haber salido todavía ese año, y un único carguero, pequeño y sucio, que enarbolaba la bandera azul, blanca y roja de Yugoslavia.

La imagen de Sophie tal como la había visto una hora antes, briosa y elegante con su impermeable azul celeste ceñido con un cinturón, seguía en la mente de Charlie. Solo había que mirarla para estar seguro de que los hombres con cara hecha de tejido de alfombra no tenían ningún papel en su vida, pero hacía falta más tiempo para saber lo indulgente que se mostraba con cualquiera que tuviese algo que ver con tales hombres. En aquellos veintidós años de matrimonio tal vez no hubiera llegado a conocerla muy bien, pero su sentimiento más fuerte hacia ella era quizá, aún más que la envidia, el respeto, la admiración incluso. Mientras las cosas dependiesen de ella no habría nunca problemas, ni siquiera con Alun. Si Charlie no hubiera tenido la certeza, desde el momento en que se sentaron a almorzar en el Glendower, de adónde se proponía ir Alun después, las sábanas limpias de la cama de Sophie a media semana le hubieran dicho lo suficiente. Pero qué más daba. Como siempre, su mujer y él no habían intercambiado ni siquiera una mirada. Mejor dejarlo. Al fin y al cabo, hacia la mitad de esos veintidós años él había renunciado a gran parte del derecho a tener voz y voto en esa esfera de la vida de Sophie.

Apareció Saint Dogmael, otra de las iglesias desacralizadas de la ciudad. Esta no había sido convertida en cine porno, sino, algo que tal vez algunos juzgaran menos inofensivo, en centro artístico. El edificio se había restaurado en gran medida en 1895, aunque partes del triforio procedían de la reconstrucción llevada a cabo por Henry de Courcy en el siglo XIV. Estos datos y otros muchos podían encontrarse en un folleto que se vendía en la amplia librería y oficina de información del pórtico que daba al oeste. A un lado de la entrada se alzaba, desde que los lugareños tenían memoria, una corta y sucia columna de piedra que sostenía una figura de tamaño natural demasiado maltratada y erosionada para reconocer siquiera la fama de un hombre, pero que siempre se había supuesto que representaba al santo. Ese día estaba cubierta por entero con un gran paño rojo y a su lado se apiñaban entre setenta y ochenta personas, algunas con ropa de ceremonia, que producían una algarabía de charlas entreveradas con los juguetones gritos femeninos característicos en la localidad.

Charlie había calculado bien. Mandó parar a unos cuantos metros de allí, le pagó al taxista, un chino con un inquietante acento de Greenhill, y se acercó furtivamente al borde del gentío. Un hombre más bien gordo de unos cincuenta años, pelo blanco muy corto, cara larga y flácida y ojos grandes se volvió hacia él.

—Buenos días, señor —dijo en voz alta con acento norteamericano.

—Buenos días —respondió Charlie, que de inmediato tuvo ganas de salir corriendo.

En la última media hora había mejorado mucho, pero no había nada que no pudiera estropear cualquier tensión repentina, como la que aquel individuo parecía muy capaz de proporcionar.

—¿Me permite que me presente? Soy Llywelyn Caswallon Pugh.

Ante aquel nombre tan odioso todo el mundo guardó silencio. Al menos eso le pareció a Charlie durante un momento de aturdimiento, como ante algo salido del Mabinogion.^[1] Después se dio cuenta de que la causa del silencio debía de hallarse en el grupo de notables, entre los cuales vio que se encontraba Alun. Durante lo que siguió, en torno a ese grupo se dejaron ver y oír los fotógrafos, así como un hombre con un aparato que debía de ser una cámara de televisión portátil.

Comenzó una serie de declaraciones semiinteligibles a través de un micrófono y un par de altavoces. Entretanto, el tal Pugh, a quien Charlie ya consideraba un verdadero perturbado, siguió lanzándole miraditas, prometiéndole nuevos comunicados que añadir a su simple nombre. Al otro lado, cerca de la forma cubierta con el paño, un joven vestido elegantemente que sin duda era el alcalde presentó al, o quizá tan solo un, secretario de Estado del gobierno galés. Este, apenas unos años mayor que el anterior, recitó una fórmula y tiró del extremo de una cuerda o cordón ornamental en el que Charlie no había reparado hasta entonces. Con maravillosa suavidad el paño rojo cayó para dejar al descubierto, sobre un plinto de lo que parecía mármol verde oliva, una forma en un lustroso metal amarillo de aproximadamente la estatura de un ser humano, pero que no se parecía mucho más a uno de ellos que el trozo de piedra maltrecha que había antes allí.

Se hizo un silencio, probablemente debido no tanto al horror como al puro desconcierto, y después estalló una repentina salva de aplausos. El supuesto escultor, un hombre bajito y con una melena como la de los pintores de las historietas, apareció y se convirtió en el centro de atención durante unos segundos. Otro joven que afirmó representar al Consejo de las Artes Galesas se puso a hablar de dinero. Empezó a llover, aunque no lo suficiente para fastidiar a un público del país. En una segunda ojeada el objeto que estaba sobre el plinto se parecía hasta cierto punto a un hombre, pero el estilo proscribía cualquier intención de retrato, y Charlie supuso que no debía de ser el único en preguntarse si alguna abstracción apropiada —digamos el espíritu de Gales— habría sustituido al tema anunciado. Sin embargo, los que estaban lo bastante cerca tuvieron ocasión de ver el nombre de Brydan en la placa, junto a tan solo unas fechas, 1913-1960.

Llegó el turno de Alun. Se mostró contenido, evitando un despliegue de emoción cuando ya habían transcurrido tantos años y ciñéndose a los hechos, hechos como que Brydan era el más grande poeta galés de todos los tiempos y el más grande poeta en lengua inglesa del presente siglo, junto con algunos hechos menores pero no menos ciertos, como su total dedicación a su arte, aunque omitiendo otros como su total dedicación al whisky Jack Daniel's Tennessee y a la revista *Astounding Science Fiction*. Llywelyn Caswallon Pugh pensaba sin duda que podía permitirse prescindir de parte de todo aquello, pues aumentó la frecuencia de sus miradas a Charlie y se acercó a él poco a poco. Tenía una considerable capacidad para inspirar temor, al menos a Charlie. Cuando se dirigió a este, no habló en voz tan alta como antes:

—Perdone, señor, pero ¿no será aquel caballero el señor Alun Weaver, comendador de la Orden del Imperio Británico?

—En efecto —respondió Charlie, con un leve jadeo—. Es él.

—¿Y por casualidad no lo conocerá usted personalmente?

—Sí, lo conozco.

—¿Sería tan amable de presentármelo después de la ceremonia?

Debía de estar haciéndolo a propósito, pensó Charlie, y sin duda no con buenas intenciones. Aquel era el momento de salir corriendo, o al menos de alejarse a buen paso, pero se veía incapaz de atravesar el fino pero sólido cordón de cuerpos que lo separaban de la libertad. De modo que masculló alguna palabra de asentimiento y trató de mantenerse apartado de Pugh y de todos los demás durante el mayor tiempo posible, añorando aquellas lejanas mañanas en que solo tenía dolor de cabeza y náuseas.

Alun empezaba a adoptar un tono apropiado para concluir. Mientras hablaba paseaba lentamente la mirada de un extremo a otro de su auditorio, de modo que nadie se sintiera excluido.

—A veces se ha concedido excesiva importancia —decía— al hecho innegable de que Brydan no sabía galés, de que desconocía por completo la lengua. Esto fue tan solo pura casualidad, una simple cuestión de modas. En la Gales del Sur de la época anterior a la Primera Guerra Mundial, los padres juzgaban conveniente educar a sus hijos para que no hablasen más que inglés. Pero nadie que conozca su obra y que conozca Gales y la lengua galesa puede dudar de que esa tierra y esa lengua viven en su obra. Brydan no la entendía literalmente, palabra por palabra, pero sí a un nivel profundo, instintivo, primigenio. Pensaba y sentía algo que está más allá de las palabras...

Cuando terminó, alguien pronunció unas frases de gratitud o de acción de gracias o en cualquier caso de clausura. Todos los presentes se relajaron y miraron alrededor, pero al principio nadie se movía. Charlie estaba atrapado físicamente y en cierto modo por obligación, pero también por su propia curiosidad: deseaba estar allí cuando aquel galés transatlántico tropezase con Alun o... bueno, morir no, pero sí saber cuál era la razón de su presencia. Esa resolución flaqueó un tanto cuando Pugh se volvió otra vez hacia él y tomó aire para decirle algo más. Había sido un loco al no pasarse por el Glendower camino de un horror como aquel. ¿Es que no iba a aprender nunca?

—¿Puedo saber su nombre, señor?

Charlie se lo dijo, y de pronto se encontró diciéndole también su profesión, como un tonto.

—Yo soy miembro de la Sociedad Gaélica de Estados Unidos —dijo Pugh.

En ese momento ocurrió algo terrible en el cerebro de Charlie. Pugh continuó hablando igual que antes, sin cambiar de velocidad ni de inflexión, pero Charlie era incapaz de distinguir las palabras, solo oía ruidos. Todo daba vueltas ante sus ojos.

Retrocedió y sin querer le dio un fuerte pisotón a alguien. De pronto oyó un ruido que reconoció y estuvo a punto de desplomarse de alivio. No había sido justo esperar que un viejo borrachín cuyo vocabulario galés empezaba y terminaba en *yr*, *bach* y *myn* reconociese semejantes tonterías cuando le llegaban sin previo aviso y con acento norteamericano.

—¡Hum! —dijo con sentimiento—. ¡Hum!

Pugh abrió aún más, sus grandes ojos y Charlie se preguntó a qué habría asentido; pero aquello pasó pronto y hubo más inglés.

—Un objetivo fundamental de nuestra sociedad es forjar y mantener lazos con la madre patria.

El viento hizo que unas refrescantes gotas de lluvia azotaran la cara de Charlie, que se encogió cuando una gaviota pasó demasiado cerca de su cabeza.

—Parece una idea estupenda.

—Efectivamente. Y para su consecución tengo el propósito de solicitar al señor Weaver que pase una temporada en la sede que la sociedad tiene en Bethlegert, Pensilvania, durante un período convenido. De ahí mi deseo de conocerlo.

Charlie agradeció su intento de cortés explicación. También creyó comprender el sentido de lo que decía; las cosas comenzaban a resultar algo más fáciles. Mientras miraba a su alrededor buscando a Alun, descubrió con qué tremenda facilidad podía imaginárselo —quizá incluso le había oído— diciendo que lo único que necesitaba era una invitación gratis para ir allí, no importaba a qué maldito rincón, algo que le proporcionase una base, y que partiría de inmediato. Pues bien, la oportunidad había llegado al fin de la mano de aquel trepa galés. Pero el caso es que aquellos galeses estadounidenses debían de tener una opinión preocupantemente alta del tal pelagatos. ¿De dónde la habrían sacado?

Alun, rodeado de tres o cuatro atentos funcionarios, empezaba a avanzar hacia una fila de coches de aspecto oficial, y en un periquete allí estaba Charlie, con Pugh a su lado, cerrándole el paso y haciendo las presentaciones.

—El señor Pugh tiene algo que ver con la...

—Sociedad Gaélica de Estados Unidos. Muy honrado de conocerlo, señor. Le escribí a través de...

—Encantado de conocerlo, señor Pugh. ¿De dónde es usted exactamente?

—De Bethlegert, en Pensilvania, que está...

—Caramba, hay galeses por todo el mundo. Sajones, abandonad la esperanza de encontrar algo bajo el sol en lo que nosotros, pueblo inofensivo, no hayamos conseguido poner nuestras taimadas manos. Salude cariñosamente de mi parte a nuestros parientes celtas de Bethlegert, señor Pugh. Y ahora...

—El señor Pugh quiere invitarte a ir allí —se apresuró a decir Charlie.

El modo fluido y sin transición en que la mirada despreocupada de Alun al coche que esperaba se transformó en una búsqueda urgente de ayuda, para que alguien acomodara al señor Pugh, fue algo que Charlie estaba seguro de que nunca olvidaría.

Tampoco estuvo mal su expresión de mesurada disposición a escuchar cuanto aquel hombre tuviera que decir. Delante de ellos, alguien insatisfecho con los detalles de la organización les cerró el paso de momento.

—Bethlegert está en la parte del estado que tiene un fuerte componente galés. De hecho, William Penn quiso que el estado se llamase Nueva Gales, pero el gobierno inglés rechazó la propuesta.

Pugh recalcó estas últimas palabras, pero si había conseguido avivar el sentimiento separatista en sus oyentes estos no dieron ningún indicio de ello, aunque el gesto expectante de Alun se desvaneció un tanto. No obstante, pareció animarse cuando Pugh comenzó con su siguiente oferta:

—En Bethlegert hemos gozado del privilegio de acoger a muchas distinguidas personalidades galesas. Nos vimos honrados con la visita de Brydan en mil novecientos cincuenta y cuatro. La ocasión quedó immortalizada en una placa escrita en galés e inglés en Neuadd Taliesin, nuestro templo, donde cuelga asimismo un retrato al óleo de Brydan, obra de la señora Bronwen Richards Weintraub, miembro de nuestro consejo.

—¿Cuándo pensaban ustedes...? —empezó a decir Alun, pero Pugh levantó una mano, solo unos cinco centímetros desde la muñeca, y continuó como antes.

—La señora Weintraub se basó sobre todo en fotografías, pero visitantes que conocieron en vida a Brydan aseguran que el parecido es excepcional.

Hubo algo terminante y definitivo en la forma en que fueron pronunciadas y recibidas esas palabras. Delante de ellos, el hombre o coche perdido había sido encontrado o abandonado a su suerte, y se reanudó el movimiento.

—Dígame, señor Pugh —dijo Alun, pensativo—, ¿dónde residiría yo en Bethlegert?

—Conmigo, naturalmente, señor Weaver. Tengo un piso de soltero, pero bastante confortable, se lo aseguro. Disfrutaré enseñándole el vecindario.

—Me muero de ganas. —Alun se había detenido junto a la puerta trasera del coche que le habían destinado—. Creo que la primavera de mil novecientos noventa y cinco sería apropiada para mi visita.

—Sin duda está usted...

—No, mejor el otoño. En estos momentos estoy muy ocupado. Ha sido un placer conocerlo. Buenos días. Charlie, sube por el otro lado.

Un instante antes de meter la cabeza en el coche Charlie echó un último vistazo a Pugh, que parecía un muñeco de goma inflado al que acaban de quitarle el tapón. Le habría inspirado cierta compasión de no haber estado desbordado de admiración por Alun.

—¡Qué oportuno has estado! —le dijo en cuanto se hubieron acomodado en el asiento trasero.

—Sí, no ha estado mal, pero en ese tono podría haber estado dándole caña a ese marica hasta la noche. Por cierto, lo de marica es verdad, ¿no crees? Me lo había

olido incluso antes de que llegásemos a lo del piso de soltero.

—Probablemente, pero yo estaba demasiado abrumado por el resto del hombre para notarlo.

El coche aún no se había movido. Alun miró por la ventanilla.

—Ahí va el muy desgraciado. Debería haberle recomendado el lavabo de caballeros que hay junto al parque de bomberos. Aunque seguro que ya lo han cerrado, como todo lo demás.

Por pura maldad, Charlie dijo:

—Supongo que ha captado el mensaje.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, has estado de lo más educado con él. Te lo has tomado en serio.

—Tal vez.

—Quiero decir que no querrás que te llame por teléfono para preguntarte si podéis hablar y consiga convencerte.

—Claro que no. ¡Dios mío!

El coche había empezado a avanzar despacio junto a la acera. Alun volvió a mirar por la ventanilla y a continuación echó una rápida ojeada al tráfico que tenían delante. Empezó a bajar el cristal con la mano izquierda y extendió el pulgar, el índice y el corazón de la derecha, dejando los otros dos dedos cerrados.

—Eso es inglés —se apresuró a decirle Charlie—. Para los norteamericanos es solo el dedo medio.

—Tienes razón. Gracias. Bueno, allá vamos. —Alun sacó la cabeza y la mano por la ventanilla y Charlie le oyó gritar—: Que sea el dos mil. El año dos mil. ¡Y que te den!

El coche aceleró. Por una bendita casualidad Charlie logró ver por última vez a Pugh por la ventanilla trasera, muy lejos ahora de la relativa ecuanimidad que había mostrado unos minutos antes. ¿Qué contaría de aquello en Bethlegert?

—En Norteamérica dicen que te den, ¿verdad? —preguntó preocupado Alun.

—Estoy seguro de que lo entienden.

—¿No significa «que te diviertas» o algo así?

—No que yo sepa.

—He pensado que era preferible zanjarlo de una vez, para estar doblemente seguro.

—Sí, no creo que vuelva a molestarte.

Alun rió un momento en voz baja, sacudiendo la cabeza en indulgente autorreproche. Fue entonces cuando intervino el conductor, que llevaba el cuello de la camisa de cuadros vuelto sobre el del traje de sarga azul.

—¿Qué? ¿Ese quería viajar de gorra?

—Más o menos.

—Un tío curioso. Me ha recordado a...

—Sí, pero ahora será mejor que nos olvidemos de él y nos concentremos en llegar

al Prince of Wales lo más deprisa posible, dentro de lo razonable. —Era evidente que Alun no tenía el menor deseo de entablar aquella especial relación galesa con los taxistas de la que le había hablado a Rhiannon. Bajó la voz y continuó—: Sí, ha sido muy importante medirlo bien, para después largarse enseguida. Una vez me cazó en Kilburn un autor de cuentos búlgaros. Ese sí trataba de viajar de gorra, y tuve que mandarlo a la mierda durante dos o tres minutos mientras el tipo que conducía el coche descapotable en el que yo iba daba la vuelta en el callejón sin salida en el que no me había dado cuenta que estábamos. Es increíble la rapidez con que se desinflan ante un buen que te den. Dilo un par de veces seguidas y verás qué partido le sacas.

—No hay mucho más que decir después.

—Exactamente.

—¿Qué te ha molestado de Pugh, qué te ha hecho deshacerte de él? Lo que más. Aparte de su interés por el rugby. Desde luego era norteamericano hasta la médula.

—Eso no puede evitarlo, el pobre. No, eso lo habría aguantado. Bueno, lo habría aguantado mejor que el que fuese aún más acérrimamente galés. He oído hablar de esos capullos de Pensilvania. ¿Sabes lo que son? Cuáqueros. Tienes suerte si te dejan fumar. ¿Y sabes lo que hacen? Hablar galés. Hablan galés entre ellos adrede.

—Sí, me ha hablado un poco en galés.

—Entonces no tengo que decirte nada más. —Alun miró indignado a Charlie—. ¿Cómo puede alguien tratar con semejante gilipollas?

—No sé por qué no te lo quitaste de encima en cuanto te dijo de dónde era.

—No podía hacerlo. Habría parecido una grosería. Además, en ese momento no podía estar seguro de que no fuese a... no sé, decir algo que demostrase que era un ser humano. Creo que lo que me apetece ahora es un trago.

Atravesaron el vestíbulo del Prince of Wales, que por un capricho reaccionario tenía alfombras corrientes en el suelo y cuadros de escenas reconocibles en las paredes, subieron en el ascensor, infestado de fotografías, y entraron en la brillante mediocridad de lo que sin duda llamaban sala de banquetes, con columnas esbeltas y luces suaves. Pero seamos justos, tenía un bar, además de una mesa en la que solo servían vino, lo que quitaba de en medio a unos cuantos bebedores poco serios. Una de las ventajas del oficio de Charlie, que ahora solo podía llamarse así hasta cierto punto pero que durante muchos años lo había descrito bastante bien, era que solía conocer a las camareras. De esta consiguió, mucho antes de que le tocase la vez, un whisky con agua que a otros les hubiese parecido digno de acompañar todo un almuerzo, y le sorprendió mucho descubrir cuánta falta le hacía. Echó mano al siguiente y fue derecho hacia Alun, que había pedido apoyo moral al verse en territorio extraño. Con él se hallaban los Cellan-Davies, y por cierto Malcolm le estaba preguntando a Alun:

—¿Cómo dices que se llamaba? ¿Llywelyn qué, Pugh?

—No estoy seguro. Charlie sí lo oyó.

—Sonaba algo así como Caswallon.

—Ah, Caswallon —dijo Malcolm, con un tremendo chirrido sibilante al pronunciar la elle—. Más conocido por Cassivellaunus.

—Así se habla —dijo Gwen asintiendo enérgicamente.

—Un jefe britano que combatió contra los romanos en...

—Venga, chico, no te embales —le interrumpió Alun—. Ya hemos tenido suficiente historia por esta mañana. William Penn y Cassivellaunus; solo nos faltan los patagones, muchos de los cuales, amigos míos, son bilingües, hablan galés y español.

—Creo que es una lástima que despachases al señor Pugh —repuso Gwen—. Malcolm y él parecen hechos el uno para el otro. ¿No puedes conseguir que vuelva?

Para el oído de Charlie aquello tenía posibilidades, pero cuando levantó los ojos fue para ver que alguien importante se incorporaba al grupo. Nadie iba a preguntar quién era, y él sabía de sobra cuanto necesitaba saber. Por su aspecto, incluidos el corte de pelo y el atuendo, daba el tipo de concejal de Yorkshire, más que de Gales del Sur, en una película en blanco y negro de veinticinco años antes. Lo acompañaban otros dos de menor categoría.

—Bueno —dijo con la voz ronca de contralto que suele achacarse al trasiego masivo de ginebra—, ¿qué les ha parecido nuestra nueva escultura?

—¡Dios mío! —exclamó Alun, como si se le hubiese escapado—. Ejem... En realidad no hemos hablado de ella, ¿verdad? No es precisamente mi especialidad. Gwen, tú entiendes mucho de arte.

—Eres muy amable, Alun. Bueno, la verdad es que no tiene agujeros. Puede decirse eso en su favor.

Siguió una breve ronda de acertijos que terminó con la revelación de que el coste total de la escultura había sido de noventa y ocho mil libras.

—Da que pensar —dijo Alun—. Por ese dinero se podría comprar un par de torpedos.

—Seguro que cuestan mucho más —indicó Malcolm—. He leído...

—¡Al diablo! Medio torpedo, entonces. O un cuarto, me da igual.

—Es una cuestión de principios —afirmó Gwen.

—Si no les importa —gruñó el que preguntaba—, ¿podríamos olvidarnos un momento de los torpedos y volver a la escultura? Usted, señor... —añadió voviéndose hacia Charlie—. No ha dicho nada todavía.

—Pues... no me pareció nada figurativa —dijo Charlie bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Eso es todo? ¿No tiene nadie nada más... más constructivo que decir?

Nadie lo tenía.

—¿De modo que ninguno de ustedes comparte mi opinión de que el monumento a Brydan supone un avance impresionante para cuantos vivimos en esta ciudad?

Como los demás, Charlie descartó al instante la posibilidad de que aquellas palabras tuviesen la menor intención irónica. Todos callaron, con la mirada fija en el

suelo, hasta que, con una voz que no pretendía llegar muy lejos, Gwen dijo:

—Si usted califica a eso, o a cualquier cosa parecida, de impresionante, ¿cómo califica entonces la película de terror que ponen por las noches? —Frunció el ceño y sonrió como nunca.

Alun asintió vigorosamente.

—Una observación muy pertinente —dijo.

—Mis colegas y yo esperábamos un poco de aliento. Estamos esforzándonos, luchando por traer lo mejor del arte moderno al pueblo, a quien después de todo pertenece, y no a ninguna sofisticada élite, y personas como ustedes, personas educadas, no quieren saber nada. Son más felices con sus viejos y rancios chirimbolos victorianos. Supongo que les hacen sentirse seguros. Evitan cuanto pueda suponer un desafío. Pues bien, me permito dudar que su reacción sea general. Buenos días.

El alto cargo hizo una seña con la cabeza a sus ayudantes con un movimiento que recordaba a un jefe en otro tipo de películas, y a los pocos pasos se volvió para añadir:

—Por supuesto, nadie les niega el derecho a tener sus propias opiniones, pero en este caso está claro que se basan en la ignorancia, dado que un grupo de expertos seleccionó y dio instrucciones al artista en cuestión. Les ruego que tomen nota de ello.

Cuando se hubo alejado, Alun dijo con gran énfasis y un ligero temblor en la voz:

—Está bien que mierdas y mierdecillas, sobre todo los últimos, vayan por ahí hablando de avances impresionantes en anuncios y páginas de arte. Bueno, no está claro, pero estamos acostumbrados y sabemos defendernos de eso. Y estuvo bien que tipos como ese lucharan para impedir que se representara *Deseo bajo los olmos* en el Royal y no pararan hasta conseguir que Joyce, Lawrence y T. S. Eliot desaparecieran de las estanterías de la biblioteca pública. Sois demasiado jóvenes para acordaros de un insensato, y por cierto bastante mierdecilla, llamado Bevan Hopkin, que hizo que la policía fuese a una exposición de Renoir en el Trevor Knudsen en mil novecientos cincuenta y tres, no, en mil novecientos tres. Así es como se consideraba que debía comportarse. Imagináoslo defendiendo algo que suponga un desafío, imagináoslo conociendo esa palabra. Cuando los concejales laboristas de Gales del Sur empiezan a decir tonterías sobre llevar el arte moderno al pueblo todo el mundo está en peligro. Vuelve, Bevan Hopkin, y repítelo todo; se han olvidado. En fin, *Iesu Crist*, y no se hable más.

—*Grist* —rectificó Gwen—. *Iesu Grist*, con una ge suave.

—¡Al cuerno! Abandono. Ya he tenido suficiente. Dios mío, aquí viene otro lote —dijo Alun, y se volvió hacia Charlie—. Será mejor que nos vayamos cuanto antes.

—Yo me marcho ahora, pero volveré.

Charlie bordeó el flanco del contingente del alcalde y, cogiendo de camino un vaso, se metió en los servicios. Esperó a que se fuesen los dos hombres que había,

llenó el vaso en un lavabo, se encerró en un compartimiento y se entregó al ataque de tos que le rondaba desde hacía una hora. Mientras tanto entró alguien que orinó sin dejar de gruñir, como por simpatía. Charlie bebió más agua y respiró hondo varias veces, sintiéndose mucho más débil pero con la cabeza más clara, como un personaje de John Buchan después de un ataque de fiebre. Al marcharse notó que, como diría más tarde, el lugar apestaba como un burdel de Alejandría.

Caminó por el pasillo, sobre una alfombra muy lujosa a la vista pero un tanto desagradable bajo los pies, hasta llegar a una fila de teléfonos separados del exterior únicamente por tejadillos en forma de arco románico.

Fue Victor quien contestó a su llamada, y parecía contento.

—¿Qué tal, Charles? ¿Qué dice el último parte?

—Un día de lo más mágico. Oye, me temo que no podré arreglar lo del almuerzo. Hay un recorrido por los pubs de Harriston al que prometí ir y lo había olvidado por completo. Lo siento.

—Charlie, me temo que no sé de qué me hablas. ¿Un almuerzo?

—Me pediste que tratase de reunir a unos cuantos tipos selectos y los llevara...

—¡Ah, eso! No importa; era solo una idea. Otra vez será. ¿Cómo estuvo Chulo Posturas?

—Muy bien, la verdad. Bueno, estuvo pesado en lo del descubrimiento de la escultura, pero lo compensó después. Había allí un marica galés-norteamericano, una pieza de coleccionista, del que se deshizo con un estilo increíble.

—¿Que se deshizo? ¿Quieres decir que...?

—No, no. Invitó a Alun a ir a vivir con él en su piso de soltero de Pensilvania, o Filadelfia, o donde sea.

—Supongo que no iré, porque eso sí sería realmente inesperado. —Durante un momento la voz de Victor pasó al falsete a causa de la risa—. A mesa y mantel en Pensilvania con uno de la cuerda. —La cuerda nunca pasaba de la tercera persona cuando charlaban ambos hermanos—. Increíble. Bien, que disfrutes yendo de pubs. ¿Vendrás después?

—Probablemente, pero por una vez no sé muy bien cuándo.

—Cuando quieras, Charles.

Al regresar al salón parecía haber mucha menos gente, o quizá se habían dispersado hacia los extremos. En cualquier caso, la escuadra del alcalde parecía a punto de marcharse, y no había ni rastro del hombre al que le había gustado la escultura. Un anciano de tez sonrosada y blanca —sonrosada en torno a la nariz y los ojos, blanco lo demás— estaba apoyado contra una pared abriendo y cerrando las mandíbulas a toda velocidad. Grandes fuentes ovaladas con canapés más horribles de lo normal, de vivos tonos verdosos o anaranjados, yacían aquí y allá casi intactas, como era de esperar, pensó Charlie, ahora que todo el mundo o bien estaba demasiado gordo o solo se alimentaba de pan integral y leche desnatada.

En cuanto a la bebida, había tenido un gran éxito, hasta el punto de que en ese

momento no había ni whisky ni nadie que lo sirviera. Charlie se situó en un rincón del bar donde podría abordar a la camarera cuando volviese. Otros dos hombres con los vasos vacíos habían ocupado la misma posición, un tipo de sesenta y tantos años y cara pequeña, que parecía aún más pequeña por las gafas tan complicadas que llevaba con puntales y voladizos, y un hombre más joven de tez oscura y aire melancólico y meditabundo que recordaba a Garth, un tipo galés muy común y a menudo no adornado con ninguna cualidad. Ambos levantaron la vista al llegar Charlie y lo saludaron con un gesto contenido pero cordial, como si lo conocieran, y era muy probable que así fuese, que lo hubieran visto más de una vez por cuestiones de negocios, en otra reunión como aquella, en un club o en un bar. Allí uno siempre tenía bastante idea de quién era todo el mundo, lo que ayudaba en cierta clase de contactos y no influía en nada en otros.

De manera que los dos prosiguieron su conversación procurando no excluir a Charlie.

—Pasa lo mismo en todas partes —decía el de mayor edad—. ¿Te has enterado de lo de aquel embajador que se llevó a casa demasiado vino?

—No, no lo sabía, debí de perdérmelo —dijo el moreno mirando a Charlie, y este asintió con la cabeza para que vieses que también él se lo había perdido.

—Pues no hay mejor ejemplo de lo que hablamos. Cuando alguien se retiraba de su último puesto diplomático le permitían importar, libre de aranceles, lo que llamaban su bodega, cierta cantidad de vino que podías llevar a Inglaterra como un privilegio. El número de botellas no era fijo; lo dejaban a la discreción de cada uno, y todos contentos. Hasta que un buen día un sir no sé cuántos volvió con diez, con veinte veces lo razonable. Y ahí se acabó. A partir de entonces se suprimió el privilegio. Nada de bodegas.

—Se terminó para todos. ¡Qué egoísmo más espantoso!

—Desde luego. Supongo que no hace falta decir cuál es la moraleja. En otras esferas se ha establecido a lo largo de los años la costumbre de que las personas que ocupan ciertos puestos gozan de ciertos privilegios de (y esta es la clave) un orden modesto y limitado. Y todos contentos hasta...

—Hasta que alguien se pasa de la raya.

—Exactamente. La codicia humana —explicó el más viejo mirando al vacío a través de sus gafas—. La codicia humana. Bien —añadió con cómica impaciencia—, ¿dónde está ese whisky del que tanto hemos oído hablar?

—¿De qué sirve sentarse en el dispensario si no hay nada para el dolor de garganta?

—Esto es el colmo —repuso Charlie.

—¡Ah, un momento! Remedio a la vista. Ya era hora. Gracias, samaritana. Eres la liberación de Mafeking. Sabía que me amabas, cariño.

Todo esto y mucho más dijeron los tres hasta que volvieron a llenarles los vasos y circularon el agua, la soda y el hielo. Cundió el sosiego.

—Felizmente —prosiguió el más viejo—, no todo es tan desolador. Pienso en un caso concreto. Aneirin Pignatelli. —Esto hizo que el moreno asintiera con los ojos cerrados—. Por supuesto, sabe de quién estoy hablando.

—Naturalmente —respondió Charlie con un gesto de asentimiento. Estaba casi seguro de haber oído ese nombre en alguna parte.

—Y supongo que la mayoría de la gente está al corriente de lo que le ocurrió. Charlie seguía asintiendo.

—Demostró ser un hombre íntegro. Cuando se fue... —hizo una pausa aunque era innecesaria— no pudo entrar en su sala de estar de tantas flores como había.

Charlie se mostró un tanto desconcertado, apenas durante un segundo y desde luego sin querer, pero al instante el último que había hablado volvió su exigua cara.

—De todas las personas a las que no había hecho caer con él —agregó el otro con un mohín de fastidio.

Charlie se apresuró a decir «Claro, claro» e hizo un gesto de «tonto de mí», pero era demasiado tarde. El hechizo de algo parecido a la intimidad se había roto. El intruso se retiró, aunque no antes de haber vuelto a llenar su vaso bajo un par de frías miradas que lo apremiaban a marcharse.

Mirando un tanto despistado a su alrededor Charlie vio a Alun y a Gwen al fondo del salón principal. Cuando se acercó a Gwen oyó a Alun decir en su estilo conciso:

—Últimamente trato de evitar dar conferencias siempre que puedo. ¿Qué tal un recital?

—Ah, bueno. Creo que sí —dijo Gwen, volviéndose—. Ya te diré algo.

—Pero no te preocupes; estaré allí. Charlie, es hora de marcharse.

—¿Por qué no vas a la comida del alcalde? Seguro que la hay.

—Sí, hay una comida, pero tengo una cita con mis amigos. ¿Dónde se ha metido Malcolm? Y aunque no la tuviese no creo que pudiera aguantar otra ceremonia edilicia. Ya he tenido suficiente funcionariado por hoy.

—No olvides que es un artista —apuntó Gwen.

—Y, sin duda muy plausiblemente a los ojos de algunos, de la comida no se informará, de la ceremonia sí. Te veré en el Picton, Charlie; antes tengo que ir corriendo a un sitio. Es una de esas cosas que no admiten espera.

A Charlie, que esperaba a la salida, le pareció que Malcolm tardaba tanto tiempo en sacar su coche del aparcamiento de varias plantas de la carretera de Tesco como el que se requeriría para sacar al país del Mercado Común. Pero al no tener alternativa, al final apareció, y ambos circularon por las afueras en aquella lluviosa tarde galesa. Pasaron ante las ruinas del castillo y poco después ante las de la fundición. Aquí y allá se alzaban montículos cónicos cubiertos de hierba, e incluso con arbustos o

árboles jóvenes, que eran escombreras de minas desaparecidas hacía mucho tiempo. La carretera ascendía junto a las aguas del Iwerne y las paredes del valle empezaron a elevarse, y a lo lejos se divisaban, borrosas, colinas de mayor tamaño. Cuando parecía a punto de desplegarse algo parecido a un paisaje, reaparecieron las viviendas, tiendas, oficinas, pubs también, todo tan mugriento como cuando el aire estaba lleno de polvo de carbón.

—Hemos llegado —dijo Malcolm al volver una esquina—, eso creo. No veo a nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie agachándose para mirar.

—Dice Streets donde antes estaba el letrero de Picton. ¿Streets? ¿De qué están hablando?

—Vamos a echar un vistazo.

Malcolm aparcó delante de una boutique pintada de lila que Charlie estaba casi seguro de que antes era una librería marxista, solo que eso hubiera sido demasiado bueno para ser verdad. En todos los demás locales al parecer vendían equipos electrónicos o grandes bocadillos de carne y patatas asadas con queso y cebolla por encima. Una voz masculina que pregonaba el *Evening Post* parecía proceder de otro mundo.

Mientras caminaban los «no muchos metros» de rigor, encogidos para protegerse de la fina lluvia, Malcolm le habló a Charlie, quien por segunda vez en menos de dos horas tuvo la experiencia de que se dirigiese a él de manera ininteligible alguien a quien hasta entonces había entendido perfectamente.

—Lo siento, Malcolm, debo de estar volviéndome loco. No he pillado una sola palabra. ¿Quieres probar otra vez?

—Es culpa mía —dijo Malcolm, enrojeciendo—. Se suponía que era tu amigo Cassivellaunus Pugh preguntando por el general Picton. Quiero decir que, aunque no le he oído hablar, supongo que tendría acento norteamericano. Me temo que no me ha salido muy bien.

—Picton era de Pembrokeshire, ¿no? —preguntó Charlie con tono afable.

—Sí, de Dyfed sería ahora.

—Que les den a todos —murmuró Charlie pensativo.

—¿A quiénes? ¿Que les den a quiénes?

—A los imbéciles de Londres que cambiaron todos los condados galeses. Incluso a un galés como yo eso le molesta. Y encima les pusieron esos horribles nombres antiguos.

—Lo hicieron por motivos de eficiencia.

Malcolm era ante todo una persona imparcial.

—Te equivocas. Lo hicieron de puro gilipollas.

Pasaron de la lluvia a un oscuro túnel o paso subterráneo lleno de ecos que llevaba a una entrada lateral, antaño salpicada a veces de porquerías de borrachos y ahora inmaculada, y de la que habían desaparecido los viejos adoquines,

reemplazados por hormigón. Ya dentro, la oscuridad se vio aliviada por lo que parecían anticuadas farolas, como de cerca resultaron ser. También entraba luz, tratada para que se asemejara a la diurna, por el techo de cristal. Las paredes parecían escaparates, y había puertas entre columnas de ladrillo, un parque con barandillas, arbustos de plástico y un quiosco de madera blanca. Al fondo se distinguía la vasta forma de Peter Thomas, sentado en una silla de lona a franjas verdes y blancas cerca de una fuente de piedra y hierro forjado. Cuando los recién llegados se acercaron, las baldosas del suelo sobre el que caminaban cedieron paso a la gravilla.

—La sociedad opulenta —dijo Peter—. En los malos tiempos de antaño solo las personas muy ricas podían disfrutar de ambientes como este. Ahora están al alcance de todos.

Charlie fue a la barra poligonal que había en medio del vestíbulo y llamó para que le sirviesen.

—Ya voy —masculló la voz de alguien que estaba fuera de la vista, de modo que no todo había cambiado.

Cuando les llevaron las bebidas, Malcolm comentó mirando alrededor:

—Desde luego lo han transformado por completo.

—No hay manera de saber dónde estaba nada —dijo Charlie—. ¿Recordáis dónde estaba la barra de la sala del fondo? ¿Por dónde se entraba?

—Supongo que pasa igual en todas partes, quitando unos pocos locales anticuados como el Bible —señaló Malcolm. Su expresión se tornó más seria y reconcentrada—. Me recuerda mucho un sitio donde estuve hace poco. ¿Dónde diablos era?

Peter había empezado a respirar pesadamente.

—No en todas partes es igual —repuso—. Venía yo en el autobús y, como no tenía prisa, me detuve de camino en la vieja posada Pendle, ¿os acordáis? ¿Queréis creer que ahora es todo de metal? Paredes, suelo, mesas, sillas, barra, todo. Solo metal. Mate, no brillante. Incluso lo de servir comidas rápidas. Todo metal, excepto una docena de pantallas de televisión para los vídeos de rock. Claro que se puede pensar que las diferencias entre aquello y esto no son demasiado grandes.

Para Peter era un largo discurso. Malcolm fue más conciso.

—Supongo que atrae a la gente joven, lo mismo que pasa aquí.

Era verdad que, por lo que podía distinguirse en aquella oscuridad, la mayoría de los clientes tenían menos de treinta años. Algunos incluso menos de diez, y corrían por allí estampándose contra los muebles.

Una expresión de inefable repugnancia apareció en la cara de Peter, aunque no hizo ningún comentario.

—No pretende atraer a nadie —dijo Charlie—. No se trata de eso. Al dueño le toca renovar su pub y, aunque odia aflojar un par de millones de libras para eso, puede soportarlo si aprieta los dientes y no vuelve a pensar en ello. Así que elige a un decorador conocido y le dice que adelante. Un decorador conocido lo es porque han

publicado fotografías de sus cosas en revistas suecas, y se mantiene en el candelero porque gana premios de comités internacionales que se reúnen en Brasilia. Eso es todo. El pobre hombre...

Su voz se apagó cuando se hizo evidente que Peter, cuya mirada había ido pasando de Charlie a Malcolm con creciente velocidad, se disponía a hablar.

—¿Dónde está Alun? —preguntó—. Creía que iba a venir contigo.

—Iba —contestó Charlie—. Va. Quiero decir que va a venir. Pero más tarde.

Mientras hablaba sonó el timbre de un teléfono y un joven de andares desgarbados salió de detrás de la barra para encaminarse hacia lo que por lo visto era una cabina roja de estilo antiguo y plantada sobre una base de cemento cerca del centro de la zona.

Había un asomo de rencor en la voz de Peter cuando dijo:

—Al parecer estuvo presente, e incluso participó, en la ceremonia en honor de Brydan, que, por lo que dice Malcolm, transcurrió por desgracia sin la general humillación de los asistentes.

—Sí, así fue, pero de pronto ocurrió algo.

—¿Qué?

—No lo sé.

El modo en que Charlie dijo esto le valió una mirada acerada de Peter, que a continuación lanzó otra cautelosa a Malcolm. Pero los tres siguieron sentados en silencio bajo la sombrilla de playa naranja y blanca, mientras veían, un tanto desvalidos, cómo avanzaba hacia ellos el joven desgarbado.

—¿Alguno de ustedes es el señor Cellan-Davies? —preguntó, pronunciando el primer elemento del nombre como no lo hubiese hecho nunca un galés.

Charlie esperaba con cierta preocupación que a Malcolm no le diese por corregirlo, pero no pasó nada; respondió sin más pausa que la normal para que la pregunta le entrase en la mollera.

—Su amigo dice que viene hacia aquí —le comunicó el chico, que acompañó sus palabras de una sacudida de la cabeza hacia atrás para disipar cualquier duda sobre a quién se refería.

Sin ninguna razón que Charlie pudiese determinar, la información no los animó, sino que causó un estado casi de melancolía, en el que desde luego no parecía posible seguir hablando en un futuro previsible. Fue el bueno de Malcolm quien se puso a la altura de las circunstancias refiriendo a Peter detalles del acto celebrado en Saint Dogmael, tal como él lo había visto, y una descripción de Pugh, mientras Charlie, cómodamente sentado en su silla de playa, estaba a punto de quedarse dormido.

Alun no tardó en llegar, y avanzó hacia ellos lleno de vitalidad sobre las baldosas y la gravilla haciendo gestos de disculpa y de condena de la decoración y llevando más bebidas. Aunque desbordante de amena charla, no tenía información que ofrecer sobre sus andanzas en la última hora. Charlie, de nuevo casi totalmente despierto, observó que la mayor pausa entre sus inspiraciones y la relajación general de los

últimos minutos se habían combinado para aumentar sobremanera su sensación de que tal vez estuviera borracho. Esperó a que Alun terminase de decir que aquella era la primera vez en Dios sabía cuánto tiempo que los cuatro bebían juntos, y entonces le comentó:

—Me ha parecido muy bien lo que has dicho en el acto de esta mañana.

—Bien, hay que...

—Excepto eso de que Brydan no sabía galés pero aun así podía comprenderlo.

—¡Por el amor de Dios! Es lo que ellos...

—Quiero que entiendas esto ahora que aún lo recuerdo y antes de que haya bebido demasiado. Cuando alguien te dice en galés que el gato estaba sentado en el felpudo, no tienes ni idea de lo que está diciendo a menos que sepas cómo se dice en galés gato, sentado y felpudo. A menos que te haga un dibujo, es solo un galimatías.

—Bueno, en sentido estricto no hay duda...

—Lo importante es que es innecesario. Les gustaría lo mismo oír que Brydan escribía en inglés con el fuego, la pasión y el espíritu de esto, aquello y lo de más allá que tenga el galés auténtico, genuino o como quieras llamarlo, lo cual es cuando menos discutible que signifique algo, pero en todo caso es solo una gilipollez, no algo absurdo. Cíñete a las gilipolleces y estaremos a salvo.

—¿Cuántos de los que había allí podían apreciar la diferencia?

—No lo sé, pero yo puedo, y tú también.

Alun suspiró.

—Tienes razón, Charlie. No lo pensé. Fue un descuido.

—Pues más ojo en adelante, muchacho.

—¡Eh, Alun! —Malcolm se inclinó hacia delante sonriendo y con un acento norteamericano chapucero, pero esta vez inteligible añadió—: ¿Diría usted, señor Weaver, que este es un pub galés típico o característico?

Se oyó un ruido que empezó más bien como un pedo de proporciones heroicas, pero pronto se vio que estaba causado por el amplio desgarrón del asiento de la silla de lona de Peter bajo sus posaderas. Por suerte, estaba demasiado gordo para caer por el agujero al suelo, y quedó atascado por las caderas en el armazón metálico de la silla, con su bebida intacta en la mano. Antes de que él o alguno de sus compañeros pudiese moverse, comenzó a sonar a un volumen descomunal una pieza de música de rock, con la obligatoria palmada en el tercer tiempo de cada compás, lo que tuvo el efecto de un descuido elegantemente enmendado.

—¡Fuera! —exclamó Alun—. Terminad las copas y fuera.

Tras acabar la suya, sostuvo derecha la silla rota mientras Peter se levantaba a trompicones hasta quedar libre. Salieron presurosos detrás de los otros dos, sin que nadie se molestase en mirarlos.

—Esa ha caído cerca —dijo Charlie cuando se reunieron en la boca del túnel.

Por supuesto, la lluvia había arreciado.

—Bien. —Alun buscaba con la mirada—. El almuerzo. Allí lo tenemos. Es

perfecto. El bistrot indio y comidas para llevar Bengal Tiger. Bueno, casi perfecto. Esperad un momento. Voy a reconocer el terreno.

Cruzó corriendo la carretera con buen estilo atlético, sin que apenas estropease el efecto el periódico que sostenía sobre su cabeza. Los tres que aguardaban en el túnel se miraron malhumorados.

—Hay que vigilarlo.

—¿Qué nos prepara?

—No lo sé muy bien. Dijo algo de una excursión a Courcey.

—¿No es un poco tarde para eso?

—Todavía no es la una y media.

—¿Tengo buen aspecto?

Ese era Malcolm.

—Sí, estupendo —dijeron los otros dos—. ¿Qué pasa? ¿Es que no te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Solo me preguntaba si tendría buen aspecto. Buen aspecto.

—Sí, claro que sí.

—¡Dios, ya viene!

Haciendo señales de desastre por el camino, Alun regresó y se reunió con ellos en el túnel.

—¡Horrible! No podéis ni haceros una idea... Luego os lo explico. Será mejor que nos marchemos. No creo que encontremos nada decente aquí, así que vayamos directamente a Courcey. Hay un montón de sitios para turistas allí. ¿Dónde tienes el coche, Malcolm?

—¿No has traído el tuyo?

—He venido en taxi. Es más divertido ir todos juntos.

Desde luego iban más apretados de lo que podían haber ido, pero con aquella cálida llovizna y la penumbra resultaba muy agradable. Charlie estaba bastante cómodo en la parte de atrás; la corpulencia de Peter junto a la suya hacía que, aunque el coche de Malcolm no era pequeño, no le resultase difícil conservar la inmovilidad en las curvas. Alun, como número uno, había ocupado con toda naturalidad el asiento delantero, y fue retorcido la mayor parte del trayecto para seguir con la conversación.

—Ese sitio era horroroso. Como una pensión de playa con luces de colores y música. Estaba vacío, por supuesto, y no había señales de que alguna vez hubiese entrado alguien. Apareció una mujer bastante agradable y le pregunté qué podía comer, y me dijo que servían platos calientes, es decir, ternera o cordero con queso de postre, o bien ensalada de pollo, a la que le puedes poner chutney si quieres, y cebollas en vinagre. Y de postre, queso.

—Como en Chittagong —dijo Charlie.

—Le pregunté si tenían curry y me dijo que lo sentía, pero que hasta la noche solo servían comida inglesa. El indio no viene hasta las seis. A la pobre le supo mal tener que decírmelo. Yo señalé algo enfadado que fuera decía cocina india y continental, y

asintió. Después... Bueno, después le pregunté de quién era el local, y noté que se ponía nerviosa. ¿Y qué creéis? ¡Es de unos árabes!

Hubo un grito unánime de rabia y asco, al que añadió efecto el bache que zarandeó el coche en ese momento.

—Esto no es ninguna broma —añadió Alun muy serio—. Las compañías aéreas son de los árabes, medio Londres es de los árabes..., pero que los árabes sean propietarios del bistrot Bengal Tiger en un pueblo industrial medio abandonado al borde de las ruinas de un antiguo centro fabril y puerto carbonero de una provincia dejada de la mano de Dios, eso le hace a uno sudar.

—La culpa no es solo de la provincia —dijo Malcolm.

—Nadie ha dicho que lo sea, muchacho.

Se hizo un silencio en el coche. Malcolm conducía tal vez algo más deprisa que de costumbre, pero con prudencia, y encontraron poco tráfico. Charlie dormitó unos minutos. Cuando despertó, oyó a Alun canturrear:

—«¿Fue la pequeña Nell la que con su mal olor provocó la tristeza general? Oh, no, no fue la pequeña Nell...».

Cualquiera que estuviese en situación de comparar el estilo con que Alun pronunciaba esas frases y el que había exhibido al salir de casa de Sophie habría notado un empeoramiento, una fuerza y convicción menores. Charlie apenas le prestó atención. Aquel parecía estar transformándose en uno de sus días buenos. Había dejado de llover o, lo que era lo mismo para el caso, habían dejado atrás la lluvia al acercarse al nivel del mar, y el sol lucía débilmente. Apareció Courcey en un poste indicador. Todo era pacífico y seguro.

Antes de que la gente dejase de preocuparse por tales cosas, solía considerarse que la isla de Courcey debía su nombre a la familia normanda de los De Courcy, antiguos señores de la cercana Locharne. Diversas autoridades habían visto en ese nombre una corrupción de Corsey, del galés *cors*, «ciénaga», «pantano», y el inglés arcaico *ey*, «isla», o posiblemente de un epónimo Kori con *ey*, o lo habían derivado del inglés *causeway* o *causey*, que significa «carretera elevada», o de la versión galesa de este último, *cawsai* o *cawsi*. Como suele ocurrir en todas partes con las autoridades, no habían llegado a ponerse de acuerdo, aunque era cierto que una importante carretera elevada, reconstruida por última vez en la década de 1880, permitía el tráfico entre tierra firme y la isla por una vía bastante ancha. Había sido solo la mitad de ancha hasta 1965, año en que se cerraron las tres estaciones ferroviarias de mercancías y pasajeros de Courcey y se trazó una vía única.

En el pasado Charlie conocía parte de estos datos, y sin duda eran aún más los que Malcolm todavía recordaba. ¡Cómo hubiera disfrutado explicárselo a alguien como Pugh, y qué suerte para todos los demás que eso no hubiera sucedido! ¿Qué hubiera sido si no de Peter, que, dormido como un tronco, soltaba de vez en cuando lo que parecía un gruñido de bestial consternación?

Una vez en la isla y después de atravesar Holmwood, el famoso bosque de robles

centenarios que erróneamente se había relacionado en otro tiempo con cultos druídicos, Malcolm tomó la carretera de la izquierda. Siempre se había dicho que la parte este de Courcey era la mitad galesa de la isla, y así parecían indicarlo los topónimos, incluidos los anglicanizados como Treville, que era hacia donde se dirigían ahora. La zona occidental había sido inglesa al menos en gran parte desde que Enrique II llevó allí colonos hacia 1160. El antiguo puerto de Birdarthur y casi todas las playas de la isla, rebosantes de turistas en verano, se hallaban en esa costa, en la que se sucedían los acantilados de color rojizo oscuro que caían a plomo sobre estrechas orillas pedregosas o directamente al mar. En algunos lugares se alzaban hasta sesenta metros, y la cumbre más elevada no estaba lejos de ser la más alta de Courcey. Malcolm detuvo el coche en aquella zona por decisión unánime, y sus ocupantes se aparearon con esfuerzo para tomar el aire, según decían, y para orinar.

La primera bocanada o inhalación de aire trajo a Charlie una fragancia —sal, brezo, corteza de pino— que desapareció antes de que lograra identificarla. Orinó concienzudamente en la cuneta herbosa del borde de la carretera. El lugar era muy tranquilo, o al menos eso pensaba cuando un pequeño avión rojo con manchas amarillas pasó con un zumbido en dirección a la pista de Swanset. Charlie trepó por una corta y húmeda ladera cubierta de matojos hasta la nada considerable cima, coronada por una falsa cruz celta de cierta antigüedad, salpicada de líquen, y una lápida más reciente de un material rojizo.

Aunque había reconocido enseguida el lugar, no recordaba haber estado allí antes. Desde luego, había olvidado que el terreno descendía suavemente por casi todos los lados, de manera que el lugar ofrecía una vista de la tierra firme a través de un grupo de abetos y, en dirección opuesta, una mancha borrosa donde debían de estar Devon y Cornualles, pero la mayor parte de la isla quedaba oculta. La única perspectiva clara era el fondo de un pequeño valle sinuoso, una zona de arbustos y arbolillos, una franja de roca gris y una extensión de hierba iluminada por el sol tan densa y verde que le recordó el paño de una mesa de billar. Le resultó de lo más agradable. En el pasado había pensado que en esos paisajes debía de haber más de lo que él alcanzaba a ver, quizá no en ellos, ni detrás o más allá de ellos, sino relacionado con ellos de algún modo, y muchos poemas parecían decirle eso mismo. Pero aunque había estado alerta durante mucho tiempo intentando tener al menos un vislumbre de lo que no podía ser visto, nunca había aparecido nada que respondiese ni remotamente a sus suposiciones y sospechas. Aun así, cuando por casualidad andaba por el campo o se tropezaba con uno de tales poemas, solía encontrar atractiva la experiencia, incluso ahora. Empezó a bajar por la ladera.

—¡Vamos, por Dios! —exclamó Alun un tanto irritado—. No tenemos toda la noche.

—Claro que no —dijo Charlie, que fue el último en volver al coche, aunque no por mucho. Tomar el aire le había despejado la cabeza—. Oye, estaba medio amodorrado cuando accedí a que nos trajeses aquí. No vas a encontrar nada en

Treville, aquello está muerto.

—Los pubs seguirán funcionando.

—Y con un poco de suerte serán tan bonitos como el que acabamos de dejar.

—De todos modos vamos a ir. No; allí no estarán a la última, no son de esos.

—¿De qué hablas? —dijo Charlie cuando el coche arrancó—. Ahora en todas partes están a la última, a menos que estén en las últimas.

—Ya sé por dónde va —intervino Peter—. Quiere decir que son más auténticos, más galeses, ¡Dios nos asista!

—Más adecuados para su serie de televisión. Mira, creo que tienes razón.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Malcolm.

—A cosa de un kilómetro está nuestra última oportunidad para dar la vuelta y largarnos a la parte occidental. Seguramente será lo mejor.

—¿Qué esperas encontrar abierto allí en esta época? —Alun parecía apenado y dolido, como ante una muestra de ingratitud.

—No lo sé; tú eres el investigador —manifestó Charlie.

—Os diré lo que podemos hacer. —El tono de Alun, de pronto más animado, habrían reavivado las sospechas de Charlie si estas hubieran tenido tiempo de atenuarse—. Podemos pasarnos por casa del bueno de Billy Moger, que está un poco más adelante. Él lo sabrá.

—Hace años que no lo veo. Desapareció cuando se mudó. ¿Estás seguro de que todavía vive allí?

—Bueno, seguía viviendo allí la semana pasada, cuando le telefoneé.

—¿Ah, sí? —Alguna mujer relacionada con Moger afloró en la memoria de Charlie; no su esposa o si acaso su segunda esposa, aunque más probablemente una vieja amiga, pero que en cualquier caso había tenido también algo que ver con Alun hacía mucho tiempo—. Me alegro de saberlo.

—Estuve repasando mi vieja agenda.

—Comprendo.

Laura no sé qué, así se llamaba.

—¿Giro a la derecha o no? —preguntó Malcolm.

Charlie esperaba verse de pronto en las afueras de Treville, pero después de un centenar de metros el coche se detuvo frente a un bungalow construido casi en la orilla de la carretera. Difícilmente alguien de los tiempos de Billy Moger hubiese encargado ni aceptado un edificio tan original que parecía sacado de un cuento infantil, pero tal vez él o alguien anterior había arrancado las antiguas ventanas onduladas y la puerta como para duendes y llenado los huecos con acero y pino, y con el mismo espíritu había puesto sensatas chimeneas tipo urbanización en vez de las fantasías que sin duda alegraban antes el tejado.

—Qué fea es la casa —exclamó Charlie cuando Alun fue a tocar el timbre.

—¿Quién es ese Moger? —preguntó Peter.

—Tuvo durante años la tienda de deportes que hay en Cambridge Street, junto a

la bodega. Muy a mano. Es un tipo simpático. Jugó un tiempo con el Glamorgan antes de la guerra. Tienes que acordarte.

—Y también después —añadió Malcolm—. En el campo derecho, cerca del poste.

—Nos dicen que entremos —dijo Charlie—. No han tardado mucho.

Al mirar de reojo el jardín por el costado del bungalow vio un espacio vallado, ajardinado como el recinto para pequeños mamíferos en un zoo opulento, incluido el cauce seco de un riachuelo artificial. Pero no había animales, y en cuanto a vegetación, muy poca. En el umbral percibió un perfume, fuerte pero no desagradable, a madera y especias más que a dulce. Laura, a quien reconoció nada más verla, les dispensó a él y los demás un recibimiento cariñosísimo. Menuda y delgada, llevaba un vestido de terciopelo negro muy ceñido, el pelo rubio recogido y un despliegue de joyas nada común en torno al cuello y las muñecas. Alun hizo las presentaciones.

Como tantos en Gales, aunque no solo allí, Charlie estaba mucho más versado en habitaciones y casas horribles que en viviendas atractivas e incluso pasables. Así pues, no reparó mucho en los detalles cuando, preparado para lo peor después de lo que había visto fuera, no encontró nada que repugnase a su ojo entrenado, aunque quizá a otros no les hubiera gustado el bien provisto bar que ocupaba un extremo del salón. Vio flores por todas partes, muchas, variadas, frescas, maravillosas en verdad y, como le dijo otra rama de sus conocimientos, muy caras en conjunto, como lo eran otras cosas que allí había. Sí, la memoria añadió ahora que hubo una época en que a Billy le había ido muy bien, incluso demasiado a decir de los más exigentes, suministrando material deportivo a los colegios y otras instituciones educativas, incluida la cárcel. Así había empezado.

¿Dónde estaba Billy? Laura volvió para decir que enseguida venía. Charlie no la había visto salir, al haberse concentrado en el bar, donde a petición de la anfitriona Alun había empezado a servir bebidas. Peter, apartado de los demás, miraba a su alrededor con lo que a Charlie le pareció un aire de predisposición censuradora, atento a la vulgaridad, la afectación y la mala calidad, deteniéndose en una acuarela sospechosa para seguir adelante con la decepción reflejada en la cara. En cuanto a Malcolm, era evidente que aprobaba lo que veía, o lo que creía ver, y estaba disfrutando con la reunión. Aún tenía buen aspecto, aunque la acostumbrada seriedad de su porte empezaba a ofrecer indicios de desmoronamiento, como el nudo caído de la corbata.

Alun se puso a describir el supuesto propósito de la visita, pero, en cuanto mencionó lo de comer en Treville o en otro sitio parecido, Laura no quiso oír más.

Sus ojos despedían fuego cuando tan oportunamente puso fin a aquel proyecto peligroso y degenerado.

—Ni hablar —afirmó con voz sorprendentemente grave y ronca—. No he oído una tontería parecida en mi vida. Gracias a Dios que lo he sabido a tiempo; es cuanto

puedo decir.

—Solo pensábamos tomar un tentempié —dijo Malcolm.

—Un tentempié... —repitió Laura, dando así por concluido el tema—. Seamos prácticos. Teniendo en cuenta la hora y el problema, la solución es obvia. Hacer emparedados para cuatro no me cuesta nada. ¿Conformes? —Conformes, se dijo Charlie, y otro fragmento de recuerdo apareció en su mente: Laura Makins, del mostrador de comida fría del Three Feathers de Kinver Hill—. No se preocupen, señores. Sirva otra ronda, Alun, y yo me ocuparé de todo.

—No podemos permitirlo —dijo Malcolm, que miró a su alrededor en busca de apoyo.

—No me diga lo que puede o no puede permitirme hacer, joven. —Por primera vez Laura dejó que el humor suavizase sus palabras—. Pocas veces tengo ocasión de demostrar mis habilidades. Para hacer emparedados —explicó moviendo pícaramente el índice—. Estamos aquí, cariño. Ven.

Un viejecillo de pelo blanco avanzó lenta pero firmemente hacia el grupo, sonriendo mientras pasaba revista a las caras. Llevaba una bata de seda color borgoña con lunarcitos blancos y un pañuelo del mismo estampado a un lado del cuello, donde tapaba la mayor parte de una hinchazón enrojecida. Alun y Laura le dijeron al alimón quién era cada cual, y él fue estrechando manos y hablando con voz tenue. Laura le dio el whisky muy aguado que había empezado a preparar en cuanto le vio. Él levantó el vaso y volvió a recorrer el círculo con la mirada.

—Ya veis que no lo he dejado.

—Claro, tienes a esta para que te mantenga en forma —dijo Alun—. Apuesto a que se preocupa de que nunca te falte.

—No, no lo he dejado.

—¿Qué posibilidades crees que tiene el equipo de bolos inglés esta temporada? —preguntó Malcolm—. Parece que falta calidad ¿no crees?

Billy rió entre dientes, pestañeó e hizo gestos de asentimiento.

—La convertí en una mujer honesta.

—Ya era hora —dijo Laura.

—Pensé que ya iba siendo hora.

Laura lo instaló en un sillón bajo de cuero con brazos de madera y un cubrerrespaldo de seda tailandesa a cuadros rojos, verdes y amarillos. Cerca había una mesita redonda sobre la que descansaban una caja de pañuelos de papel, otra de caramelos de menta, un lapicero de plata y un cuenco de narcisos, con los tallos muy cortos. Los demás se situaron a su alrededor.

Laura le dijo con voz clara, aunque más bien baja:

—Alun acaba de volver para quedarse a vivir aquí. Dice que lo encuentra todo muy cambiado.

El aludido describió algunos de los cambios que había visto, con el concurso de Charlie y Malcolm. Hicieron pausas para oír las posibles aportaciones de Billy, pero

este se limitó a un par de monosílabos, si bien los presentes tenían la impresión de que seguía el hilo de lo que se decía. Al cabo de unos minutos Laura condujo a todos a la cocina y sentó a Billy al extremo de la larga mesa bien refregada, entre Alun y Malcolm. Encargó a Alun que abriera y sirviera el vino. Con rapidez y pericia, Laura preparó emparedados —de queso y cebolla, lengua y encurtidos— para todos, excepto para Billy, que comió con fruición alubias cocidas y un par de galletas digestivas y bebió otro whisky aguado. Los emparedados estaban muy sabrosos y lo bastante blandos para despertar el respeto profesional de Charlie e inducirle incluso a comer más de dos. No tardaron en acabarse. Laura ofreció café, pero al momento se desdijo:

—No tendréis tiempo si queréis tomar un trago en Treville.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Alun—. A todos nos apetece una taza de café, ¿no es verdad, chicos?

—Ahora no. Algunos están un poco cansados.

—Ah. De acuerdo.

Se despidieron de Billy en la cocina. Cuando le llegó el turno a Charlie, le sorprendió no haber visto en ningún momento en él al Billy Moger que había conocido. Laura los acompañó hasta el coche.

—¡Dios os bendiga por haber venido! Espero que no os haya impresionado demasiado.

—¡Por Dios! —dijo Alun.

—Habéis sido muy amables, de veras. Esto lo mantendrá alegre durante días. Hablará de vuestra visita cien veces. Bueno, también yo. Podríais... Si veis a alguno de sus antiguos amigos, podríais decirles que no está tan mal. Creo que algunos no vienen porque temen que sea peor de lo que es. ¡Que os vaya bien en Treville!

De común acuerdo, permanecieron callados hasta mucho más allá del sitio donde ni las más preternaturales facultades auditivas ni la tecnología más avanzada hubieran podido llevar sus palabras a Laura.

Empezó Charlie:

—De modo que está claro que no sabías a qué íbamos.

—Eso espero. —Alun se volvió una vez más hacia atrás, aunque menos animado que antes—. Bien podéis decirlo. Ni siquiera yo habría conseguido aparentar que no lo sabía si lo sabía. No, ella solo dijo que pasáramos a verlos si estábamos por los alrededores, que les encantaría vernos.

—¿Y tú qué dijiste?

—Que tal vez hiciésemos una excursión por la zona hoy y que en ese caso quizá pasáramos a tomar una copa. No esperaba que estuviese esperándonos.

—Tengo mis dudas —dijo Malcolm—. Puede que tuviera todo eso para ella: lengua, queso, cebolla... y por cierto estaba delicioso, y ha sido un detalle por su parte.

—Todo menos el pan —repuso Charlie—. Dos barras grandes. Las compró por si

acaso veníamos. Una posibilidad no desdeñable, estoy de acuerdo. Y es muy posible que se acicale así a diario.

—Pobre hombre —exclamó Peter.

—Sí, no estaría mal pensar también un poco en él.

—Desde luego, pero yo estaba pensando en su mujer. Cuántas veces debe de haberse dicho que no iba a venir nadie, y qué desilusión si no llegamos a aparecer. Media hora entre veinticuatro de Dios sabe qué. De acuerdo, ha arreglado un poco la casa por nosotros, por si daba la remota casualidad de que veníamos, y sin atreverse a decirle a él por qué. Pero lo que hemos visto no se consigue poniendo solo un poco de orden. Supone años de trabajo diario.

—¿Te encuentras bien, Peter? —preguntó Charlie.

—Cállate, Charlie —dijo Alun.

—Lo siento. Por lo visto hay mucho que decir sobre ella y muy poco sobre el viejo Billy.

Nadie estaba dispuesto a contradecir esa opinión allí y entonces.

—Aunque nos queda un consuelo —continuó Charlie—. No está aquí Garth para decir lo que es apropiado en una ocasión así.

Con su comentario consiguió arrancar carcajadas. Se guardó para sí otros pensamientos: por ejemplo, que Laura no había dicho por teléfono nada sobre el estado de su marido porque conocía bien a Alun. Y que este, no habiéndolo tramado y sabido todo de antemano, tal vez había conseguido una posición de lo más ventajosa: no solo un conocimiento de la situación, sino unas grandes dosis de buena voluntad y una evidente obligación de volver por allí. Carta blanca a un coste cero. Seguro que Billy está deseando que tengas una tarde libre de vez en cuando, cariño. Vaya, allí estaba.

Encontraron un poco de tráfico al llegar a las afueras de Treville. Mientras el coche descendía por la última loma antes del pueblo vieron la consigna «Gales libre» pintarrajeada con cal y ya medio borrada en una pared de ladrillo. Hubo un hurra irónico.

—Eso que hemos visto... —dijo Malcolm con su espantoso acento norteamericano antes de que Alun le mandase callar.

—¡Cierra el pico, idiota! ¿Qué te pasa, tío? Apenas echaste un vistazo a ese payaso y todo lo que ves te lo recuerda. Olvídalo.

—Ya sabes lo que pasó la última vez que lo imitaste —apuntó Charlie.

—Borra al tal Cadwallader *Twill-Din* Pugh de tu cabeza.

—¡Eh! Ya sé lo que hay que decirle sobre ese eslogan: «Enséñame un nacionalista galés y yo te enseñaré un coño».

—No te daría las gracias por enseñarle un coño —razonó Alun.

—Ahí está el chiste, tonto.

—¡Dios mío, es la bebida! Entorpece mi pensamiento.

—Desde luego los míos sí los está entorpeciendo —dijo Malcolm dando un

volantazo—. Lo siento.

—Y los míos, gracias a Dios —añadió Peter.

A pesar de todo lo dicho entonces y antes, la expectación aumentaba a medida que se acercaba el momento de la llegada. Pasaron ante los restos de la estación de ferrocarril y de algunos de los once pozos agotados de la zona, y llegaron a la orilla del mar y avanzaron en paralelo a ella. No hacía mucho allí se recogían berberechos y un alga comestible con la que se preparaba el *laverbread*. En el pueblo se veían herrumbrosos tejados de hierro galvanizado y escaparates que necesitaban una mano de pintura. En el primer pub en el que entraron había una mesa de billar de tamaño mediano, un televisor con el volumen bajo en el que daban un programa infantil y solo dos personas, la camarera y su novio, que mientras hablaba con la chica comía sin parar lo que salía de una maquina expendedora llamada al parecer Peanut Colonel. Hubo de inmediato un movimiento de retirada, pero Charlie señaló que no tenían la menor garantía de conseguir un trago en otra parte. No sabían cuál era el horario de venta de bebidas en la localidad.

Veinte años antes Charlie había pasado un día entero, desde que se levantó hasta que se acostó, sin probar el alcohol. En realidad lo de levantarse había estado muy cerca de no ocurrir: había tenido la certeza, y así se lo hubiera dicho a quien se lo hubiese preguntado, de que llevaba la muerte encima. En ese estado de ánimo había disputado un duro partido entre el público que esa tarde acudió al Gales-Francia en Cardiff. Por la noche Sophie y él, entonces recién casados, habían dado una fiesta; demasiado tarde para cancelarla. Zumo de naranja en mano, había visto fascinado cómo uno por uno, con increíble rapidez, sus contemporáneos se emborrachaban, cómo sus caras y sus voces se desintegraban entre un trago y el siguiente. Desde algo más cerca de la refriega vio ahora cómo le pasaba otro tanto a Malcolm, mientras vaciaban sus vasos junto a la centelleante máquina tragaperras; cómo se le hinchaban los ojos con algún fenómeno que tenía lugar en su interior. De pronto dio medio paso hacia delante.

Caminó al lado de Malcolm durante el paseo de dos minutos hasta el otro pub de la playa, que Alun había visto antes. La marea estaba baja y un olor no del todo agradable llegaba de los saladeros que había enfrente, aunque no había remedio para eso, ni para la lluvia que otra vez había empezado a caer. Había solo tres o cuatro coches aparcados en los alrededores, cosa rara en cualquier lugar habitado del reino. Alguien, un hombre de mediana edad, entró en un portal y desapareció. Era la única señal de vida, aparte de la flamante capa de basura que pisaban a una hora en que lo normal sería que los vecinos estuviesen en plena circulación. Parecía todo tan tranquilo y silencioso como antes, en lo alto de la colina.

—¿A qué se dedican aquí? —preguntó Malcolm mientras cruzaban una carretera secundaria en la que nada se movía, ni siquiera un papel llevado por el viento—. Hoy día, quiero decir.

—No lo sé. Yo diría que fabrican limonada o desodorante.

—Supongo que algunos van a trabajar a la ciudad.

—Ni idea.

—Ten en cuenta que las tasas de paro en esta zona son de las más altas de Gran Bretaña, junto con Merseyside y algunas partes del nordeste de Inglaterra.

—Humm.

—Es terrible, Charlie, algo... monstruoso. Imagínate clavado en un sitio como este sin perspectivas, sin futuro, donde no pasa nada. Puedes ver por ti mismo que aquí no hay... la menor perspectiva.

—¡Ah!

—Charlie, me gustaría saber, solo por curiosidad, si Maggie Thatcher ha estado aquí.

—Lo dudo, si tiene un poco de sentido común. Y mucho menos desde que cerró la primera mina de carbón, en mil novecientos diez, creo recordar.

Entre comentarios de este tenor llegaron a la puerta o puertas del Ship Inn, que por su aspecto bien podían haber sido la entrada de una sala de conferencias o de algún departamento del gobierno local. Pero por dentro no se parecía a nada de eso, era un típico pub rural de los de antes, con órgano eléctrico, mesas redondas de cobre picado, emparedados de tres pisos y anuncios locales muy mal diseñados y escritos. Y también mucha gente. Allí estaban todos.

El considerable barullo disminuyó ligeramente al entrar los cuatro visitantes, y algunos se volvieron a echarles un vistazo. Esto parecía bastante natural por tratarse de un grupo de forasteros vestidos con prendas tan poco corrientes como eran las chaquetas y las corbatas, y un par de los cuales —Peter, tal vez Charlie— habría llamado la atención en cualquier parte. El runruneo de la normalidad parecía casi establecido cuando llegaron a la parte menos atestada de la sala y Charlie se dispuso a ir a la barra.

—Para mí nada —dijo Malcolm cuando le preguntó.

—Tómame un refresco.

—No. Creo que solo voy a sentarme. Ya sabes.

Se hundió en un sillón con una funda floja de color mandarina que bien podía haber salido de la sala de estar de alguna anciana del pueblo, y lo mismo podría decirse de la mayor parte de los muebles de aquella parte, y en primer lugar de las pantallas de pergamino de las lámparas. Al momento se quedó dormido. Los demás se miraron, no había necesidad de decir nada.

—Está bien —comentó Alun—. No hay duda de que no conducirá a la vuelta.

—No es de los que insisten —repuso Charlie.

—No, pero conviene plantearlo de forma civilizada.

Tras haber aguardado inquieto algo más de lo que pedía la estricta equidad, Charlie consiguió que le atendiera uno de los tipos que había detrás de la barra, el que tenía rizos hasta los hombros a ambos lados de la calva. Después de reunir sin prisa las bebidas, se las sirvió cuando le pareció y de la manera más descortés.

—Con esto estaremos bien un rato —dijo Charlie—. ¿Más agua? Dime, ¿cómo estaba Gwen?

—¡Dios mío! —exclamó Alun, y acto seguido, cambiando de tono—: ¡Dios mío! —Miró con inquina a Charlie—. ¡Eres un cabrón!

—Tranquilo, muchacho, todo queda en familia, no saldrá de aquí. Nadie sabrá nada por mí ni por Peter. Una de las razones por las que lo he sacado a colación mientras todavía estoy sereno es para advertirte en serio que procures que Malcolm no llegue a albergar la menor sospecha. Está...

—Caramba, ¿por quién me tomas?

La media sonrisa de Alun no habría irritado a Charlie si no le hubiera hecho desear sonreír a él también.

—No trates de hacerte el desentendido conmigo. Escúchame bien: nada de sarcasmos, ni de codazos, ni de indirectas graciosas que no va a captar, y si las capta qué más da. Él no es tan... digamos que no tiene tantas tragaderas como otros que conocemos.

Alun no daba el menor síntoma del azoramiento que cabía esperar que sintiese.

—No, por supuesto, no te preocupes. En primer lugar, la idea fue suya, no mía. Me cazó en el Prince of Wales. Esperaba que no lo hubieses visto, pero sabía que te habrías percatado.

—Pero tú estuviste de acuerdo. Sí, lo vi. De todos modos, ¿cómo fue la cosa?

Al decir esto Charlie miró a Peter con la esperanza de ampliar la curiosidad, para que la conversación fuera de interés general, pero Peter miraba aquí y allá con su acostumbrado aire distraído, y era inútil pretender contar con él.

—¡Por Dios —dijo Alun—, si fue solo un...! Un triunfo pírrico, tú ya me entiendes. En otros tiempos era muy divertida, pero ahora... bueno, ha cambiado para peor. ¿Te basta con eso?

—Es suficiente, gracias. ¿Cómo estaba cuando te marchaste?

—Más bien deprimida.

—Hum. Espero que se anime cuando vea al pobre Malcolm. Mira, Alun, convendría que te hicieses a la idea de que te hemos calado. Te vemos las intenciones, compañero.

—Si lo dices por Laura...

—No, no lo digo por Laura. En eso el diaconado te ha dado una patente de salud moral de lo más limpia. Más de lo que te mereces. Hablo en general. ¿Acaso no puedes concentrar tus atenciones, limitarlas un poco?

—Es esa maldita tentación. Aumenta año tras año. Y no es probable que aumente de un modo significativo el porcentaje de mujeres entre mi grupo de edad y la pubertad, ambos extremos inclusive.

—El extremo inferior no parece preocuparte mucho. Te deshiciste de esa admiradora del Glendower sin ningún problema, al menos que yo viese. Y eso que estaba... Bueno, en otros tiempos yo no la hubiera dejado ni a sol ni a sombra.

—El extremo inferior es en gran parte hipotético, algo así como el cono invisible que en teoría asciende desde el vértice de tu cono temeroso de Dios real. En este caso es al revés. Hablando en términos más prácticos te diré que las jóvenes carecen de esa esencial vena de gratitud que da seguridad y que se encuentra en las mayores. No cuesta resistir a esa tentación.

Charlie contempló sorprendido su vaso vacío.

—Por Dios, ¿qué coño ha pasado? Ejem, por la manera en que has hablado de ella, no parece que Gwen te quedase muy agradecida. Estoy seguro de que mantendrás la boca cerrada, pero está también ella.

—Sí, lo sé.

Peter podía distraerse a veces, quedarse incluso ensimismado, pero nunca se cortaba a la hora de gritar. Reemplazó a Charlie en la barra y sacó una pieza de plástico pentagonal en la que había encajadas cinco monedas de una libra: un juguete de niños, diría él, para el dinero de los niños. Algo entre los vasos sucios y la hucha para ayudar a los enfermos de distrofia muscular le llamó la atención, y se inclinó para ver mejor mientras buscaba las gafas. Un momento después soltó un rugido lo bastante alto para que un par de personas sentadas cerca volvieran la cabeza.

—¿Se puede saber...? —exclamó sin bajar el tono—. Acción contra el tabaco *yngh* puñetero *Nghymru. Diolch am...* ¿Qué clase de manicomio...?

—No importa; no lo entiende nadie —dijo Charlie para aplacarlo.

—No contentos con intentar que deje de fumar, tienen la cara dura de hacerlo en galés. Es para...

Agitó la mano, probablemente solo en un gesto de rechazo despectivo, pero sus dedos rozaron la cartulina doblada y la mandaron revoloteando al suelo. Antes de que hubiera empezado a plantearse la tarea de agacharse hasta el suelo, intervino el hombre de los rizos y la calva.

—¿Le importaría recogerlo, por favor? —No tenía el menor deje galés, sino el cerrado y monótono acento del centro-norte de Inglaterra.

Peter se puso colorado y se le acumuló sudor en el labio superior, pero no hizo el menor movimiento; y fue Alun, sin duda acostumbrado a encontrarse con que era el único varón del grupo capaz de doblarse, quien volvió a poner el aviso sobre la barra.

—Si quiere fumar tendrá que ir al otro lado.

—No quiero fumar, maldita sea —dijo Peter—, no se trata de eso. Yo solo...

—Y deje en paz al idioma si no le importa. —El camarero evaluó a ambos con la mirada—. Galeses... —masculló por último, y les dio la espalda.

Averiguaciones posteriores revelaron que Malcolm no se había despertado con aquel pequeño incidente para ver qué pasaba, pero por un momento así lo pareció. Sin duda su vuelta a la acción llamó más la atención que su retirada. Cuando reapareció no podía decirse que su aspecto fuera bueno, aunque tampoco desastroso, y era capaz de hablar sin problemas, al menos en cuanto a la pronunciación. Pero una siesta de diez minutos no podía tener un gran efecto reparador en él, y Charlie

diagnosticó al momento una esperanza infundada, pues era un experto en esperanzas de esa clase, ya que no de otras.

Sin embargo, Malcolm empezó muy bien; estaba agitado, sin duda, pero por el momento de un modo contenido.

—Ya he recordado lo que estaba tratando de recordar, por fin me ha venido a la cabeza. Ese sitio horrible de Harriston donde hemos estado, el de las barandillas y las farolas. Sabía que me recordaba otro lugar, pero no podía dar con él. Pues bien, es un pub de Chester al que fuimos cuando estuvimos en casa de nuestro hijo el año pasado. Era muy parecido. Respondía a la misma idea.

Obviamente, esto no sorprendió en exceso a los demás.

—¿Os dais cuenta? Digo que ese sitio de Harriston era clavado a un pub inglés. Eso es lo que están haciendo en todas partes. Todo lo nuevo de aquí es igual que lo nuevo de Inglaterra, lo mismo la universidad que los restaurantes, los supermercados y hasta lo que se compra en ellos. ¿Qué me decís de este sitio? ¿Hay aquí algo que indique que estamos en Gales? Al fin han encontrado la manera de acabar con nuestra tierra. No mediante la pobreza, sino mediante la prosperidad. No son la decadencia y la ruina lo que me preocupa; ya nos hemos enfrentado a ellas antes y siempre hemos salido adelante. No, de lo que abomino es de los frutos nauseabundos de la riqueza. No son los escombros lo que deploro, sino la vil cosecha que ha nacido de ellos. Significa el fin de...

Cuando hizo una pausa, menos quizá para respirar que para concentrarse en no caerse, intervino Charlie:

—Ven a sentarte y toma un vaso de diente de león y bardana.

—Puede que esté borracho, pero lo que digo es muy importante.

—No hay por qué tomárselo tan a pecho —dijo Peter.

—No, claro. ¿Estarás contento cuando todo se haya ido al cuerno y nos quedemos con una lengua que nadie habla, Brydan y unos cuantos coros, y Gales no sea más que un nombre en el mapa? ¿Te parece bien eso?

—No.

—Pues entonces.

—Si llego a soltar yo toda esa perorata me habrías dicho que no eran más que chorradas —observó Alun con cierta amargura.

—Y lo hubieran sido —dijo Peter—. Tú no eres Malcolm.

—Enhorabuena.

Después Malcolm dijo que creía haber visto a algunos reírse de él, lo que le bastó para comportarse como si realmente los hubiese visto, dada la temporal transformación de su carácter.

—Podéis reiros si queréis —empezó sin ánimo belicoso y sin mirar a nadie en particular—. Qué divertido ver a un galés cabreado hablar de Gales, un viejo tonto a quien le pone nervioso que su país se vaya por la borda. Divertido sobre todo para los ingleses. Pero los que ahora se ríen no tardarán en llorar, porque la próxima vez les

tocará a ellos. De hecho ya...

No tuvo tiempo de añadir nada más. No había dicho gran cosa, nada ofensivo, y mucho menos provocador, pero fue suficiente para que reparasen en él. Charlie no se dio cuenta de que ocurría algo hasta que casi había acabado. Dos, tres, cuatro hombres rodearon a Malcolm, de modo que desapareció de la vista. Se alzaron voces y hubo algún movimiento rápido. Malcolm cayó de costado sobre una mesa, una mesa de madera corriente, y algunos vasos se estrellaron contra el suelo. El camarero que había reprendido a Peter levantó con estrépito la trampilla de la barra y avanzó adelantando alternativamente los hombros.

—¡Fuera todos! —exclamó—. Ustedes también. Los cuatro. Fuera antes de que llame a la policía.

Entonces Charlie ya había llegado junto a Malcolm y lo encontró sangrando por la nariz. Tenía sangre en la cara, la mano y la chaqueta, aunque no mucha.

—Déjeme limpiarlo.

—Está bien, pero luego lárguense. Los otros dos se van ahora, y eso te incluye a ti, gordo.

En el lavabo de caballeros no había toallas, solo un secador de aire caliente. Charlie hizo lo que pudo con su pañuelo y el de Malcolm. Ya casi se había detenido la hemorragia.

—No he dicho nada tan terrible, ¿no crees? —preguntó Malcolm.

—Al menos yo no lo he oído.

—Entonces, ¿por qué se ha armado todo eso?

—Eran gente peleona y pensaron que estábamos alborotando en su territorio. — Charlie decidió no pronunciar un discurso satírico sobre los efectos desmoralizadores del paro y la falta de instalaciones para el ocio—. Nosotros sabíamos que no pretendías ofender a nadie, pero ellos no, o podían decir que no lo sabían.

—Es un poco injusto que nos pongan de patitas en la calle de esta manera. Los culpables han sido ellos, esos tipos del pueblo.

—Qué más da.

—Sé que de nada valía discutir. Mira, Charlie, creo que estoy algo borracho. Probablemente me dolería más si no lo estuviese. No, gracias; puedo arreglármelas.

—Valiente copeo hemos tenido, ¿eh?

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Supongo que Alun habrá aprovechado bien el tiempo, o una parte al menos.

Al salir tuvieron que pasar junto a la barra en la que habían pasado la mayor parte de su breve estancia en el local.

—Me di cuenta de la clase de tipos que eran en cuanto entraron.

—Pues a sus años tendrían que haber aprendido ya a comportarse.

4

Peter

1

Los pasos que Peter seguía a la hora de levantarse eran menos gravosos para el espíritu que los de Charlie o los de Malcolm, pero no menos rígidos. Habían dejado de ser algo que se realizaba sin pensar y a toda prisa antes de hacer cosas más interesantes, para convertirse en un importante acontecimiento del día, al que debía enfrentarse solo, como correspondía a la jornada de un anciano. Dentro de esta era con mucho la tarea más fatigosa. La parte que realmente lo dejaba destrozado era vestirse, algo en lo que había sido siempre muy refinado, y lo más pesado era ponerse la primera prenda, los calcetines. En el pasado venían después de los calzoncillos, pero se había dado cuenta de que de ese modo los rompía con las uñas de los pies.

Esas uñas se habían convertido por sí mismas en algo desproporcionado en su vida. Desgarraban los calzoncillos porque eran afiladas y dentadas, y habían llegado a ser así porque habían crecido demasiado y se habían roto, y las había dejado crecer porque cortarlas no era ninguna broma. No podía hacerlo en casa porque no había forma de atrapar los fragmentos y Muriel los encontraba, sobre todo estando descalza, y eso era algo que lógicamente había que evitar. Tras probar con un taburete plegable en el garaje y caerse muchas veces, se había instalado en una silla de jardín bajo el cerezo en flor. Esto limitaba la tarea a los meses más cálidos, ya que realizarla con el abrigo puesto quedaba descartado por el grado de inclinación que la operación implicaba. Pero al menos podía dejar que los trozos de uña volasen libremente, ¡y vaya si volaban!, en especial los que saltaban con un crujido de los dedos gordos, que eran lo bastante grandes y se movían con la suficiente velocidad para derribar un gorrión al vuelo, aunque hasta ahora no había ocurrido.

Los calcetines se los ponía en el cuarto de baño con ayuda de una mesa muy baja, ya que la altura era un elemento fundamental. Talón sobre la mesa, calcetín hasta el talón, dedos sobre la mesa, calcetín alrededor del talón y arriba. Hacía muy poco había encontrado por fin la clase de calcetines que necesitaba, cortos y sin elástico. Sus tobillos hinchados lo agradecían, no porque así se hinchasen menos, sino porque al no estar oprimidos tenían un aspecto menos repulsivo y espeluznante cuando se desnudaba por la noche. Los calzoncillos se los ponía en el dormitorio, tobillo y dedos como con los calcetines pero en el suelo, un poco de talco alrededor del escroto, y después los pantalones, más o menos dos mañanas de cada tres. La tercera los encontraba sucios de chocolate, leche, mermelada o una combinación de todo eso, al habérselos manchado con el piscolabis que tomaba antes de acostarse, y tenía que

volver al cuarto de baño, concretamente al espejo, para que le sirviese de guía a la hora de sujetar los tirantes en la parte delantera de los nuevos pantalones, zona que huelga decir llevaba muchos años fuera del alcance de su visión directa.

En cuanto al resto de su rutina al vestirse, no había nada fuera de lo corriente, salvo tal vez el uso del largo calzador, objeto raro al que tenía en gran estima y que en cierta ocasión había extraviado durante toda una desdichada semana, vacío que llenó lo mejor que pudo con un cucharón georgiano bañado en plata procedente de la cocina de Muriel, adonde por supuesto tenía que devolverlo después de cada uso. Desde hacía años calzaba el mismo par de zapatillas sencillas, y tenía la esperanza de morir o verse confinado en la cama antes de que se hicieran pedazos y tuviera que ir a una de esas zapaterías de hágalo todo usted mismo que, según tenía entendido, eran las únicas que había ahora.

La parte del programa en la que intervenía el lavabo del cuarto de baño era casi tan dura como la anterior. Se cubría la cara de espuma en un santiamén, se pasaba la cuchilla con movimientos atrevidos y rápidos y con el cepillo de dientes apenas hacía más que extender la pasta sobre las encías. Aun así era inevitable inclinarse, estirarse y levantar los brazos, lo suficiente para que cuando al fin se hallaba en condiciones de enfrentarse al mundo estuviese jadeante y sudando copiosamente, en especial por el cuero cabelludo. Durante algún tiempo había tratado de reducir este efecto dejando grandes partes del cuerpo sin secar después del baño, pero al cabo de varias semanas de incesantes síntomas de resfriado había sospechado una relación y había desistido. Bajó por las escaleras llevando en las manos el chaleco de punto que se pondría cuidadosamente por la cabeza cuando dejase de estar tan acalorado.

¿Dónde estaba Muriel? Esa mañana, como cualquier otra, era la pregunta que había que plantearse al empezar. En el dormitorio no; la puerta estaba abierta, y además era madrugadora. Tampoco había salido en el coche; la hubiese oído. ¿Y en el jardín? Era probable, dado que no llovía. Como Muriel decía a menudo, había mucho que hacer en aquellos mil trescientos metros cuadrados sin más ayuda que la del señor Mayhew, que antes trabajaba en la fábrica de envases metálicos y ahora se ocupaba de parte de las tareas más duras los martes y los jueves. En ocasiones como aquella, Peter recordaba el breve período en que él se había prestado magnánimamente a echar una mano de vez en cuando, y cómo siempre le mandaban acarrear tiestos de unos dos mil litros de capacidad de un extremo a otro del jardín. Era como si Muriel prefiriese quejarse de que no la ayudaban a dejarse ayudar. La verdad es que no había forma de entender a algunas personas.

Sí, allí estaba, arrodillada junto a la otra punta del seto, preparando la tierra para plantar algo o incluso plantándolo. No podía verlo desde los ventanales del comedor, ni le hubiera interesado saberlo a cualquier distancia, pues le fastidiaban los jardines desde la época en que esperaban que se divirtiera en uno de otro modo que arrancando las plantas. Era uno de sus recuerdos más tempranos —debía de tener unos cuatro años—, y aunque el jardín de sus padres era sin duda mucho más

pequeño que este, no había olvidado la lección, y la verdad es que había dado muchas vueltas al asunto desde entonces. Hacía bastante tiempo que había percibido la prepotencia de los jardines, que no solo te intimidaban con su magnificencia (burlándose de tu penuria), sino que hasta te reprochaban tu indolencia, tu mezquindad o tu barbarie. También las casas eran bastante malas y de una forma muy parecida, pero lo mitigaba el hecho de que tantas personas tuviesen que vivir en ellas.

De la casa donde él vivía, de aquella casa, había muchísimo más que decir. Ahora solo residían en ella dos personas, nunca se habían quedado a la vez más de media docena y podía acoger como mucho a unas veinte cuando daban una fiesta, pero casi otras tantas podrían tener camas, y un par de cientos algo donde sentarse. En el comedor, por ejemplo, esas veinte habrían tenido sitio para desayunar a la vez, mientras otras tantas esperaban su turno en las sillas colocadas junto a las paredes. Estas estaban cubiertas de cuadros, cada uno de los cuales Peter consideraba horroroso. O no representaban nada o no guardaban el menor parecido con lo que pretendían representar. Con los años se había acostumbrado tanto a ellos como le era posible, teniendo en cuenta que sin cesar aparecía alguno nuevo. Muriel iba a Londres, y al día siguiente de su regreso las dos figuras de plastilina morada habían sido reemplazadas por un conjunto de líneas onduladas y manchas. Al mismo tiempo podía aparecer una alfombra o una mesita de café nuevas. Y él no podía hacer nada, porque como muchos sospechaban y a casi otros tantos les habían dicho, era Muriel quien tenía dinero, y la casa y la mayor parte de lo que había en ella eran suyos. Peter todavía se preguntaba en ocasiones qué habría ocurrido si las cosas hubieran sido al revés.

Su desayuno estaba en una bandeja en un extremo de la mesa, preparado y puesto allí por la señora Havard, que iba todas las mañanas de los días laborables. Como siempre, había medio pomelo, cereales, tostadas y café en un termo. Se puso a pelar el pomelo con el cuchillo de sierra, separando los gajos y maldiciendo un par de veces al encontrar molestos tabiques entre ellos. Sacarlos para comérselos tampoco era tarea fácil. Algunos se agarraban tenazmente a sus compartimientos cuando aparentaban estar sueltos; otros salían solo a medias, sujetos todavía por una tira de cutícula. Trataba tales casos levantando el conjunto en el aire por el segmento rebelde y agitando en círculo el cuerpo principal de la fruta hasta que el lazo se rompía y el pomelo caía en la bandeja o cerca de esta. ¡Qué diferente de las serviciales cucharadas que recordaba, las cuales surgían al primer envite con perfectos segmentos geométricos! Los malditos estaban contraatacando, masculló. Como ocurría ahora con todo lo demás.

La pelea con el pomelo, aunque molesta, no había sido tan grave, y una vez concluida notó que ya no tenía tanto calor y podía ponerse el chaleco, que había dejado sobre el respaldo de la silla que tenía al lado. Alargó el brazo, falló, y la prenda se apresuró a resbalar al suelo. Al mismo tiempo captó un movimiento al otro lado de la ventana y vio a Muriel camino de la casa. A toda prisa se inclinó en la silla,

no logró establecer contacto, se puso en pie, se agachó, recogió el chaleco, se lo puso, volvió a sentarse y respiró hondo tres veces. A continuación sintió un dolor, el dolor, en el lado izquierdo del pecho.

«Procura cronometrarlos», le había aconsejado Dewi en un tono que daba a entender que esa sería una manera tan buena como cualquier otra de estar ocupado. Peter dejó al descubierto su reloj de pulsera y mantuvo los ojos fijos en él. Esperaba que Muriel no entrase en la habitación. No solía hacerlo en ese momento; de hecho, a él le servían allí el desayuno para que no estorbase. Sin embargo a veces sí entraba, y cuando lo hacía no era siempre con la intención de animarle. Al hablarle del dolor a Dewi, lo había descrito como agudo y opresivo, y Dewi había dicho que era algo característico, lo que representó un gran alivio. Había dicho también que si empeoraba se plantearía recetarle unos comprimidos, añadiendo que, aunque mitigarían del dolor, no mejorarían su estado físico en lo más mínimo.

Al iniciarse el dolor o serie de dolores un par de años antes, Dewi le había preguntado por los posibles motivos de estrés que había en su vida. ¿Estrés? Sí, ya sabes: tensión, ansiedad, irritación. Peter le había dicho que no era nada fácil llevarse bien con Muriel, y Dewi no había conseguido del todo reprimir una sonrisa, porque naturalmente, por lo que todos veían, era él, Peter, el difícil. Bien, podía ser difícil, lo admitía, pero por supuesto sin llegar a las cotas de Muriel. En cuanto a su ansiedad ahora... Temor era la palabra apropiada, simple miedo a la lengua de su esposa, que nada que él supiese podía justificar, y más concretamente un miedo extremo a que cualquier día llevase a cabo su periódica amenaza de vender la casa, que como no podía ser de otro modo estaba a su nombre, y volver sola a Yorkshire, dejando que él buscase un par de habitaciones en Emanuel o donde fuera. Peter se daba cuenta de que todo eso resultaba bastante indigno, pero no era fácil ponerle remedio.

Al cabo de cuatro minutos y doce segundos el dolor desapareció. Aun antes de abrir el diario sabía que continuaba la tendencia descendente iniciada en Navidad, si eso importaba algo. Tendría que telefonar a Dewi más tarde, se dijo tratando de alejar otros pensamientos. Bueno, mañana.

Se había resignado a empezar con los cereales, que para su gusto no podían ser menos auténticos, pobres en componentes como la fibra natural, cuando oyó sonar el teléfono en el vestíbulo apenas unos segundos y después la voz de Muriel, un murmullo inarticulado desde donde él estaba. Al cabo de unos segundos también esto cesó y los pesados pasos de Muriel se acercaron a la puerta, pero se detuvieron antes de llegar. Peter volvió a respirar hondo otras dos veces. No le había hablado a Muriel de los dolores en el pecho y de lo que Dewi había dicho de ellos porque, para empezar, dudaba que la noticia le afectase lo más mínimo y... otro pensamiento dejado sin examinar.

No obstante, cuando Muriel cambió de idea por segunda vez y entró en la habitación, Peter casi sonreía. Al verla costaba creer que aquella figura no muy corpulenta y de aire desenvuelto, con un corte de pelo hemisférico y (en ese

momento) rodilleras de plástico verde pudiese inspirar temor a alguien, excepto quizá de que fuera un tanto aburrida. Aunque era la primera vez que se veían ese día, Muriel no se acercó, y mucho menos a besarlo. Hacía casi diez años que no se tocaban.

—William —anunció, refiriéndose a su hijo, su único hijo, que sin intención por parte de ninguno de los dos había llegado en 1955.

—Ah... bien.

Peter se agarró a los brazos del sillón.

—No, no te molestes —dijo Muriel, levantando una mano—. Ya ha colgado. Llamaba solo para decir que vendrá a comer y luego removerá la tierra del jardín si no ha estallado el monzón para entonces.

—Ah, estupendo. Pero hoy no es sábado. Ni domingo. ¿Cómo...?

—Es su día libre. Las agencias inmobiliarias no cierran nunca, pero sus empleados tienen días libres, lo cual guarda relación con el asunto del que estamos hablando porque dicho William Thomas trabaja en una agencia inmobiliaria.

Peter asintió en silencio. Esos datos solo se le habían ido de la cabeza durante unos segundos, pero los suficientes para que ella atacara.

—Supongo que para las personas que no tienen días ocupados es fácil olvidar que otras tienen días libres —añadió Muriel—. Imagino que irás a asomar la nariz al Bible más tarde.

—Sí, creo que sí, pero...

—También yo lo creo. El joven William ha manifestado su intención de llegar a eso de la una, de modo que si vuelves trompa a las tres no vas a verlo mucho.

—De acuerdo, está bien.

—Me pregunto si te importaría pasar por ese centro de jardinería de Hatchery Road para recoger unas plantas. Está todo pedido y listo. ¿Te importaría?

—No, eso es fácil.

—Di si te importaría.

Muriel lo miraba muy seria.

—No, no me importa en absoluto. No hay ningún problema.

Muriel siguió mirándolo y después, al parecer satisfecha, esbozó una fugaz sonrisa, salió y se alejó con fuertes pisadas.

Peter espiró lentamente. ¡Vaya, aquello había estado bien! La sonrisa valía la pena. Todo dependía de cómo se sintiese Muriel en cada momento, se dijo, por una vez con cierta convicción. En realidad no era tan mala.

Acabó el desayuno y fue al salón, por donde ya había pasado la señora Havard. Como de costumbre, había movido cuantos objetos podían ser trasladados con facilidad, desde las cajas de cerillas hasta los sofás, como prueba de su diligencia. Tras poner, como de costumbre, cada cosa en su sitio, Peter se sentó con una revista técnica y fingió que seguía estando al día en su especialidad de ingeniería química hasta la hora de ir al Bible.

La mayoría de las personas cuyo matrimonio no iba demasiado bien solían tener una idea del cómo y el porqué, pero no sabían el cuándo. Peter era, según él, la excepción. Si se le apuraba, podía decir cuando menos el mes y el año en que él y Muriel estaban una noche haciendo el amor y, más o menos hacia la mitad, ella le preguntó cuánto tiempo más iba a tardar. Peter se había levantado, había cogido su ropa, se había vestido en el cuarto de baño y se había marchado en coche a casa de los Norris, donde Charlie y él pasaron la mayor parte de la noche sentados con una botella de whisky, mientras Charlie trataba de convencerlo de que no había sido egoísta durante toda su vida de casado y no era culpa suya que a Muriel no le gustara aquello o le fuese indiferente. Pero tal vez no hubiese conseguido asimilar esas ideas, no del todo, ni entonces ni después.

Fuera como fuese, a partir de esa noche las cosas no habían vuelto a ser como antes entre los Thomas. Lo que a raíz de aquello habría sido inexacto describir como hacer el amor disminuyó tanto en frecuencia como en duración. Al cabo de unos años Peter cayó en la cuenta de que, por mucho que a Muriel pudiera haberle desagradado o por muy indiferente que pudiera haberse mostrado, esperaba que él continuase haciéndolo como prueba de que seguía deseándolo, y por supuesto no tanto eso como a ella. Llegó un nuevo declive, seguido muy pronto del inicio de las ocasionales peleas verbales, y ahí acabó todo, con la ayuda de habitaciones separadas, y nada de caricias ni frases cariñosas. Ni siquiera el amor perfecto, solía decirse Peter, sobrevivía al miedo. Con todo, le proporcionaba cierto consuelo, aunque no mucho, observar que ni siquiera sus peleas más subidas de tono tenían nada de sexual, como referencias a un amante o, lo que hubiera sido más divertido, dudas sobre la paternidad de William, una omisión importante y sin duda significativa.

Peter se repetía algunas de estas cosas mientras volvía a casa desde el Bible por un soto. En realidad daba vueltas a una nueva idea sobre el tema en general. Los hombres tenían una esperanza de vida menor que las mujeres, en parte, tal vez una buena parte, porque las esposas llevaban a los maridos al infarto suministrándoles una ración diaria de ansiedad y rabia. Se lo plantearía a Dewi. Pero mejor olvidarse de Dewi por el momento. Se puso a pensar en la recién terminada sesión del Bible: el viejo Tudor Whittingham, el viejo Owen Thomas, el viejo Vaughan Mowbray y el viejo Arnold Spurling, por no hablar del viejo Garth Pumphrey, quien prácticamente había presidido un improvisado simposio sobre dentaduras postizas y dado, sin que nadie se lo pidiese, cuenta de los acontecimientos que condujeron a la colocación de la que ahora lucía. A Peter le tembló la boca al recordarlo y se la tapó con la mano. Pero ni Charlie ni Alun ni Malcolm. La ausencia de este último le daba mala espina.

El elegante Audi de William estaba juiciosamente aparcado de modo que no estorbaba la entrada al garaje. Era la una y veintitrés, hora especialmente elegida para

llegar tarde pero no demasiado y permitir a la vez que madre e hijo pasasen solos unos minutos. Los encontró de pie junto a la ventana del salón, mirando al jardín y hablando de algo llamado mantillo, o más bien era Muriel quien hablaba, y continuó haciéndolo casi hasta que Peter se reunió con ellos. También siguió cogida del brazo de William, así que en principio parecía excluido un abrazo entre padre e hijo. Entretanto este hacía lo que podía a base de saludos con la mano y muecas de alegría.

Al final Peter le tocó el hombro.

—¡Hola, Willie! ¿Cómo te va muchacho?

—Cariño, debes tomar algo —le insistió Muriel a William—. ¿Qué te apetece?

—Hola, papá, muchas gracias. ¿Tienes una cerveza?

—Claro. ¿Y tú, cariño?

—Para mí cualquier cosa. Me da igual.

—Pero preferirás algo en especial. ¿Ginebra con tónica? ¿Vodka?

—¿Hay jerez seco?

—Me temo que no.

Peter nunca bebía jerez y ya no recordaba la última vez que Muriel lo había pedido.

—Entonces no te molestes.

—¡Qué modo de hablar es ese! —exclamó Peter en su mejor estilo jocoso—. Aquí nada es molestia. ¿Qué te parece un poco de...?

—¿Hay alguna botella de vino abierta?

—No, pero no me cuesta...

—Oh, da igual.

—¡Vamos, mamá, toma una copa de vino!

—Si me lo dices en ese tono, ¿qué puedo hacer sino rendirme?

Y, por supuesto, cuando Peter volvió al salón con las bebidas ya no estaban allí; habían salido al jardín. Habrían tenido tiempo de salir y entrar media docena de veces mientras él buscaba algo con que abrir la caja de muscadet antes de bajar al sótano y subir con el vino. Los encontró paseando, todavía u otra vez del brazo, a lo largo del borde izquierdo del césped, con William junto a este, de modo que para colocarse a su lado Peter tendría que empujarlos a los dos un metro a la derecha o ir pisando las flores. Ninguna de las dos cosas parecía aconsejable dadas las circunstancias, así que se colocó al otro lado de Muriel. Al llegar al final del jardín no dieron media vuelta, sino que lo bordearon y siguieron en las mismas posiciones relativas hasta que estuvieron de regreso en la casa. En el almuerzo ocurrió algo parecido: Muriel en la esquina de la mesa, William a su lado y Peter en diagonal a él. Se disponían a sentarse cuando sonó el teléfono del vestíbulo. Peter fue a contestar.

Ante su gruñido, una voz femenina dijo:

—¿Eres tú, Peter?

El auricular estuvo a punto de caérsele de la mano. Se había quedado sin respiración.

—¿Señor Peter Thomas?

—Sí, soy yo.

—Soy Rhiannon. Solo quería preguntarte si vendrás esta noche a nuestra fiesta, en el club de golf. Era tu lugar favorito. Te mandé una invitación.

—No pensaba ir. Lo siento.

—Ven. Es la inauguración de nuestra casa, pero como no está todavía en condiciones la hacemos en el club. A las seis y media. Nos encantaría que vinieseis tú y Muriel.

—Me temo que nos va a ser imposible. Lo siento.

—¿De veras no podéis venir?

Peter quería mentir, pero era incapaz, y tampoco sabía cómo decir lo que sentía.

—No creo que sea una buena idea.

—Escucha, Peter; no puedes seguir rehuyéndome toda la vida. Es increíble que no hayamos coincidido ni una vez todavía. Y piénsalo: será mucho mejor que un encuentro inesperado y habrá un montón de gente, ¿no crees? No recuerdo si conoces a nuestra hija Rosemary. Ha venido de Oxford. Ven, por favor.

—Está bien. Quiero decir que gracias, sí, iré. No sé Muriel.

—Tú ven de todos modos. Hasta luego.

Peter continuó sentado en el sillón de falso estilo Chippendale que había junto al teléfono, en el que se había dejado caer en cuanto oyó la voz de Rhiannon. Desde allí veía la botella de Famous Grouse en el aparador de la cocina, y vaciló. Se obligó a ponerse en pie, volvió presuroso al comedor y antes que pudiese cambiar de opinión interrumpió a Muriel para decir:

—Era Rhiannon Weaver para invitarnos a una fiesta esta noche en el club de golf. A las seis y media.

—¡Qué idea tan divertida! Justo lo que necesito. Doscientos galeses surtidos hablando a voz en cuello. Ve tú.

—Sí, creo que iré.

—No querría estropear la reunión de dos antiguos enamorados.

—¿Has dicho a las seis y media en el club de golf, papá? Tengo que salir más o menos a esa hora y me queda de camino. Supongo que habrá mujeres. De menos de ciento cincuenta años, claro está.

—Para empezar, su hija —indicó Peter.

—Estupendo. Iré en tu lugar, mamá. Llevo a papá y que vuelva en taxi. Así se libra de otra condena por conducir borracho.

—Muy necesitado de mujeres debes de estar si piensas que el club de golf Holland es terreno propicio —terció Muriel.

—En Capel Mererid enseguida está uno necesitado de un montón de cosas. Menos de aburrimiento. De eso estamos bien provistos.

Poco antes de las seis y media, Peter se instaló en el Audi. Sentía algo que no había experimentado durante muchos años, la sensación que se tiene cuando se está a

punto de presentarse a un examen. William, serio, moreno, ya con poco pelo en las sienes y luciendo una corbata más bien fea que le había dejado su padre, se puso al volante. Peter le tenía cariño, o al menos le caía mejor que cualquiera de las personas que conocía, pero era tímido cuando estaba a solas con él porque le costaba encontrar temas de conversación que no le aburrieran. En todo caso no importaba demasiado porque no estaba a solas con él a menudo o durante mucho tiempo. De todos modos, en esa ocasión no tenía por qué preocuparse.

William puso el coche en marcha.

—El cinturón, papá.

—Perdona.

—Ya veo que te gustaría ir sin él si pudieses. ¿Sabes que estás muy gordo, más que nunca? No es broma. Claro que lo sabes; cómo no ibas a darte cuenta. Supongo que se debe sobre todo a la bebida. Y no es que te lo reproche.

—Eso y las comidas. Que no te engañe lo que tomo para almorzar. Todo va muy bien durante el día, de maravilla, una hoja de lechuga aquí, media sardina allí, y después, al acabar la tele, me siento y empiezo a atiborrarme. Sobre todo confitería. Profiteroles, barquillos rellenos, cualquier cosa que tenga nata, mermelada o chocolate. También pastel, de Génova, de Dundee, con almendras, torta de alcaravea con un vaso de malvasía... Como una mujer de la época victoriana, solo que a la una de la madrugada.

—No puedes tener hambre a esas horas.

—En parte se debe a que he dejado de fumar. Hace ya cuatro años, pero todavía lo noto. Pienso: ¿Es todo lo que tengo para pasar la noche?, y empiezo a comer. Pero eso es solo una parte; el resto no sé qué es. Debe de ser miedo. Espero que no pienses que cargo las tintas. —Como William no dijo nada, Peter continuó—: La verdad es que no faltan cosas de las que tener miedo cuando uno llega a mi edad, como podrás imaginar.

—Y no solo entonces —repuso William—. Sí, el otro día leí lo que decía ese tipo de lo que él llamaba, galés tenía que ser, hidratos de carbono, que es de lo que estamos hablando, y tienen un efecto tranquilizante, aunque moderado. Eso lo explica todo. Pero ¿estás bien, papá? No te importará que te lo diga, pero al verte no me pareció que tuvieses muy buen aspecto. ¿Te ocurre algo? Es una tontería que no me lo digas si es así.

Peter se lo dijo, ateniéndose a los hechos físicos, sin hacer ni la más indirecta alusión a Muriel. Al terminar se sentía algo mejor, pero no mucho, porque se encontró con que tenía que escuchar sus propias palabras como si fuese William, y sonaban un tanto desalentadoras. Permanecieron en silencio un par de minutos. Al poco rato William inquirió:

—¿Sigue mamá con esos viajes suyos a Londres?

—¡Oh, sí, como una loca! Cada dos meses o así. Creo que ya le toca.

—Pues cuando se vaya llámame y vendré para comer juntos o lo que quieras.

Solo tienes que darme un telefonazo. Cuando mamá esté en Londres.

—Estupendo.

—O ven tú a verme si lo prefieres. No has estado nunca allí, ¿verdad? No es que haya mucho que ver. Comparto la vivienda con un compañero de trabajo. Es una casa de minero, muy bonita, con algo de jardín detrás. Y hablando del jardín, llevamos allí casi dos años y todavía no lo hemos tocado. ¿No te parece interesante?

Rhiannon fue la primera persona a la que vio Peter en el club de golf cuando entró por la puerta lateral que desde el aparcamiento daba al amplio vestíbulo anticuado donde se admitía a los que no eran socios. Estaba en el rincón opuesto, pero pareció reparar en su presencia incluso antes de que él la viese. Al momento le sonrió con lo que parecía pura alegría, puro afecto, aunque no se explicaba cómo era posible tal cosa, y se apresuró a ir hacia él. Peter se dio cuenta de que había temido no reconocerla al cabo de tantos años, pero cuando se puso al alcance de sus gafas (que eran solo para leer, pero llevaba puestas casi siempre por pura inercia) vio que su cara no había cambiado lo más mínimo. Bueno, algunas arrugas, algo más llena bajo la barbilla; en realidad, nada, aunque por supuesto el pelo sin duda tenía algún retoque. Los ojos eran los mismos. Seguramente no iría a besarlo, pero sí iba, y lo hizo.

—Este es William —indicó Peter casi sin pensar—. Mi hijo.

Sí se dio cuenta de algo más, de que William no había dicho una palabra sobre ella, y tampoco sobre Alun, cuando había tenido ocasión. Debe de saberlo, al menos algo.

—¡Hola, William! Rosemary anda por ahí.

La voz era también la misma, pero eso ya lo había notado por teléfono. Dijo algo, y ella le preguntó por Muriel. Hablaron los tres unos minutos, pidieron de beber y se les unió Rosemary. Peter intervino poco: estaba demasiado ocupado mirando furtivamente a Rhiannon y oyéndola hablar, más que siguiendo lo que decía. De vez en cuando trataba en vano de explicarse qué esperaba lograr (o quizá evitar) al acudir a la fiesta. Cuando la pregunta se hizo más acuciante, al llevarse William a Rosemary, apareció Alun, que lo saludó con sus acostumbradas y desmesuradas muestras de cordialidad. Tenía el aspecto de estar desagradablemente en forma e iba muy bien vestido: pelo más blanco que nunca, traje nuevo gris perla de un tejido que él nunca había visto, sin duda de moda, y clavel rojo en el ojal. La impresión era en parte la de un actor mediocre tirando a bueno, uno de esos que de pronto te dejan admirado, lo que tenía que ser algo accidental. No obstante, era justo decir que el lado cómico de aquello resultaba casi simpático, consideró Peter, o al menos más simpático que cualquier cosa que a él pudiera ocurrírsele.

—Has tenido la suerte —dijo Alun con toda su vivacidad—, o, como dirían algunos, la mala suerte de encontrarme en un estado de euforia, debida además no a estimulantes artificiales, sino a un simple hecho. A dos hechos. Hoy me han encargado siete programas televisivos de media hora, cuyo título todavía tenemos que

acordar, pero que será algo sobre Gales, qué si no, está bien, Peter, y lo que es más importante, incomparablemente más, he escrito un poema; bueno, he llegado al final del primer borrador. Hacía mucho tiempo. No sé si es bueno, pero lo interesante es haberlo escrito, tenerlo escrito, descubrir que todavía puedo hacerlo. Es una sensación maravillosa, como descubrir que aún puedes...

De pronto guardó silencio, como si no fuera a hablar más, y parpadeó mirando al suelo. Al cabo de unos segundos irguió la cabeza jubiloso.

—¡Canta en el coro, canta en el coro! Creías que habías... —siguió otra pausa, pero mucho más breve que la anterior— olvidado la armonía, olvidado tu parte, pero todavía la conservas, sigue ahí. Así como... ¡Eh, vosotros, granujas, estamos aquí!

Se volvió con renovado entusiasmo hacia Charlie y Sophie, hacia Garth, hacia Siân Smith y Dorothy Morgan, sin que su alegría decayera siquiera ante Dorothy; euforia era la palabra adecuada. Una vez que hubieron concluido las exclamaciones y los abrazos, Dorothy llevó a Rhiannon en dirección a una señora de gesto ceñudo que parecía un portero de club nocturno retirado vestido de mujer y con una corta peluca plateada. La madre de alguien, pensó Peter; siempre había que recordar que todavía andaba por ahí mucha gente que tenía madre.

Garth, muy elegante en su habitual traje de tweed, elogiaba el de Alun.

—¡Qué maravilla, chico! Precioso. Debe de haberte costado un buen fajo. —Alargó la mano para volver una solapa—. Claro, tienes que ir de punta en blanco, para salir en televisión. Estas cosas desgravan, ¿no?

—No me sorprendería. Es mi contable el que se ocupa de eso. De todos modos, ¿qué...?

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que tengo este traje que llevo? —preguntó Garth a todos en tono serio y desafiante—. Treinta y siete años. Es que he tenido un poco de sentido común, me he cuidado, no como otros. Alun, no estás tan mal como esos dos, de acuerdo, pero te has dejado un poco; vamos, admítelo. Aquí debajo —le dio unos golpecitos en la barbilla—, y aquí, y...

—No puedo hacer nada por corregir tu terrible mentalidad, Garth —dijo Alun, sonriendo todavía más que antes—; no puedo evitar tu incapacidad para reparar en algo que no tenga que ver directamente con tu patético yo —continuó, comenzando a desternillarse por dentro—; pero cuando empiezas a vanagloriarte de tu supuesta superioridad moral, tú, que no eres más que un saltimbanqui de establo —y aquí empezó a reír mientras hablaba—, entonces puedo recomendarte al menos que dejes de decir tonterías antes de que te haga tragarte de un sopapo tu sin duda irreprochable dentadura.

Entonces él y Garth ya estaban abrazados, doblados por la cintura y con la cara roja, tronchándose de risa, dos viejos amigos que habían visto las cosas de modo tan parecido durante tanto tiempo que podían dejarse arrastrar juntos hacia una región del sentimiento que ningún extraño podía penetrar ni comprender. Charlie los miraba con una sonrisa nerviosa, Peter inexpresivo.

Fue Alun el primero en recobrar la compostura.

—Bueno —dijo respirando ruidosamente tras sorber con la nariz—, eso te servirá de lección. —Y atravesó la sala como una exhalación para saludar a Owen Thomas y su mujer, que acababan de entrar por la puerta principal, junto a la cual había un fotógrafo.

—¡Caramba! —exclamó Garth—, eso sí que es un actorazo. Qué pico tiene ese tío. Es un placer oírle utilizar el lenguaje. Ya no recuerdo la última vez que me había reído tanto.

—¿Cómo está Angharad? —preguntó Charlie.

—Bastante bien, gracias. Bastante bien.

—No he entendido lo del establo —dijo Peter cuando se marchó Garth.

—Es veterinario, o lo era, en Capel Mererid. Más de ovejas que de vacas, pero se entiende la intención. Creía que todo el mundo lo sabía. No le da a uno ocasión de olvidarlo.

—Sí lo sabía. Bueno, después de todo, alguna vez hay que empezar a perder la cabeza.

—No ha estado bien, precisamente ahora —continuó Charlie—. La verdad es que no ha estado nada bien. Es curioso: era lo que había querido decirle siempre y esperaba que alguien le dijese algún día, y después, una vez que ha pasado, resulta que no es tan divertido como pensaba. ¿Maldito saltimbanqui de establo? Humm. Un poco fuerte, ¿no?

—¿Crees que Garth lo ha cogido?

—No. Si se lo contase a Angharad, ella lo cogería, pero lo más probable es que no le cuente nada desde hace veinte años. No; si lo hubiera entendido, eso significaría que lo que nos ha dicho del placer de escucharle y todo lo demás era irónico y pura comedia, y, de acuerdo, quizá uno no pueda estar nunca absolutamente seguro de que un galés no esté siendo irónico, ni siquiera ese, pero ¿fingir algo ni siquiera medio bien Garth Pumfrey? No. Lo que me da en la nariz es que Alun está pensando que se ha salido con la suya. Como...

—O le trae sin cuidado si ha sido así.

—Exacto. No creo que en los viejos tiempos hubiera llegado tan lejos. De todos modos, ¿a quién le importa? Vamos a tomar otro trago.

—Por qué no. Puede que sea el último.

—Salud.

Recordando su yo juvenil en este único aspecto, aunque en modo alguno en ningún otro, Peter pasó un buen rato tratando sin éxito de quedarse a solas con Rhiannon. En realidad incluso ese recuerdo era débil: en aquellos tiempos hubiera resuelto el asunto

sin tardanza mascullando la orden de ir a otra parte o, llegado el caso, agarrando un brazo y tirando con suavidad de él. Esa noche seguía a Rhiannon mansamente y, por lo que parecía, solo de vez en cuando. Dorothy Morgan llegaba, se quedaba, se iba, reaparecía, y mientras estaba presente y hablando, es decir, presente, aquello que él deseaba, a saber, que Rhiannon y él pusieran los pies en polvorosa espontáneamente, no habría servido de nada, porque sin duda Dorothy habría corrido tras ellos. Y cuando no era Dorothy eran Percy y Dorothy, y otra vez Sophie y Siân, y de nuevo Alun brevemente, y después el viejo Tudor Whittingham y su esposa, y la amiga del viejo Vaughan Mowbray. Bueno, se decía Peter sin cesar, hay que tener en cuenta que es la anfitriona. Cuando vio acercarse a Gwen, se dio por vencido. Le hubiera calado al momento y se lo hubiera hecho saber acusándolo con la mirada de estar importunándola.

Vaso en mano, aunque apenas borracho, Peter seguía allí plantado o daba unos cuantos pasos de acá para allá. El pesado mobiliario, las paredes revestidas de madera oscura, la descolorida alfombra turca, de un estilo en otro tiempo dominante en el club pero ya desaparecido de cualquier otro lugar, o así lo creía, lo persuadían de que allí nada había cambiado. La voluminosa estufa de gas de frente plano que había al fondo de la sala debía de ocultar una chimenea, pero si así era, la ocultaba desde que él tenía uso de razón, fuera cuando fuese. Estuvo pensándolo mientras iba a los servicios. Aunque algo remozados, continuaban más o menos como antes, incluso los ruidos como de arcadas que salían de uno de los cubículos. Entonces todos tenían veintitantos años; bueno, alrededor de treinta. Ahora, en torno a los setenta, todos aquellos años de madurez, o de la flor de la vida, o como quisiera uno llamarlos, parecían un intervalo entre dos vomitonas. Más o menos. Aquel no era su género; más bien el de Charlie.

Volvió al vestíbulo tratando de recordar las veces que había estado en él cuando tenía unos treinta. Era probable, casi seguro, que en al menos una ocasión, bebiendo con un amigo en aquel rincón de allí, donde siempre iba uno si lo encontraba libre, o esperando a su padre en el bar, hubiera pensado en Rhiannon, se hubiera sentido excitado al recordarla, hubiera esperado con impaciencia verla. Seguro; pero todo eso había pasado, había quedado atrás como su infancia. En cambio, recordaba muy bien su menos dos en el hoyo dieciséis en 1948, y el champán a que había invitado después en el bar. Qué horrible, pensó.

Entonces ya había llegado al pequeño comedor que daba al vestíbulo y estaba también abierto a los que no eran socios, aunque era principalmente valorado después de oscurecer por los miembros del club como lugar donde dar una cabezada. Ahora estaba vacío y a oscuras. Fue hacia el interruptor de la luz, pero se arrepintió y se deslizó a lo largo del borde de la mesa desnuda hasta la ventana. Fuera, el color se había desvanecido, pero todavía se contemplaba el campo de golf, incluidos los pinares que había a un lado y, más lejos, la línea casi recta de los acantilados, más allá de la cual en los días claros se contemplaba el reverbero del sol en el mar.

Cualquiera que fuese la impresión que esa vista le había causado en el pasado, ahora le pareció desnuda y desolada, y apenas le echó una ojeada antes de volver sobre sus pasos para encender la luz. Paseó la mirada por la lista de los socios muertos en las dos guerras. En la segunda había tres Thomas, uno de ellos primo de Marlowe Neath, los otros desconocidos para él. Se dio cuenta de que estaba esperando a que Rhiannon fuera a reunirse con él. Pero si tal cosa había de ocurrir, desde luego no iba a ser ahora. Era hora de marcharse.

El gentío del vestíbulo había disminuido algo, aunque no mucho. Mientras lo atravesaba, tropezó con un par de personas, en parte sin duda a causa de la borrachera, suya o de los otros, pero también porque aún no había aprendido a contar con su nueva corpulencia tras la histórica escalada de 1984, cuando eliminó de un plumazo todos los controles, con excepción de algunas reliquias medievales, como la tónica baja en calorías. No obstante, llegó al extremo opuesto sin derribar a nadie y fue al teléfono. Sí, llegaría un taxi al cabo de cinco o diez minutos, o al menos eso dijo una voz femenina que parecía loca de contento ante tal perspectiva.

Mientras telefoneaba había notado cierto revuelo, voces airadas, al otro lado de la sólida puerta que lo separaba de la fiesta. Al regresar vio que lo que fuese que había ocurrido ya había terminado. Estaban allí Rhiannon con su hija, alerta a su lado, Alun, que explicaba algo sin dejar de menear la cabeza y gesticular con las manos, y William. Malcolm y Dorothy Morgan tenían abrazada a Gwen, que estaba llorando, y la conducían, tal vez un tanto a la fuerza, hacia la entrada lateral del club. El resto de los presentes no disimulaban su curiosidad y hablaban alterados entre ellos.

Charlie se volvió hacia Peter.

—Menudo número, ¿eh? Desde luego está trompa perdida.

—Yo estaba telefoneando.

—Pues te lo has perdido. Solo ha durado unos segundos, pero ella los ha aprovechado bien. Maldito esto y jodido aquello, lo que quieras, y monstruo egoísta, charlatán, hipócrita, donjuán tronado, falso galés... Nada injurioso.

—Lo de donjuán tronado sí parece un tanto injurioso, dadas las circunstancias.

—En realidad no, mezclado con lo otro. Pero en conjunto... Quiero decir que por el tono general y la situación ha quedado bastante claro que hubo o hay algo.

—¿Claro para Malcolm, quieres decir?

—No lo sé. Eso es cosa suya, ¿no te parece? Ya lo previne, a Alun me refiero, aquel día desastroso que fuimos a Treville. Era de suponer que a estas alturas tendría ya suficiente experiencia.

—Lo habrá olvidado —dijo Peter—. ¿Crees que tal vez él le dio plantón?

Charlie pasó por alto la pregunta.

—Ese loco acabará por hacer algo dañino antes de que haya terminado. Está decidido.

—Menos mal que en realidad Gwen no ha dicho nada.

—Sí, ha sido de una contención admirable. ¡Qué digo! De una astucia admirable.

Lo tenía preparado para poder decir que no ha dicho nada cuando le convenga. Eso se llama mantener abiertas todas tus probabilidades. No, no me mires así, Peter. ¿No me irás a decir que cuando una mujer pierde el control lo pierde de verdad?

—No tengo una opinión formada al respecto.

—Perder el control es solo uno más de sus trucos. Joder, aquí tenemos a otro que no parece haberse enterado mucho de lo que pasa a su alrededor. Hubiera dado cualquier cosa por estar allí hace un momento, por oír a Alun decir que no había hecho lo que nadie había dicho que hubiese hecho. De todos modos, es un papel que le va de maravilla. Me parece que estoy un poco trompa yo también. ¿Te marchas?

—Creo que voy a hablar con ellos antes.

Charlie miró hacia donde estaban los Weaver y se volvió de nuevo hacia Peter.

—Buena suerte.

Cuando Peter se acercó al grupo, Alun se fue, todavía sacudiendo la cabeza, desconcertado. De nuevo frente a frente con William, Peter tuvo por primera vez plena conciencia de lo que le había dicho su hijo en el coche y lo que significaba. Fue tal el agobio que eso le produjo que se le borró de la mente cualquier cosa que tuviera pensado decir. Rosemary lo miró con expresión severa, preguntándose si su presencia iba a ser tolerada o no. Rhianon se limitó a dirigirle una leve inclinación de la cabeza, como si lo saludase en un funeral. Peter esperó. No sabía qué otra cosa hacer.

—Estaba diciendo, papá —comentó William—, que esta juventud tan degenerada tiene que ser indulgente con los impetuosos excesos de la edad.

Excelente, pensó Peter; mucho mejor que cualquier cosa que a él pudiese habersele ocurrido.

—Bruja estúpida —soltó Rosemary, indignada—. No me importaría tanto si la imbécil no creyese que así se hace la interesante.

Miró hacia atrás con una expresión no mucho más amable, pero Alun ya había desaparecido.

—Vi que estaba bebiendo más de la cuenta. —Rhiannon dijo esto con su estilo objetivo, y de pronto se volvió—. Peter, querido, no he hablado ni una palabra contigo; vamos a algún sitio a charlar. Deprisa, antes de que regrese Dorothy.

—Me marcho dentro de un minuto, papá —intervino William—. Estaremos en contacto, ¿no? Ya me llamarás.

—Sí. Gracias, Willie.

Rhiannon terminó de hacer muecas y señas a su hija desde un poco más allá y llevó a toda prisa a Peter hacia la puerta, esquivando ágilmente a la anciana que él había clasificado antes como madre. Era evidente que la vieja se moría de ganas de abordarla y no dejarla hacer lo que quiera que fuese a hacer, pero no consiguió reaccionar a tiempo. Peter había explicado lo del taxi y Rhiannon le había asegurado que era mejor esperarlo fuera. Ninguno de los dos llevaba sombrero ni abrigo. Mientras bajaban los escalones, ella le cogió del brazo. Hacía muy buena noche, nublada pero sin lluvia y templada, y había oscurecido por completo en los pocos

minutos transcurridos desde que él echó una ojeada por la ventana del comedor. Salía mucha luz por las ventanas que tenían a su espalda, y había abundante tráfico en la nueva autovía de muchos millones de libras, que allí describía una curva camino de la ciudad.

—Qué rápido —dijo Peter—. ¿Adónde vamos?

—No pasa nada por marcharse así. Ya había hablado con todos y parecía una buena ocasión para largarse. Podríamos ir a tomar una copa por ahí. Bueno, yo solo media; ya he tomado tres vasos de vino. ¿Hay algún sitio agradable al que sueles ir cuando quieres estar tranquilo?

—¡Ojalá! Todos los locales son muy ruidosos ahora.

—¿Qué tal ese sitio de Hatchery Road, el italiano? Mario, creo que se llama.

—¡Ah! ¿Vamos a cenar?

—No, cariño. Alun ha reservado mesa en el Glendower. Tendré que ir, pero antes podemos charlar un rato. Hay un pequeño bar al fondo de comoquiera que se llame donde no hay que comer. Gwen los conoce. Ya hablaremos de ella y de todo ese asunto en otra ocasión. En realidad no es un sitio muy agradable. —De pronto Rhiannon vacilaba—. Quiero decir que no es muy elegante. Barato y animado, ya me entiendes.

Peter la entendió antes de que entrasen en Mario's, a todas luces una antigua tienda reformada no hacía mucho sin gran derroche de dinero ni de imaginación. En la parte delantera había unas cuantas filas de mesas de lo más endeble para cuatro cubiertos, con manteles de cuadros rojos y blancos muy limpios, servilletas, una hilera de botes de salsa y mostaza en el centro y platitos con largos bastones de pan en bolsas de plástico transparente con rayas rojas. Un camarero regordete con un poblado bigote y chaqueta de cuadros escoceses servía, vociferando y con amplios movimientos de los brazos, carne y verduras de aspecto más bien británico a cuatro jóvenes silenciosos, cuya expresión cautelosa olía a cien leguas a primera cita. Peter vio que Rhiannon lo observaba para calibrar sus reacciones, de modo que sonrió y asintió con la cabeza.

No tardó en salirles al encuentro otro hombre rechoncho con bigote y una llamativa chaqueta, que parecía una bata abreviada. También él gesticuló mucho al proclamar que era el dueño, y además de un restaurante italiano. Su saludo a Rhiannon no llegó al besamanos, pero anduvo cerca. Si no era de sangre italiana, aunque en esa parte de Gales del Sur y en su oficio podía muy bien serlo, era lo más parecido, tal vez incluso algo mejor: un galés echándole teatro. Su saludo a Peter fue diferente, la clase de recibimiento más solemne que conviene a un senador o un tenor de ópera de fama internacional. «Mario», o muy posiblemente Mario, los condujo a través de una cortina de brillantes tiras multicolores a la trastienda del local. Allí, en una especie de pensión, un par de grupos de personas de mediana edad vestidas con sobriedad bebían licores rojizos o amarillentos en copas con pajitas y agitadores, y con una franja de azúcar en torno al borde, Rhiannon y Peter se sentaron a una mesa

de nogal con patas en espiral y la encontraron muy práctica para sus bebidas cuando estas llegaron: vino blanco para ella, tónica baja en calorías para él. Peter lamentó no haber prescindido de las últimas que había tomado en el club.

—No está tan mal, ¿no crees? —susurró Rhiannon.

—Tendrás que hablar más alto si quieres que te oiga; de día estoy más sordo. No; está bien. Puedo disfrutar un trago hasta en una carbonera con tal de que no haya música.

De hecho, por primera vez en su vida pensó que no vendría mal para romper el silencio. Habían estado callados durante el trayecto en el taxi, pero entonces lo justificaba la presencia del conductor. Al cabo de tres segundos Peter tuvo la impresión de que no volvería a hablar nunca más. Después recordó astutamente que, con la sola excepción de Muriel, a las madres les gustaba hablar de los hijos y veían con simpatía que los padres lo hiciesen también, de modo que empezó con William, lo que le permitió soltar las tonterías de rigor sobre casas, barrios y cosas así. Rhiannon hizo otro tanto con Rosemary. Después pasaron a hablar de la fiesta, y ella dijo con toda naturalidad:

—Creo que a William le ha caído bien Rosemary, ¿no te parece? Por lo menos no se despegó de ella.

—A mí me ha impresionado mucho Rosemary —reconoció Peter. Era cierto, pues el súbito recuerdo de la Rhiannon joven lo había dejado sin aliento; pero tuvo que admitir que aquello había sonado fatal—. Me ha impresionado como...

—¿Te he dicho que va a ser abogada? Defenderá casos en los tribunales. Siempre se le ha dado bien hablar. Como a Alun, supongo. —Le dirigió una mirada cautelosa y sopesadora de la que probablemente pensó que él no iba a percatarse—. Supongo que William tendrá novia.

—No lo sé. Creo que de momento no. Las ha tenido.

—Claro, y Rosemary ha tenido novios. Bueno, solo lo supongo.

—Es lo único que puedo hacer con William, suponer. Es un joven normal y sano y sale con chicas. Además tiene treinta años.

—Sí, se le ve muy seguro de sí mismo, en el buen sentido. Creo que eso es suficiente. Para andar por la vida, quiero decir. Desde tu punto de vista.

—Supongo que sí —dijo Peter, y añadió sin pensar—: Estoy seguro de que mi padre tenía una idea mucho más clara de lo que yo hacía que yo respecto a mi hijo.

—Tal vez. Si la tenía, dudo que eso le hiciera más feliz. Pero no puedes evitar comparar; yo misma me sorprendo haciéndolo a cada paso, y las cosas están mucho mejor ahora, infinitamente mejor.

—Imagino que Rosemary y tú estáis muy unidas —prosiguió Peter. Esta vez sus palabras le sonaron tan empalagosas como necias. Para remediarlo añadió—: Dicen que entre madre e hija es más fácil.

—No me hace muchas confidencias. Solo deja caer algún comentario de vez en cuando.

—Y eso te hace pensar que... las cosas han mejorado.

—¡Hum! Sí.

Parecía ser todo por el momento. Peter no estaba nada seguro de adónde conducía aquello, pero sabía que a alguna parte, aunque solo fuese por aquella leve tirantez en las comisuras de la boca de Rhiannon que ya había visto otras veces. Se dio cuenta de que ella le indicaba con la vista a los clientes más cercanos, que estaba seguro de que se hallaban demasiado lejos para oírlos y en cualquier caso nada interesados por lo que ellos pudieran decir. Dios mío, pensó, siempre Gales. Treinta años en Londres y en sitios aún más lejanos y, cuando surgían ciertos temas seguía guardando silencio si había desconocidos delante, o a la vista, para ir sobre seguro. Peter sonrió, y al cabo de un momento de leve asombro Rhiannon sonrió también.

En esas estaban cuando irrumpió el personaje Mario, que anunció con jovialidad al grupo en cuestión:

—Cuando quieran, tienen la mesa preparada.

Lo convirtió en casi treinta sílabas, y ellos, no menos amables, se apresuraron a ponerse en movimiento.

Es evidente que Rhiannon había aprovechado aquellos instantes para decidir que debía seguir adelante. Esperó a que los comensales se hubiesen marchado antes de hablar.

—Lo que más me llama la atención al comparar, lo que al parecer no tienen ahora, es aquel rollo por el que nosotros teníamos que pasar cada vez. No digo que a ellos les importe más o menos... eso, ya sabes, o que sea mejor o peor cuando lo hacen, pero al menos se ahorran eso. A veces, cuando lo pienso, me cuesta trabajo creerlo. Era como seguir un manual de instrucciones. Paso uno, brazo en la cintura; paso dos, besos; paso tres, más besos; paso cuatro, mano en la blusa, por fuera; paso cinco, lo mismo por dentro; paso seis, la cosa se ponía seria, todavía no del todo, pero en perspectiva. Un paso por cita, como máximo. Es como lo que algunas tribus de África hacían antes para que lloviese, hasta que aprendieron que no servía de nada. Solo que esto solía continuar durante meses, y generalmente nunca se llegaba a nada. Era lo mismo para todos, sin excepción. ¿O crees que exagero?

—No —contestó Peter, que en el último medio minuto había descubierto que no lo había olvidado todo—. Ni mucho menos. Y había un montón de consejos sobre cómo saltarse las normas.

—Y nosotras teníamos los nuestros sobre cómo impedir que se las saltaran. ¡Uf! ¿Dependería de la clase social?

—No lo sé.

—No, a menos que la aristocracia lo hiciese de otro modo, porque en Brook Hall había muchas chicas de los valles, ¿recuerdas?, y eran iguales. Algunas un poco más descaradas en ese aspecto, me parecía a mí; más cínicas. Estoy exagerando, porque no había una discusión tan clara, no podía haberla. Pero todo venía a ser más o menos lo mismo. Recuerdo que al principio pensé que podía ser algo exclusivamente galés,

debido a la mucha iglesia y todo eso, pero no tardé en descubrir que era también inglés. ¡Y cómo! Así que pensé, bueno, si es que pensaba en eso, pensé que debía de ser británico. Francés no podía ser, y de los irlandeses no sabía nada. Lo último era... ¿Recuerdas aquellos libros de un norteamericano que se llamaba Oh no sé qué? A Charlie le gustaba mucho. Recuerdo que tenía algo que ver con el Sáhara.

—O'Hara. El libro que dices es *Cita en Samarra*. Hubo una época en que yo los tenía todos. John O'Hara. ¡Madre mía!

—Ese era, pero no estoy segura de que fuera ese libro. Da igual, el caso es que empecé a leerlo y me quedé de piedra. Resulta que era exactamente lo mismo. Ese lado de la vida, me refiero. Y se trataba de gente corriente, no millonarios ni actrices, aunque tampoco paletos. Estaban aquel tipo y la mujer que le gustaba, y la primera vez que salían, nada. Quizá le diese un beso de despedida, no lo recuerdo. En la segunda cita esperabas que aquello fuese allá vamos, pero ni hablar; era siempre hasta ahí y de ahí no se pasa. Bastante más rápido que aquí, pero al fin y al cabo era un libro. Por lo demás, la misma... cosa. ¡En Norteamérica!

Peter seguía sin tener mucha idea de lo que se esperaba de él, si es que se esperaba algo.

—¿Podríamos decir que eran las viejas ideas victorianas en su versión moderna? —apuntó tratando, sin lograrlo, de no sentirse como si estuviera en un examen—. ¿Cómo podíamos aceptarlo?

Rhiannon asintió con gesto ausente y alineó su paquete de cigarrillos y su caja de cerillas a lo largo de una de las estrías ornamentales de la superficie de la mesa.

—No rebajarte, a eso se reducía todo. Al menos así lo llamaban.

—Menuda chorrada.

—En cierto modo sí, pero por otra parte no. Ese era el problema. Una lo decía muy... cínicamente, y al momento se daba cuenta de que lo había dicho muy en serio. Rebajarse. Supongo que los chicos llamaban también de algún modo a todo el sistema, ¿no?

—Seguro. Creo que la mayoría lo tomaba simplemente como parte de la existencia, algo que había que aguantar, como levantarse cuando aún era de noche para coger el autobús de la universidad. Y era un consuelo saber que todos estaban en el mismo barco. O creías que lo estaban, que venía a ser lo mismo.

—A nosotras nos pasaba igual. Dime, Peter: si una chica le hubiese dicho que sí enseguida a un chico, ¿él habría pensado que estaba rebajándose?

—No, a menos que fuese un mierda; habría estado encantado, una vez repuesto de la sorpresa. Pero supongo que si ella empezaba a andar por ahí...

—Ahí está. No puedes rebajarte solo con una persona. De todas formas, no hay que tomárselo demasiado en serio. Junto a los ratos malos había otros divertidos, ¿no crees? —Pero al parecer ningún rato divertido les vino a la mente por el momento. Rhiannon encendió un cigarrillo, y cuando prosiguió fue a velocidad reducida—. Por eso me alegra que, sea lo que sea lo que Rosemary haga o deje de hacer, no tenga que

preocuparse de no rebajarse. Comportarse de esa manera resultaba agotador. Hacía que las personas se concentraran en lo que no debían, y era bastante fácil meter la pata. Aunque yo solo veía una mitad. La de los chicos debía de ser mucho peor.

—Nos portábamos mucho peor. En general.

—En buena parte, o al menos en cierta parte, no era culpa vuestra. Sé que piensas que me trataste fatal, cariño, pero no fue así, de verdad que no. —Por primera vez Peter consiguió una mirada directa de aquellos ojos grises, que lo dejó sin aliento—. Lo que ocurre es que parece algo feo hasta que uno piensa en lo que en realidad ocurrió, que fue solo que tuvimos una aventura, no muy larga, aunque podría haber durado más si yo hubiera actuado de otra manera, y tú empezaste a sentirte atraído por otra persona y rompimos. Y fue después de eso, no lo olvides, cuando descubrí que estaba embarazada, y tú te ocupaste de todo, y luego... Estabas enamorado de otra. No podía esperar que la dejases y volvieres conmigo.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Esa es otra cuestión. Lo siento; sé que parece que hemos sacado el tema a colación demasiado deprisa, pero podrían pasar siglos antes de que volviésemos a estar a solas después de haberme tomado cuatro copas de vino. A estas alturas no se sabe cuánto tiempo nos queda. Quería decirte esto antes de que empiecen las muertes. Solo que fue estupendo.

Peter le tendió la mano por encima de la mesa y ella se la cogió.

—Sí, lo fue.

—De modo que será mejor que intentes darte cuenta de que algunas otras cosas no son tan malas como pensabas.

No mucho más tarde estaban en la calle frente al Glendower, él rodeándole la cintura con el brazo, ella con la cabeza apoyada en su hombro. En el taxi, que esperaba allí cerca para llevar a Peter a casa, habían ido todo el camino con las manos cogidas, aunque sin hablar apenas.

Al cabo de un minuto Rhiannon propuso:

—¿Te gustaría entrar a tomar algo?

—No; será mejor que me marche. A menos que eso lo haga más fácil.

—No, no te preocupes. Escucha, espero que no creas que nada de lo que te he dicho tiene que ver con lo que ocurrió en la fiesta, ni con ninguna otra cosa.

—No, no te inquietes, cariño. No alcancé a comprenderte del todo durante lo nuestro, no tanto como debería, pero hasta ahí sí llegué.

—Está bien. No hay ningún motivo para que no salgamos a cenar.

—Te llamaré.

—Pasado el jueves, que es cuando se va Rosemary.

Rhiannon le dio un rápido beso en los labios y se fue. Él se quedó un rato allí, paseando cabizbajo por la acera, con las manos a la espalda, sin ver nada de lo que tenía delante. Por fin se enderezó y subió al coche.

—A Cwmgwyrdd ahora, ¿no? —preguntó el taxista, un anciano vestido con lo

que parecía prendas desechadas por su nieto—. ¿A qué parte?

—Se lo diré cuando estemos más cerca.

—Es que no es lo mismo ir, por ejemplo, por el puente viejo de...

—Usted lléveme allí por cualquier camino razonable.

El hombre volvió la cabeza blanca y melenuda.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Viviré. Y ahora, por favor, haga lo que le he dicho.

—*Duw, duw*, siento haber hablado. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No, soy de... de...

—Si quiere saber mi opinión, todos los galeses como Dios manda están marchándose de Gales.

—No me diga. ¿Es cierto? ¡Qué noticia tan espléndida, por san Jorge!

Cuando llegó y encontró la casa a oscuras, recordó que Muriel estaba en Cowbridge, cenando y pasando la noche con unos amigos ingleses para los que le había dicho que él obviamente no tenía tiempo, de modo que disponía de más de doce horas de libertad.

5

Rhiannon

1

A la mañana siguiente Rhiannon y Rosemary se sentaron a desayunar en la nueva casa. Alun se había marchado unos minutos antes en coche al oeste de Gales a buscar exteriores para algún programa. La planta baja, todavía sin alfombras ni cortinas, estaba llena de escaleras de tijera unidas en la parte alta por pesados tablones, latas abiertas de pintura y otros productos, esperando en silencio la vuelta de los decoradores de dondequiera que hubiesen estado aquellas últimas semanas. Era posible sentarse en parte del salón, aunque ayudaba el estar muy cansado, y cocinar y comer en la cocina. Aquí las cortinas de algodón blanco con estampado de amapolas, estaban puestas, pero, por ejemplo, un par de cajas de platos y platillos aguardaban todavía a ser colocados en los estantes del aparador. Nelly, el cachorro de labrador negro que habían comprado, estaba echado en su cesto, mordisqueando de vez en cuando el borde, que prefería a su hueso de plástico rojo.

—¿No te regalé yo esa taza? —preguntó Rosemary.

—Cuando eras así de pequeña. Es muy bonita.

El recipiente al que se referían era de forma redondeada y se ensanchaba por arriba, con dorado en el borde y en el asa, dibujos de flores de manzano en los lados y «Mamá» en floridas cursivas. En ese momento contenía té hecho de polvos con sabor a limón en el que flotaba una rodaja de limón auténtico. Delante de Rhiannon había también un plato con una naranja y un plátano, así como un cuenco con trozos de piña en conserva.

Rosemary paseó la mirada por el conjunto.

—¿Es ese todo tu desayuno? ¿Solo lo que tienes delante? ¿No quieres que te haga unos huevos revueltos?

—Me gustaría, pero los huevos son malísimos. Tienen un montón de eso que produce ataques al corazón. Lípidos.

—¿Y crees que lo que tienes ahí es bueno para tu salud?

—Sí. Las naranjas y los plátanos tienen mucho potasio, que es muy importante para el hígado.

—¿Quién lo dice?

—Dorothy. Sabe mucho de eso. Ha leído todo tipo de libros sobre el tema. Está al día.

—Lo dices como si fuera física nuclear. No creo que quede mucho potasio en eso —dijo Rosemary señalando el cuenco de la piña.

—Pero algo habrá. No deja de ser fruta.

—Sí, comprendo que debes de pensar que tu hígado necesita ayuda después de una noche como la que has pasado.

—¿No tendré mala cara?

—Nunca te he visto con mala cara. Espero que te divirtieras.

—Tuve una charla con Peter. Creo que ya te he dicho que siempre se ha sentido mal por lo que sucedió hace años.

—Motivos tiene.

—No hace falta hablar de eso ahora. Sea como sea, aclaramos un par de cosas.

—Bueno, ahora procura almorzar como es debido. Algo caliente, no chucherías.

—No, será un almuerzo en toda regla. Siempre puedes confiar en el buen Malcolm para esas cosas. La verdad es que suele pasarse.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—En realidad nada. Hablo de echar una cana al aire. Unas copas con un amigo anoche y un almuerzo y una vuelta con otro hoy. Menudas francachelas.

Sin ser vista, Rosemary sonrió un momento no muy contenta, incluso con cierta tristeza, pero solo dijo:

—Cumpliré con mis obligaciones mientras estés fuera.

—Lo principal es esa criatura. Sácala cada dos horas. Y a las once llamarán unos hombres para hablar del presupuesto del tejado.

—Les diré que llamen más tarde. ¿A qué hora volverás?

—No lo sé. ¿Por qué no le dices...?

—Mañana por la mañana, entonces.

—Lo que ocurre es que ya hemos aceptado otro presupuesto más bajo, y a estos hay que decirles que no los necesitamos. ¿Podrías decírselo tú? Solo tienes que darles el recado.

—Mientras que si descubren que están hablando con quien ha tomado la decisión de no contratarlos puede que monten en cólera. Lo comprendo. Sí, desde luego. ¿Algo más?

—No. No creo que todo eso te ocupe más de medio día.

—No te preocupes; hay bastantes cosas que hacer por aquí.

Y ese cachorro al que impresionar, para asegurarte de que te recuerde en futuras visitas, pensó Rhiannon; pero reconsideró tal pensamiento ante la tranquila rapidez con que Rosemary salió para contestar al teléfono.

Había un tabloide sobre la mesa del desayuno, doblado por la página del horóscopo, que era muy divertido leer, no porque hubiera nada de verdad en él, en la astrología, dijera lo que dijese Dorothy. Era el estilo de esa sección, la composición tan clara, entre los programas de televisión, las bodas y la columna política bisemanal del viejo Jimmy Gethin, que hacía años había hecho que Rhiannon prefiriera ese periódico a sus rivales. Seguía comprándolo, aunque entretanto el hígado del pobre Jimmy había dejado de funcionar para siempre, a saber si por falta de potasio. Había

sido más amigo de Alun que de ella, que nunca había leído su columna a menos que el primer párrafo le llamase la atención con la promesa de un ataque a uno u otro de la pareja de políticos de extrema izquierda cuyas actividades seguía a intervalos. Hasta ahí llegaba su interés por la política, y no era mucho mayor el que sentía por la literatura: solo le prestaba atención cuando tenía que ver con Alun y, para ser sinceros, no mucho ni siquiera entonces.

En la universidad, bajo la dirección de Gwen y Dorothy, había procurado remediarlo leyendo o tratando de leer libros sobre ambos temas, y también sobre arte, cuyas ilustraciones eran bonitas, aunque no todas ni mucho menos. Pero el intento no había llegado a cuajar, y hacia la época en que dejó la universidad desistió con tanto alivio como vergüenza. La vergüenza persistía; aún se sonrojaba al recordar aquella vez que salió con un joven pequeñajo que se había licenciado en filosofía alemana con matrícula de honor y que al final de la noche le dijo asombrado: «Pero a ti no te interesa nada de nada». Ni entonces ni después había sabido qué responder. Las cosas que a ella le interesaban eran demasiado pequeñas y dispersas para llegar a constituir un tema del que uno pudiera examinarse. Y, eso era todo, pero nunca había podido sentirse a gusto a ese respecto, nunca.

Oyó a Rosemary en la puerta y se apresuró a meter en el paquete el cigarrillo que había empezado a sacar. Simulando estar absorta en los horóscopos, leyó que para los Leo como ella aquel sería un buen día para cerrar tratos, siempre que consiguieran no frustrarlos con su famoso rugido.

—Era William; ya sabes, William Thomas.

—¡Ah, sí! —dijo Rhiannon tratando de mostrar las dosis convenientes de interés y sorpresa.

—Al parecer es su día libre, así que le he preguntado si le gustaría venir. Espero que te parezca bien...

—Sí, desde luego, es una buena idea. Eso...

Se mordió la lengua para no decir «te dará algo en que ocuparte» y lo substituyó justo a tiempo por un «estará muy bien» un tanto lánguido.

—¿Más té?

—No, gracias, cariño. Creo que voy arriba.

—Llámame si me necesitas.

En el cuarto de baño Rhiannon colgó su holgado albornoz de hombre, un regalo de cumpleaños a Alun, quien al cabo de un par de semanas había vuelto a su bata parisina de seda verde claro. Las chinelas, tejidas por Dorothy en lana roja con una R verde en cada una, le apretaban un poco, sobre todo el empeine del pie izquierdo, y era un alivio quitárselas. El camisón no tenía nada de particular; era algodón blanco con adornos de *broderie anglaise*.

Sobre el estante de cristal junto al lavabo había un bote de plástico de champú de hierbas naturales con una cartulina alrededor del cuello. Si enviaba seis de esas, según vio cuando alcanzó sus gafas, le regalarían un macetero colgante para plantas

de interior, de modo que la quitó cuidadosamente y la guardó en el armario. Últimamente las ofertas de esa clase la encontraban bien predispuesta. Participar era un poco como apostar en el Derby: podía perder, como ocurrió con aquel juego de cuchillos de chef (ocho precintos de empanadas de cerdo y un cheque de 8,55 libras, embalaje y portes incluidos), que habían durado afilados unos veinte minutos.

Se metió en la ducha, acristalada y provista de un enorme selector de temperatura y con códigos de colores más digno del puente de mando de un buque de guerra con armas nucleares. Junto con la calefacción central y algunas partes de la cocina, lo había instalado al parecer el anterior propietario, que era dueño de varios garajes y no había tenido oportunidad de disfrutarlo demasiado antes de estrellarse con su Volvo contra un muro... tras sufrir un infarto, que le causó la muerte, según la explicación tranquilizadora que dieron. Rhiannon no se había acostumbrado todavía a la ducha y seguía utilizando el método de la prueba y el error, aunque ya no tenía tanto miedo de helarse o escaldarse. Se aplicó el champú, que según la etiqueta era tan suave que podía usarse a diario, se lo aclaró, volvió a aplicárselo y esperó los dos minutos de rigor mientras se enjabonaba, para finalmente aclarárselo del todo antes de darse una rociada fría por todo el cuerpo para tonificar la piel.

De pie sobre la alfombrilla cogió la toalla a la vez que graduaba la intensidad de la luz solar que entraba por el cristal esmerilado. Tras encontrarla a su gusto, se secó las piernas y, cuando estaban todavía húmedas, extendió sobre ellas maquillaje de un tubo, con lo que entre otras cosas ocultó cualquier posible vena poco atractiva. Una gota de Sure aquí y allá, un toque de talco arriba y abajo, y enseguida se puso la bata y las chinelas y cruzó el rellano, llamando de paso a Rosemary.

Aparte de un par de abultadas bolsas negras junto a la ventana, un traje y un vestido, el dormitorio estaba en orden, y en él destacaba el maravilloso tocador victoriano de Rhiannon, con mesa de mármol un gran espejo ovalado y un jarrón que llevaba pintados capullos de rosa y contenía rosas del jardín. Se cepilló el pelo, diciéndose como de costumbre que había tenido mucha suerte en este aspecto: su melena era tan espesa como siempre, tan fácil de manejar, y apenas necesitaba un pequeño retoque. Aún estaba en eso cuando entró Rosemary.

—¿Qué tienes en las piernas, mamá?

—Genius. Se llama así. De Max Factor. Lo compré para la cara, pero era demasiado oscuro. Dice también Honey Touch. Supongo que será un color.

—Ya, pero ¿por qué te lo pones en las piernas?

—O eso o las medias, y hace demasiado buen tiempo para llevar medias.

—¿Te das cuenta de que no tienen el mismo tono que las manos?

—Por supuesto, pero los hombres no se fijan en eso... por lo general

Rosemary dejó el tema. Mientras hablaban había sacado el secador, y ahora empezó a secarle el pelo a su madre, sin gran pericia ni entusiasmo pero con la suficiente constancia. Al tiempo que trabajaba con el aparato y el peine echó una ojeada por la habitación, fijándose sobre todo en la ropa femenina que había a la

vista, pero antes de que pudiese decir nada se abrió la puerta y entró corriendo torpemente Nelly, la perrita. No parecía tan contenta por haber encontrado a las dos mujeres como satisfecha por la alegría y el alivio que su llegada iba a proporcionarles. Tras dar una rápida vuelta para guardar las formas, se metió bajo la cama, y empezó a gruñir furiosamente en su registro más agudo.

—Debería haberla dejado encerrada abajo —dijo Rosemary.

—No importa. Tiene que aprender a moverse por la casa.

—¿No sería mejor que aprendiese cuando ya estuviera enseñada?

—Bueno, eso forma parte de su educación, aprender a no hacer sus necesidades cuando esté aquí arriba.

Rosemary se agachó para ver qué hacía la perrita, que ahora asomaba.

—¿Sabes que tiene tu zapatilla?

—Déjala —dijo Rhiannon tras comprobar que las de Dorothy seguían a salvo en sus pies—. No importa que juegue con esa.

—No puedes dejarla mordisquear cuanto le venga en gana. No es manera de enseñarla.

—Ya cambiará. —Rhiannon estuvo tentada de decirle que tal vez pensase de otro modo cuando tuviera un par de hijos, pero se calló—. No puedes estar vigilándolos todo el tiempo. Está bien, cariño; gracias. Me gusta un poco húmedo.

—¿Qué ropa pensabas ponerte para esa excursión, mamá?

—El traje vaquero azul. Sí, ese.

—Hum. —El gesto de la cabeza con que Rosemary acompañó el susurro no indicaba ni aprobación ni desaprobación—. ¿Y qué más?

—Tengo una camisa de sport blanca de manga larga que sobresale de los puños de la chaqueta. Si hace calor puedo quitarme la chaqueta y remangármela. Solo cuando él no pueda verme las piernas, por supuesto.

—¡Eh! —gritó Rosemary a Nelly, que ya había salido de debajo de la cama y bajaba los cuartos traseros hacia la alfombra—. ¡Fuera! —añadió agarrándola, y la sacó a la carrera de la habitación.

—No olvides decirle...

—Lo sé, mamá, lo sé.

De nuevo sola, Rhiannon se sentó ante el espejo para arreglarse el pelo. Deseaba poder pensar con ilusión en aquella salida. El tono de Malcolm cuando la invitó por teléfono, y todavía más la manera en que le había confirmado el plan en el club la noche anterior, la tenía desconcertada y preocupada, sin que eso guardase la menor relación con la torpeza habitual del hombre para tales cosas, que nunca había sido ningún problema. No; había algo, tal vez sus continuas pausas al hablar, que la inducía a pensar que en aquella excursión de media jornada no solo se trataba de admirar el paisaje. Todavía sentada, cruzó los dedos de ambas manos.

El sonido de la voz de su hija desde abajo, debidamente alzada en tono de triunfo y admiración sin reservas, la puso de nuevo en movimiento. Cuando Rosemary

volvió al dormitorio la encontró ya en bragas y sujetador, aplicándose la base de maquillaje ante el espejo.

—Tienes suerte de que no haya soltado aquí lo que ha echado abajo.

—Desde luego. Gracias, cariño.

—Bien, ahora vamos a echar un vistazo a ese traje del que tanto he oído hablar. Dime, ¿te gusta?

—Me veo mona con él.

—Hum —Rosemary aceptó el punto de vista—. ¿Ya sabes qué calzado vas a llevar?

—Pensaba ponerme esos —dijo su madre señalando unos zapatos con cordones de la misma tela vaquera del traje o muy parecida.

Hubo algunas dudas sobre la camisa, y se consideró brevemente otra opción, una de seda marrón con encaje que Rhiannon llegó incluso a probarse; pero al final todo transcurrió sin problemas y, tras una última rociada de colonia, regalo de Navidad, bajó por las escaleras con su bolso de lino beige colgado del hombro. No llevaba joyas; tan solo el anillo de boda.

De nuevo en la cocina, Rosemary hizo café y pasaron revista al contenido del bolso con ánimo relativamente tranquilo. Polvera, pañuelo de repuesto, monedero con abertura para ver la tarjeta con los números de teléfono más usados, cepillo de dientes... Se dio la aprobación a todo con un silencio indulgente, pero después...

—¿Qué es esto, por el amor de Dios? —preguntó Rosemary como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—Un impermeable de plástico. Enrollado.

—No estoy ciega. Francamente, mamá, ¿por qué no te has comprado un paraguas?

—Los pierdo siempre. Me los dejo en todas partes.

—Por lo visto no conoces los paraguas plegables para llevar en el bolso, que no cuestan tanto.

—No tengo ninguno.

—Hum. Supongo que habrá un sombrero a juego.

—No, tiene una capucha sujeta al cuello que me cae sobre los ojos. Me la hubiese puesto durante el almuerzo si no llega a ser por ti.

Rosemary escudriñó el interior del bolso.

—Me extraña que no lleves también unas botas de goma.

—Espera, cogeré los chanclos de papá.

—Será mejor que te dé mi paraguas.

—No, lo perderé. Y no hace falta que me trates como si fuera una niña de catorce años.

—Pues sí, porque es lo que eres. Cuando yo tenía esa edad eras mucho mayor, pero has ido hacia atrás.

—¡Hum! —gimoteó Rhiannon, encogiéndose y pataleando.

Sonó el teléfono. Rosemary llegó antes y preguntó quién llamaba. Con expresión pétrea, pasó el auricular a su madre.

—Gwen.

—¡Hola, Gwen!

—Querida Rhiannon, soy tu amiga Gwen. —Estas palabras y el tono en que fueron pronunciadas bastaron para acabar con la esperanza de que pudiera haber una disculpa o expresión de pesar sincera—. Gracias por la fiesta, fue estupenda. Lo pasé muy bien, por lo visto, demasiado bien al final, y me exalté un poco. Espero que no te resultase demasiado violento.

—No tiene importancia.

—Me temo que de vez en cuando me enfado un poco con el pobre Alun a propósito de, bueno, de lo que sea; Gales lo llamarías tú, y siento decirlo. El caso es que creo que tiene una pizca del carácter teatral de los galeses, él mismo lo dice, en eso es sincero, pero quizá no sea solo una pizca, y él piensa que soy una maestra carcamal y una reunificada. Bueno, en esas estamos, y todo va bien hasta que bebo demasiado deprisa porque me lo estoy pasando en grande, y Alun dice no sé qué y yo me encuentro con...

—No importa, querida. Está olvidado.

—Bien... Me temo que no fue muy decoroso. El alcohol hizo que me pusiera desagradable. ¿Está Alun?

—No, estará fuera todo el día.

—Ya hablaré con él. Fue una fiesta fantástica de veras. Llamaré más tarde.

—Adiós, querida.

—Qué suerte, es un día estupendo para ir de excursión. Malcolm está encantado. ¡Que os divirtáis!

Rosemary, que tras vacilar un instante se había quedado a escuchar, lanzó a su madre una mirada interrogadora y recibió a cambio otra de fingida consternación.

—Se enfadó por algo que dijo papá sobre Gales.

—Ya. Valiente manera de arreglarlo. Lo que le habrá costado admitirlo.

—Está bien. Alguno de nosotros tenía que encontrar la forma de que siguiéramos siendo amigos.

—¿Tú crees? Esa no merece ser amiga vuestra.

—No es tan mala. Cuando una amistad ha durado lo bastante, esas cosas no importan.

—Has sido muy indulgente con ella.

—Es demasiado tarde para empezar a ser dura con personas como Gwen. Vámonos. Seguro que Malcolm está ya de camino.

Rhiannon cogió su bolso. Mientras salían, Rosemary le pasó el brazo por la cintura.

—¿Es que no te importa?

—¿Qué dices? Pues claro que me importa. Pero de ahí no paso; me niego a hacer

nada más, como darle más vueltas, mirar atrás o mezclar las cosas. Para qué. Mientras no lo sepa. Y esto no es saberlo.

—Mamá, si me hubieses dejado a mí...

—No hablemos más de esto.

El jardín que había delante de la casa no era grande, pero tenía el césped del verde intenso que se ve a menudo en esa parte del mundo y unas cuantas flores en macizos medio cubiertos de hierbajos, además de un regalo inesperado en forma de una gran mata de campánulas. Nelly se estrelló contra ella, tras lo cual desanduvo el camino superando sin esfuerzo el obstáculo que presentaba cada escalón de casi ocho centímetros de alto. Hacia el sur, más allá de los bosques, los prados en sombras y un acantilado que no llegaba a distinguirse, se divisaba un ancho tramo de arena que brillaba húmeda al sol y a lo lejos el mar con media docena de pequeñas embarcaciones a vela. Pasaban nubes cerca del horizonte, pero no eran muchas, y ninguna oscura. No había a la vista nada feo ni desapacible.

—Te hace ilusión esta salida, ¿verdad, mamá?

—Claro que sí. Bueno... sí.

—¿Cuál es la pega?

—Pues que él... Es un hombre muy dulce, sin una mala idea en la cabeza, pero también muy suyo, capaz de decir cosas sin pensar que pueden afectar a otras personas solo porque tiene ganas de decirlas. Es como si se le escapasen.

—¿Por ejemplo que nunca ha querido a nadie más que a ti?

—Sí, algo así.

—Si no es más que eso, no creo que tengas motivos para preocuparte. Sin duda sabrás apañártelas. Seguro que tienes mucha práctica.

—Oh, vamos, cariño.

Rosemary miró un momento a su madre antes de añadir:

—Por supuesto, puede ponerte en un aprieto si habla de Gwen y todo eso.

—No, nunca haría algo así, y además debe de pensar que no ha ocurrido nada.

—¿Qué quieres decir?

—Gwen le hará creer su versión.

—¿De veras?

—Sí, le será facilísimo si se mantiene firme en esa versión, y así lo hará.

—Bueno, tú sabrás.

Rhiannon se volvió para dirigirse a la perra, que la contemplaba aterrada.

—Hoy no vienes. Lo siento, pero no.

—¡Dios mío! —exclamó Rosemary—. No creerás que entiendo lo que le dices.

—Es posible. Probablemente ahora no, pero cuando crezca lo entenderá todo, y no se sabe cuándo empiezan. Esto forma parte de la educación.

—En fin, la perra es tuya. ¿Es él?

—Eso creo... Sí.

—Mamá, si sales tan guapa como estás ahora vete pensando qué harás cuando te

diga que te quiere.

Madre e hija se pusieron en estado de alerta. Sin esperar órdenes Rosemary sacó a rastras a la perrita de debajo del laurel en que se había refugiado y la cogió en brazos. Rhiannon se volvió para arreglarse el pelo utilizando como espejo una ventana del salón, tras lo cual arrancó limpiamente la rosa amarilla a medio abrir a la que había echado el ojo pero que había dejado en la planta hasta el último momento. Finalmente, las dos se separaron un poco para no dar la impresión de que estaban en formación y organizadas.

Cuando Malcolm se apeó de su reluciente coche azul fuerte y cerró la puerta al segundo intento, vieron que Malcolm llevaba una chaqueta de montar de cuadros rojo oscuro, verde y beige que eran demasiado grandes por muy poco, pantalones de sarga a los que debía de tener un gran cariño, una corbata verde pálido de las de «voy a pasar el día en el campo con mi chica» y, gracias a Dios, una camisa sencilla y unos zapatos marrones con cordones corrientes. Al verlo más de cerca, observaron que tenía en la mejilla un gran corte que se había hecho al afeitarse, y que era para él como un grano en la punta de la nariz, aunque a los demás no les llamase para nada la atención. Llevaba un ramo de rosas rojas y claveles rosas envuelto en plástico que no le había costado menos de cuarenta libras, y que se apresuró a entregar a Rhiannon alargando el brazo.

—Encantado de verte —murmuró, a todas luces tras descartar sobre la marcha un borrador anterior, y con una brusquedad involuntaria dijo «Hola» a Rosemary, a quien había visto más de una vez pero nunca durante mucho tiempo, y a la que no esperaba ver ahora. A continuación cogió a la perrita y se relajó un poco—. ¡Vaya, qué cachorrillo más simpático!

—¡Hola, Malcolm! —dijo Rosemary—. Es hembra. —Y añadió que no habría opinado lo mismo si hubiera estado allí unos minutos antes, cuando lo de las chinelas y todo lo demás.

Rhiannon prendió la rosa amarilla en la solapa de Malcolm y pasó el ramo a Rosemary, quien había dejado a Nelly en la hierba como si considerase que ya estaba más calmada.

—Ponlas en el jarrón de Wedgwood. Quedarán preciosas, y búscalas un sitio fresco. —Rhiannon era también demasiado tímida para dar las gracias directamente—. Ya buscaremos otro mejor cuando volvamos. Que no será antes de las cinco. Tengo que ver un par de cosas en la ciudad.

Esto último lo dijo mirando por encima del hombro de su hija.

Nada más instalarse en el coche junto a Malcolm, Rhiannon vio una gorra de visera, casi con el mismo estampado que la chaqueta, doblada sobre el salpicadero. Quiso

pensar que había desistido de ponérsela tras habérsela probado, y no que la había dejado allí para calársela más tarde. De cualquier modo, suspiró más tranquila, o intentando sentirse tranquila. El olor era suave y agradable, y todo el interior hablaba de horas de limpieza. En cierto modo a Rhiannon le costaba trabajo entenderlo. Era como algo que recordaba de hacía años: había alabado la letra de Malcolm por ser clara y bonita, y él le había dado las gracias y le había dicho que así, por aburrido o malo que fuese lo que escribía, ahorra a otro el trabajo adicional de descifrarlo. Era como el deber que tenía un conferenciante de que su voz resultara audible, le había explicado.

Los primeros minutos pasaron deprisa, charlando acerca de Rosemary, después, brevemente, de Alun, y luego de Gwen, no más brevemente y por iniciativa de Rhiannon, que deseaba dar a entender que era un tema normal. Los siguientes transcurrieron incluso más deprisa, contemplando el paisaje, camino de Courcey, y al cabo de un rato la propia isla. Rhiannon había estado allí hacía poco con unos amigos para tomar el aperitivo en domingo en el King Arthur, junto a la carretera, si bien solo habían podido beber una copa porque la única barra estaba llena de activistas de izquierda, jóvenes gordos que asistían a un curso de fin de semana y que pedían cosas como curaçao azul con zumo de maracuyá. Enseguida dejaron atrás aquella zona para dirigirse a la parte que ella no pisaba desde hacía por lo menos diez años, probablemente muchos más.

A Rhiannon el follaje le pareció más verde y frondoso que antes, y las colinas quizá no tan altas, aunque era difícil fijarse por lo concurrido que estaba todo aquello, mucho más que en el pasado. Al acercarse a la bahía de Chaucer por la carretera del oeste se encontraron con un tráfico propio de una mañana de sábado en la ciudad: turismos, autobuses de Cardiff y —estaba casi segura— de Hamburgo, motos y, por supuesto, caravanas, de las que había centenares estacionadas en fila como en un acantonamiento militar a lo ancho de la ladera cubierta de aulaga que daba a la bahía.

—Lo siento —dijo Malcolm cuando tuvieron que pararse una vez más.

Lejos de sentirlo, parecía contento ante la idea de cuánto peor tendrían que ponerse las cosas antes de que él tuviese que tomar una decisión.

—Tenemos mucho tiempo. —Rhiannon se dio cuenta con cierta aprensión de hasta qué punto era cierto.

—Me alegro de haber venido pronto. Parece mentira, a las once y media de un día laborable y todavía en pleno curso.

Rhiannon comentó que hacía muy buen tiempo y pensó que aquella era una de las cosas buenas que tenía Malcolm: nunca se le hubiera ocurrido empezar a decir que de dónde salía tanto dinero, que a algunos nos gustaría saberlo, que si aquello era lo que llamaban una recesión, y la economía sumergida y los convenios con salario mínimo, y las empresas que obligaban a todos sus trabajadores a afiliarse con el mismo sindicato, y que a quién le importaban los pensionistas. Todos los demás en quienes pensaba en ese momento, excepto Rosemary, llevarían ya un rato con ese rollo. Y

Alun, si no había nadie delante, también.

Avanzaron unos cuantos metros y tomaron una curva. Aunque Malcolm se mantenía demasiado cerca del coche que iba delante, Rhiannon tenía espacio suficiente para ver el camino sucio y pedregoso que bajaba hasta la playa a través de una brecha del acantilado y a la gente medio desnuda que andaba presurosa por él, todos cargados con comida y recipientes de bebidas, tiendas, embarcaciones, equipos deportivos, juegos, de todo para los niños, de los que había un montón, hubiera o no colegio. Cuando un minuto más tarde pasaron por allí, Rhiannon vio una especie de aldea de puestos y casetas de plástico surgida para vender a los visitantes todo lo imaginable: cosméticos, objetos de decoración, educativos y cuanto se quisiera, y algunos no de plástico, porque sin duda... ¿Una boutique de playa en la playa, en Gales del Sur y en aquella época del año?

Cuando el semáforo cambió empezaron a subir lentamente por la colina entre grupos de jóvenes que volvían del aparcamiento sin camisa, satisfechos con aquel todo vale y sin que los preocupase la fea pinta que tenían. Desde lo alto Rhiannon tuvo ocasión de contemplar por entero la larga y ancha extensión de arena salpicada de figuras en movimiento o inmóviles como no había visto nunca en su vida. Algunas habían llegado hasta la bahía Rundle, de donde tendrían que regresar cuando subiese la marea, o de lo contrario enfrentarse a una escalada hasta la carretera, muy normal de día, recordó, pero no muy divertida después de oscurecer con un tipo al lado empeñado en echarle una mano.

—Parece que hace siglos, ¿verdad?

Era extraño que Malcolm adivinara a nadie el pensamiento, y Rhiannon le dedicó una mirada cómplice antes de decir:

—Sí, gracias a Dios.

—¿Cómo? Me refiero a ir a la playa y bañarse y esas cosas, como hacían todos.

—A eso me refiero yo. Sí, todos lo hacíamos. ¿Vienes a nadar? —Se apresuró a continuar antes de que él pudiese creer que se lo estaba preguntando—. Que si vienes a Courcey con nosotros, y nos íbamos sin pensarlo. Como... como tantas otras cosas entonces. La verdad es que a mí no me gustaba nadar.

—Pues recuerdo que lo hacías muy bien.

—No lo hacía mal, y desde luego se estaba de maravilla en el agua una vez que habías sobrevivido a la entrada; pero la salida era terrible. Esperabas estar maravillosa con el pelo mojado y notabas cómo el viento te lo iba dejando como paja.

—¿No llevábais gorros las chicas entonces? Gorros de baño.

—Solo si no te importaba que la cara se te viera pequeña como una nuez. Me sorprende al recordarlo, apenas puedo creerlo. Medio sentada con las piernas hacia un lado, sonriendo y tratando de notar si tenías medio trasero fuera del bañador. Y no era yo sola; lo mismo le pasaba a Gwen, y también a Siân y Dorothy, a todas. Solíamos...

—Pero todas parecíais la mar de...

—¿Tranquilas? Tenías que habernos visto. Lo del bronceado era horrible.

Recuerdo una conversación muy seria en Brook Hall sobre cómo de roja podíamos permitir que se nos pusiera la cara cada vez. ¿Y qué hacer con el vello de las piernas y los brazos? La de soluciones que sopesamos aquel día. Todas teníamos las mismas pegas.

—Pero tú te lo pasabas bien —aventuró nervioso Malcolm—. Al menos en parte.

—¡Oh, sí! Notábamos cosas como lo del pelo y lo molesta que es la arena, pero no pensábamos en ello. No hacíamos más que preguntarnos cómo iba la cosa y qué ocurriría a continuación, y si conseguiríamos salir airosas. No estábamos tan tranquilas, pero intentábamos que no se notase. Por supuesto, no creo que todo fuese viento en popa para los chicos.

—No. —Malcolm lanzó una mirada vigilante a la carretera ahora vacía—. No, la verdad es que no era tan fácil —añadió.

Rhiannon esperó un momento antes de proseguir.

—No era solo lo de ir a la playa y no estar tranquila ni un momento. Lo de la playa era gordo, pero no se podía ni comparar con lo del baile. —Al ver que Malcolm sonreía y pestañeaba indeciso, agregó—: Ya sabes, ir a bailar. Con una orquesta, chicos, música ligera y todo eso. Lo importante era estar juntas. Dorothy nos pasaba revista en Brook y se aseguraba de que todas habíamos ido al lavabo para que ninguna se escabulliese más tarde. Después nos quedábamos juntas esperando a que nos sacasen a bailar, deseando mordernos las uñas y confiando en que el tirante del sujetador que deberíamos haber prendido con un imperdible estuviese todavía oculto bajo el tirante del vestido. Al menos yo estaba así. ¿A ti no te preocupaban cosas como esa?

—Sí, supongo que sí.

Rhiannon pensó que tal vez probaría suerte más tarde. Era evidente que hasta ahora había fracasando en su intento de conseguir que Malcolm dijese que había pasado tan malos ratos como ella y sus amigas, lo cual podría haberle ayudado a ver que aquello funcionaba también en sentido contrario, que ella se había sentido tan violenta e inútil como él. Lo que quería era mostrarle que no tenía ante sí a la curiosa criatura, mezcla de Blancanieves y animal salvaje, por quien parecía haberla tomado, sino a una verdadera y, a aquellas alturas, vieja amiga. Bueno todavía tenían por delante muchas horas.

—¡Qué tiempos! —dijo él, con un indicio de sensatez—. Lo único que puedo decir es que espero que hubiese ciertos... alivios, digamos.

—Pues claro, Malcolm, no vayas a hacerte una idea equivocada. Qué horror. Yo solo...

—Porque después de todo hoy estamos... bueno, dando un paseo por la senda de los recuerdos.

Lo dijo como si creyera que acababa de inventar la expresión, o al menos convencido de que ella no la oía desde hacía años.

—Eso no estaba antes ahí —dijo Rhiannon con tal rapidez que él tardó un

momento en ver que se refería a algo real, algo que había en un campo por el que pasaban, una especie de cabaña o caseta que parecía prefabricada y letreros llamativos en los que se anunciaban cosas de comer para llevar en la cesta o en la bolsa. Había muchas señales de neumáticos alrededor, pero ni un alma a la vista en ese momento. A la luz del sol, inesperadamente fuerte, parecía la clase de sitio que uno admira pero al que no desea ir, como el proyecto de una urbanización en México.

—¡Qué feo! —dijo Malcolm con vehemencia—. Creo que yo tampoco lo había visto. Brotan en cuanto vuelves la espalda. Ocurre lo mismo en todas partes hoy día.

Esta última frase la oía a cada paso Rhiannon, a menudo junto con otra referente a que era gastar saliva en balde. Por lo visto todos las soltaban tarde o temprano, incluso el bueno de Malcolm, que nunca se preguntaba de dónde salía todo aquel dinero. Si la conversación iba por ahí, al menos continuaría apartada todavía un rato del camino peligroso. Pero no hubo más, y cuando Malcolm prosiguió, habló en un tono distinto, y soñador, lo que no era buena señal en su caso.

—Dicen que las personas cambian con los años —empezó, y pareció que la cosa iba a quedar ahí, pero al fin continuó apresuradamente—: Y es cierto que así ocurre a menudo. ¿Te acuerdas de Miles Garrod? Era actor. Y muy bueno. Interpretó a Marlow en *She Stoops to Conquer* en el Arts Theatre.

—¡Ah, sí! —mintió Rhiannon. Lo hacía siempre en temas que carecían de importancia, excepto con Alun; le parecía molesto no hacerlo, y de todos modos le iban a soltar el resto. Para ella era un hábito. La gente siempre se preguntaba agradecida cómo era posible que nunca hubiese oído las anécdotas que le contaban.

—Pues no lo reconocerías ahora, Rhi, te lo aseguro. Me tropecé con él hace unos meses, en una boda en Caerhays. Bueno, de tropezarme nada. Un tipo dijo «Ahí está Miles Garrod», yo pregunté dónde, y el tipo dijo «Allí», y allí estaba, totalmente cambiado. Era otro. No es que hubiera envejecido o tuviese mal aspecto. Es que era diferente, otra persona.

Bien sentado eso, podría haberse permitido añadir algo sobre lo que hacía ahora Miles Garrod, pero no. Volvió al tono soñador e, iniciando de manera inequívoca el párrafo dos, dijo:

—Pero algunas personas no han cambiado, o solo de un modo imperceptible. Tú, Rhiannon Weaver, no has cambiado en absoluto. Sigues siendo la misma que yo conocía..., entonces.

—¡Qué tontería! He engordado al menos...

—No, no, en general no has cambiado nada. Tu manera de moverte, tu mirada, todo. Cuando te vi la noche que llegaste...

Rhiannon le dejó continuar, pero se mantuvo alerta por si se desviaba hacia terreno peligroso. Contra las salidas repentinas como las que le había mencionado a Rosemary no cabía protegerse, solo estar sobre aviso.

—... no te veía desde hacía ocho años...

Hacía algo más, pero lo había dicho con gran firmeza, y además qué importaba.

Parecía que la cosa no estaba ya lejos.

—... nunca más de unos cuantos minutos cada vez...

Bien, de nuevo Rhiannon creyó recordar algunas veladas e incluso un par de visitas de fin de semana, una de ellas lo bastante larga para incluir un par de conversaciones con Gwen sobre la inminente llegada de la que sería la hermana mayor de Rosemary, en 1959; pero si él prefería verlo así, por ella de acuerdo.

—... te veía por vez primera desde entonces. Cuando yo leía acerca de personas que tenían la impresión de que los años no habían pasado, pensaba que era solo una frase, imaginaciones. Pero eso fue lo que ocurrió. —La miró, un tanto alterado pero brevemente, con el rabillo del ojo—. Siempre había sabido que así sería. No me preguntes cómo —añadió para no meterse en líos.

STOGUMBER 1 PETERSTOW 2,5, decía el poste indicador, y era en Peterstow donde pensaban almorzar. ¿Cuántos minutos suponía eso? ¿Cinco? ¿Uno y cuarto? Rhiannon cruzó los dedos de la mano izquierda. Estaba mal pensar así, pero era imposible no hacerlo: si la conversación no tomaba una deriva más peligrosa que hasta ahora, no habría ningún problema. Habían llegado a ese punto bastante deprisa, y sin ayuda de un solo trago, pero tal vez Malcolm se sintiera alentado por el hecho de no tener que mirarla a los ojos en ningún momento al estar conduciendo, y la verdad era que no había dicho nada todavía y aquello podría terminar en cualquier momento.

El coche llegó al punto más alto de la carretera, unos treinta metros por encima del pueblo de Stogumber, y desde el mar que se extendía a su derecha, ahora sin límites, hasta la densa vegetación que había a su izquierda nada mostraba que hubiera pasado el tiempo.

—Por supuesto, no quiero decir solo que no has cambiado en lo externo —agregó Malcolm, acabando con lo que no había pasado de ser una débil esperanza—. Salta a la vista. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Quiero decir que tampoco por dentro. Aunque no creo que nadie cambie mucho por dentro.

Rhiannon reflexionó sobre ello.

—No, no parece probable.

—Sé que he cambiado mucho por fuera. Me he convertido en un viejo decrepito. No me quejo, pero es lo que soy. —Negó con la cabeza.

—Ni hablar —exclamó indignada Rhiannon—. No tienes nada de decrepito. Estás sano y en forma y has conservado el pelo y todo. Podrías pasar por un hombre mucho más joven.

Malcolm nunca se había caracterizado por tratar de ocultar cosas como el placer ante los cumplidos, y eso era algo en lo que desde luego no había cambiado. Por otro lado, hacía saber a la otra persona cuándo le gustaría recibir un cumplido y más o menos cómo debería ser este, sin que ello le impidiese disfrutar a continuación cuando se lo decían.

—Por favor, Rhi —dijo un par de veces, y continuó enseguida—: De cualquier

modo, sigo siendo casi el mismo por dentro.

Rhiannon esperó a oír cómo, aunque volvió a cruzar los dedos. Cuando llegó la explicación, fue en el mismo estilo que antes, abarcando algo más de terreno, aunque no mucho: romántico incurable; siempre tendía a esperar demasiado de la vida; envidiaba un tanto al hombre práctico que aceptaba las cosas tal como venían; triunfo de la esperanza sobre la experiencia; romántico incurable; piensa en las cosas buenas que te rodean, eso ayuda en la vida; nunca había deseado ser uno de esos hombres prosaicos que se limitan a aferrarse a lo que tienen; demasiado viejo para cambiar ahora, aseguró con firmeza. Su discurso dio un leve giro a peor cuando empezó a decir que había aguardado con impaciencia ese día y que aún tenía esperanzas para el futuro; pero sobre este punto fue bastante vago y no habló mucho más. Era el fin de la introducción, con un poco de suerte.

Atravesaron y salieron de Stogumber en no mucho más tiempo del necesario para reparar en una mezcolanza de banderas, carteles y pegatinas de colores verde lima, amarillo, rojo y negro y blanco. Tras girar a la izquierda y avanzar por el pequeño valle llegaron a otra señal, una de esas nuevas verde oscuro con el dibujo de una tienda india y unas letras blancas y finas muy fáciles de leer desde cerca. Esta decía «Peterstow 0,8 km», y sin duda si uno iba hacia donde indicaba al final llegaba allí.

Rhiannon esperaba reconocer el pueblo al verlo, pero no fue así. Había un promontorio herboso con algunos trozos de piedra de un blanco grisáceo aquí y allá, y una antigua fuente de agua potable en la ladera, o al menos sus restos, en los que todavía se adivinaba el sitio donde en otro tiempo debía de haber un cazo sujeto a una cadena. Al lado vio cuatro o cinco nombres grabados en una lápida y se dio cuenta de que se hallaba ante un monumento conmemorativo de la guerra. Aquí y allá había imponentes chalets de piedra más oscura o de ladrillo también oscuro detrás de cancelas blancas muy bajas, y a cierta distancia un edificio de mayor tamaño con vigas y tejas. Un rótulo indicaba que era el Powys Arms, y hablaba asimismo de cosas tan anticuadas como las mejores cervezas y sidras. Aunque había coches alrededor, todavía era posible aparcar cerca de la entrada.

Así lo hizo Malcolm, que arrancó un chirrido al freno de mano.

—Bien —dijo volviéndose hacia Rhiannon con una sonrisa, los ojos rodeados de arrugas—, aquí estamos.

Se comportaba como si le hubiese entregado un regalo caro que solo él, con su sensibilidad, podía haber elegido para ella, y con su actitud cariñosa y su postura erguida parecía estar pidiendo un par de sopapos.

—¡Maravilloso! —exclamó Rhiannon.

Malcolm se apeó y dio la vuelta para abrirle la portezuela, moviéndose con bastante agilidad, pero no tanta como ella, que se le anticipó. Ya no le gustaba que la «ayudasen» a salir de los sitios, a menos que eso le diese material para una imitación divertida, y ni siquiera entonces. Malcolm llegó un segundo después de que ella hubiese puesto los pies en el suelo, pero a tiempo de avisarle de que se dejaba el

bolso, que Rhiannon ya estaba cogiendo. Mientras caminaban hacia el pub él le puso la mano en el codo por si se caía o trataba de entrar por una pared. Ella recordó que Malcolm había utilizado ese instantáneo indicador de propiedad un par de veces cuando salían juntos en los viejos tiempos. Ahora le fue útil para disuadirla de seguir adelante y entrar sin más en el pub.

Se volvió a mirarla y preguntó:

—No ha cambiado mucho, ¿verdad?

—No parece.

—Quitando que allí han alargado la pared de ladrillo bajo el tejado, han incorporado el cobertizo al edificio principal y han pavimentado donde antes estaba el pozo. Eso sin hablar del muro que rodea el aparcamiento. ¿Y no había una cabaña en aquella esquina?

Rhiannon no tenía respuesta para eso. Asintió lentamente con la cabeza y masculló algo para sus adentros.

—Y desde luego las mesas. Pero en lo esencial está casi como antes.

—Hum.

—Los cubos de la basura no son muy bonitos, pero al menos son prácticos.

Después de una última mirada satisfecha alrededor Malcolm se dispuso a guiarla para cruzar la puerta, pero de nuevo ella fue más rápida y pensó que eso —ser demasiado rápida para un hombre— no era algo que iba a sucederle ya muy a menudo. Una vez dentro Rhiannon dio muestras de interés. Ignoraba si se parecía mucho a como era antes, pero al menos no estaba lleno todavía y no había ruido. Lo único que le llamó la atención fueron las pequeñas barandillas metálicas en torno a la superficie de algunas de las mesas, para poder mantenerse de pie cuando uno... ¡No, tonterías, se dijo; no puede ser! Era algo que Malcolm podía muy bien estar a punto de aclararle. Sin embargo él guardó silencio sobre el particular y solo dijo que, por supuesto, no tenía la menor idea de cómo era ahora el local, una trola donde las hubiese.

El local, en cuanto a la comida y a la bebida, que él llamaba vituallas, estaba bastante bien, pero con él al lado eso apenas contaba. De todos los hombres que conocía Rhiannon, Malcolm era con mucho el que tenía más probabilidades de que no le hiciesen caso los camareros, le dieran una mesa contra la que golpeará la puerta de la cocina, le trajesen el primer plato cuando los que habían llegado después estaban ya tomando el café y le cobrasen de más. Sin embargo, salió del trance sin siquiera una mancha de mantequilla en la corbata. Al final del almuerzo, mientras tomaba con precaución una copita de chartreuse verde, su bebida preferida, Rhiannon se sintió bastante relajada. Algunas partes de la comida, como cuando Malcolm encontró una manchita en una copa y la estuvo agitando lentamente de acá para allá hasta conseguir que se la cambiasen, o cuando pidió un molinillo de pimienta «adecuado» y se mantuvo ojo avizor hasta que llegó, eran más material para contar a Rosemary que diversión en el momento, pero el diálogo, o más bien lo que decía

Malcolm, era imposible de mejorar, aburrido hasta lo indecible. Rhiannon olvidó sus celos mientras él le contaba anécdotas y más anécdotas de personas cuyos nombres no le decían nada. Incluso, de todos los temas posibles, fueron a parar a Gales. Bueno, a los amigos de Inglaterra también les gustaba hablar de Inglaterra. Cuando Malcolm dijo que a la gente le sentaba muy mal que se dijese que Gales iba por mal camino, Rhiannon pensó de inmediato en la nariz de Malcolm y en el porrazo que había recibido en aquel pub de Treville. Al parecer estaba ya curada, aunque por supuesto no más cerca de la boca que de costumbre.

Tras acabar al fin con Gales, Malcolm dijo, con razón, que todavía era temprano, pidió sin demasiadas prisas más café y la invitó a que le hablara de ella. Así pues, Rhiannon le habló un poco de Alun y de las chicas. Pasó casi de puntillas sobre ellas a causa de lo que había dicho, o más bien no había dicho, Gwen cuando le preguntaron por sus hijos, ya treintañeros. Si Malcolm tenía algo que decir sobre el particular, se lo guardó. Aunque la escuchaba con educación, al cabo de unos minutos Rhiannon se dio cuenta de que en cierto sentido se había equivocado con él.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Malcolm en cuanto ella dejó de hablar.

—No, gracias, cariño.

—Bien. Por lo que has dicho, estás muy contenta con la vida que llevas.

—Sí. Mucho más que con la que llevaba entonces.

—¿De veras?

—Teniendo en cuenta que me lo pasé tan bien como cualquiera, es curioso que a menudo me sorprenda alegrándome al pensar: bueno, pase lo que pase, no tengo por qué volver a hacer eso, ir a la playa o a bailar o salir, es decir, salir a cenar.

Dijo un par de cosas del mismo estilo hasta que se dio cuenta de que él apenas la escuchaba, sino que se limitaba a sonreír y hacer de vez en cuando gestos de asentimiento mirándola a la cara con cierto aire distraído.

Que un hombre no escuchase lo que le decía le había parecido siempre algo lógico lo mirara como lo mirase, y ahora el mayor inconveniente que eso tenía había disminuido mucho. Mientras que en el pasado el hombre en cuestión hubiera tenido muchas ocasiones de reparar en un exceso de maquillaje o en el hoyito de un grano, la mala vista propia de la edad excluía tal inconveniente, a menos que él hiciera trampa poniéndose las gafas, lo que Malcolm no había hecho. No obstante, de pronto pensó que aquella falta de atención formaba parte del deseo de Malcolm de no verla convertida en una amiga más, de que siguiera fuera de su vista, por así decirlo, donde él pudiera continuar fantaseando acerca de ella. El darse cuenta de eso, cohibió un tanto a Rhiannon a partir de entonces.

Mientras Malcolm pedía la cuenta a una camarera, otra la dejaba delante de él en la mesa.

—No está demasiado mal —dijo, tras calcular durante un par de minutos la propina mentalmente, después en el papel y otra vez mentalmente.

—No, qué va. La comida ha estado bien.

Rhiannon no había disfrutado de los platos con salsa «preparados por otro» como esperaba. Había tenido que renunciar al curry de ternera a causa del arroz, había rechazado el ragú de cordero por las posibles pepitas de tomate y se había decidido por el pastel de pollo, cuya carne estaba bastante tierna, pero cuya pasta parecía cera, casi papilla, y ni que decir tiene que estaba grasienta. En cambio se había comido toda la lechuga, los berros y parte de los pimientos verdes, que con un buen chorro de limón apenas sabían a mucosidad.

Sola en el servicio de señoras, que era muy bonito, trató de relajarse cuanto pudo y respiró hondo varias veces antes de ponerse a trabajar en la dentadura postiza. Mientras lo hacía se estiró todo lo larga que era, se echó el cabello hacia atrás y trató de adoptar un aire de importancia y altivez. El efecto general podría haber impresionado a Malcolm por el aplomo que destilaba, pero lo que pretendía Rhiannon era darse ventaja, una mejor oportunidad de hacer frente a quienquiera que pudiese aparecer y considerar que la repentina visión de una mujer mayor con los dientes en la mano era algo notable, embarazoso, o de algún modo fuera de lo corriente, salvo en la experiencia de personas muy vulgares. Al final no hubo ningún problema en ese sentido; el diminuto tubo de Dentu-Hold estaba ya en su bolso mucho antes de que una inofensiva criatura, con pantalones vaqueros además, entrase furtivamente y desapareciese en el retrete. Rhiannon salió rebosante de confianza en sí misma.

Fuera, el sol había abandonado la fachada del edificio, pero el día seguía siendo claro y caluroso. Malcolm esperaba junto al coche casi vuelto de espaldas, con la cabeza un tanto ladeada, al parecer admirando la vista, y sin embargo en su actitud despreocupada había algo de calculado que la previno de lo que se avecinaba. Mientras se acercaba, le vio situarse junto a la portezuela izquierda. Sí, iba a hacerlo. En el momento oportuno, abrió la puerta de par en par, se puso muy tieso y alzando la barbilla hizo un saludo tremendo, como de sargento de película antigua. Notando que se le encendían las mejillas Rhiannon esbozó una sonrisa amable tipo reina madre, levantó la mano y se deslizó en su asiento. Semejantes números estaban destinados a demostrar lo bien que se sentían los dos juntos, pero en realidad revelaban la poca fluidez en el trato y casi el resentimiento mutuo, o buena parte de él. Menos mal que a Malcolm no se le había ocurrido ponerse la gorra de tweed.

—De modo que, según parece, puedo dar por supuesto que no te domina un deseo irresistible de sumergirte en el mar —manifestó Malcolm cuando arrancaron.

—Desde luego que puedes.

—Aun así, imagino que no tendrás nada que oponer a un pequeño paseo turístico por la isla.

—No, es una idea estupenda. ¿Adónde?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

Volvieron a la carretera de la costa y se dirigieron hacia el sur, de nuevo a la zona más rústica, en la que había sobre todo granjas y bosques, y de vez en cuando alguna casa grande rodeada de jardines. Tras contornear la cerca de una de ellas, con su

caprichosa entrada de ladrillo, Rhiannon empezó a fijarse en algunos detalles: un mojón de los de antes que informaba de la distancia a Carmarthen, Cardiff y «Brecknock»; el atisbo de un castillo entre cuyas ruinas, según se decía, crecía una flor que fuera de allí solo se encontraba en los Pirineos; una placa del National Trust sobre algo; el hastial de un granero con los restos de un cartel medio borrado, y por último, inconfundible, la repentina curva descendente que llevaba a Pwll Glân y, más adelante, a Britain's Cove. Sin duda Malcolm se dirigía a Pwll Glân, la única bahía con nombre galés de las muchas que había en esa costa, si no la más bonita, sí la más original, y conocida para Rhiannon de múltiples visitas en el pasado.

En los primeros doscientos metros la pendiente era tan abrupta que el derecho de paso por esa carretera estrecha y sinuosa correspondía automáticamente a quienes subían, y en dos ocasiones Malcolm tuvo que apartarse a un lado y detenerse. La segunda vez, en una curva en ángulo recto, proporcionó a Rhiannon una vista del llano de casi un kilómetro que había ante la playa, y después de la mayor parte de la bahía, con su brazo curvándose hacia el sur, el largo y casi recto trecho de arena y, a lo lejos, el promontorio cubierto de árboles donde se alzaba la iglesia. La carretera los llevó al pie de la escarpadura y a través de la marisma, antes de agua salobre y ahora dulce desde hacía muchos años, y llena de juncos de un extraño y hermoso color amarillo anaranjado. Al final avanzaron junto a la orilla, salpicada de feas plantas verdosas, y por último entraron en el amplio aparcamiento, invisible desde arriba, inesperado hasta estar casi en él, pero luego muy natural, lleno de algo tan familiar como gente comiendo, bebiendo y armando alboroto.

A Malcolm le faltó tiempo para señalar un camino transversal que llevaba al mar, a una parte vacía donde la arena aparecía sembrada de algas poco atractivas y salpicada de trechos de roca pelada. Daba la casualidad de que era el lugar donde, una noche lejana, Rhiannon y Dorothy habían tratado de pescar platijas en los bajíos, o más bien de no estorbar demasiado a los dos jóvenes, o tal vez tres, que se suponía sabían hacerlo y que, por lo que ella recordaba, lo consiguieron. En aquel entonces no había nadie por allí. Ahora tampoco, al menos hacia el promontorio, donde no había ningún sitio en el que bañarse, sentarse, tumbarse o jugar al fútbol, o en el que los niños pudieran correr. Sin decir apenas nada, pero sin quitarle los ojos de encima, Malcolm la condujo por un trecho de roca escarpada hasta la senda que subía hasta la pared musgosa del cementerio de la iglesia.

Pasada la entrada no se oía ningún ruido procedente de la orilla, solo las olas. Se hallaban en un estrecho promontorio de granito de unos noventa metros de largo, con la curva de la bahía de Pwll Glân a su izquierda. Mientras contemplaban el mar, Rhiannon vio otra bahía a su derecha, demasiado pequeña para tener nombre, más bien una cala, llena de piedras de todos los tamaños y siempre vacía. Bueno, en el pasado recordaba haber visto allí a una pareja de pescadores, de los auténticos, metidos en el mar con impermeables y botas altas, pero podía decirse con seguridad que ahora no iba nadie allí por ningún motivo.

Sobre el promontorio solo había espacio para la iglesia, tres o cuatro filas de tumbas y docenas de árboles ya viejos, sicomoros en su mayor parte, altos y que florecían incluso en el aire salobre, y que en aquella estación cubrían de densa sombra el suelo. Lo de que nadie iba a aquel lugar era un decir; ellos dos estaban allí ahora, y alguien más había estado no hacía mucho para cuidar de las tumbas y hacer que el lugar no pareciese del todo abandonado, aunque apenas quedaba una lápida entera o en buen estado. Aun así, todavía se leían algunos nombres y fechas, nombres galeses e ingleses, ninguno de los que vio Rhiannon posterior a 1920. La iglesia estaba cerrada a cal y canto y era imposible ver el interior desde ningún punto situado al nivel del suelo.

—Sigue siendo una iglesia —dijo Malcolm, que no había hablado del tema durante largo rato—. Me refiero a que no ha sido desacralizada.

—Pero dudo que sigan usándola.

—El último servicio se ofició en mil novecientos cincuenta y nueve, hace más tiempo del que la mitad de la gente que hay en la playa puede recordar. —Sonrió y agregó en todo confidencial—: Lo he mirado. Tal vez piensen que puede quedar algo aquí algún día.

—¿Quiénes? ¿A qué te refieres?

—Pues... no lo sé. Por el momento está demasiado lejos para que venga nadie. Demasiado lejos en coche. ¿Cuántos años han pasado desde que no estaba demasiado lejos para venir a pie, con la cuesta que la mayoría tenía que subir? Ochenta y cuatro fieles cabían en la nave, según lo que he leído.

—¿Tú eres creyente, Malcolm?

—Es muy difícil responder. En cierto modo supongo que sí. Desde luego, detesto ver cómo todo esto desaparece. Antes pensaba que las cosas durarían aquí tanto tiempo como en cualquier otro lugar del reino, pero ahora lo dudo.

—Lo que está claro es que no hay nada que hacer. —Rhiannon trataba de adoptar un tono amable como el de él—. Lo bueno, por lo que se ve, es que también está demasiado lejos para que vengan los vándalos.

—Sí. Gracias a Dios. Me gusta venir aquí de vez en cuando. Me ayuda... No, es imposible decirlo sin que suene pretencioso. De todos modos, es un sitio maravilloso. Tranquilo, solitario.

—Pero algo aislado. Y además con mucho viento.

—Cuánto lo siento, Rhi. ¿Estás...?

—No, no, estoy bien. —Miró a su alrededor—. Desde luego el lugar tiene algo especial.

—¿Recuerdas haber venido aquí antes? —preguntó ilusionado Malcolm.

—Sí, por supuesto.

Habría añadido «montones de veces», pero él se apresuró a preguntar:

—¿Qué habrá sido de aquel feo edificio de cemento, creo que era cemento, que había donde acababa la carretera? Ha desaparecido también. A veces uno se alegra de

que derriben ciertas cosas. Aunque era el único sitio donde se podía comer.

—Es cierto, y la señora armaba tal ruido al fregar que no se podía ni hablar, y guardaba la llave del lavabo en el delantal.

—¿Te acuerdas de que comimos allí?

—¡Oh, sí! —respondió ella con el mismo ánimo que un rato antes.

—Comimos lo que nos dieron: salchichas, patatas fritas y salsa agridulce.

—Hum. Había también un gato tristón, que cuando lo acariciabas te miraba como si fueses un chiflado.

—Se me había olvidado. Tú pediste cerveza negra Mackeson, ¿verdad? Era tu preferida entonces.

—En efecto. Ahora apenas se encuentra.

—Y después fuimos a pasear.

Rhiannon pensó que probablemente debería decir algo en ese momento, pero no sabía cómo decirlo, así que se limitó a sonreír, esperar y cruzar los dedos mentalmente. Malcolm se apartó un paso de ella antes de continuar, con la misma vehemencia.

—Cuando subimos aquí vimos que había habido una tormenta un par de noches antes; había hojas y trozos de ramas por todas partes, y el mar seguía muy agitado. Fuimos hasta el final, allí donde había un saliente sobre el agua; era muy peligroso, supongo, pero de joven se hacen esas cosas; ahora creo que la mayor parte se ha derrumbado. Y dije: sé que nunca significaré tanto para ti como tú significas para mí, ni mucho menos, y no me quejo, pero quiero decirte que nadie significará nunca tanto para mí como tú, y deseo que lo recuerdes. Y dijiste que así lo harías, y pienso que tal vez lo hayas hecho, ¿no, Rhiannon?

Si hacía un momento era demasiado pronto para decir que ella no recordaba aquel día, ahora era a todas luces demasiado tarde. Sin saber si hubiera sido capaz de hablar en ninguno de los dos casos, Rhiannon se limitó a asentir con la cabeza.

—Estupendo. Qué detalle. —Había desaparecido de él la tensión—. Después de esto, es mucho lo que podría decir. Gracias por recordarme, cuando ha habido tantas otras cosas en tu vida.

Malcolm le dedicó una sonrisa cariñosa e indicó que deberían marcharse. Cuando empezaron a descender por la cuesta poco pronunciada hacia la puerta, le pasó amigablemente el brazo por la cintura.

—Sí, mi amigo Doug Johnson me prestó el coche para todo el día. Era la primera vez que lo conducía y estaba un poco nervioso. Espero que no se me notase.

—Yo no noté nada.

—Nos detuvimos a poner gasolina y aquel tío malhumorado no quería cambiarme un billete de cinco libras, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

Ya lanzada, Rhiannon habría asegurado que recordaba el desembarco del general Tate en Fishguard.

—Y después, cuando apenas habíamos avanzado diez metros, cayó aquel fuerte chaparrón y tuve que parar porque el limpiaparabrisas no funcionaba bien.

—Sí.

—Creo que recuerdo hasta la fecha. Los australianos jugaban en Cardiff y en su...

Se detuvo y se quedó mirando al frente. Rhiannon supo que había ocurrido algo espantoso. Desvió la vista hacia una lápida horizontal ya casi negra y leyó que Thomas Godfrey Pritchard había dejado este mundo el 17 de junio de 1867 y fue muy llorado. Cuando alzó la vista hacia Malcolm, este aún tenía la mirada fija, pero esta vez en ella.

—Doug Johnson pasó en el extranjero, en Francia, todo ese verano —dijo—, haciendo sus prácticas docentes. No estaba aquí para poder prestarle el coche ni a mí ni a nadie. De modo que debió de ser otro día.

—Hum. —Rhiannon se esforzaba por no apartar la vista de él.

—Debimos de coger el autobús. No puedes recordarlo de la forma que dices.

—No.

—No recuerdas nada de aquello, ¿verdad? Ni la comida ni el paseo hasta Saint Mary ni lo que dije ni nada.

No había escapatoria posible. Sumada a las pequeñas tensiones del día, la descarada intensidad de la desilusión de Malcolm fue demasiado para Rhiannon. Ocultó la cara, se volvió hacia un lado y rompió a llorar. Él olvidó enseguida sus propios sentimientos.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

—Soy una estúpida... No tengo remedio, no me porto bien con nadie; solo pienso en mí todo el tiempo, no tengo en cuenta a los demás. Recordar un día estupendo en el campo no es mucho pedir, pero ni eso puedo hacer. —Malcolm la había rodeado con un brazo y ella apoyaba la frente en su hombro, aunque seguía tapándose los ojos con las manos—. Cualquiera con dos dedos de frente lo recordaría, pero yo no puedo. ¡Ojalá pudiese, ojalá!

—No digas más tonterías. ¿No esperarás que me las tome en serio? Eres muy amable al preocuparte porque se te haya ido de la cabeza, pero tampoco yo lo recuerdo muy bien; de lo contrario no hubiera confundido esas dos veces. Sea como sea, ¿recuerdas haber venido aquí, a Pwll Glân?

—Hum.

—¿Y quizá que fui yo quien te trajo? Aunque sea vagamente.

—Hum.

A lo mejor era verdad.

—¿Aunque sea ese poco? Solo...

De pronto a Rhiannon le fue imposible decir que sí, ni siquiera a ese poco.

—No... —Negó con la cabeza, abatida—. Se me ha olvidado. Lo siento.

—No soporto verte pidiéndome disculpas, mi querida Rhiannon. De verdad. —

Malcolm miró por encima de la cabeza de su acompañante hacia el paisaje—. Míralo de este modo: el hecho de que te haya disgustado tanto no recordarlo vale casi tanto para mí como si lo recordases.

Esto complicó un poco las cosas, pero al final fue solo un chaparrón antes de aclarar. Rhiannon se puso a trabajar con los pañuelos de papel y el peine mientras Malcolm paseaba haciendo comentarios apropiados, como que la iglesia era probablemente del siglo XII y tenía las efigies de un miembro de la familia De Courcy y su esposa en la pared meridional del presbiterio y una almena en torno al remate de la torre, justo lo que ella necesitaba oír en aquel momento. No es sarcasmo. Cuando Malcolm la vio dispuesta, echó un último vistazo a la bahía.

—En el pasado aquello estaba lleno de casas, antes de que subiese el nivel del mar —dijo—. Todo un pueblo.

Rhiannon creía haber oído decir que antes el mar cubría las marismas y después había retrocedido, pero sin duda habría sido en otra ocasión.

—Supongo que así es.

—Con la marea baja, dos veces al año, cuando el agua está en calma, dicen que se ven las calles, e incluso las casas. Y creo que otra iglesia.

—¿Sigues escribiendo poesía?

—¿Te acuerdas de eso? —Malcolm sonrió con placer—. Sí, sigo. Y pienso continuar. Soy lo bastante afortunado para tener todavía algunas cosas de que desahogarme.

Antes de que pasara a explicar cuáles eran, Rhiannon se encontró diciendo, en un instante de inspiración repentina que la llenó de asombro:

—Antes había una rosaleda preciosa con una tapia de ladrillo y pérgolas en los senderos alrededor de una casa grande, no sé dónde. Se podía visitar por las tardes. No sé si se podrá todavía.

—¿No será Mansel Hall? ¿Era por Swanset?

—No estoy segura.

—Sé dónde dices; Bryn House, esa es. Claro, Bryn House. Piedra de la región con fachada de ladrillo. No está lejos. ¿Te gustaría ir?

—Hum. ¿No fuimos allí una vez, un verano, un día que no hacía muy buen tiempo?

El no muy buen tiempo se le había quedado grabado, no porque lloviese, sino porque hacía frío y el día era oscuro.

—Creo que sí —respondió Malcolm, como era más o menos su obligación—. Sí, estoy seguro de que fuimos. Ven, vamos a echarle una mirada. Tal vez nos refresque la memoria; nunca se sabe.

—A lo mejor el jardín ha desaparecido como tantas otras cosas.

—Iremos de todos modos.

Malcolm volvía a hablar en tono soñador, como si tuviese la impresión de que él o ambos habían enfilado un camino más o menos predestinado, y la miraba de un

modo que inducía a pensar que el peligro aún no había pasado. Bien, ahora Rhiannon tendría que permitirle decir lo que quisiera. Le cogió la mano y se la apretó mientras iban hacia la puerta del cementerio, y volvió a asirla al otro lado, a modo de consuelo, de disculpa o de lo que esperaba pudiera pasar por comprensión, o quizá como una persona que hace saber a otra que sea lo que sea aquello a lo que van a enfrentarse lo harán juntos. Malcolm le apretó la mano, pero se mantuvo en silencio mientras cruzaban las marismas en dirección a tierra firme, y por una vez en su vida no habló de nada en particular.

6

Malcolm, Muriel, Peter, Gwen, Alun, Rhiannon

1

—Hotel Bible and Crown; le habla Tarquin Jones.

Era característico de Tarc referirse a su establecimiento de ese modo, aunque no era ni había sido nunca un hotel en ningún sentido y nadie lo había llamado así hasta que llegó él. Con eso era fácil estar de acuerdo, pero, como en cierta ocasión había señalado Charlie, era mucho más difícil decir qué características de las de Tarc lo caracterizaban. Y eso era muy galés, había añadido Garth sin encontrar oposición.

En otro momento Malcolm habría estado dispuesto a reflexionar sobre tales cuestiones, en especial la última, pero ahora no. Con claridad forzada dio su nombre completo.

—¿Quién? —El bramido no indicaba para nada que no hubiera oído o no le sonase el nombre.

Tras repetirlo todavía con mayor claridad, Malcolm preguntó si estaba el señor Alun Weaver y se encontró con un silencio total e inmediato, pronto roto por lejanos gritos femeninos de emoción o sorpresa fingidas y lo que parecía un silbato de árbitro soplado indiscriminadamente. Malcolm esperó. Respiró hondo un par de veces y se dijo que no estaba nervioso. Al cabo de unos minutos se puso Alun, que habló con el tono inexpresivo que cabría esperar de quien recelaba de las llamadas telefónicas imprevistas.

Malcolm dijo su nombre una vez más antes de preguntar:

—¿Hay mucha gente esta noche?

—La mayoría se ha ido. También yo iba a marcharme. No suelo venir a esta hora. Su tono encerraba una pregunta a la que Malcolm respondió diciendo:

—Rhiannon me ha dicho dónde estabas.

—¿Ah, sí? Ya veo. —Esta vez Alun habló con la natural aceptación de un hombre (tal vez Peter hubiese especificado «un galés») que se dispone a idear alguna maniobra táctica.

—Escucha, Alun, he pensado que podrías pasar a tomar una copa camino de casa. No para pillar una borrachera, solo un trago.

Se oyó el leve sonido de una inspiración al otro lado.

—Muy amable por tu parte, muchacho, pero se está haciendo tarde y, si no te importa...

—Esta noche estoy solo. Gwen está muy rara, no sé qué mosca le ha picado. No es propio de ella salir de pronto sin pensarlo. Me ha dicho que no la espere levantado.

Acompañó esto último con una leve risa alusiva a la volubilidad femenina.

—Bueno, en ese caso la cosa cambia de medio a medio. Por supuesto, estaré encantado de aliviar tu soledad. Salgo dentro de cinco minutos.

Ante la perspectiva de tener compañía Malcolm se sintió mejor por el momento. Cogió el vaso de whisky con agua, algo nada habitual en sus noches, y lo llevó al salón. Este rebosaba de objetos nada masculinos, como tapetes y platos que no servían para comer, y era tan estrecho en proporción a su moderada longitud que algunos visitantes creían que era el rinconcito de Gwen, donde esta ofrecía sus meriendas, tan selectas; pero en realidad no había otro sitio al que ir o donde estar, fuera de la cocina, que el despacho de Malcolm, y ni siquiera él ponía los pies allí a no ser por alguna razón grave.

Esa noche destacaba la pequeña intrusión de un elemento masculino en el salón, no en la forma obvia del gramófono o tocadiscos, que era por supuesto de lo más común, sino de los discos traídos previamente del armario pintado de blanco del despacho. El aparato, un Playbox negro con tímidos ribetes dorados, ahora desteñidos, había sido el último grito a mediados de los años sesenta. Los discos eran de la misma época o anteriores, desconocidas reediciones en microsurco de discos de 78 rpm aún más olvidados, grabados en los cuarenta en un estilo muy en boga dos o tres décadas antes. La mayoría de los intérpretes se agrupaban bajo nombres como Doc Pettit and his Original Storyville Jass Band, aunque había también individuos llamados Hunchback Mose y Clubfoot Red LeRoy, acompañados aquí y allá por una armónica o un birimbao cuyos músicos no figuraban en los créditos.

Malcolm había pensado poner algunos para recordar más cosas del pasado, para continuar, por así decirlo, donde lo había dejado con Rhiannon no hacía mucho. Abandonó el proyecto cuando Gwen soltó su parlamento y se marchó enfadada. De nuevo parecía posible oírlos. Solo posible; primero debía realizar una visita al cuarto de baño, o más bien el retrete, y ver cómo andaban las cosas en ese apartado. Por la mañana no parecían demasiado bien dispuestas, y había tenido que emplearse a fondo un par de veces para impedir que pensar en ello le estropease la excursión. El testículo izquierdo le había dado también algo de guerra, pero estaba aprendiendo a sobrellevarlo.

Dejó el vaso, subió por las escaleras y todo fue bien. Cuando estaba terminando, pensó que al menos en ese punto era en realidad dos personas, una especie de vieja malastripas y un maravilloso mecanismo racional y frío como el hielo, y ninguna de ellas escuchaba nunca a la otra. En realidad, una auténtica personalidad escindida, una parte separada por completo de la otra, habría sido algo magnífico, pues así las dos podrían librarse de él al cien por cien, garantizado.

De nuevo en el salón, encendió el Playbox y sacó de la funda una grabación atribuida a Papa Boileau and his New Orleans Feetwarmers. Allí estaban, mirándolo desde la foto, una fila de ancianos con traje oscuro y corbata, seis, siete caras negras como la pez, tristes y de lo más contenidos, sin ninguna relación imaginable con los

que Malcolm acostumbraba a ver en su pantalla de televisión. Colocó el disco sobre el pivote y a su debido tiempo cayó de golpe en el plato giratorio ya en movimiento, donde el brazo de la aguja, moviéndose con una serie de sacudidas temblequeantes, encontró el primer surco. Con el clásico zumbido de un disco rayado, surgieron los compases de «Cakewalkin' Babies». Malcolm subió el volumen.

La aguja estaba gastada y el disco también, pero no le preocupaba lo más mínimo, como tampoco que la grabación fuese mala incluso para su época, que el clarinete estuviese ligeramente desafinado y que la trompeta temblara en el registro alto. Le atrapó la música desde los primeros compases. Como de costumbre, la escuchaba con suma atención, tratando de oír cada nota de cada instrumento, sin darse tiempo para reflexionar sobre el pasado ni sobre ninguna otra cosa. Demasiado alterado para sentarse, permaneció de pie junto al Playbox cambiando el peso de una pierna a otra al compás de la música. En los momentos apropiados intervino con un banjo invisible, marcando con firmeza el ritmo; hizo cuanto podía hacer un hombre en aquellas circunstancias con una serie de pinceladas de trombón y señaló a su debido tiempo un par de golpes de los platillos. Cuando terminó el número, lo que ocurrió sin previo aviso para los no iniciados, quedó rígido y sin respiración, y volvió a la vida al comenzar «Struttin' with some Barbecue».

Entonces ya estaba totalmente lanzado, como hubiese dicho en los viejos tiempos. Había oído que lo de barbacoa tenía algo que ver con cocinar al aire libre, pero siempre había supuesto que aquí se trataba de una palabra diferente o utilizada en otro sentido, tal vez una corrupción, y que *some barbecue* quería decir una mujer fantástica. Al verla pasar, la gente diría maravillada: «¡Eso es lo que yo llamo una barbacoa!». Malcolm nunca había *strut* o, suponiendo que *strut* fuese bailar, bailado con una mujer así, y tampoco ahora simulaba hacerlo; solo se movía como Dios le daba a entender por el pequeño circuito de la habitación.

Al sonar el timbre de la puerta perdió el ritmo y trastabilló. Hasta que vio que sí, en efecto, había corrido las cortinas, temió que alguien le hubiera estado mirando desde fuera. Menuda diversión para los vecinos, un viejo solo dando brincos como un loco. Se estiró la chaqueta, se secó los ojos, enderezó los hombros y salió al vestíbulo. Se oían voces al otro lado de la puerta.

Cuando la abrió, entraron a la vez dos hombres convencidos de que los esperaban. Uno de ellos era Garth Pumphrey; el otro, un hombre más alto y quizá más joven al que al principio Malcolm no creía conocer. Este segundo visitante tenía el cabello blanco, bien cortado y peinado, y la piel bronceada. Tal combinación le daba cierto aspecto de negativo fotográfico, o quizá solo de veterano jugador de críquet. En cualquier caso, sus ojos castaños, grandes y de mirada serena, hacían que valiese la pena olvidar la idea negativa. Volvió la cabeza al oír la música que llegaba del salón.

—No cierres, Malcolm —dijo Garth—. Ahora viene Peter.

—Ah, muy bien.

—¿Te acuerdas de Percy?

Claro que se acordaba: Percy Morgan, constructor, marido de Dorothy, a quien se veía de vez en cuando sacándola a rastras al coche al final de una fiesta, y con el que coincidiría menos a menudo, la última vez hacía cerca de un año, en el Bible. La esporádica utilidad de recordatorios de aquel tipo por parte de Garth había que incluirla en su haber, frente a sus más frecuentes y famosas presentaciones, imputables a la senilidad, de Charlie a Alun, de Alun a Malcolm, de Malcolm a Tarc Jones, etcétera.

Tras un corto intervalo en que se quedaron de pie en el vestíbulo sin saber qué hacer, apareció Peter en el camino del jardín, gruñendo y mascullando mientras se acercaba, y el grupo entró en el salón. Los Feetwarmers sonaban a toda pastilla — entonces ya habían empezado con «Wild Man Blues»— y Malcolm bajó un poco el volumen antes de ofrecer bebidas, mientras se preguntaba cuánto daría de sí la poco más de media botella de Johnnie Walker entre cuatro... cinco, de hecho.

—¿Va a venir Alun? —le preguntó a Peter.

—No tengo ni idea. ¿Te importaría bajar ese ruido?

—Antes te gustaba la música de Nueva Orleans: Jelly Roll Morton, George...

—Si antes me gustaba, ya no. Si no te importa...

Percy Morgan dejó de revolver los discos al acercarse Malcolm.

—¿Tienes algo de Basie o de Ellington? ¿Y de Gil Evans? Gracias. —Las gracias fueron por el vaso de whisky con agua que le ofrecía—. Ya veo que es inútil preguntar por Coltrane, Kirk o alguien por el estilo.

—Totalmente inútil —dijo Malcolm con cierto deleite hostil—. Mis Basie se detienen en mil novecientos treinta y nueve y mis Ellington hacia mil novecientos treinta y cuatro. Y no, no hay ningún Gil Evans. Creo recordar a un saxo barítono de ese nombre u otro parecido que tocaba con alguien así como Don Redman, aunque por supuesto no te referirás a ese.

Alargó el brazo para bajar el volumen como le habían pedido, pero Percy Morgan levantó una mano y le indicó que debía prestar atención a la música. Se oía un solo de clarinete.

—¿No llamarás a eso invención melódica? —le preguntó al acabar el estribillo.

—No, yo no lo llamaría nada en particular. Excepto quizá maravilloso.

—No hace más que subir y bajar por el arpegio del acorde simple intercalando unas cuantas notas.

No había el menor vestigio de queja o insatisfacción en el tono de Percy. Parecía resignado, como si considerase indiscutible que la interpretación podría haber sido diferente.

—Sí. —Esta vez Malcolm consiguió bajar el sonido—. Sin duda tienes razón.

—No lo bajas, Malcolm —protestó Garth, ahora en serio—. Me gustan esos viejos éxitos Dixieland, tienen verdadero swing. —Imitó un poco a un batería, siseando rítmicamente entre dientes—. ¿Quiénes son? —Malcolm le pasó la funda—. ¡Ah, sí! Papa... ¿Tienes algo de Glenn Miller?

—Me temo que no.

—¿Y de Artie Shaw?

—Tampoco.

Malcolm se hallaba lo más cerca que solía estar de enfadarse al ver en qué había quedado su tranquila copa y charla confidencial con un viejo amigo, convertida, sin siquiera un «con tu permiso», en una tertulia de jazz. Y no es que le importase en absoluto que se prestase la debida atención a sus discos: un silencio respetuoso, y en lo posible atento, solo roto por alguna pregunta personal y alguna que otra —no demasiado frecuente— exclamación apreciativa. Se dio cuenta de que casi esperaba algo por el estilo desde que habían llegado los tres, y aun antes, en el caso de Alun. Y, por cierto, ¿dónde diablos estaba Alun?

Un par de minutos después apareció en el umbral con Charlie al lado, vociferando saludos y disculpas apenas inteligibles y tendiendo al anfitrión una botella de Black Label intacta; como en los viejos tiempos, solo que entonces hubiera ido una botella de dos litros de John Upjohn Jones color avellana.

—Espero que no te importe que haya traído a estos muchachos —dijo Alun—. Es que Tarc estaba cerrando y a todos les apetecía otra copa.

—Comprendo. No, está bien. Faltaría más.

Charlie cruzó el umbral con auténtica dignidad.

—E incluso que los haya mandado por delante. Se conoce como la táctica del destacamento de vanguardia o cobertura.

—Lo siento —repuso Malcolm—, yo no...

—¡Ah, el buen sonido de antaño! —exclamó Alun precipitándose hacia el Playbox—. Seguro que conozco este. ¿No había una versión de Louis con... con Johnny Dodds? En la otra cara de... ¿«Skip the Gutter»?

—No, era «Ory's Creole Trombone».

—Eso es; en el viejo Parlophone de setenta y ocho, ¿verdad?

—Verdad —asintió Malcolm esbozando una sonrisa.

Alun empezó a revolver con viveza el montón de discos. Percy Morgan lanzaba una breve ojeada sin esperanza a los títulos cuando pasaba tres o cuatro. Malcolm fue a buscar más vasos. Charlie se volvió hacia Peter y lo saludó muy contento, como si hiciera semanas que no se veían.

—¡Ánimo! Anímate y disfruta de la música.

—Me temo que el esfuerzo de animarme lo suficiente para disfrutar de esta música me supera.

—¿Qué tiene de malo esta música que no tenga cualquier otra?

—No mucho, supongo. Cuando miro hacia atrás, la música es como el ajedrez, las monedas extranjeras o... los cuentos populares. Algo que solo me interesó cuando me interesaba prácticamente todo.

—Yo no hubiese ido al Bible si no llega a estar cerrado el Glendower.

—Mientras ponen la estufa nueva. Tú lo dijiste.

—¿Dónde están las malditas bebidas? —Charlie lanzó una mirada inquisitiva alrededor—. ¿Y dónde está el maldito Garth? Creía que iba a venir.

—Iba a venir y ha venido. Cuando entrasteis subía por la escalera, con toda probabilidad camino del lavabo.

—Eh, hay algo bueno sobre Garth —exclamó Charlie, que incluyó en el anuncio a Percy, quien al fin había abandonado los discos, y se lo repitió a Malcolm cuando este se acercó con las bebidas prometidas—. Escuchad: siempre que veis, eh... ¿Qué? —Frunció el entrecejo y los miró de uno en uno a la cara—. ¡Ah! Siempre que ves a Garth, tienes una maravillosa sensación de seguridad, puedes estar tranquilo. Ya sabes que no vas a tropezarte de pronto con Angharad. Y una pequeña ventaja de ver a Angharad, es saber que no vas a tropezarte de pronto con Garth.

Peter había apartado la vista bruscamente al oírlo, pero los otros dos demostraron al menos que comprendían la alusión a la frecuente observación o el supuesto hecho de que los Pumphrey nunca aparecían juntos en público. A menudo esto daba pie a cordiales conjeturas sobre la existencia de un tío maníaco con tendencias homicidas o un hijo con dos cabezas que necesitaba atención continuada. Fuera como fuese, Charlie pisaba terreno trillado.

—El otro día estuve pensando en esa pareja —continuó—. Si fuesen personajes de una novela policíaca solo existiría uno de ellos. ¿Comprendéis por dónde voy? Solo existiría uno de ellos. Uno habría liquidado al otro hace años y ahora andaría por ahí haciéndose pasar por él. También, quiero decir. Solo parte del tiempo. Son más o menos de la misma estatura.

—¿Por qué solo parte del tiempo? —preguntó Malcolm mirando a Percy, que meneó lentamente su blanca cabeza.

—¿Por qué? Porque el resto del tiempo andaría por ahí siendo él mismo. O ella, si fuera Angharad.

—Me parece que no he servido una copa a Alun —repuso Malcolm, y se fue.

Alun acababa de sacar un disco de la funda y estaba muy atento escrutando la etiqueta, aunque, sin sus gafas, seguramente en vano.

—Ah, *diolch yn fawr*, muchacho. No consigo ver si es una versión nueva o el original.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Y contarme toda una historia, caballero. —Exhaló un breve suspiro—. Quiero decir que te tomes todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Alun. Quería preguntarte... Gwen ha dicho algo que me dejó pasmado.

—Yo me lo tomo a broma —decía Muriel—, cosa que consigo hacer la mayor parte

de las veces si aprieto bien los dientes. Mantén la calma, chica, me digo cuando empieza a fluir la adrenalina; ya has visto eso antes y has pasado por ello sin un solo arañazo. Bueno, lo cierto es que has pasado. Dilo despacio y tranquila: estás en Gales, tierra de canciones y sonrisas, y tierra del engaño. Taffy era galés, Taffy era un ladrón, de acuerdo, y qué caramba, Taffy ha mantenido las viejas tradiciones por todo lo alto. ¡Vaya que sí! —Pronunció las últimas palabras con un acento que sonaba a africano occidental, ghanés posiblemente, o ibo—. Yo creía que lo de contar las cucharas cuando se iban los invitados era solo una expresión hasta que vine a vivir aquí; solo un eslogan pintoresco.

Reconociendo más o menos eso como el final de una parte, y vagamente consciente de haber oído algo parecido antes, Dorothy Morgan levantó la vista. Hacía un par de minutos que había perdido la iniciativa. Por asombroso que resultara, se había quedado sin nada que decir sobre Nueva Zelanda, la tierra adoptiva de uno de los hijos de los Morgan, todo un país gloriosamente desconocido para cualquiera con quien se topase allí y en otros muchos sitios, y que le servía como varita mágica o conjuro para reducir al silencio a las grandes asambleas. Ahora perdió la ocasión de intervenir con un incontestable material alternativo sobre lo que Percy le había dicho al secretario del condado, o lo que ella recordaba de un artículo sobre el ADN que casualmente había leído hacía poco en una revista. No era, por supuesto, que estuviese escuchando lo que decía Muriel; solo que el continuo sonido de otra voz la distraía y le impedía llevar a cabo incluso las tareas más sencillas.

De donde Dorothy había levantado la vista era de la elegante mesa escandinava, fabricada de diferentes clases de madera, de la cocina atiborrada de aparatos de Sophie. Estaba llena de restos acumulados durante doce horas de beber vino, fumar cigarrillos y no comer galletas surtidas, emparedados, queso en porciones y pequeños zepelines de plástico con paté. Muriel y Dorothy eran las únicas que todavía continuaban allí y activas; Siân Smith debía de estar durmiendo en alguna habitación de arriba y Sophie, nunca partícipe entusiasta, hacía rato que se había ido al salón a ver la tele, aunque en ese momento estaba al teléfono en el vestíbulo tratando por segunda o tercera vez de localizar al muy necesario Percy.

—No sé si te he hablado de un militar veterano al que conocí en Monmouth —decía ahora Muriel, sin que pareciese tener duda alguna sobre ese punto—. Veinte años en el interior, en todo el meollo, haciendo no sé qué con depósitos y tuberías entre las tribus montañosas de Gales. Normalmente, es decir, en casa, los de Yorkshire no tienen muy buena opinión de los de Derbyshire, pero es diferente cuando estás fuera. El caso es que nos llevábamos muy bien y él sabía mejor que nadie cómo mosquear a un galés. Fascinante. Un día, no me explicó cómo, pero imagino que por mostrarse tolerante con los ritos locales y esas cosas, estaba presente cuando el sacerdote del pueblo pronunciaba un sermón en galés, que sin duda tú habrías entendido...

Aquí Muriel hizo una pausa audaz, segura de que sabía calcular con precisión el

tiempo que necesitaba Dorothy para recuperarse, y continuó:

—... pero que para él era como si el otro estuviera hablando en apache. Sin embargo, mi amigo se percató de algo. El tipo, el galés, usaba continuamente una palabra que sonaba como la inglesa «verdad». Como en veracidad, honestidad y cosas así. Había una retahíla de palabras incomprensibles y después, de repente, «verdad», y enseguida más ruidos extraños. Al parecer, cuando luego habló con él, resultó que era, efectivamente, la palabra inglesa la que había usado. ¿Por qué no usa una palabra galesa?, le preguntó. Bueno, dijo él —y Muriel adoptó otra vez el acento del golfo de Guinea—, no existe una palabra galesa con las connotaciones y la fuerza de la inglesa. Y si eso no le parece bastante curioso, añadió el hombre, le diré que hay una palabra galesa que se pronuncia igual que la inglesa y significa falsedad. Menudo galimatías. A menudo he pensado en mirarlo en un diccionario galés-inglés. Al fin y al cabo debe de haberlos. Solo es cuestión de saber dónde mirar.

Sophie había entrado en la habitación a tiempo de oír la última parte. Su aparición complació sobremanera a Muriel, a quien le gustaba estar en el uso de la palabra tanto como a cualquiera, pero que prefería un auditorio más normal, alguien a quien se pudiera dejar intervenir sin peligro de vez en cuando. No hubiera estado mal que Dorothy escuchase también, en especial la anécdota que acababa de contar, pero ya la había oído, las ondas sonoras habían golpeado su tímpano un par de docenas de veces antes, de modo que era posible que llegase a penetrar en su mente por un camino u otro, tal vez saltándose su parte consciente. Tal como estaban las cosas, hablar con Dorothy, o mejor dicho en su presencia, se parecía de una forma inquietante a la situación de aquel tipo del cuento que se encontró encerrado en la celda de la cárcel de un lugar horrible con un árabe loco y criminal por toda compañía, lo que no era una gran compañía porque muy pronto descubrió que la única manera de mantenerlo callado era mirarlo fijamente a los ojos: bastaba con pestañear, y no digamos ya mover la cabeza, y te la habías ganado. Muriel encendió un cigarrillo todo seguido, no como cuando hablaba con Dorothy, que lo hacía por partes, como quien conduce un coche al mismo tiempo.

—¿Has tenido suerte con Percy?

—Sigue sin contestar, es muy raro. Acabo de hablar con Gwen, que ha llamado desde ese restaurante italiano de Hatchery Road.

—Ah sí, Mario's. Lo conozco. ¿Qué se cuenta?

—Según ella, está harta —contestó Sophie, que en realidad venía dispuesta a dar la noticia sin necesidad de preguntas—. Malcolm le ha echado la gran bronca.

—¡No! ¿De veras? Ese no parece el estilo del galante Malcolm. No me lo imagino echando broncas de ninguna clase ni a un vendedor de berberechos.

Tras una breve pausa Sophie repuso:

—Bueno, ya sabes... Me ha preguntado si podía venir, así que...

—¿Qué le has dicho?

—He pensado: ¿por qué no? Cuantas más seamos más nos reiremos. —Miró a

Dorothy—. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Muy bien.

—Tal vez tenga algo que contarnos sobre el gran día de excursión.

Ya habían estado haciendo cábalas sobre la salida de Malcolm con Rhiannon.

—Es muy posible. La verdad es que nuestra querida Rhiannon se ha estado divirtiendo un poco últimamente. Apenas se habrá recuperado de la juerga con mi marido.

Esta vez la pausa de Sophie fue algo más larga.

—Siempre pienso, Muriel, que, dada la opinión que tienes de los galeses, debe de ser fantástico que tú y Peter estéis totalmente de acuerdo en una cosa como esa.

—Tengo que irme —dijo Muriel—. En realidad no tanto como crees. Es posible estar muy de acuerdo con alguien en algo y de pronto descubrir que en realidad pensáis de manera totalmente distinta. Lo más fácil del mundo. —Cogió una botella de Corvo Bianco casi llena y dando un golpecito a una lata sin abrir de *laver-bread* (de Devon), obtuvo un «No, gracias» de Sophie y se sirvió una generosa copa—. Pero por supuesto eso a mí no me afecta mucho. En realidad se trata de travesuras entre amigos. —Esto, remachado si hacía falta con un «¿Es que no tienes sentido del humor?», era su respuesta habitual a cualquier galés que se resistiera a ser clasificado como mentiroso, fullero, lelo, peleón, hipócrita, chivato, esnob, holgazán, pelotillero, violador de hermanas y cualquier otra cosa que pudiera ocurrírsele a ella—. Sí, estoy muy lejos de conseguir una invitación oficial para ingresar en la Hermandad Antigalesa Peter Thomas, y no solo por motivos de sexo, que me atrevería a decir que en estos tiempos el presidente estaría dispuesto a dispensar. No, hará falta un...

—Hay otra razón por la que no puedes entrar, Muriel —explicó Sophie con una sonrisa radiante—. Solo pueden pertenecer a dicha hermandad los galeses, los nacidos en Gales. Seguro que Peter te lo ha dicho. Recuerdo que lo comentó una vez, después de la cena de Navidad en casa de Dorothy. En ese aspecto se mostró muy estricto. Dijo que dos abuelos no galeses eran demasiados.

Una vez que el sonido de su nombre hubo activado sus reflejos de dinosaurio, Dorothy levantó la cabeza por segunda vez en diez minutos. La conversación entre Sophie y Muriel, animada al principio, había perdido ímpetu, y es posible que también eso se filtrara en su sistema nervioso. Detrás de las gafas con montura negra, sus ojos enfocaron la mirada. Tomó aire con majestuosa lentitud. Las otras dos se esforzaban desesperadamente por pensar en algo que decir, pero era como tratar de arrancar una motocicleta en la senda de un elefante que ataca.

—Por supuesto, sabéis que en Nueva Zelanda celebran la Navidad lo mismo que aquí —prosiguió, dando muestras de un notable sentido de la continuidad—. Pavo asado, pudín de pasas y pastel de fruta en pleno invierno antípoda. —Pronunció esta última palabra correcta y claramente, al igual que todas las demás, como hacía siempre cuando podía hablar—. Me refiero al verano. Imaginaos el pavo relleno y los pasteles calientes en julio. Howard y Angela han hecho algunos amigos en Wanangui,

es decir, en lo que allí llaman la isla Norte...

—Creo que voy a telefonar otra vez a Percy —anunció Sophie.

3

—Querría una explicación —dijo Malcolm—. Al menos un atisbo de explicación. Eso es todo.

—Eres la criatura más incapaz que ha puesto Dios en la tierra —replicó Alun—. Que una mujer haya podido estar treinta y tres minutos casada contigo, y no digamos ya treinta y tres años, es algo que escapa a toda comprensión. No tienes la menor idea de lo que le gusta a una mujer; en otras palabras —parecía estar eligiéndolas con cuidado—, no solo eres una calamidad a la hora de organizar la vida en general, sino también un compañero aburridísimo y, ni que decir tiene, siempre deficiente en la alcoba. ¿De acuerdo?

—Eso me resume más o menos. Ah, también estoy aislado.

—¿Aislado?

—Aislado de las personas y encerrado en mi pequeño mundo de fantasía, de galesidad diletante, medievalismo y poesía.

Malcolm apuró el vaso.

—¿Poesía? Deberías avergonzarte de ti mismo, un hombretón como tú. ¿Cuáles son tus otras carencias?

—Es cuanto puedo recordar por el momento. Y, como digo, me gustaría conocer la explicación. Hasta ahora no había habido broncas, ni enfados, nada. Es de lo más extraño. Anacrónico, en realidad. No me hablaba en ese tono desde hace Dios sabe cuánto.

—Hum. —Alun apretó los labios y pestañeó mirando hacia la pared, como si reflexionara sobre un par de cosas concebibles aunque meramente teóricas y se dispusiera a descartarlas—: ¿No mencionaría por casualidad a alguna otra persona, alguien que de algún modo pudiera haber...?

—A nadie. En ese caso lo recordaría.

—Sí. —Por un instante apareció una expresión de considerable alivio en la cara de Alun, antes de que se apresurase a añadir—: Eso es un... debe de ser un alivio considerable para ti. Un gran alivio.

Malcolm asintió con un gesto y suspiró. Le dolía el cuello y movió los hombros para aliviarlo.

—Pero, naturalmente, lo que me preocupa, lo que me gustaría entender, es la relación entre eso y el modo en que perdió los estribos contigo, lo que debo decir lamento mucho.

—¿El modo...?

—Anoche en el club de golf —dijo Malcolm, que comenzó también a parpadear

levemente.

—¡Ah, sí! Sí. Sí, sabía que llegaríamos a eso. Menuda sarta de disparates, ¿verdad? ¿Qué te comentó sobre el incidente?

—Bueno, tuve que tirarle de la lengua. No quería dejarlo pasar.

—Hiciste muy bien. No conviene. Nunca. De todas formas...

—Bueno, estaba cansada, había bebido alguna copa de más, no se encontraba demasiado bien, y el caso es, hablando francamente, Alun, quiero decir que estoy siendo sincero, que estaba furiosa contigo; no, furiosa no, sino molesta, irritada, por una cuestión lingüística que debo confesar que yo no...

—¡Ah, ya sé! Ella se crió en Capel Mererid hablando galés y yo no. Lo sé. Para ser franco contigo a mi vez, Malcolm, cree que soy un impostor, y aún peor, que me dedico a venderles Gales a los sajones, y eso es lo que le indigna. No, no te preocupes. No vamos a discutir sobre eso, no es el tema que ahora nos ocupa. Y por cierto... —Se echó hacia delante y dijo en voz baja, pero recalcando las palabras—: No te tomes al pie de la letra nada de lo que dijo. Aquí hay algo más elemental, y sí, tienes razón, guarda relación con lo que te ha dicho esta noche. Y ahora, el whisky está en el salón. —Venía esto a cuento de que él y Malcolm se habían retirado a la cocina para esa parte de la conversación—. ¿Te lleno el vaso? Vamos, te sentará bien.

—¿Tú crees? De acuerdo, solo un poco. Gracias.

Alun se levantó y posó suavemente la mano en el brazo de Malcolm.

—Está bien, muchacho. Voy a explicártelo. No es fácil, pero está bien.

Malcolm se quedó solo. Se daba cuenta de que debía de estar algo borracho, un estado en que no se hallaba desde hacía más de treinta años, de hecho casi desde su boda con Gwen, hasta que Alun había vuelto a entrar en su vida. Se sentía confuso pero no descorazonado, a medias tranquilo sobre Gwen, y mantenía a Rhiannon en su pensamiento para más tarde, sin establecer ninguna relación entre una y otra mujer y lo que cada una podía significar para él. Alun había sido muy amable al ir y escucharle y, como parecía más que probable, arreglar lo que había que arreglar. Y sin embargo sentía un temor que se desvanecía apenas empezaba a intentar explicárselo y reaparecía en cuanto dejaba de hacerlo.

Desde que estaba en la cocina había oído intermitentemente murmullos de voces procedentes del salón, la música, primero débil y después inaudible, y en un par de ocasiones la risa de Garth. Ahora se oía de vez en cuando la voz de Alun, seguida de las carcajadas de los demás. No, no es que estuviese haciendo un chiste a costa suya, de Malcolm; era absurdo y paranoico incluso pensarlo. Y aquí venía ya, no remoloneando, sino presuroso y con los dos vasos. Todos sus movimientos eran tan enérgicos como siempre.

Con gesto serio, resuelto a penetrar en el problema, acercó su silla a la mesa, de la que, dicho sea de paso, Malcolm había retirado antes la mayor parte de los restos de la cena, así como de comidas y tentempiés que había dejado Gwen, y se sentó muy erguido.

—Bien —dijo en tono militar—. Bien. Voy a decírtelo con una sola palabra: celos. Simples y anticuados celos. También envidia, que no es en modo alguno lo mismo, pero tampoco es mejor. Hace poco leí que alguien afirma que para un matrimonio la envidia es peor que los celos. Era también un escritor galés, no recuerdo ahora quién. Qué más da. Se te ha presentado algo bonito, algo un tanto romántico, es decir, Rhiannon. A la pobre Gwen no le ha ocurrido nada parecido. — Alun miraba fijamente y con severidad a Malcolm—. Pasas una jornada nostálgica en el campo, vuelves triunfante, y ella te castiga. Así de sencillo. No la juzgues mal. Sucede continuamente dondequiera que haya mujeres. Es una especie de reflejo.

—Pero no volví triunfante; pensé en eso, no soy tan tonto; me guardé muy bien de hacerlo. Le dije que había sido divertido, la comida nada del otro mundo, que hacía un poco de frío, etcétera.

Como era de prever, Alun había empezado a negar con la cabeza antes de que acabara la última frase.

—Escucha: vuelvas como vuelvas de una excursión como esa, a menos que sea sin cabeza, vuelves triunfante, ¿lo has entendido? Así es como todas... ¡Dios mío!

—Pero dices que ella solo trataba de hacerme daño.

—Así es.

—Pero yo no quería hacerle daño a ella.

Un gruñido vehemente indicó la inutilidad de responder a eso.

—Pero ella...

—Mañana ya habrá olvidado lo que dijo.

—Pero yo no.

—Sí, tú también, no mañana, pero sí con el tiempo, y cuanto antes mejor. Repite conmigo... No, no era un decir, solo quiero que prestes atención: Gwen no hablaba en serio. Utilizó palabras en vez de aullar y chillar. Estaba enfadada, no importa si con razón o sin ella. Tienes que aguantar. Es una orden.

—Supongo que tienes razón. —Malcolm suspiró—. Está bien, haré cuanto pueda. De todos modos, ¿cómo encaja en eso lo que te dijo a ti?

—Hum... —Alun tenía whisky en la boca, en realidad delante de los dientes, y levantó un dedo mientras se lo tragaba—. Es lo mismo, solo que en otra dirección. Quiero decir que el desencadenante fue ver a Rhiannon, probablemente verla hablando contigo. Gwen quiso asestarle un golpe, pero no podía hacerlo directamente porque son viejas amigas y todo eso, de modo que me utilizó como medio, lo que no quiere decir que no me atacase a mí *con amore*. Celos... y envidia. Más bien pura envidia en este caso, porque se trata de la mujer de otro de más o menos su misma edad y circunstancias. Más claro que el agua. Pasa todos los días.

Volvió a oírse amortiguada, o bastante amortiguada, la risa de Garth, y Malcolm comentó:

—Lo encuentro un poco sinuoso.

—De sinuoso ni hablar. Cuando has...

—Perdón, creo que debería decir tortuoso.

—Está bien. Entonces de tortuoso ni hablar. Una vez que has (¡por Dios!) abandonado la perversa y testaruda esperanza de que las mujeres digan lo que piensan y piensen lo que dicen, excepto cuando mienten, ese tipo de cosas son de lo más corrientes. Tortuoso o sinuoso, ni hablar. No puede ser más obvio y sencillo. —El tono de Alun se suavizó—. Sé que Gwen es diferente en muchos aspectos, pero es igual en algunos otros, y este es uno de ellos. ¿De acuerdo?

—Sí —asintió Malcolm casi sin dudarlo—. Desde luego tienes razón. Tendré que acostumbrarme. Bien. Gracias, Alun.

—Está incluido en el servicio, muchacho. No vuelvas a hablarle de eso a Gwen, ¿de acuerdo? Actúa como si nada hubiera ocurrido. Y sé amable con ella... En fin, la experiencia y el sentido común te guiarán. Y por cierto —agregó mientras se levantaban de la mesa—, ¿cómo te fue con Rhiannon en Courcey, viejo monstruo? Estaba loca de contento cuando volvió.

—¡Oh! —exclamó Malcolm apartando la mirada.

—Te lo aseguro. Parecía veinte años más joven. Pero ándate con cuidado. Sardis y Bethesda no te quitan ojo. ¡Joder! —exclamó Alun al consultar el reloj—. Antes de irme estaría muy bien volver a escuchar alguno de esos viejos discos. Tenemos que dedicarles una noche solos, sin todos esos incultos y esos forofos de Ornette Coleman como Peter. Pero iba a decirte que había uno que me gustaba particularmente, un trompetista con un nombre francés, algo así como Matt, Nat...

—Natty Dominique, un músico magnífico. Sí, tengo unas cuantas grabaciones en las que toca. Parece mentira que te acuerdes de él.

—Quizá podríamos escuchar un par de ellas antes de que me vaya. ¿No trabajó mucho con George Lewis?

—Creo que más con Dodds.

Este último intercambio de frases tuvo lugar mientras iban de la cocina al salón, de modo que Malcolm no reparó en las fugaces pero evidentes expresiones de alivio de la tensión, agradecimiento a las fuerzas protectoras, alegría lúbrica, etcétera, de Alun. Encontraron el Playbox inactivo, aunque con la lucecita rojo rubí todavía encendida, y a Garth contando a los demás lo que había hecho o visto en cierta ocasión. Por el modo en que se calló al verlos, cabía deducir que no había estado hablando por hablar, sino que por una vez sabía lo que decía. Peter estaba sentado con un mohín de desagrado indeterminado. Charlie miraba la pantalla del televisor apagado, si no con la esperanza de que cobrase vida en cualquier momento, entonces simplemente porque daba la casualidad de que tenía la cabeza en esa dirección. Percy, medio sentado en la mesa del tocadiscos, medio apoyado contra él, daba a entender sin palabras ni gestos que no estaba con los demás, y no por enfado, sino simplemente porque pertenecía a otro grupo, aunque estaba dispuesto a acudir en cualquier momento si lo llamaban. Por lo visto ninguno de ellos estaba bebiendo. Tras llevarlos hasta allí, la vitalidad los había abandonado.

—Podríamos poner un último disco —dijo Alun—. Y tal vez tomarnos la penúltima copa.

—Tú ya tienes una —indicó Percy—. Gracias por tu hospitalidad, Malcolm. Creo que algunos de nosotros deberíamos marcharnos, ¿no os parece? Peter, tú tienes coche...

Garth se puso en pie dando un resoplido.

—Yo iré a pie —dijo—, para que entre un poco de aire fresco en mis pulmones.

—Bueno, entonces solo queda Charlie, y yo lo llevaré a casa. Tengo que ir allí de todos modos para recoger a Dot.

—¿Está en mi casa? —preguntó Charlie, que se revolvió enérgicamente en su asiento—. ¿Cómo lo sabes?

—Fue a casa de Sophie esta mañana a tomar café y unas copas.

—Me refiero a cómo sabes que está todavía allí. ¿Has telefoneado a Sophie?

—Fue a casa de Sophie a tomar café y unas copas —repitió Percy en voz un poco más alta pero con el mismo tono sereno del que se limita a informar de un hecho.

—Pero no has telefoneado a Sophie.

Parecía que Charlie quería constatar eso o algo parecido.

—Cállate, Charlie —dijo Alun.

—Oíd: cuanto antes nos vayamos —explicó Percy—, antes podremos irnos a dormir.

Se fueron poco después, todos, incluso Alun, del que tal vez cabía esperar que aprovechara esa magnífica ocasión para escuchar su par de discos sin que nadie le molestara, pero se fue con los demás mascullando que tenía que madrugar al día siguiente. Así pues Malcolm, que estaba casi seguro, pero no del todo, de que Alun había encontrado la mejor solución al problema de Gwen, y un tanto mareado, se sirvió un vaso de whisky con agua casi incoloro y puso un último disco, que esta vez no oyó de pie y emocionado, sino hundido en su incómoda butaquita.

Elegió lo que un día había sido un original alternativo inédito de «Goober Dance» (con Natty Dominique a la trompeta) y mantuvo el volumen muy bajo por temor a que tomara represalias, entonces o en otro momento, el ayudante de carnicero que vivía al lado, un amante del reggae. Cuando terminó «Goober Dance», consideró que podía oír otro par de temas, y se quedó dormido tratando de pensar en Rhiannon, pero en realidad deseando que Gwen volviese a casa.

4

—Pregunté a ese amigo de Angela lo que era —decía Dorothy— y me dijo que un plato maorí; ya sabes, el primer pueblo que llegó allí en canoa. Un pueblo muy civilizado. Tienen muchas cosas originales. Por ejemplo...

Sentado al otro extremo de la mesa de la cocina de Sophie, su marido miró el

reloj.

—Dos minutos, cariño —dijo.

—¿Qué pasa dentro de dos minutos? —preguntó Peter junto a él—. Ardo en curiosidad.

En efecto estaba muy interesado, y a decir verdad se sentía un poco violento estando allí sentado sin decir nada. No había necesitado explicar que su presencia formaba parte de una rutina, el resto de la cual consistía en ir adondequiera que Muriel le hubiera dicho que estaba por si esta necesitaba que la llevara a casa o a algún otro sitio, siempre que no hubiera hecho uso de su derecho a marcharse en taxi en cualquier momento sin avisarle. Tener que llamarlo, para sí ahorrarle tal vez una hora de inútil viaje en coche, le hacía sentirse atada. Esa noche Peter tuvo suerte, pues Muriel se hallaba todavía en el sitio adonde había ido aquel día, aunque no se encontraba presente en ese momento.

—Ya lo verás si continúas aquí para entonces —dijo Percy, contestando servicialmente a su pregunta.

—Es más que probable. Acabar una conversación con Gwen puede llevar toda la noche.

—¿Cómo? ¡Ah! ¿Es eso lo que está haciendo Muriel?

—¿Qué pensabas que estaba haciendo?

—Yo no pensaba nada, Peter. Estaba ocupado aquí, y todavía lo estoy, pero no será por mucho tiempo. Sí, comparado con algunos, me considero un hombre bastante afortunado por tener una esposa tan fácil de manejar.

A Peter no se le ocurrió nada que decir a eso. Llevaba años y años encontrándose con Percy sin haber tenido nunca que reparar en nada concreto acerca de él, y ahora dejó pasar unos segundos antes de escrutar su cara y postura en busca de indicios de ironía. Claro que Percy era galés. Mientras seguía reflexionando sobre la cuestión, se abrió muy despacio la puerta y entró no menos despacio Charlie, que se quedó cerca del umbral por si requería una salida rápida.

—Creo que me voy a la cama —anunció.

—Muy bien —repuso Peter al ver que nadie más hablaba.

Sophie, junto a Dorothy y ahora como tan a menudo su oyente oficial, miró alrededor y dijo entre cierta información sobre la financiación del sistema sanitario neozelandés:

—Siân está en el cuartito.

—¿Qué hace allí? —preguntó Charlie con el tono un tanto pendenciero que había empezado a adoptar en casa de Malcolm.

—Se fue a dormir.

—¿Es que no puede dormir en casa?

—Ya no tiene motivos para ir a casa. Lo sabes de sobra.

—Habrá que hacer algo con ella.

—Tú déjala —dijo Sophie.

Esta conversación había entrecortado en gran medida el discurso de Dorothy, pero no tardó en recobrar su fluidez. Con una espléndida sonrisa fingida Sophie se volvió hacia ella. Charlie se paseaba por la cocina.

—Alun está en plena forma —comentó.

Percy lo miró en silencio. Peter soltó un resoplido.

—Sabe ponerse a la altura de las circunstancias. Justo lo que hace aflorar lo mejor de él: convencer a un tipo como Malcolm de que cualquier temor que pueda tener sobre su... vida personal carece por completo de fundamento. Eso le da fuerzas. Me gustaría saber qué dijeron. ¿A vosotros no?

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas —repuso Peter lanzando una mirada a Percy.

—Puede ser. Una llamada de teléfono para decir qué tal si le hacemos un visita al viejo Malcolm, ese trasnochador y juerguista. Me huelo una catástrofe.

Durante estas últimas palabras de Charlie, Percy había vuelto a mirar el reloj, y ahora avanzaba a paso moderado para situarse detrás de su esposa.

—Incluso han conservado su gastronomía —explicaba Dorothy—. Un amigo de Angela nos preparó una noche un plato maorí. Tenía...

Todavía sin apresurarse, Percy se inclinó, le puso las manos en las axilas y tiró bruscamente hacia arriba haciendo uso de una gran fuerza pero al parecer no excesiva. Dorothy se alzó hasta quedar en pie como un clavo extraído con un martillo de orejas.

—Vamos, cariño —dijo Percy, tirando de ella y empujándola mientras Sophie, al principio de pie junto a ellos, seguía su avance conjunto. Al cabo de unos segundos Peter y Charlie oyeron a Percy decir en el vestíbulo—: Es pan comido.

Después la puerta se cerró.

—Muy impresionante en cierto modo —señaló Charlie.

—Es la primera vez que lo veo.

—Muy impresionante. A veces Dorothy se mueve por sí misma sin esperar a que la declaren fuera de combate. Sin duda depende de cómo se siente.

—Sí, supongo que en última instancia se reduce a eso.

—Creo que me voy a la cama —le indicó Charlie a Sophie, que había vuelto a la cocina.

—Ve, cariño. ¿Estás bien?

—Estupendamente.

—No tardaré mucho. Siân está arriba.

—No te preocupes. —Charlie besó a su mujer en la mejilla y se volvió un momento hacia Peter con expresión jovial—. Ya nos veremos. Ahora estoy un poco trompa.

Apenas se hubo ido, y apenas tuvo tiempo Peter de empezarse a preguntarse cómo hacer lo que quiera que fuese que tuviese que hacer, cuando entró Muriel, seguida muy de cerca por Gwen, a quien Peter apenas había visto desde su llegada. Ambas

llevaban una copa vacía en la mano y su modo de caminar hizo que por un momento guardaran un sorprendente parecido físico: daban pasos cortos y avanzaban lenta y suavemente con los hombros caídos, la cabeza erguida y la nariz apuntando hacia las botellas de vino. Ninguna de las que había a la vista contenía ya nada. Sin el menor comentario Sophie sacó una llena, una botella de litro de Emerald Riesling, de la caja que había junto a su frigorífico tamaño garita de centinela. Muriel colaboró retorciendo el corcho para arrancarlo del sacacorchos, con toda aplicación y la cabeza envuelta en humo de cigarrillo. Gwen atacó la envoltura del cuello de la nueva botella con un cuchillo de postre. Ninguna de las dos habló hasta que empezó a correr el líquido.

—Dorothy ha hecho mutis —dijo Muriel—. Pero a su debido tiempo.

—El ruido de la puerta al cerrarse ha sido música para nuestros oídos —observó Gwen.

Muriel se instaló en su sitio.

—No puede decirse que el joven Percy se haya desvivido por venir al rescate.

—Probablemente le apetecía tener una hora de descanso —adujo Peter, todavía bastante impresionado por la sosegada y resuelta acción de Percy, y aún más envidioso de su aire de vivir recluido en una adamantina esfera propia—. Me parece muy razonable.

Las tres mujeres lo miraron en silencio, Sophie solo un instante, mientras iba hacia la puerta y Gwen, sentada, algo más. Muriel lo miró por encima del borde de su copa hasta que la depositó sobre la mesa.

—Bueno, Peter —dijo entonces—, ahora es tu oportunidad de disfrutar de un breve descanso. Mi amiga Gwen y yo vamos a iniciar una agradable conversación fraternal a la que francamente no creo que tengas nada que aportar, así que podrías marcharte ya, ¿no te parece? No tiene sentido que te quedes.

Sonrió, o al menos alzó las comisuras de la boca y arqueó las cejas.

Peter había esperado que le pidiesen que se quedara mientras su mujer tomaba otra copa, y después que se quedase mientras tomaba otra más. De ese modo se le habría podido lanzar más tarde la acusación de que había estropeado la copa o copas en cuestión con sus muestras de impaciencia —por más sonrisas que hubiera dedicado a las presentes—, y otra de reserva por habérsela llevado a rastras mientras se estaba divirtiendo. No era una bebedora inveterada, pero cuando se ponía, seguía un protocolo. Por consiguiente, Peter no estaba preparado para que le ordenasen que se fuera de la casa de Sophie.

—Ah... Está bien —exclamó—. No me importa...

—No, no, no quiero tenerte levantado. —Muriel soltó una risa guasona—. Parece que no te vendría mal acostarte pronto. La verdad es que no es tan temprano, pero por poco que sea ayuda.

Después de otro par de tibias protestas lo echaron de la cocina. Gwen se despidió de él con un movimiento de los dedos y una sonrisa afectada que le hicieron

compadecerse de Malcolm, aunque solo de pasada. En el guardarropa del vestíbulo pensó, como otras muchas veces, que si los Thomas tuviesen un segundo coche, cosa que ellos, o mejor dicho ella, podían de sobra permitirse, no hubiese ocurrido aquello. ¿Aquello? Una gota en el mar. Y por supuesto habría noches como esa en que ella estaría demasiado trompa, o a punto de estarlo, para conducir. En tales ocasiones, cuando de verdad lo necesitaba, podría telefonarle o... Pero ¿de qué estaba hablando? ¿Sentirse ella atada y perder la oportunidad de fastidiarlo a él? Ni en broma. Peter debía de haber llegado ya muchas otras veces a esa conclusión.

En el vestíbulo estuvo a punto de tropezar con Sophie, que llevaba un echarpe azul turquesa en la cabeza, algo tan inesperado como para hacerle decir:

—¿Vas a alguna parte? —Recordó que había oído sonar el teléfono unos minutos antes.

—Sí. ¿Por qué? —La entonación normal de Sophie nunca había necesitado grandes cambios para resultar cortante.

—Charlie estará bien, supongo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno...

Peter movió la cabeza de un modo destinado a recordarle que, como viejo amigo, estaba al corriente de los trastornos nerviosos de su marido.

—Creo que estará a salvo con tres personas en la casa.

—Sí, claro. Desde luego.

—Si estás preocupado, puedes quedarte.

Esta vez Peter movió la cabeza de otro modo, tal vez pensando que Sophie había estado tomándole el pelo.

—También a mí me gusta tener un descanso de vez en cuando.

Antes de que Peter pudiese responder a eso, si es que iba a hacerlo, Sophie entró en la cocina.

5

Gwen y Muriel levantaron la cabeza al oír el ruido de la puerta de la calle por segunda vez.

—Peter está raro —comentó Sophie.

—Creo que no le sienta bien la bebida —opinó Muriel—. Nunca le ha sentado bien.

—Es un buen hombre, fijaos en cómo ha defendido a Percy —repuso Gwen—. Y demuestra también una gran comprensión.

—Por lo visto se ha dado cuenta de que también otros necesitan descanso —indicó Sophie, y agregó con tono enérgico—: Me voy media hora a casa de Rhiannon. Espero que ahora no os entre la prisa por marcharos. Hay comida en el

frigorífico —añadió, aunque había suficiente en la mesa para que le dieran al diente sin parar durante un par de horas—. Quedaos a dormir si queréis, hay otra cama en el...

Muriel la interrumpió para decir que pediría un taxi por teléfono y Gwen la interrumpió a ella para decir que la llevaría en coche, y las dos discutieron sobre esto hasta que se marchó Sophie, a quien aun así consiguieron dar las gracias por la fiesta y cariñosos recuerdos para Rhiannon. Tras asegurarse de que en efecto estaban solas, Gwen se volvió hacia Muriel con el ceño fruncido.

—Lo que estábamos diciendo: una lata de una buena marca con una cucharada de yogur...

—Y un poco de perejil picado...

—... y todos empiezan a preguntarte qué verduras has puesto, que si lleva endibia, que si a apio no sabe. Y quieren saber cómo lo has hecho, seguro que has añadido mantequilla, dicen, y yo solo les digo que a la antigua, que es como hay que hacerlo.

Muriel se echó a reír con más regocijo del que cabía esperar en una simple conversación sobre métodos culinarios.

—¡Claro! ¿Qué van a decir ante eso? Y, por supuesto, cuando se habla de caldo de pollo, de sopa escocesa o lo que sea, bueno, ¿qué es?, cubitos y licor, eso es lo que es, cubitos y licor. Una lata de sopa de rabo de buey, un cubito, una cucharada de whisky y ya está. No es que sea más fácil, es que es incomparablemente más fácil. Mejor —añadió desafiante—. Mejor en todos los sentidos.

—Cuando pienso en el pasado —repuso Gwen descansando la barbilla sobre la mano en la que tenía un cigarrillo encendido y mirando de reojo una mancha de vino en el mantel—, en todo aquel jaleo con la maldita olla, todo el día al fuego, en la que echaba hasta el último trocito de carne, que cualquiera hubiese dicho que los huesos del pollo valían diez veces más que el mismo pollo... ¿Quieres creer que hubo un tiempo en que iba al carnicero y compraba huesos para el perro, cuando no tenía perro, e iban derechos al puchero? ¿Y para qué? ¿Qué nos pasaba?

Esta vez la reacción de Muriel fue tan afectuosa como atenta, o al menos así lo pareció. Por lo general las dos se llevaban simplemente bien, incluso cuando ella no encontraba a Gwen demasiado maliciosa ni Gwen a ella vulgar o rara o ambas cosas, pero la medianoche podía traer cierta demostración de amistad. En parte se debía sin duda a la mera supervivencia de las dos en la mesa con las bebidas, como ambas habían pensado en más de una ocasión; pero no era solo eso, al menos esta vez.

Gwen esperó un momento antes de decir, más o menos al azar:

—Después de todo, no es que vayan a notar, y no digamos ya a apreciar, ni siquiera el más...

—No me hagas reír.

—Es que ni siquiera lo saben.

—Pues claro que no lo saben, querida. Uno solo sabe lo que quiere saber, y ellos

no quieren. Tienen otras cosas a las que dedicar su valiosa atención, como ya te habrás percatado.

—No soporto verlos...

—¿Van a molestarse en saber cómo funcionan las cosas en su propia casa, qué hace funcionar este condenado mundo? No, ellos no. ¿Por qué iban a hacerlo? Han vencido.

A estas alturas apenas cabía duda de que ya no se hablaba de los mismos que le preguntaban a Gwen qué verduras había puesto en los guisos. No obstante, era evidente que aquello de lo que las dos mujeres tenían ganas de hablar aún no había sido abordado. Dadle tiempo al tiempo, como solían decir en Gales del Sur cuando en una reunión se hacía un silencio inesperado. Fue Gwen quien lo trajo a colación, pues eso era lo que uno hacía si le tocaba en suerte cuando los demás daban tiempo al tiempo.

—Desde luego sigue siendo muy llamativa, para qué negarlo; yo no diría que es guapa, nunca me lo ha parecido, pero sí llamativa. —Gwen no soltó el calificativo por el instinto galés de no comprometerse, sino porque su pensamiento estaba centrado en Rhiannon, como lo estaba desde hacía unos minutos.

Quizá el de Muriel también, dado lo pronto que abundó en su opinión.

—Sí, de acuerdo, con ayuda de una pequeña fortuna en tratamientos faciales, masajes, centros de adelgazamiento y qué sé yo qué más. Aparte de no tener que pegar golpe en casa.

—Sí, es cierto, pero una piel como esa no sale de un tubo. Y ese porte. O se nace con él o no se nace. Pero en cuanto a...

—Ni siquiera tener que poner un plato en el maldito escurreplatos.

—Es en el... cómo lo diría, en el aspecto social donde empiezo, ¡hum!, a apartarme un poco de la opinión general. En la conversación...

—Darse esos aires a su edad.

—Quiero decir que está bien para la cháchara, no hay nadie mejor para darle al palique, lo reconozco, pero todo muy mediocre. Ya sabes, perogrulladas. No es que yo pida una conversación sobre Wittgenstein mientras tomamos café y galletas de jengibre, para nada; pero es todo tan agradable, tan cordial, y al final te preguntas qué ha dicho en realidad. Nadie pide una brillante exhibición de ingenio...

Este discurso había dado a Muriel tiempo para ponerse a la altura de su amiga.

—Yo siempre la he encontrado un poco aburrida, francamente.

—Bueno, no creo que yo...

—Oye, ¿no estuvo... no estuviste... no estuvisteis...?

—¿No estuve dónde?

—Ya sabes, en el... sitio ese de la carretera, la... ya sabes, ¿la academia?

—La universidad —la corrigió Gwen un tanto pomposamente.

—Sí, eso es. ¿No estuvisteis juntas hace mil años?

—Así es, y hace mucho, como bien dices. —Gwen trató de recordar dónde había

estudiado Muriel. Seguramente si hubiera sido una universidad o cualquier otra sede del saber como Dios manda ya se lo habría pasado por las narices un montón de veces, de modo que debía de ser una escuela normal o alguna otra institución modesta, donde llevaban la envidia metida en la cabeza. Se dio cuenta de que tenía una idea muy borrosa del tema—. No creo que eso tenga ningún interés.

—Perdona, solo quería saber qué tal estudiante era, desde el punto de vista académico.

—¡Ah! —En el intervalo, no largo pero alargado por un par de suaves eructos interpolados por Muriel, Gwen recordó que el lugar en cuestión era una escuela de arte que llevaba el nombre de una de las ciudades industriales del norte de Inglaterra y que probablemente era la responsable, al menos en cierta medida, del gusto pictórico de Muriel, tal como podía verse en su casa. Esto la hizo sentirse lo bastante tranquila para continuar—: Ya que lo mencionas, es muy interesante. Iba a todas las clases, cosa muy sensata si no estás demasiado segura de tu capacidad para brillar, como era el caso, y hacía todos los trabajos, en plan buena chica, y probablemente habría terminado con un aprobado, que era a lo máximo que aspiraba, si no hubiera...

—Ya. ¿Qué estudiaba?

—Daba... —respondió Gwen subrayando un tanto la palabra, para continuar con displicencia— biología como asignatura principal y botánica como complementaria o al revés, ya no me acuerdo. Y algo de literatura el primer año, creo.

—No es una carrera muy distinguida, me parece.

—Era una alumna aplicada en clase, pero el resto del tiempo no parecían interesarle las asignaturas. Hacía su trabajo y ya está; después, a la calle. Invitaciones no le faltaban, como imaginarás. No participaba demasiado en el intercambio de ideas, en las conversaciones nocturnas típicas de la vida universitaria.

Muriel hizo un gesto con la mano que posponía indefinidamente la consideración de ese aspecto de la vida.

—Supongo que los profesores la apreciarían.

—Bueno, si quieres saber si hubo alguno...

—No, no, no estoy pensando en nada indecente, en absoluto. Una chica no tiene que llegar a eso para resultar agradable a sus párrocos y maestros. Basta con que sea simpática.

—Bueno —dijo otra vez Gwen, y se interrumpió.

Quería oponerse con fuerza a lo que se estaba insinuando sin saber muy bien por qué, salvo que las arrugas verticales sobre el labio superior de Muriel se le antojaron de repente muy poco atractivas. Habían aparecido con inusitada claridad en el último medio minuto, que fue cuando Gwen descubrió que ya no la movía la emoción de la deslealtad. Había aplacado su rebeldía a base de conversación y alcohol, aunque eso no significaba en modo alguno que quisiera irse a casa. Por otra parte, estaba muy lejos de decir que empezaba a aceptar lo ocurrido, lo que casi había estado a punto de no ocurrir, entre ella y Alun. Toda la culpa había sido suya, por no haber aprendido la

lección años atrás, por haberse emborrachado demasiado temprano para que le fuese perdonado, por haberse arriesgado con un despreciable cabrón como aquel. En el pasado nunca había conseguido decidir si Alun merecía ser despreciado o considerado una especie de granuja simpático. Bien, al menos los acontecimientos de primera hora de la tarde del día en cuestión, el del descubrimiento de la escultura en Saint Dogmael, lo habían dejado claro para siempre. Pero no valía la pena volver sobre ello ahora, ni tal vez nunca.

Evidentemente, aquel fue el momento adecuado para que también Muriel se tomase un respiro. Sentada a la mesa con el cuerpo encorvado, hacía dibujos con el palo de una cerilla en la ceniza que casi llenaba el espacioso cenicero de cristal azul que tenía delante, mientras silbaba suavemente entre dientes, quizá tratando de encontrar un nuevo tema de conversación, y en tal caso sin conseguirlo, como pronto quedó claro.

—Da lo mismo que seas inteligente, tonta o del montón —dijo—. A ellos les importa un comino lo que piensas, lo que dices o cómo eres.

—Ni siquiera se fijan en eso. —Gwen pensó que en ese tema podía defenderse bien.

—Al principio una creía que sí les interesaba. Al menos yo lo creía. Dinos lo que piensas, cariño. No, adelante, quiero oírlo. Y después, cuando se lo decías... Tardé mucho tiempo en fijarme en sus ojos vidriosos. ¡Cuánta tolerancia! Puedes decir lo que quieras porque da igual lo que digas. Es como... Estuve leyendo lo que pasa en uno de esos países satélites rusos, ¿era Hungría?, bueno, donde fuese, lo que dices no le importa a nadie siempre que no te pongas a hacer nada... Quizá fuese Polonia. Y después se extrañan cuando empiezas a gritar y a tirarles cosas. Eh, es como, qué curioso, ¿no?, nunca lo había pensado, pero es como cuando alguien, un disidente o una minoría, se encuentra con que no puede llegar a ninguna parte por las vías legales, así que empieza a volar centrales eléctricas. Por supuesto, no apoyo a los que hacen eso, pero te aseguro que sé lo que sienten.

—Además, nunca se enfadan cuando discutes con ellos. Tú te enfadas, pero ellos mantienen la calma adrede para demostrarte lo tonta e infantil que eres y lo maduros y maravillosos que son ellos.

—Pero no olvides que para ellos es normal enfurecerse si te retrasas o ellos llegan tarde. Dicen que nos enfadamos cuando llegan tarde porque han estado ocupados en sus asuntos cuando en realidad ni hemos pestañado.

—Y se van al club como si no les gustase. —Gwen empezaba a disfrutar—. Como si no lo supiéramos.

—Lo que no comprendo es por qué nos molestamos en hablarles.

—A menudo me lo pregunto.

—Son todos unos imbéciles —indicó Muriel—. Y los que fingen no serlo son los peores.

—Supongo que sí. De todas formas, a veces pienso que somos un poco duras con

ellos.

—Se lo merecen.

Reinaba el silencio en la cocina de Sophie. Incluso en la Gales del Sur de los años ochenta regía el horario de la jornada laboral: temprano al trabajo —quienes lo tenían—, temprano a casa, temprano al pub, temprano a la cama. Esa tendencia proporcionaba un placer adicional al hecho de trasnochar. Muriel sirvió más vino diciendo «la penúltima», y Gwen aceptó levantando una mano cautelosa, como había hecho con todas las copas que había tomado ya. Después, como acometida por una súbita inspiración, Muriel sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Puede que este no sea un modo muy edificante de comportarse —dijo sensatamente con un movimiento de la mano—, pero es mucho más divertido que lo que mi pobre madre tenía oportunidad de hacer en sus últimos años. Entonces no había coches, fiestas ni tele. En aquellos tiempos tenías tu sillón, tu bastón, tu gato y se acabó.

—Oh, vamos, Muriel —exclamó Gwen con la suficiente brusquedad para que Muriel se crispase un poco—. Vi a tu madre un par de veces y recuerdo que una de esas veces estaba esperando a que alguien fuera a recogerla para llevarla a no sé dónde a jugar al bridge. Y no estoy muy segura de que no tuviese una ginebra con tónica en la mano mientras esperaba. Aparte del bastón y el gato.

Dejando a un lado la crispación, pronto dominada, Muriel no dio muestras de la menor incomodidad o indicios de cambiar de enfoque ante la contradicción.

—De acuerdo, tuvo suerte, pero millares no la tuvieron. Estoy hablando de los tiempos de antes de la guerra. Era un mundo diferente en todos los aspectos. Las actitudes eran distintas. —Muriel hablaba más deprisa y con mayor concentración que antes, como alguien decidido a soltar ciertas observaciones que tiene ya en la mente, algunas quizá desde hace mucho tiempo—. El matrimonio, por ejemplo. Creemos que esa generación no hablaba nunca de tales cosas. Probablemente es verdad y no hablaban de ello, no entraban en detalles, pero tú sabes que puedes hablar de algo hasta hartarte y acabar sabiendo menos de ello que cuando empezaste. Entendiéndolo menos, o peor. Mi madre —continuó Muriel con energía y aún más deprisa—, mi madre solía hablar del «lado desagradable» del matrimonio. No, no hablaba de eso, lo mencionaba de pasada, y se refería a ello con esa expresión. Ahora intenta hacerlo tú e imagínate cómo se iban a reír de ti si lo llamas así en estos tiempos. Todo el mundo. Pero me pregunto cuántas mujeres no estarían de acuerdo contigo en el fondo.

Cuando Muriel calló, evidentemente no por falta de material, Gwen parecía darle ánimos para que continuara y dispuesta a prestarle la máxima atención. Siguiera lo que siguiese, volvería a Rhiannon a la primera oportunidad, no solo por razones intrínsecas, sino también para compensar anteriores traiciones. Además, cualquier relato bien fundamentado de las relaciones entre Muriel y Peter, que desde hacía tiempo se sospechaba eran lo bastante malas para resultar interesantes, le valdría no

poco prestigio entre las otras mujeres.

Incluso a las velocidades de pensamiento reinantes, Gwen estaba lista cuando Muriel continuó, no menos deprimida que antes y justo donde lo había dejado.

—Porque nunca tenían tiempo para acostumbrarse. Es algo que se supone que viene de forma natural, y espero que así sea para muchas, debe de serlo, pero no para todas. Aunque no vale la pena decir nada porque ellos no lo notan, y cuando lo notan dicen que es culpa de la mujer, que quiere imponerse o desquitarse por alguna cosa. Así que todo acaba en una enorme trifulca o bien esperas que la próxima vez sea mejor, y lo curioso es que siempre es igual, ¿no es sorprendente? Y después... ya es demasiado tarde, cosa muy natural, lo mismo que cuando estás hablando con alguien y no sabes su nombre y esperas porque crees que en algún momento lo dirán o tú lo recordarás, y luego, antes de que sepas dónde estás, ya es demasiado tarde para preguntarlo. Cuando has llegado a ese punto no hay nada que hacer, es demasiado tarde.

»Por lo visto algunas personas consiguen conservar a sus viejos amigos después de no verlos durante veinte años. Siân me decía que sigue en contacto con una compañera que se fue a Toronto no sé cuándo, pero desde luego hace mucho tiempo.

Gwen no decía nada. Muy a su pesar, y sintiéndose harta, veía que después de todo no iba a poder contarle a Rhiannon lo que había soltado Muriel; como mucho podría darle un par de pistas alegando amnesia. La amnesia bien podía resultar auténtica, y el par de pistas incluso excesivo para su yo mañanero. Tal vez Muriel hubiese contado más o menos racionalmente con algo así y puesto a prueba una forma insólita de autorrevelación, que volvía a su caja por la noche. Desde luego su último par de frases habían sido exactamente lo que uno espera oír tras un acceso de extrema apatía al amanecer. No había nada de malo en contarlas.

—¿Serías tan amable de pedirme un taxi por teléfono? —preguntó Muriel al cabo de unos minutos de completo silencio. Hablaba con mayor control que antes—. Tengo el número en el bolso, que no sé dónde he dejado.

Siempre lo mismo, pensó Gwen estirando el brazo para coger el bolso. Decidió que en adelante se sentiría menos molesta cuando Muriel pareciera rara o vulgar, si conseguía recordar el motivo, por supuesto.

6

—«¿Fue el pequeño Babs quien con sus horribles ladillas afligió al padre Muldoon? ¡Oh, no! No fue el pequeño Babs, fue la señora Rosenbloom...»

Alun cantaba en voz baja, no debido a su precaución habitual, pues iba solo al volante de su coche, sino para evitar cuanto pudiera parecer triunfalismo vulgar. Al salir de casa de Malcolm presa de una relativa satisfacción, había pasado por casualidad, o poco menos que por casualidad, por delante de la casa de una antigua

amiga. Hasta la fiesta en el club de golf no se veían desde hacía unos veinte años, y aquella noche habían estado juntos apenas el tiempo suficiente para que él le dijera lo bien que la encontraba y lo mucho que había sentido lo de Griff. En sus tiempos Griff había sido un médico de éxito, audaz y generoso con las primeras píldoras estimulantes, que poseía una imponente villa de ladrillo rojo en la carretera de Beaufoy. Alun había tenido apenas tiempo de preguntarle dónde vivía ahora. En el mismo sitio; el bueno de Griff... se podía confiar en él. Alun se había notificado a sí mismo, más o menos al entrar en esa carretera, que si por casualidad se veía alguna luz en la casa a esas horas pararía un momento y daría un bocinazo, o quizá mejor un rápido timbrado, solo por si acaso. Y había luz, y la ocasión se había presentado.

Dar un nuevo paso en esa dirección poco después de haber estado a punto de llevarse un chasco en el anterior, y sin encontrarse todavía fuera de ese peligro, podría parecer temerario a algunos. Desde luego a Alun se lo parecía, o se lo pareció hasta que la mujer lo invitó a entrar un momento. Luego, y especialmente ahora, mientras se alejaba en su coche, tenía la impresión de que había conseguido elevarse en su avioneta inmediatamente después de haber estado a punto de caer. Por supuesto, eso no hacía la empresa menos temeraria. No, pero allí estaba.

Cuando a los veintiséis años se dio cuenta de que seguía siendo tan inmaduro e imprudente como a los trece, le había aliviado mucho leer un artículo de un psicólogo de moda que afirmaba que entre los machos humanos la adolescencia podía ser un proceso muy largo, que en algunos aspectos y casos duraba hasta los veinticinco e incluso hasta los treinta. Esa certeza le proporcionó esperanza y consuelo intermitentes hasta unos diez años más tarde, cuando la recordó en medio de lo que fue, incluso para él, un increíble acto de irresponsabilidad libidinosa. En adelante se había aferrado al consuelo de que lo suyo no tenía remedio.

Cuando se acercó a la casa de Holland vio luz en el salón, algo que no esperaba y que le produjo un leve disgusto teñido de mal presentimiento. El disgusto se debía más o menos a que allí estaba él, tras haberse tomado tanto trabajo para dejar a la gente a su aire y haberles dado tiempo de sobra para que se fuesen a la cama, obligado a aguantar Dios sabía qué antes de poder retirarse a descansar tras un día tan duro. El mal presentimiento era menos claro.

Que Rhiannon estuviera todavía levantada y sola después de las once, y no digamos cerca de la una de la madrugada, era algo inaudito, solo imaginable en situaciones extremas. Podían ser buenas noticias, pero mucho más probablemente malas. Para colmo, tal vez Rosemary estuviera con ella, de vuelta de su salida nocturna con William Thomas, quien por lo visto había estado rondando la casa desde el amanecer o poco menos. A Alun no le costaba imaginar a la condenada chica levantando la cabeza en ese mismo momento al oír el ruido del motor y yendo a situarse junto a su madre como presidente de una comisión creada para investigar sus actividades recientes y su comportamiento general. O bien estaría Rosemary sola, lo que no era una opción muy atractiva. En otras posibilidades apenas valía la pena

pensar. ¿Gwen con una edición aumentada de sus quejas? ¿Malcolm con una edición más fiel de las suyas? La policía quedaba descartada, a menos que se tratase de un error. Un incidente en Harriston en 1950, en el que se habían visto envueltos un sargento en período de prueba y un coche celular, los había disgustado sobremanera entonces, pero hoy día no parecía motivo para una incursión a medianoche no tratándose de un negro.

Estas y otras conjeturas pasaron por la cabeza de Alun mientras se aproximaba a la casa. Cuando llegó, vio que había un coche aparcado, uno que estaba casi seguro de haber visto no muy lejos hacía poco. Sabía de sobra que reconocer los coches era una pericia importante para quien llevaba la vida desordenada que él llevaba, pero la había descuidado y todavía ignoraba los detalles locales, lo cual representaba un peligro. Al encaminarse hacia la puerta dejó el cuello flojo y los ojos opacos, preparándose para hacerse el borracho. Después recordó que era a Rhiannon a quien esperaba engañar y volvió a adoptar su aspecto ordinario, en la medida de lo posible. Cuando era ya demasiado tarde, trató de pensar en un tema que le permitiera tomar la iniciativa.

Al entrar con paso brioso en el salón vio a Rhiannon con el albornoz sobre el camisón y a Sophie con ropa de día. Rosemary no estaba. Ninguna de las presentes sonrió ni habló. Sin pensarlo, atento solo a la acción, se acercó y las besó, y después, mientras su cerebro empezaba una vez más a funcionar al ralentí, retrocedió y dedicó a Sophie una serie de alentadores gestos de interrogación con la cabeza.

Sophie reaccionó de inmediato.

—Estaba diciéndole a Rhiannon, que vino a casa Dorothy, y luego Muriel, que probablemente sigue allí. Es una de esas noches suyas. Estaba tan mal como siempre. Cruel. Tú no la has visto así, Rhi. Luego apareció Gwen, y dejé que Muriel le hiciera pasar un mal rato. Me escapé un momento —concluyó con el guiño de una confidencia entre amigas.

—Te comprendo —repuso cariñosamente Alun. La buena de Sophie, pensó con un afecto aún más auténtico; allí sí que no había nunca necesidad de preocuparse por la palabra «irse». No era demasiado inteligente en el sentido habitual del término, pero sí muy despierta cuando se trataba de algo referente a los tejemanejes de antaño: la mención de Gwen era un toque típico. Con un rápido quiebro Alun añadió—: ¿se ha acostado ya Rosemary?

—Ahora mismo —contestó Rhiannon—. Me extraña que no te hayas encontrado con William al venir.

—¡Ah! ¿Entonces acaba de dejarla?

—Sí.

—Ya.

Difícil le hubiera resultado a Alun explicar a qué había venido su última pregunta, pero fuera lo que fuese qué había querido expresar con ella —sorpresa, resignación, indignación, aburrimiento, desilusión, preocupación paterna, sincera aprobación

masculina—, no había nadie con menos derecho a preguntarlo delante de aquellas dos, y quizá en ninguna parte. Esto se le ocurrió mientras estaba allí de pie asimilando la información. Después dijo de repente:

—Si por casualidad continuara este tiempo loco, probablemente podríamos hacer cosas peores que ir a Birdarthur a pasar un par de días. Dai el Libros conserva todavía su casa del acantilado. Sophie, ¿no has estado nunca en su chalet?

—¡Ah! ¿Estoy incluida en el plan?

—¿Por qué no? Hay dos buenos dormitorios, y Charlie puede dejar a Victor al timón unos días. La semana próxima no, porque estaré filmando. Dai solo pasa allí los fines de semana, según me ha dicho. No he conseguido hablar con él hoy en la tienda...

Habría sido un milagro haber hablado con él, pues no se había acercado ni a una legua del local ni había probado a llamarlo por teléfono; ni siquiera había dado entrada a Dai el Libros en sus pensamientos hasta unos segundos antes de pronunciar su nombre, aunque lo demás era cierto. De todos modos, con su talento para la persuasión, que dependía menos de la presión directa que de hacer que algo pareciera divertido durante el tiempo necesario, pronto tuvo el consentimiento de Sophie para el proyecto de Birdarthur, con el de Charlie, en consecuencia, dado por descontado. El de Rhiannon lo había dado por supuesto desde el principio.

—Bueno, me voy —dijo finalmente Alun—. No interrumpáis la reunión por mi culpa.

—No pienses que te vas a ir así como así —señaló Rhiannon.

En tus manos, Señor, pensó Alun. Aunque a menudo decía adónde iba o podía ir, nunca contaba dónde había estado, ni Rhiannon se lo preguntaba hasta... a menos que...

—Saca a ese animalito y después déjalo en su cesto de la cocina. Espera lo que haga falta y asegúrate bien antes de volver a meterla.

Debilitada por los esfuerzos del día, Nelly había respondido a la llegada de Alun con apenas un par de débiles coletazos y una mirada con el rabillo del ojo. Al oír ahora que hablaban de ella, hizo un chapucero intento de sentarse y bostezó con un gáñido que habría resultado impresionante en un animal de cualquier tamaño. Alun se la llevó como le pedían, pero con un estilo que subrayaba el decoro con que lo hacía, su total desapego del asunto. No era que le desagradase el cachorro, más bien lo contrario; era solo que no podía permitir que alguien pensase que podía estar atado a la tarea de atender a sus necesidades. Vaya, lo siguiente sería volver corriendo de casa de Griff o de algún otro sitio para dar el té al maldito perro.

Cuando se cerró la puerta detrás de Alun se oyeron dos espiraciones, ninguna de las

cuales equivalía del todo a un suspiro de alivio. Sophie se sentó en el suelo, inclinó la cabeza hasta posarla en el brazo del sillón que tenía detrás y dijo que debía irse. Rhiannon le propuso que tomara más café, que sería solo cosa de un minuto, y se sentó sobre las piernas en el sofá. Se hallaban en un rincón más o menos habitable del salón, con mesas desnudas y paredes a medio decorar.

Sophie no debió de oír la invitación a tomar otra taza de café.

—Deberías salir más, Rhi —dijo.

—¡Oh, no! Es estupendo no tener que salir después de haber salido sin ganas durante años.

—Sería más fácil si aprendieses a conducir.

—¿También tú? —Rhiannon se enderezó de golpe—. Sé conducir tan bien como cualquiera, si no se me ha olvidado. En Londres llevé durante año y medio la furgoneta de una tintorería cuando nos iba mal. No es que no sepa conducir, es que no conduzco porque no hay más coche que el de Alun con él dentro. Dice que no podemos permitirnos comprar otro, o al menos lo diría si yo volviese a sacar a relucir el tema. Se ocupa de todas las compras que yo no puedo hacer por aquí cerca, y si quiero ir a algún sitio están los taxis. Es mucho más barato que tener otro coche y te ahorras el problema de aparcar. Eso diría él. Prueba y verás.

—Qué raro. Nunca ha sido tacaño. Quiero decir...

Sophie miró a su alrededor, pero las pruebas de derroche eran escasas, excepto tal vez en el único cuadro a la vista, un gran Cydd Tomas colgado sobre la chimenea, fechado en 1981 bajo la firma del pintor, y no obstante lo bastante atractivo — probablemente era una vista de Dragon's Head desde el mar— para merecer solo por eso el sitio que ocupaba.

—Desde luego, por ese lado no hay problema —aseguró Rhiannon—, pero no se trata de eso. Lo que ocurre es que teniendo Alun el coche nadie sabe nunca dónde está, y no teniéndolo yo todo el mundo sabe dónde estoy, aunque esto no sea ni con mucho tan interesante. Esta noche, por ejemplo.

—Hum. ¿Tienes alguna idea de dónde ha estado?

—Ni la más mínima. ¿Y tú?

—Solo espero que con alguien sensato.

—Yo también. —Rhiannon hizo una pausa antes de continuar—: ¿Cómo estaba Gwen?

—Reponiéndose, creo. Todavía enfadada, pero se le pasará siempre y cuando él no haga bobadas durante algún tiempo.

—Ojalá él tuviese la sensatez de mantenerlo en familia, por decirlo de algún modo.

—Lo sé —repuso Sophie—, no podría estar más de acuerdo contigo. Sobre todo ahora que está aquí. Esto no es Londres.

—Por supuesto. Es una estupidez por su parte en otro sentido también. De esta forma hay temas de los que él y yo no podemos hablar. No me refiero a cosas

importantes, sino a menudencias, pero que aun así son muy importantes cuando las sumas. Quién había allí y qué aspecto tenían y qué se dijo... Eso lo hace más difícil.

—Ya. ¿Crees que él está bien?

—¿Bien? —repitió Rhiannon, preocupada—. ¿Qué quieres decir?

—No, nada; solo que parece un poco imprudente. Uno pensaría que a estas alturas sabría lo suficiente para no volver a juntarse con Gwen de repente y después esperar dejarla tratándola como...

—Volver a juntarse con Gwen de repente. Pero eso no tiene...

—¡Ah! No había caído en que eran...

—¡Oh, sí! Es curioso, nunca pensé que él estuviese muy entusiasmado. De hecho me pregunto quién se juntó con quién cada vez. Por supuesto a ella le convenía más entonces, cuando no se la rifaban precisamente. Después hubo otras cosas en su vida.

—Como Malcolm.

—Sí.

Eso fue todo por el momento. Sophie se rodeó las piernas con los brazos e inclinó la impecable y bien proporcionada cabeza hacia la alfombra, como si siguiera el hilo de sus pensamientos, cosa de la que no daba indicio a menudo. Rhiannon encendió un cigarrillo manteniendo, como de costumbre, la llama a un par de milímetros de la punta. Al principio se había preguntado qué había llevado a Sophie a visitarla tan tarde, casi demasiado para encontrarla levantada. Tenía algo que ver con Alun, eso quedó claro muy pronto, cuando dijo que esperaba que sentase la cabeza tras abandonar Londres y se calló lo que muy bien podía estar pensando ahora, que también esperaba que sus recientes tejemanejes no significasen que ella, Sophie, había perdido su influencia sobre él, por muy desmañada que esa influencia pudiera parecer a los demás. Por diversas razones Rhiannon también lo esperaba, pero se daba cuenta de que no era algo que uno pudiese decir en Gales. Así pues, sin ninguna intención particular, preguntó cómo estaba Charlie, sin tanto interés como cuando le había preguntado por Gwen.

—Bebe como un loco —contestó Sophie sin levantar la vista.

—Sí. Pensaba...

—Nunca me había dado cuenta de cuánto bebía hasta la noche que vino a casa sereno. Fue una revelación.

—Y no agradable, supongo.

—Lo que le había ocurrido ese día nunca lo sabré. De todos modos, menuda noche me dio después. Me hizo estar sentada con él hasta que se durmió, que no fue hasta después de las dos, y no serían mucho más de las cuatro cuando lo tenía pegado a mí, más tieso que un palo y respirando muy deprisa, como por una apuesta. Y no había manera de que me dijese qué le pasaba; se lo pregunté una y otra vez, pero no quiso decírmelo. Al día siguiente estuvo paralítico hasta las seis, según me dijo Victor.

—Si va a tenerte levantada y todo eso, debería decírtelo.

—Nunca me lo ha dicho. Únicamente dice que estando solo se pone peor y que no le conviene la oscuridad. Ya ni siquiera espero que me diga qué le pasa. Solo me ha dicho que no tiene nada que ver con nada y que no significa nada. Estoy harta. Debería decirme algo. Contármelo. Resulta deprimente estar con un hombre que nunca dice nada. No hay tanta diferencia como puedas pensar entre que esté borracho como una cuba y que esté muerto. Cuando está conmigo, ninguna. Quiero mucho al bueno de Charlie, o le quería, y le echo de menos.

Rhiannon se tomó su tiempo para terminar el cigarrillo.

—Creo que no os sentaría mal un cambio. Vendréis a Birdarthur, ¿verdad? Así podremos hablar a nuestras anchas. A Alun también le gustaría. Siempre se está quejando de que apenas te ve.

Ahora Sophie sí levantó la vista.

—¿De veras?

—Sí. Siempre está preguntando dónde se mete Sophie.

—No me digas.

—A él también le vendría bien estar fuera unos días. Ese sí que habla. Ojalá el muy tonto aprendiese a no pasar de ahí.

7

Alun

1

Poco después de las ocho de la mañana de un martes Alun abrió el maletero de lo que a veces llamaba el coche familiar, e incluso nuestro coche familiar, aunque no cuando podía oírlo Rhiannon. Los dos estaban a punto de salir para Birdarthur. Habían acordado que Charlie y Sophie llegarían allí al día siguiente, a tiempo para almorzar, y que regresarían los cuatro a última hora del viernes. Los esfuerzos de Alun para comunicar a los Cellan-Davies el inminente viaje habían consistido en marcar su número una vez el mediodía anterior, intento condenado al fracaso de antemano, dado que a Gwen la esperaban en casa de Siân Smith para tomar café, etcétera, y Malcolm sin duda se había marchado al Bible; pero podía decir con toda razón que le había resultado imposible localizarlos. A Peter le habían dicho que no dejase de ir, que acudiera cuando le fuese bien, el caso era que apareciese, y tras unas palabras acerca de no sé qué maldita invitación de un galés, había afirmado que podía intentarlo. Después de rechazar toda responsabilidad sobre nadie y sobre nada, Tarc Jones había consentido en anotar el número de un tal Gomer, que vivía dos casas más allá del domicilio sin teléfono de Dai el Libros.

Más que abrir el maletero, Alun había levantado de golpe la tapa con juvenil desgaire, algo que habría hecho con el mismo garbo de haber creído que lo estaban observando y, en tal caso, lo mismo si quien lo miraba era un chico sin trabajo recién terminados sus estudios o un alto ejecutivo de televisión. Lo primero que entró en el espacio destinado a carga fue una caja de bebidas: whisky de doce años, agua mineral de la mejor clase para acompañarlo, ginebra, tónicas, una curiosa botella de Linie-Aquavit de Oslo, otra mucho más corriente de Bailey's Irish Cream, en teoría para Rhiannon —de hecho principalmente para ella—, una de Asti Spumante y otra de vino dulce Golden Sweet —esta sí que solo para ella—, cuatro grandes de cervezas fría Special Brew envueltas en un periódico húmedo para él y unos restos de licor de café y no sé qué otra porquería que era incapaz de tirar a la basura sin más. Al lado puso una caja de comestibles selectos, entre los que figuraban filetes de arenque escabechados, ostras supuestamente ahumadas, huevas de lumpo alemanas y otras exquisiteces juzgadas adecuadas para acompañar al aquavit. Encima puso una bolsa de papel que contenía un jersey nuevo de cachemira amarillo y dos camisas de sport todavía en su envoltorio.

A Alun le habían encantado siempre los viajes, aunque fuera para ir a un funeral; le bastaba con pensar en uno para animarse, y no solo porque nunca se sabía lo que

podía encontrarse incluso en Blaenau Ffestiniog. Ciertamente que era ya un poco tarde para abrir nuevos caminos, por muchos estragos que pudiese causar todavía en los antiguos. Además, la salida de ese día no era propicia para eso, aparte de que no había nada bajo el epígrafe Birdarthur en su agenda de direcciones confidenciales. Probablemente gran parte de la emoción podía atribuirse a la simple perspectiva de un viaje en coche, que no era en modo alguno una experiencia cotidiana en la Gales del Sur de los años treinta y posteriores, como acostumbraba a recordar a sus amigos de Londres. Pero, dicho todo esto, llevó a cabo la primera parte de la carga con alegre desenfado, como también la segunda y más aburrida, la del verdadero equipaje y ropa de cama y almohadas reunidas por Rhiannon tras conseguir localizar a Dai en la tienda. La tercera lo obligó a ir más despacio.

Empezó con una máquina de escribir, no la de su estudio de la planta superior, el noble aparato japonés de oficina y ni que decir tiene que eléctrico, sino la humilde portátil italiana, un modelo acústico, como decía él cuando tenía energía. Siguió otra caja de cartón, ni mucho menos tan bonita como la de las bebidas, que contenía libros y papeles. Entre los libros se contaban el *Concise* de Oxford; un maltrecho *Thesaurus* de Roget; *Y Geiriadur Mawr* —el gran diccionario (galés-inglés/inglés-galés) para él, una compilación notable por su *golygydd ymgynghorol*—; *Coursey y sus iglesias*, del reverendo Tydfil Meredith; la obra de Sefton-Williams sobre mitología celta, y las *Poesías completas* de Brydan. Tanto por supuesta necesidad personal como por fingida devoción, llevaba consigo este último volumen a dondequiera que iba dentro de lo razonable, en este viaje inútilmente en el mejor de los casos, al no tener más que a Charlie y Sophie, y tal vez a Peter, como público a quien sorprender, pero allí estaba. La caja de cartón contenía papel para máquina de escribir y cuarenta y seis páginas de una novela de cuya existencia solo sabía Rhiannon, junto con algunas notas.

Trabajar en esta novela era una de las razones no expresadas para ir a Birdarthur, ya presente de alguna manera en su cabeza antes de que dejase caer la propuesta un par de semanas antes. Había terminado las temidas cuarenta y seis páginas en seis días de aquella primavera, cuando un canalla de la BBC canceló a última hora la charla definitiva sobre la conciencia no conformista de los galeses que se había comprometido a preparar y grabar, y no había vuelto a mirarlas desde entonces. Ahora, bajo la autoimpuesta presión de cierto tiempo de semiconfinamiento sin la menor excusa para escurrir el bulto, iba a aplicarse a la horrenda tarea de aumentarlas. Tal como estaban, o con algo de cirugía menor, se suponía que eran, se había esforzado por hacer de ellas, tenía la esperanza de que fuesen, la primera parte de la única obra en prosa realmente seria que había escrito desde sus días escolares. Cuando se sentía más optimista lo suavizaba pensando que sería su obra más seria, etcétera. En cualquier caso, mucho, incluidas las perspectivas de la empresa entera, dependía de lo que hiciese con esas cuarenta y seis páginas al cabo de dos o tres horas.

Por lo tanto, no era de extrañar que su semblante fuese serio mientras colocaba en su sitio el recipiente creador. Y sin embargo experimentaba una oscura agitación que nada tenía que ver, salvo muy remotamente, con ningún florecimiento literario, sino que obedecía a que se hallaba en guardia ante lo que suponía casi un salto al vacío.

—Siempre he sido un luchador —murmuró desafiante, y continuó en tono más suave—: O mejor aún, un bombardero ligero de medio alcance concebido para operaciones nocturnas y reconocimientos a baja altura.

Creía tenerlo más cerca de lo que lo tendría nunca.

Después de esto hubo un gran trajín para llevar al maldito cachorro a casa de la hija de la asistenta, suspender las suscripciones a los periódicos y trasladar las maletas corrientes y el resto de bártulos al coche. Lo último en entrar fueron los pesados impermeables y las botas de goma, indispensables para todo aquel que visitara la Gales rural en cualquier estación. Por el momento el día era despejado sin ser bueno, aunque no era arriesgado prever chaparrones dispersos. Rhiannon apareció a última hora, como de costumbre, con un vestido estampado, y con zapatos, o al menos eso supuso Alun. También como de costumbre en los viajes, alargó la mano y le apretó la suya cuando las ruedas empezaron a girar.

En Courcey las carreteras estaban prácticamente desiertas, como si una revolución en los gustos o un accidente nuclear hubiera barrido a los visitantes. Incluso las calles de Birdarthur estaban poco concurridas, sin turistas a la vista. La librería Brydan, que Dai consideraba pilar de la codicia y competidora nada ética, no tenía clientes por el momento, y no había ningún autobús Continental atascado en la revuelta en ángulo agudo que llevaba a la iglesia de Saint Cattwg, a cuya sombra dormía el poeta. Sí se apreciaba cierta actividad en las cercanías del Brydan Arms, aunque ocurría lo mismo a media mañana, cuando el local se llamaba todavía White Rose. Al dejar de cumplir con su función como puerto y cerrarse las metalisterías y la cantera de sílice, Birdarthur había mostrado señales de desempleo, pero no se veía ninguna ahora que la ciudad había sido designada o convertida en zona empresarial y el desempleo se había ido a otra parte.

Alun dobló la esquina de la hamburguesería Brydan para tomar la carretera —sin asfaltar durante siglos y ahora cubierta de grava para el tráfico visitante— que discurría por encima de la playa y de la parte más ancha y profunda de la bahía. La marea estaba alta y a punto de cambiar; el mar en calma, y el color gris cerveza de jengibre tenía un toque de verde amarillento. La puesta de sol que se veía desde allí había sido una de las favoritas de Brydan, según decía la gente, y desde luego el poeta estaba bien situado para contemplarla desde su chalet, cercano al comienzo de una fila de casitas que daban al mar, aunque cuántas veces había estado en condiciones de disfrutarla, incluso cuando en sentido estricto se hallaba consciente, era otra cuestión. Tras numerosas reparaciones para subsanar los estragos causados por su estancia, el edificio había sido convertido en museo y tienda de artículos de regalo, sobre todo esto último, y la casa de al lado poco más tarde en un café-bar que,

cosa excusable dadas las circunstancias, no vendía bebidas alcohólicas. Cuando los Weaver pasaron por delante, una solitaria mujer entrada en años con una cazadora, por todas las señas una norteamericana, se alejaba de la puerta con cara de desconcierto.

Siguieron hasta el final de la fila de chalets, donde había una especie de triángulo de tierra baldía sembrado de basura antigua y nueva. De ahí salía un camino de ceniza, con un rótulo que rezaba «Paseo de Brydan», aunque de nuevo los lugareños dudaban de que alguien hubiera conseguido nunca que el vate pusiera el pie en él, al no haber ningún pub o cosa parecida en el otro extremo. Como habían convenido, Alun envió a Rhiannon a pie por el paseo mientras él daba la vuelta al coche y la seguía marcha atrás a lo largo de unos setenta metros, hasta que el camino se hizo demasiado estrecho. Se detuvo allí y por el cristal trasero la vio descargar los trastos. Después regresó al triángulo, aparcó de culo en un camino lodoso y empinado y se apresuró a reunirse con ella.

—Debe de haber un modo más fácil de hacer esto —observó cuando la alcanzó con la caja de bebidas en los brazos—, pero no se me ocurre.

—Pues a mí sí. Te apeas tú, lo sacas todo, lo llevas al chalet y lo guardas.

—Es curiosa la forma en que recordamos las cosas. Antes de salir habría resultado difícil decirte dónde estaba la casa de Dai, y estamos aquí sin haber dudado apenas.

—Yo lo recordaba perfectamente. Qué extraño.

—Deja eso, yo volveré a por ello; tú ve a la casa. De acuerdo, entonces sufre. ¿Qué hay para comer?

—Empanada de cerdo y judías cocidas.

—¿Has traído la mostaza?

—Sí, y cebollas y salsa dulce.

—Eres un genio.

Habían llegado a la casa de Dai, que no era la más bonita ni la mejor situada de esa parte de Birdarthur, pero tampoco la más húmeda y maloliente; un edificio de dos plantas con dos habitaciones en cada una. Parte de una de las de arriba se había aprovechado para crear un estrecho aseo-cuarto de baño, tan estrecho que solo alguien con los muslos más bien cortos podía utilizarlo cómodamente. Rhiannon anduvo de acá para allá abriendo las ventanas.

—Aquí no es difícil adivinar quién se crió en una ciudad —dijo Alun—. Pídemelo y te abro un agujero en la pared de la cocina.

—Tira esto al cubo de la basura —indicó Rhiannon dándole una bandeja con restos de comida de Dios sabía cuándo—. ¿Cuánto tiempo hace que no viene nadie aquí?

—Eh, algunas de estas cosas están bien. ¿Qué te parece este tarro de...?

—Tú puedes comer lo que se te antoje.

Una vez que hubo hablado con los Gomer y comprobado que ninguna comisión

cargada de dólares se había materializado durante el último par de horas, Alun hizo sitio para su máquina de escribir en un extremo de una mesa más bien pequeña, junto a la ventana de la sala. Para ello tuvo que retirar unos perros y otras criaturas de porcelana insólitamente horribles. Tenían la superficie emborronada, asquerosa como si alguien, quizá por influencia de Muriel Thomas, los hubiera tratado con un soplete en alguna etapa de su fabricación. Los colores estaban también borrados. Los guardó amontonados en un aparador pensando que era un poco duro haber venido desde el sudoeste de Courcey para encontrarse con un montón de perros de porcelana atrevidamente innovadores.

Para aplazar el momento funesto echó una ojeada a los libros de Dai y pronto vio que no había nada que valiese la pena. Por otro lado, las obras de Brydan estaban presentes en todo tipo de ediciones, de manera que el ejemplar de los poemas que había traído con el equipaje era aún más superfluo. Como todo el mundo de la parte central de Gales del Sur que tenía más de treinta años, por no hablar de lugares más lejanos, Dai había tenido trato con Brydan. De la pared colgaba una ampliación enmarcada de la famosa fotografía de los dos, oscura como boca de lobo, que tenía en la librería. Decía que Brydan le había ayudado un par de veces durante las vacaciones, y le gustaba pensar que había hecho algo por echar una mano al muchacho. En realidad, su principal relación con Brydan había venido algo más tarde, cuando este pasaba por allí camino de la estación para robar algo y revenderlo, o más bien venderlo, en aquel local de artículos de segunda mano que había en Fleet Street. Alun negó con la cabeza al recordarlo. Un gran escritor, pensaba a veces y había dicho con frecuencia cuando no estaba entre galeses, pero en demasiados aspectos un ser humano lamentable.

Cuando se disponía a dar la espalda a las estanterías divisó una sobrecubierta que reconoció, la que envolvía *Las flores de Brydan*, una selección de Alun Weaver. Cierta alquimia, a base de un agente literario espabilado, un editor crédulo, la coincidencia con la fecha de la muerte de Brydan y una reseña histórica en la revista *Time*, había convertido el producto de tres semanas de trabajo en una renta bastante decente y duradera: cinco mil el año anterior por la edición en tapa dura solo en Estados Unidos, y *El Gales de Brydan*, que todavía se vendía bien. Siempre que lo recordaba, Alun estaba tentado de pensar que se le daba bastante bien ganar dinero de esa manera, mejor que promocionando su propia obra; le faltaba autoridad para eso, tenía demasiado de celta sensual. Y en las últimas semanas se había preguntado cómo le iba en su calidad de vocero de Gales en Gales, qué tal desempeñaba ese papel. Tal vez después de todo resultaba más audible en Inglaterra, donde las voces que con él competían eran menos numerosas y menos chillonas. Todavía no había superado del todo la decepción del recibimiento en la estación de Cambridge Street al volver. No importaba; ahora tendría ocasión de ponerle remedio.

Estaba sentado a la mesa, mirando por la ventana la orilla del mar, cuando entró Rhiannon vestida con... Bueno, era casi seguro que se había cambiado de ropa.

—Perdona, ¿estás...?

—No, estaba en las nubes. Por cierto, que no sé por qué se considera algo malo.

—Voy a dar una vuelta por la ciudad. Hacía siglos que no venía aquí.

—Estupendo. Hasta luego, cariño.

—¿Qué pasó con Ingrid?

—¿Ingrid?

—Ingrid Jenkins o como se llame; ya sabes, la hija de Norma.

—¿Quién?... ¡Ah, claro! La asistenta, la hija de la asistenta.

—Sí. ¿Qué pasó con ella?

—No lo sé; no pasó nada con ella. Parecía simpática; solo la vi un momento.

¿Qué tenía que haber pasado?

—No, nada. ¿Te pareció capaz de cuidar de Nelly como es debido?

—Nelly es la perrita, ¿no? Sí, bien. Quiero decir que el sitio parecía bastante respetable. Limpio y todo eso. Es decir...

—Bien. —El tono de Rhiannon cambió—. No podía traerla, claro está.

Alun creyó comprender al fin adónde conduciría aquella conversación.

—No, no —dijo frunciendo el ceño ante la idea—. No, ni hablar.

—No se les puede dejar solos ni un minuto cuando tienen esa edad. Habría tenido que estar todo el tiempo sacándola o quedarme en casa. O habértela endilgado a ti.

—No, desde luego. Habrías tenido que llevarla contigo a todas partes y no habrías podido descansar. Ni hablar.

—¿Vas a echarle una mirada a eso tuyo?

—Un vistazo.

Siempre la mantenía más o menos al corriente de lo que tenía entre manos en materia de escritura. Sobre los programas de radio y televisión y las excursiones repentinas aquí y allá que en ocasiones exigían, era a veces menos explícito.

—Buena suerte, cariño. Volveré dentro de una hora.

Y se marchó. Sí, lo que Rhiannon quería era apoyo moral tras haber dejado la perra en manos extrañas. Normal y comprensible. Hizo ademán de coger el horrendo sobre amarillo que tenía delante, pero se detuvo con un gruñido. Había algo inquietante en la conversación que habían tenido. ¿Qué diablos era? Tenía que ver con Ingrid. Apenas había mirado a aquella chica, bueno, a aquella mujer, de unos cuarenta años había supuesto, pequeñaja, pálida... Nada más. De modo que, obviamente, no podía ser...

Ahogó un grito y después, recordando que estaba solo en casa, lo desahogó. Bajó la vista al suelo, hacia la caja con libros, la maltrecha cubierta verde del *Thesaurus* en rústica. «Qué absurdo —farfulló—. Tonterías y necedades, pamplinas, disparates, ni hablar. *Ffwlbri*. Cuéntaselo a tu abuela. *Credat Judaeus Apella*.» Si Rhiannon había estado tanteando con la intención de descubrir si mostraba algún interés por la tal Ingrid, si en verdad creía que podía estar pensando en liarse con la hija de la asistenta, estaba chiflada, a menos que esa clase de sospecha, sospecha de algo de ese

tipo, aunque infundada en este caso, no fuese irrazonable en general, no fuese ya irrazonable, en cuyo caso el chiflado era él. ¿Era así como iba a afectarlo, no a la voluntad o a la capacidad, sino al juicio, al cacumen?

En esa coyuntura se le presentaron varias ideas, a cuál menos atractiva. Se encontró persiguiendo la que decía que cualquiera con un poco de sentido común sabía cuándo se llevaba bien con Rhiannon. Pero él no tenía sentido común, o no el suficiente, o... Ya había llegado hasta ahí mil veces sin pasar nunca más allá. Esperaba que el hecho de que la pregunta sobre Ingrid lo hubiera pillado tan desprevenido hubiese dejado patente su inocencia, porque de lo contrario no podría hacer nada; era demasiado tarde. Cogió el sobre casi con ansia.

Antes de extraer siquiera su contenido adoptó una actitud de despreocupación frenética. Con la cabeza ladeada, las cejas alzadas, los ojos entornados y las comisuras de la boca caídas, abrió la solapa con aires de suficiencia, dejó a la vista la parte superior de la primera hoja y se permitió recorrer con la mirada las líneas mecanografiadas antes de quedarse dormido en la silla. Pero lo que leyó le despertó sobresaltado y lo arrastró a hacer lo que había estado a punto de hacer un minuto antes: levantarse de un salto para atizarse un trago de whisky, sin olvidarse de llenar hasta arriba el vaso antes de volver. Se sentó de nuevo, contempló la bahía y trató de razonar consigo mismo.

Naturalmente las primeras frases le habían recordado los párrafos iniciales de docenas de cuentos y novelas escritos por galeses, sobre todo en la primera mitad del siglo. Ahí estaba la clave, en acentuar la continuidad, en oponerse firmemente a cuanto pudiera calificarse de moderno y demostrar que el tema de siempre, la vida en los pueblos, en la peculiar amalgama de ciudad y campo de Gales del Sur, no había muerto, sino que de hecho había adquirido una nueva relevancia en esos tiempos de decadencia. Valía la pena hacerlo, de acuerdo; pero ¿lo había hecho él, al menos en parte? Tal vez. Como Sócrates, quien, cuando llegó su hora (según recordaba haber leído), bebió de buena gana la cicuta, dejó el manuscrito sobre la mesa y comenzó por el principio.

Al cabo de unos cinco minutos empezó a relajar su rígida postura de desactivador de explosivos. Mientras escribía, de vez en cuando daba un respingo y hacía una corrección, torcía la cara con gesto de dolor o, incrédulo, abría los ojos como platos, pero varias veces hizo un gesto de aprobación e incluso un par de ellas se rió sin alegría. Cuando al cabo de una hora volvió Rhiannon, lo encontró a la máquina, con cuatro renglones y algo más en la hoja. Esperó a que levantase la vista para hablarle:

—¿Cómo ha ido?

Alun frunció el entrecejo con semblante sombrío y levantó las manos con los dedos cruzados.

—Puede ser remotamente concebible —murmuró como en un aparte teatral pronunciando las palabras con claridad— que no todas las sílabas escapen a la esperanza de redención.

—Qué bien.

—No, no, no, de bien nada; es solo una posibilidad. Necesito trabajar mucho. Pero he pensado que era mejor seguir adelante ahora que tengo buen ánimo, antes que volver atrás y ponerme a retocarlo. No, mantente a distancia —indicó al ver que ella parecía a punto de acercarse a felicitarlo con una caricia—. En todo caso más tarde.

—Pero va bien, ¿no? —dijo Rhiannon, ya al pie de la escalera—. Es que...

—¿Qué? —preguntó Alun, de mal humor.

Rhiannon hizo un puchero.

—Cuando llevaste a Nelly a casa de Ingrid llamó Dorothy... para invitarnos esta noche a su casa... y tuve que decirle por qué no podíamos ir..., y entonces preguntó si Percy y ella podían venir mañana por la noche... y fui incapaz de decirle que no... Lo siento.

Tras haber llenado cada hueco del discurso de Rhiannon con tacos o aullidos inarticulados, Alun esperó a tener la certeza de que había terminado para decir:

—¿Va a venir alguien más? Siân o Garth o el viejo Owen Thomas o la maldita cara de pez de Eirwen Spurling o... Porque si hay...

—No pude evitarlo, te lo aseguro.

—No, claro que no pudiste, tonta —dijo abrazándola—. Necesitabas una división acorazada con mucho apoyo aéreo para repeler un ataque así. No te preocupes, nos las arreglaremos. Considérate afortunada porque el trabajo con las palabras ha ido bien esta mañana. Ahora una copa... Marchando una ginebra con tónica. Adelante, *myn*, estás de vacaciones.

Concluyó este párrafo en los pocos minutos que ella tardó en servir el almuerzo en la cocina. Cuando hubieron comido y, copiosamente en el caso de Alun, bebido, Rhiannon dijo que nunca hubiera pensado que separarse del cachorro fuese tan parecido a separarse de las niñas hacía años, y se fue a descansar. Alun encontró en la biblioteca de Dai un libro de relatos sobre la vida en Cardiganshire en los años treinta escrito por un galés cuyo nombre apenas le sonaba —algo normal, sobre todo en esos momentos—, así como un viejo libro en rústica de Alistair McAlpine acerca de un ataque a un cuartel general de la Gestapo en Holanda, ahora convertido en película, decía, y cuando se quedó dormido en el raído sillón de Dai junto a la diminuta chimenea, el coronel (Richard Burton) y el teniente coronel (Trevor Howard) estaban sincronizando sus relojes para el lanzamiento. Se despertó y enseguida volvió a quedarse dormido, y al despertarse otra vez le llevó a Rhiannon una taza de té. Después escribió una docena de renglones de diálogo mientras ella trajinaba arriba, y más tarde salieron a dar un paseo.

La tierra y el mar eran demasiado normales y aburridos para contemplarlos, de un gris pardusco a cualquier distancia, pero había en el cielo manchas amarillas y azul pizarra que quizá en otro tiempo significasen algo para los nativos. Recorrieron el paseo de Brydan hasta el final, donde desaparecía entre matojos y largas hierbas descoloridas; bajaron a la playa por un sendero del acantilado y caminaron por la

orilla. Parte de esta estaba siendo nivelada para construir algo. Media docena de aves vagaban cerca del agua, garzas reales u ostreros; Brydan hubiera sabido qué eran, o al menos lo hubiera dicho. Unos cuantos botes de vela cabeceaban perezosamente en el puerto. Subieron por unas escaleras y recorrieron High Street, donde el nombre de Birdarthur campeaba en tiendas, oficinas, carteles y postales dondequiera que se mirase. Al comienzo de la parte estrecha, enfrente de lo que era una panadería en su última visita, estaba el pub, que apenas había cambiado desde hacía todavía más tiempo, aunque por algún motivo parecía más nuevo. El rótulo, White's Hotel, era dorado brillante sobre azul marino.

El interior sí parecía nuevo, y vaya si había sufrido cambios, tantos que Alun hubiera jurado no haber estado allí en su vida; pero a esas alturas estaba ya acostumbrado y se consoló con lo soportable de la música, una porquería que evocaba los mares del Sur entre remolinos y tintineos. En el alféizar de una ventana cercana a una maceta panzuda descansaba un objeto sin nombre en su vocabulario, una especie de pantalla de vídeo en la que ríos de luces de colores fluían entre nubes y franjas de una iluminación más estable. De un modo igual de indefinido y no menos horrible, parecía sugerirse que aquello tenía alguna relación con la música. Tomaría nota del fenómeno para incluirlo en el fichero de *En busca de Gales*, pero primero sentó a Rhiannon en una especie de banco de iglesia medieval que había contra la pared opuesta y fue a la barra. Su petición de vino blanco hizo aparecer un vaso de vino blanco, en vez de la deprimente mirada de triunfo que en otro tiempo era habitual en aquellos pagos, y le preguntaron qué whisky prefería en vez de servirle el que les viniera en gana, como esperaba por sus recuerdos.

Al reunirse con Rhiannon se encontró con que un anciano se había instalado frente a ella en un taburete acolchado y se comportaba como si fuese un gran amigo de ambos no muy hablador. Visto de cara parecía muy viejo, cuatro o cinco años mayor que Alun, el prototipo del galés fuerte y autosuficiente que había arado las tierras de la zona y pescado en aquellas aguas desde tiempo inmemorial, y también uno de aquellos imbéciles a los que tantas veces había deseado arrojar un chorro de soda en los ojos antes de que desaparecieran los sifones. Se cubría la blanca cabeza con un sombrero blanco, aunque no estaba claro lo que eso significaba ni cómo había surgido.

Alun se sentó junto a Rhiannon en el banco y conversó con ella sobre el sitio y la gente durante unos minutos, hasta que estuvo seguro de que no era un tío suyo del que no le había hablado hasta entonces. Después, diciéndose que el viejo estaba apañado si pensaba distraerse allí, sacó su cuaderno de anillas y empezó a hacer el proyectado dibujo a pluma del aparato luminoso.

Si el fulano del sombrero blanco se había perdido algo de lo ocurrido frente a él en el último par de minutos, no había sido mucho. Ahora habló, con una voz de bajo que a Alun le pareció una imitación casi perfecta de un conocido suyo propietario de una sala de baile:

—Conque es usted escritor.

—Sí —contestó Alun cuando Rhiannon le propinó un codazo en las costillas.

—Ya. Está aquí por Brydan, ¿verdad?

—¿Cómo? Pues no, no exactamente.

—Vienen muchos por Brydan. Brydan fue un famoso poeta que vivía aquí, en Birdarthur. Venía mucho a este pub, con norteamericanos. Lo llamaba el White's Club porque era como un club, decía. Brydan era galés, pero escribía en inglés, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

La vida de Alun comenzaba a consistir cada vez más en que le dijeren a velocidad de dictado lo que ya sabía.

—Brydan era galés, pero escribió... su poesía... en inglés.

—En efecto. De hecho...

—Pero era galés de pies a cabeza. No vaya a creer que se puede entender a Brydan —tronó el viejo balanceándose levemente en el taburete y sonriendo, pero dejando bastante claro que se refería más a Alun que al mundo en general—, y digo entender, ¿eh?, no siendo galés.

—Para su información le diré que soy galés. Nací y me crié a unos treinta kilómetros de aquí.

—No, no, le digo que no, siendo galés no puede entender a Brydan. Es el pueblo galés quien puede, ¿comprende?, apreciarlo. Apreciar es la palabra. Sí, apreciar. Apreciar por completo.

—Pero... —A Alun no se le ocurría nada que decir. Saber que Rhiannon le lanzaba miradas furtivas para que se callase no ayudaba a soltarle la lengua. Por supuesto, podía decir muchas cosas, pero ninguna que no le hiciese parecer el que había perdido en no sabía bien qué discusión—. Pero...

—Escritor, dice usted. ¿Para algún periódico?

—No. Bueno, sí. A veces.

El fulano debió de considerar satisfactoria la respuesta, o al menos pensar que valía la pena reflexionar sobre ella antes de continuar. Ya apuntaba con el dedo a Alun cuando un joven con el pelo muy corto y casi incoloro entró presuroso en el local y se acercó. Además de tener pálido el pelo, tenía la cara larga y algo húmeda en torno a la nariz y los ojos. Mirando a Alun y a Rhiannon, ladeó la cabeza en un gesto de consternación o de disculpa.

—Es muy tarde, abuelo —dijo en voz alta—. El té estará ya en la mesa. Vamos, Winston Churchill. —Y añadió sin bajar el tono—: Espero que no les haya dado mucho la lata.

A Alun solo se le ocurrió decir, a costa de un leve perjuicio en su sentido de la justicia, que había sido una charla muy agradable.

—¿No bromea? —El joven lo miró más de cerca y en su rostro alargado se dibujó una sonrisa—. ¡Eh, yo a usted lo conozco! Lo he visto en televisión. Cómo es, el no

sé qué galés, ¿el lado galés de las cosas? Dígame, ese tal Bleddyn Edwards, ¿es amigo suyo?

—No. Creo que ni siquiera...

—No soy un experto, pero se ve a la legua que no está a la altura. Usted sí. Menuda diferencia —dijo el mequetrefe con una autoridad que su supuesto antepasado no hubiera podido por menos de reconocer—. Ni punto de comparación.

—Es usted muy amable.

—Anda ya. Es estupendo haberlo conocido. Buena suerte, y gracias por aguantar a este pesado.

—Vaya, ha estado muy bien —comentó Alun mientras él y Rhiannon salían del pub poco después—. No se parece nada a la realidad.

Rhiannon se apretó contra él.

—Buen chico. No has querido ensañarte con ese pobre viejo.

Así pues, entre unas cosas y otras Alun estuvo contento con la vida el resto de la noche. Por encima de todo descollaba sin duda el visto bueno provisional, un siete sobre diez, que había dado a la porción existente de *Vuelta a casa*, el título brillante y nada convencional que para la obra terminada se le había ocurrido en las últimas horas. El buen ánimo duró lo suficiente para impulsarlo a hacer el amor a Rhiannon cuando, a su debido tiempo, se acostaron en la cama, que para su sorpresa era de lo más acogedora.

Permanecieron tumbados unos minutos con la luz encendida, profiriendo suaves ruidos animales de contento como habían hecho en tales ocasiones durante treinta y cuatro años. Alrededor de la lámpara de la mesita de noche había algo que emitía un sonido estridente, pero por lo demás estaba todo lo bastante silencioso para oír el rumor de las olas al romper en la playa, no muy lejos, porque la marea había vuelto a subir hasta ser casi pleamar.

—Ha sido un día estupendo —reconoció Alun—. Había olvidado lo bien que se está aquí.

—Estupendo para tu trabajo.

Él la hizo callar y negó con la cabeza haciendo una mueca, pero con menos convicción que antes.

—Aún no han conseguido estropear del todo este sitio.

—Debes de sentirte muy aliviado, o al menos un poco. Está bien decir eso.

—¿El qué? ¡Ah, sí! Le echaré otra ojeada por la mañana.

—Te conviene quedarte quieto en un sitio y aflojar la marcha durante un par de días.

—Sí, yo...

—Últimamente te veía un poco paliducho. ¿Estás preocupado por algo?

—No. —Se negaba a hablar ahora de la maldita Gwen, cuando no habría límite exterior a la conversación. Procuraría aprovechar un momento adecuado; por ejemplo, tres minutos antes de la llegada de un equipo de televisión—. No, nada.

Solo me preguntaba hasta cuándo van a seguir haciendo el whisky como a mí me gusta.

—Ah, bien —dijo Rhiannon, no muy tranquila.

Tras otro silencio Alun preguntó:

—¿A qué hora llegan mañana?

—A eso de las doce. Se ve que Charlie no quiere empezar a beber demasiado temprano.

—Ya. Será mejor que duerma un poco si quiero hacer algo antes de que aparezcan.

Lo de la televisión había puesto en marcha algo que no había vuelto a examinar desde entonces: la identidad de Bleddyn Edwards. El mequetrefe del pub había dicho que era inferior a él, Alun, pero aun así lo había considerado digno de mencionarlo a su lado. El nombre no le era desconocido, pero no lograba recordar la cara y todo lo demás. Menudo problema para planteárselo a esas horas de la noche. Se quedó dormido antes de haber llegado a ninguna parte con él.

2

Alun salió temprano a la mañana siguiente para comprar los periódicos. Al regresar contempló la bahía a la pálida luz del sol, respiró hondo y pensó que si alguna vez había sido perceptible allí la contaminación industrial, ya no había ni rastro. Cuando empezaron a cruzarle la mente otros pensamientos, relativos al paso del tiempo, la edad y todo eso, prefirió entrar a tomar el desayuno, un festín rico en grasas compuesto por dos huevos pasados por agua sobre pan frito, patatas fritas, beicon y tomates. Mientras comía trabajó animosamente en el crucigrama del *Times*.

—Eres una «fiera» —dijo escribiendo una solución—. No, eres... eres un «cerdo».

Más tarde, sentado ante la máquina de escribir, pergeñó otra media página de diálogo, apenas un esbozo, algo casi simbólico. Le costaba concentrarse: se sentía en forma, el sol brillaba en el agua y Sophie y Charlie estaban de camino. Varias veces levantó la vista de la mesa creyendo oírlos o verlos. Cuando por fin aparecieron, salió al camino dando gritos de bienvenida, les cogió las maletas y los llevó adentro a toda prisa. Quienes lo conocían solían decir que nunca estaba tan cerca de convencerlos de la sinceridad de sus palabras como cuando se alegraba de verlos.

Como otros anfitriones entusiastas, tenía ideas muy claras sobre cómo había que organizar las cosas. Se sirvieron café y bebidas en la sala mientras se mostraban y admiraban los regalos de los Norris: una trucha asalmonada fresca comprada en Hatchery Road esa misma mañana y whisky de malta Islay. A las mujeres no se les impidió salir solas, aunque de momento solo hasta la cocina. Alun llenó otra vez el vaso de Charlie y dijo:

—Me gustaría que hicieras algo muy especial por mí.

—Te advierto que soy una chica decente y no quiero saber nada de pervertidos.

—No. Es... —Había ensayado esa parte, pero aun así le costó arrancar—. El caso es que he empezado una especie de novela, va a ser una novela seria, como es debido, ya sabes, sin exageraciones, ni tonterías, ni hojarasca. Pretendo que tenga calidad y sustancia, pero me resulta difícil saberlo. De modo que si pudieses echar una ojeada a las primeras páginas, sin preocuparte por sus méritos, sino solo viendo si...

—Si puedo darle un certificado de que está libre de falsedad.

—Exacto.

—Bueno... —Los ojos de Charlie revelaban incomodidad. Su conocida expresión de perro apaleado se intensificó aún más, sin que se apreciaran hematomas o desgarrones, como si le hubiesen propinado una paliza con porras envueltas en trapo—. Si quieres que te dé mi opinión sincera...

—No te pido flores; naturalmente, debes decirme lo que veas. Por favor, Charlie. Vamos, viejo amigo. Eres el único que puede hacerlo.

—Siempre que tú... Está bien. ¿Dónde la tienes?

—Aquí, pero no la leas ahora. Dentro de un momento llevaré a las mujeres al pueblo, donde puestos y bazares de aspecto horrible e intenciones inconfesables exhiben mercancías de una asquerosidad variada y llamativa. Pero son inútiles y están a la venta. ¿Qué más puede pedir un corazón de mujer? Yo iré a White's y te veré dentro de aproximadamente media hora o tres cuartos. Si te quedas sin agua hay mucha en el grifo.

Llevando entre otras cosas el nuevo jersey de cachemira, Alun hizo gran parte de lo que había prometido, pero antes de ir a White's echó una ojeada a la librería Brydan. Se dijo que no había nada malo en ello y que nunca le había gustado mucho sentarse solo en los pubs. Pero nada más entrar fue reconocido y tuvo que repartir apretones de manos. Le presentaron a algunos clientes y ni uno solo dejó de pedirle un autógrafo. Apareció milagrosamente un ejemplar de su viejo *Actitudes celtas*, que recibió su desinhibida firma, e incluso sacaron de la trastienda para que lo viese a una anciana señora cuya única relación con el negocio era un delantal que decía «Librería Brydan, Birdarthur, Gales». Se fue con un libro bastante reciente sobre los disturbios de Rebecca que se negaron a cobrarle y diciéndose que todo aquello era absurdo.

El bar del White's Hotel iba llenándose, pero consiguió el mismo sitio que la noche anterior. Enseguida buscó, aunque en vano, al anciano del sombrero blanco, a quien en su actual estado de ánimo le hubiese encantado echar del local, con un mínimo de esfuerzo además, como un cinturón negro de lo que fuese. Precisamente cuando empezaba a preguntarse si había sido buena idea dejar a Charlie encerrado con una botella de whisky, entró este. Su cara parecía haberse desarrugado un tanto en esa última hora, sin duda gracias a un alivio asistido de la resaca. Su expresión era indescifrable.

—Bien, adelante —dijo con brío Alun cuando estuvieron instalados con sus

bebidas—. Dilo ya.

—Me pediste mi opinión sincera...

Alun bajó la mirada.

—Que ya has dejado bastante clara. ¿Hasta dónde has conseguido llegar?

—He leído con atención veinte páginas, y después he hojeado el resto hasta el final. —Charlie hablaba con una vacilación insólita en él—. Debo hacer hincapié en que es solo mi personal...

—Por favor, ahórrame eso.

—Perdona. Bien, he visto aquí y allá lo que tratas de hacer, y creo que vale la pena, y... seguro que lo has hecho lo mejor que has podido, pero... dudo que sea posible hacer algo así, probablemente no en los años ochenta, no lo sé. Lo cierto es que tú no lo has conseguido, es decir, no en las páginas que he leído.

—¿Qué me dices de la falsedad?

—El tono, la actitud llevan a la falsedad. Si te digo que se parece mucho a Brydan, no me refiero solo al propio Brydan, sino a una manera de escribir, y supongo que de pensar, que se centra en el autor y llama la atención sobre él, olvidando el tema; el cual supongo que no tiene por qué ser necesariamente Gales, pero resulta que siempre lo es, y así no hay modo de ser sincero. Estoy seguro de que has hecho todo lo posible por no poner nada que no sintieras o que pensases que iba dirigido a la galería, pero al final el tema se lo traga todo y lo convierte en una misma cosa.

Alun seguía mirando al suelo.

—¿No hay nada salvable?

—No que yo haya visto. Lo siento.

—Estás diciéndome que he llegado al punto en que soy incapaz de distinguir lo que es falsedad de lo que no lo es.

—No, creo que no. Lo que digo es que si quieres hablar de forma sincera sobre tu tierra y sus gentes tendrás que enfocarlo de otro modo, como si no hubieses leído un libro en tu vida. Bueno, no es eso exactamente, pero...

Antes de que Charlie pronunciara una palabra más, Alun tuvo la impresión de que iba a desmayarse, aunque al no haberse desmayado nunca le era difícil saberlo. La sensación pasó al cabo de unos segundos, para lo cual bastó con que tuviera más de la mitad de la atención puesta en impedir que la cabeza le diese vueltas, otra sensación nueva para él. También le había distraído recordar de pronto quién era Bleddyn Edwards; a saber, un hombre que aparecía en Taff TV al final de las noticias de las seis y durante un par de minutos trataba de hacer reír comentando lo sucedido en Gales en las últimas veinticuatro horas. Le daba la réplica, con un ingenio y sensibilidad menores, un tal Howard Howell o algo así, unos treinta años más joven que Alun Weaver y de aspecto menos elegante, a quien sin embargo estaba claro que era posible confundir con él. ¡Salud *yn fawr*! Entre las muchas cosas que competían por su atención, vio con asombro que Charlie aún no había tocado su bebida.

Tranquilo, haciendo los mayores esfuerzos para que sus palabras sonaran serenas, dijo:

—Bien, por lo visto tendré que tirar a la basura lo que he escrito y dar un enfoque nuevo al asunto. Así de sencillo. Estoy de acuerdo: en Gales es fácil caer en la endogamia sin darse cuenta.

Por fin Charlie bebió un trago.

—Lo siento, Alun —dijo.

—¡Oh, vamos! Acabas de ahorrarme varios meses de trabajo inútil. ¿Crees que preferiría que hubieses dado el visto bueno a una porquería? Por si lo dudas, te diré que no. Y ahora que hemos liquidado eso, podemos pasar a las cosas serias. Acaba esa copa y tómate otra.

—Primero le haré sitio, si no te importa.

Cuando se quedó solo, Alun se relajó y se preparó para cualquier jugarreta que pudiera hacerle la cabeza, pero ese problema ya se había solucionado. En cambio otros no, no del todo, y se dijo que debía dejar de tragar saliva como un loco y respirar normalmente, y admitir que siempre había tenido la sospecha de que lo que había escrito no valía nada, de modo que en cierto sentido debería ser un alivio que alguien le hubiese hablado de forma tan clara.

No tardó en volver Charlie con dos whiskies largos.

—Bueno —dijo—, el meadero no ha cambiado. Hasta cuando orinas se queda allí en vez de correr como es debido. Creo haber oído que vienen Percy y Dorothy. ¿Es cierto?

Alun sabía qué responder, pero cuando iba a hacerlo se encontró con que no le salían las palabras, ni esas ni ninguna de las que intentó decir. Abría y cerraba los labios y parpadeaba mirando a Charlie.

—¿Estás bien?

Llevándose la mano a la parte superior del pecho Alun asintió vigorosamente con la cabeza y tragó saliva. Intentó de nuevo que le saliesen las palabras junto con el aliento. Tenía la cabeza estable como objeto y despejada por dentro, pero empezaba a asustarse un poco. Después, tras un esfuerzo no diferente de los anteriores, dijo:

—Sí, Charlie. Respondiendo a tu pregunta, es verdad que Percy y Dorothy van a venir, a última hora de la tarde o primera de la noche, si mi información es fidedigna. Uf... ¿Qué ha sido eso? Caramba, ya estoy bien.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Lo tengo aquí —dijo Alun antes de coger su vaso y beber un buen trago. Las imágenes y los sonidos del pub, ahora lleno y ruidoso con las charlas y risas, se alzaron a su alrededor como por primera vez—. Bueno, fuera lo que fuese ya es suficiente, por muy apreciado que pueda resultar el silencio de Weaver en ciertos barrios de Lower Glamorgan y más allá.

—Estás un poco pálido. O lo estabas.

—No me extraña, con la singular y pesadísima *Dorothea omniloquens ferox*

dispuesta a atacar nuestra pacífica y feliz comunidad. Hay personas a quienes no les vendrían mal unos cuantos ataques de silencio como el mío. ¿Recuerdas...? ¿Quién fue el que dijo a propósito de la conversación de Macaulay que...?

Charlie tenía todavía una expresión preocupada y compungida, y Alun trataba de que desapareciera de su rostro. Cuando lo consiguió, también él había recobrado el ánimo, hasta el punto de que, siempre que mantuviese la idea a una distancia conveniente, creía que después de esas vacaciones podría abordar de un modo más adecuado *Volver a casa*, conservando el título y también el manuscrito, que por fuerza debía de tener algo que pudiera salvarse con un poco de imaginación, o de coraje. Se sintió bien durante el rato que permanecieron en el pub, tomó otro par de copas al regresar al chalet, y comió pescado en escabeche con mucho pepinillo y cebolla picada, todo ello bien regado con aquavit y Special Brew y apisonado con Irish Cream. En un paso de dudosa legitimidad, los hombres aclararon el espeso licor con whisky.

Después hubo una pausa natural. Las mujeres fueron a dar un paseo, Rhiannon mascullando que debería haberse traído a la perrita. Charlie subió a plazos por las escaleras y se le oyó en todo el edificio, y quizá más allá, dejarse caer en la cama de la habitación del fondo. Alun se sentó en el sillón, como la tarde anterior y, tras soñar que la señora Thatcher le decía que sin él su vida no sería más que una cáscara vacía, se despertó con un respingo para encontrarse con la imagen de un hombre barbudo que hacía muecas (habían bajado el volumen) y dibujaba frenéticamente historietas en la pantalla tamaño postal del pequeño Sony que se habían llevado.

Apenas un minuto después volvieron las mujeres de su paseo, con las mejillas sonrosadas y el paso rápido, decididas a cualquier precio a tomar el té. Alun se enderezó en el sillón y oyó sus gritos y risas en la cocina, y los pequeños golpes que daban al cerrar las puertas de la alacena y poner la mesa. En un momento dado Sophie salió de la cocina y subió corriendo por las ruidosas escaleras de madera, al tiempo que le hablaba a voces a Rhiannon. Miró de pasada a Alun como si fuesen dos desconocidos en un hotel. Lo mismo ocurrió cuando bajó a la carrera con un paquete de galletas en la mano. Alun sabía que no lo hacía por fastidiar, por establecer un contraste ofensivo con el letargo masculino: era solo un ejemplo, más ilustrador que otros, del hecho consabido de que las mujeres estaban borrachas la mitad del tiempo sin necesidad de alcohol. (Y los niños mayores de dos años siempre, salvo cuando estaban dormidos.) Maricas aparte, los hombres de más de veinticinco nunca estaban borrachos por muy trompas que pudieran estar. Más bien lo contrario, se dijo Alun oyendo pisadas ampliamente espaciadas en la planta superior.

Cuando Charlie apareció, miró en silencio a Alun con una mezcla de súplica y reproche, como si llegase cubierto de sangre tras una valiente lucha en solitario contra los opresores. Lejos de presentar semejante estado, su aspecto era bastante bueno, fuera lo que fuese lo que eso quisiera decir aplicado a él. Hablando igualmente en términos relativos, hasta entonces se había moderado bastante con la

bebida: en el pub no había insistido en que pidieran una ronda tras otra y había aguantado largos períodos de hasta diez minutos con el vaso vacío. De seguir así, tal vez se mantendría en pie hasta bien entrada la noche. Alun pensó que tal vez lo hiciese por él, y se conmovió.

Llevaron el té, junto con tostadas untadas de paté de anchoas y pastelitos galeses, pero no las galletas de Sophie, de las que ella y Rhiannon debían de haber dado cuenta en la cocina. Comieron, se quitó la mesa, y luego todo se reanimó como en una pesadilla cuando llegó Dorothy con Percy y sacó de una bolsa bollos, mermelada de fresa, crema de Devonshire y pastelillos de nata cubiertos de chocolate. Tras saludar a los cuatro como si se hallaran en una reunión de prisioneros de guerra, quedó claro que todavía no había alcanzado su estado habitual de las cinco de la tarde de un día entre semana. Eso quería decir que permanecería así más tiempo del acostumbrado; por otra parte, cabía presumir que tardaría más en resultar insoportable, y siempre podía caer muerta antes de llegar a esa etapa.

Pocas personas que no conocieran Gales o a los galeses hubiesen creído que era lo más fácil del mundo conciliar a Dorothy tal como estaría más tarde con Dorothy tal como se comportaba en ese momento, cuando retiraron por segunda vez el servicio del té y llevaron de la cocina una botella de rioja blanco. Sin acabar de entender al parecer lo que se estaba preparando, observó con el ceño levemente fruncido cómo Rhiannon la descorchaba y servía tres vasos. Después de pensarlo, cogió la botella de un modo cauteloso y furtivo, inclinó la cabeza hacia delante y leyó la etiqueta de cabo a rabo con ayuda de sus gafas de montura negra. A continuación, imitando con cuidado los movimientos de las otras dos mujeres, levantó el vaso, bebió y pareció interesada y un tanto divertida: de modo que aquello era vino.

Alun contemplaba todo esto con cierto desagrado profesional. Sabía que él exageraba un tanto ese aspecto de la vida, pero en su caso era solo buen humor, pasatiempos de hijo único que había jugado mucho solo, mientras que Dot trataba en serio de producir un efecto determinado. Era algo muy difícil a su edad, y entre aquella gente, aunque su conducta se remontaba a sus comienzos como beoda, cuando podía fingir que si cogía una tajada era porque no entendía nada de bebidas. Lo de ahora era una especie de versión ritualizada.

—Vamos a presentar nuestros respetos al sepulcro de Brydan —dijo Sophie.

—La última vez que la vi era más bien una sepultura —recordó Charlie—. Por supuesto, desde entonces es posible que la hayan convertido en mausoleo. O en un crómlech, dado que era celta y todo eso.

—Prefiero la sepultura —opinó Alun.

Percy se volvió hacia Dorothy.

—¿Te gustaría ir, cariño?

—Sería estupendo. Hará unos veinte años que no voy. En cuanto acabe esto.

—Creo que cierran el cementerio a las seis —indicó Rhiannon.

El tono en que pronunció la frase despejó cualquier duda sobre la falta de

espontaneidad de la propuesta de Sophie. A Alun le hubiera gustado saber si la idea había sido de ella o de Rhiannon, aunque de todas formas le apetecía. Fuera como fuese, Dorothy estaba atrapada, se vería irremediablemente separada de la botella de vino no solo mientras presentaban sus respetos, sino también después. Había tiendas que no cerraban hasta muy tarde o hasta bastante tarde, tiendas sin duda señaladas de antemano como lugares ante los que no podían en conciencia pasar de largo (los hombres estarían a salvo en el pub durante esa parte). Con un poco de suerte no volvería a verse junto a la botella hasta al cabo de por lo menos dos horas. Pero después...

Cuando se levantaron para marcharse, comentaron lo bien que les sentaría el pequeño paseo, y entretanto hubo un intercambio de señas faciales. Charlie quiso saber si Alun tenía algo que ver con un plan tan odioso y Alun trató de indicarle que no. Percy, a su lado, vio cómo Dorothy apuraba el vino de un trago para no hacer esperar a los demás. Sophie y Rhiannon dejaron sus copas. La mirada que Rhiannon lanzó a Alun admitió su complicidad y consiguió hacerle saber que, para empezar, no habría habido otra forma de mantener el vino lejos de Dorothy. Concedido. A Alun no le costó imaginar la sorpresa de Dorothy al ver por casualidad la botella en el frigorífico o, si las cosas hubieran llegado a ese extremo, la torpe impetuosidad con que habría obligado a aceptar a su anfitriona el curioso paquete de regalo en forma de botella de vino que casi había olvidado meter en su equipaje en el último minuto.

En contra de lo que cabía esperar en aquella zona, el sol estival lucía esplendoroso sobre la suave cuesta del cementerio, que, según vieron, en esa época del año estaba abierto hasta las siete. Era un sitio agradable, con un césped muy verde y bien cuidado entre las tumbas. La de Brydan se hallaba hacia el final de una fila de sepulcros más bien nuevos, en la esquina sudeste. No se diferenciaba mucho de las demás: una lápida, un montículo de hierba bordeado de piedras y flores frescas en jarrones de cristal. La inscripción se atenía sobriamente a los hechos, con solo una cita bien elegida del poeta. Apenas había pisadas alrededor, como si hubiese corrido la voz de que no había mucho que ver allí.

Los miembros del grupo se mantuvieron apartados unos de otros y en silencio, casi como si intentaran mostrar respeto. Solo Dorothy parecía una persona de pie junto a una tumba en una película. Al menos eso esperaba Alun, que, con la cabeza inclinada, notaba la mirada de Charlie mientras trataba de pensar en Brydan, con quien se había tropezado en varias ocasiones y había pasado incluso gran parte de una velada. Más de una vez había comparado al poeta con una cebolla: uno iba quitándole capas, en las que se alternaban el capullo y el hombre decente, hasta llegar al corazón. El problema era que en ese momento no conseguía recordar, y mucho menos decidir de improviso, en cuál de las dos terminabas. Algo parecido ocurría con sus libros: ¿charlatanería inteligente u obras geniales con grandes defectos? O quizá eso no venía al caso.

Erigida imperativamente en guía, Dorothy dio media vuelta y se encaminó hacia

la puerta seguida por Rhiannon y Sophie. A un lado se alzaba un pequeño promontorio, la loma de Brydan, antiguamente y con menos gusto el *twmp* o altozano de Brydan, aunque pocos lo denominaban así si no era en letra impresa. Se fingía sin mayor entusiasmo que el poeta había pasado incontables horas contemplando desde allí la ciudad y la bahía, lo que quizá hubiera valido la pena si no hubiese otros sitios desde donde verlas. Esa ficción encontraba algún respaldo en un pasaje de uno de sus últimos poemas, y ahora el antiguo *twmp* tenía asegurado un lugar en los índices de obras doctas y en las guías. Percy dedicó al lugar un gesto cordial con la mano.

—Es bonito esto, ¿verdad?

—Alguien ha hecho lo que debía —dijo Alun, y se apresuró a añadir—: al no permitirles convertirlo en atracción turística. Quien haya sido merece un diez.

—Sí, desde luego. Ahora recuerdo que fuiste al colegio con Brydan, ¿no es cierto?

—Bueno, debe de haber un millar de personas que podrían...

—Pero el lazo personal está ahí. Eso debe de hacer que experimentes una sensación de especial intimidad al leer los poemas, añadida a tu sensación de afinidad al ser tú también poeta. Es como para estar muy agradecido. ¿No tienes conciencia, quizá muy viva, de poseer una especial percepción del espíritu de ese hombre, de su alma?

—No lo sé; supongo que sí —contestó Alun, resuelto a no mirar a Charlie, que estaba al otro lado de Percy, y muy poco dispuesto a mirar a este.

—Por el amor de Dios, Alun, no seas tan modesto en una cosa así. —Percy acrecentó la lúgubre solemnidad de su tono y expresión, lo que lo salvó de ser cogido y lanzado por encima del alto seto junto al que pasaban en ese momento—. Es un privilegio milagroso, no obra tuya.

—No, ya me doy cuenta.

—Porque, las cosas como son, tú eres el heredero artístico de Brydan, no de una manera evidente, nostálgica, sino... Seguro que eres consciente al menos de pertenecer a su misma estirpe, de tener la misma raíz.

—Bueno, sin duda hay algo ineludible en la sangre de todo galés que lo une... —Alun trató de que no le invadiese el pánico mientras oía su voz modular de forma implacable los tonos que tanto había practicado. Dejó la frase a medias.

Percy no insistió.

—Esas cosas serán como tengan que ser —dijo, aceptando sin vacilar el deber de pasar a los asuntos mundanos—. Entonces, ¿nos vemos luego en el pub? De acuerdo.

—Será cabrón —exclamó Alun mientras él y Charlie veían cómo la alta figura canosa de Percy se apresuraba colina abajo para alcanzar a las mujeres—. Supongo que me estaba tomando el pelo.

—No tengo ni idea.

—Por el amor de Dios, Charlie, seguro que se estaba burlando de mí. Privilegio milagroso... Se ha cachondeado bien, te lo garantizo.

—¿Y qué? No le conozco lo suficiente para asegurarlo, pero por aquí hay muchas personas que hablan así de veras, o casi, como ya habrás observado. Y no solo en Gales.

—Probablemente estar casado con Dorothy influye. Eso debe de sacar a la superficie cualquier proclividad latente al cachondeo, ¿no te parece?

—No lo sé.

—¿Y por qué está tan moreno? Ya sé que es constructor, pero no creo que pase el día entero a pie de obra. Y no habrá ido a Marruecos para ponerse así, porque hubiera tenido que llevar a Dorothy, y si ella hubiera estado allí ya lo sabríamos. Lámpara solar... Pero ¿por qué? —Alun concluyó al estilo de un sacerdote—. En el nombre de Dios, amigos míos, ¿por qué?

Charlie negó con la cabeza sin responder. Los cuatro que iban delante habían llegado a una calle comercial. Percy caminaba junto a los locales con la intención de detener a Dorothy si pretendía entrar en algún bar. Se había unido al grupo unos minutos antes para evitar que eso ocurriera. Si Dorothy trataba de cruzar la calzada, su superioridad física y su mejor forma le permitirían alcanzarla. Algo disuadió a Alun de exponer este razonamiento a Charlie, que fue quien habló ahora.

—La última parte de lo que dije se acercaba demasiado a la verdad, intencionadamente o no, para resultar agradable.

—Ah, pero...

—No sé qué opinas ahora de la obra de Brydan, y me atrevería a decir que tú tampoco, y estoy seguro de que negarías con indignación e incluso con tristeza ser su sucesor, pero es su influencia la que hace tan horrible esa bazofia que me has enseñado. No digo que no seas capaz de escribir algo malo sin ayuda, pero ya me entiendes.

Alun guardó silencio.

—No lo dije con demasiada claridad en el pub, pero si quieres que *Hora de cerrar*, *Vuelta a casa* o como se llame sea buena, debes quitar cuanto huela a Brydan, de modo que ni una sola palabra me lo recuerde ni siquiera vagamente. Pienses lo que pienses de él, debes escribir como si lo odiases y despreciaras sin reservas. Dijiste que querías mi opinión sincera; pues ya la tienes.

Tampoco ahora dijo nada Alun, pero para entonces él y Charlie ya habían alcanzando a los demás, que se habían detenido en la acera para mirar, ninguno con tanto interés como Percy, el escaparate de una papelería. En realidad se trataba de una papelería en sentido amplio, pues no solo se veían allí y en el interior de la tienda materiales y accesorios para escribir, sino también fotografías enmarcadas de vistas locales (incluido el chalet de adivinad quién) y adornos para la repisa de la chimenea, entre ellos *objets trouvés*, además de jarras, ceniceros, pañuelos y mantelerías con motivos galeses en general y de Birdarthur.

—¿Qué pasa? —preguntó Alun al ver que todos parecían haberse quedado sin habla ante lo que veían—. ¿Alguien quiere comprar algo?

—Pensábamos que quizá tú quisieras —respondió Dorothy con una sonrisa cándida.

—¿Yo? ¿Qué diablos voy a comprar en una mierda de sitio como este?

—Todo tipo de cosas. —Dorothy habló esta vez con cierto sentido del humor—. ¿Qué te parece un bonito paño de cocina para cuando friegas los platos?

En otra ocasión probablemente Alun hubiera visto en esas frases un intento, pesado sin duda pero no malicioso, de tirarle de la lengua, de dar al gracioso de la pandilla ocasión de lucirse, y a buen seguro habría respondido. Pero siguió callado al ver a Percy con expresión expectante, a Rhiannon pensando en un baño caliente y en poner los pies en alto, a Sophie un tanto distraída y a Charlie, por supuesto, en las mismas. Hizo ademán de continuar el paseo, pero se encontró el paso cerrado.

—O quizá papel de máquina de escribir. He visto que has estado tecleando.

Eso hizo que Alun recuperara la voz.

—Necesitas una copa —gruñó casi al oído de Dorothy, y añadió justo a tiempo—: Todos necesitamos una copa. Ahora, por el amor de Dios, vámonos. Venga, moveos. —A continuación se volvió hacia Percy—. Si estás pensando en preguntarme si me apetece pasar por el chalet para estar cerca de la sombra de mi progenitor poético, te aconsejo que renuncies a semejante aventura.

Esto provocó algunas risas, no muchas, pero unas cuantas, y Alun se ganó un puñetazo de Rhiannon en la región lumbar, a hurtadillas pero ni mucho menos simbólico, por enfadarse. Cuando llegaron a la puerta del White's Percy dijo que daría una vuelta con las chicas antes de entrar a tomar una copa.

—Una vez que haya visto a Dorothy sana y salva en casa —comentó Alun al volver con los dos primeros vasos—. En casa de Dai, claro está.

—Donde hay bebida suficiente para poner a flote un acorazado —explicó Charlie—, o por lo menos un crucero ligero.

—Esa expedición cultural no fue idea mía.

—Bueno, ya ha acabado y nadie se ha roto nada.

—Es que he pensado que todos los palos que me he llevado hoy han sido por haber sacado al grupo a dar un paseo.

Charlie lo miró.

—No seas ridículo —dijo.

3

El resto de la tarde transcurrió más o menos bien. Cuando hablaron de la cena, se pensó pero no se dijo que quizá Dorothy se reprimiera un poco en un lugar público. Sin embargo, lo que se dijo fue que, por supuesto, no debían permitir que Rhiannon cocinase, de modo que esa noche no habría trucha. Bien porque se hubiese oído algo de lo no dicho, bien por simple torpeza, Dorothy propuso comprar comida hecha.

Alun alegó que a buen seguro la comida sería mala de todos modos, pero que si la tomabas donde la cocinaban al menos podías insultarlos, lo que quizá no fuera un gran argumento, pero sí lo bastante convincente para arrastrar a aquella asamblea. Así pues, pasaron a toda velocidad, ya en el crepúsculo, por delante de la hamburguesería Brydan y siguieron colina arriba en la limusina sueca de Percy, que olía de un modo inesperado pero bien, casi como una fábrica de medicamentos contra la tos.

Cuando ya era demasiado tarde se enteraron de que en el restaurante que habían elegido se celebraba una cena por todo lo alto, con brindis y discursos. Dorothy estuvo contenida, sin apenas hablar la mayor parte del tiempo, hasta el punto de que Alun pensó que quizá habían sido demasiado duros con ella y podían dejarla expirar sin dolor. La comida resultó ser de una mala calidad común y corriente, sin llegar al umbral de la incitación al insulto. Tanto Alun como Charlie tenían fama de echar mano a la cuenta en tales ocasiones, pero esa noche se les adelantó Percy. El grupo pasó casi todo el viaje de regreso discutiendo sobre cómo se llamaba el restaurante, o al menos algunos, pues otros —Rhiannon la primera, y después Sophie y Charlie— se quedaron dormidos o se refugiaron en el silencio. Tampoco Percy, que conducía a gran velocidad pero con suma concentración, dijo gran cosa. Y nadie pareció dispuesto a continuar una vez que Alun hubo afirmado que la cocina galesa era ni más ni menos que mala cocina inglesa, o posiblemente cocina inglesa sin más.

Tal vez Dorothy se explayase en el pub sobre algunos de sus temas, desde las desgravaciones en el impuesto sobre la renta neozelandés hasta el futuro en el ruso coloquial, pero nadie pudo recordarlo más tarde, ni lo intentó. Fuera como fuese, recuperó el tiempo perdido y no tardó en alcanzar el estado crítico. Percy la puso en pie y Sophie le echó una mano. Juntos se la llevaron hacia la puerta, tarea siempre embarazosa entre una muchedumbre de aldeanos que reaccionaban con lentitud.

—La verdad es que es un consuelo —reconoció Charlie—. Hace que me sienta de lo más distinguido.

—Será mejor que vaya yo también o Sophie va a tener para rato —indicó Alun—. Además, puede ser divertido verlo.

—¿Eso crees?

—Encuentro todo esto muy fascinante. Alguien que...

—¿Sin tener en cuenta el buen gusto?

—Te veré dentro de unos minutos.

Alun había dado por sentado que subirían a Dorothy en la limusina con la mayor celeridad para llevarla a toda prisa a la ciudad. También lo había creído Percy, pero no iba a ser así. Para empezar Dorothy se empeñó en ir a buscar la chaqueta de punto que se había dejado en el chalet. Cuando lograron disuadirla, se negó a marcharse sin dar las buenas noches a su anfitriona y, aparte de su estado, no había ninguna razón para impedirselo. Así pues, al final fue ella la que condujo a los otros tres de vuelta a casa de Dai el Libros, sin querer que la ayudasen el par de veces que tropezó en la tierra desigual del paseo de Brydan, que no contaba con iluminación. La luna se

hallaba oculta detrás de la colina.

Había luz en la sala pero nadie en ella, ni luz en la planta superior. Tal como había asegurado muchas veces en los últimos minutos, Rhiannon se había ido a la cama. Extrañamente si tenemos en cuenta su anterior firmeza, Dorothy pasó esto por alto. Con semblante preocupado, fue a la cocina, regresó con una botella de riesling Banat, buscó lentamente pero por poco tiempo el sacacorchos y volvió a salir.

—Volved al pub vosotros dos —indicó Percy—. Para lo que viene ahora me arreglo solo. En realidad no deberíais haberos molestado en venir.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

—Sí. Tras otro par de copas no tardará en entrarle el sopor. Pan comido...

—Bueno, yo voy a tomarme una rápida —afirmó Alun. No había muchas posibilidades de que fuera a ocurrir algo que valiese la pena, pero se quedaría un momento por si acaso—. El whisky de ese pub no está mal para quienes no están acostumbrados a algo mejor.

—Como quieras.

Percy, que había estado recorriendo las estanterías medio agachado, emitió un ruidito de satisfacción, se enderezó y se apartó con un volumen en rústica titulado, según vio Alun, *Limpia a fuerza de besos la sangre de mis manos*. Lo abrió y empezó a leerlo con atención mientras se acomodaba en el maltrecho sillón con nuevos ruiditos de contento. Cuando Dorothy reapareció y le entregó la botella y el sacacorchos en un manso silencio, abrió el libro de par en par y lo dejó extendido sobre el brazo del asiento para seguir leyendo mientras trabajaba en la botella. A su debido tiempo Dorothy se sentó en una silla de comedor que había junto a la mesa y se quedó pegada a su copa de vino. Su silencio había adquirido un carácter sereno, meditativo.

Al cabo de un rato Sophie se volvió hacia Alun.

—Creo que deberíamos ir con Charlie.

—Sí, sí, vamos. —Estaba deseando marcharse, ahora que estaba claro que carecía de interés quedarse—. ¿Seguro que no nos necesitas?

—No; gracias, Alun —respondió Percy volviendo la página antes de levantar la vista—. Que os divirtáis. Hasta luego. —Hizo una pausa de mal actor antes de llamarlo—: Alun.

—¿Sí? —dijo este entre dientes.

—No... no olvides lo que te dije sobre Brydan y tu herencia.

—No lo olvidaré, no temas.

—Procura tenerlo presente, muchacho. Buenas noches a los dos.

Apenas se hubo alejado unos pasos de la casa con Sophie, Alun dijo, no en voz muy alta pero sí con indignación:

—Ese tipo es un capullo. Y un cabrón. Un capullo.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué ha dicho?

—Ya lo has oído. Fue lo que dijo antes. De todos modos, no importa. No es más

que un capullo.

—¿Qué dijo antes?

—¡Por el amor de Dios, olvídalo! No quiero darle vueltas a eso ahora —repuso Alun, y aceleró furiosamente el paso.

—¿Qué dijo de Brydan?

—Da igual. No vale la pena hablar de ello.

Sophie le obligó a detenerse.

—Conmigo no vale la pena hablar de nada, ¿no es eso? —preguntó atropelladamente y al parecer también bastante enfadada—. Crees que soy imbécil, ¿verdad que sí, Weaver? Siempre lo has creído. Ni siquiera te molestas en disimularlo. Soy solo otra puerta a la que llamar, otro cliente satisfecho. Pues un millón de gracias, amigo.

—No levantes la voz...

—Creía que pensabas que yo era especial. Ya sé que es una tontería.

—Sabes muy bien que yo...

—Cuando no te molestas en darme ni la hora.

Las argucias y los accesos de ira de la buena de Sophie no eran por supuesto nada nuevo, como tampoco sus impetuosas arremetidas. Lo nuevo era esa última parte, o la anterior, y las lágrimas. Sin demasiada lucha Alun consiguió rodearla con los brazos.

—Mujercita tonta... —dijo cariñosamente.

Una cosa llevaba a la otra, o se acercaba a ella. No lejos de donde se hallaban había una pequeña hondonada cubierta de hierba, muy práctica, entre el paseo de Brydan y el borde del acantilado. Alun la recordaba muy bien, la recordaba como si hubiera sido ayer, aunque no se acordaba de si alguna vez le había hablado de ella a Sophie. Para llevarla hasta allí y encontrar aquel sitio por casualidad habría que actuar con cautela, aunque por el momento era anticiparse demasiado.

—¿Qué te parece un revolcón?

—¡Qué cosas dices!

—No ha caído una gota de lluvia desde hace semanas.

—No.

Las cosas se habían puesto interesantes cuando oyeron un fuerte choque o porrazo a cierta distancia, no tan estruendoso como lo era sin duda en su origen, pero de todos modos claramente audible por encima del suave rumor de las olas que rompían en la playa más abajo. El estrépito provenía de la fila de chalets, a unas sesenta o setenta metros de donde ellos estaban entre las sombras. Mientras miraban en esa dirección se encendió una luz en el piso superior de una de las casas: la de Dai sin duda. Tras una rápida ojeada a Sophie, Alun echó a andar hacia allí.

—Deberíamos estar camino de...

—Deja eso ahora —la interrumpió Alun—. Vamos... Dios sabe qué habrá sucedido.

Sophie vaciló un momento antes de seguirlo. Llegaron al chalet no muchos

minutos después de haberlo abandonado. Lo ocurrido era muy simple y no hacía falta pensar mucho para encontrarlo también probable: Dorothy había salido del lavabo y se había caído por las escaleras, y el estruendo se debía a que había tirado una silla que había junto a la puerta con dos maletas vacías encima. Lejos de estar herida o acobardada en alguna medida por la experiencia, parecía más animada, tonificada, aunque dispuesta a confirmar que necesitaba una copa.

Cuando quedó claro que todo iba bien y que no hacía falta su ayuda, Sophie le dijo a Alun:

—Debemos volver con Charlie. Se estará preguntando qué nos retiene.

Alun miró el reloj.

—Ahora que lo pienso, no vale la pena ir. Cuando lleguemos no podremos estar ni quince minutos.

—¿A qué hora cierran aquí? —preguntó Percy, que no había preguntado cómo era que Alun y Sophie estaban todavía lo bastante cerca para oír el fuerte trompazo—. En los pueblos el horario es diferente. Cierran más temprano.

—Entonces estará ya de vuelta.

—No le gusta la oscuridad —explicó Sophie—, y el último tramo está como boca de lobo.

—Si se pone nervioso nos telefoneará. —Alun tenía un aire de alegre desconcierto—. No sé por qué es tan...

—No puede telefonar aquí, sino a casa del vecino —intervino Rhiannon, que, con el albornoz y las zapatillas de punto, había estado presente desde el principio—, y no tendrá el número.

—¡Por el amor de Dios! Son solo unos metros y seguro que hay gente.

Dorothy también lo había oído todo, y era evidente que incluso había comprendido algo.

—Iré con vosotros —dijo levantando la copa, que vació de un trago—. Me vendrá bien tomar el fresco. Esta casa es sofocante cuando hace calor.

—¿Qué hay de ese vecino? —preguntó Percy tras lanzar una mirada al libro—. Si es un buen vecino, iré a su casa para telefonar al pub.

Rhiannon se lo explicó y Percy salió detrás de Dorothy y Sophie.

—Me importa un bledo lo que le pase a esa mujer —dijo Alun—. Si te interesa mi opinión, es repugnante, y mala además. Tuvimos que sacarla del pub y después no quería entrar en el coche, no hacía más que decir que tenía que darte las buenas noches, hasta que al final hubo que traerla. Sophie y yo estábamos camino del pub cuando oímos el golpe y vimos que se encendía la luz, así que volvimos corriendo.

Sonaba fatal, y se preguntó de pasada si todo lo que había dicho cada vez que tenía algo que ocultar habría sonado así. Comentando afablemente que suponía que otra copa no le haría ningún mal, se sirvió una aunque no le apetecía. Vio que Rhiannon, ahora en la silla que antes ocupaba Dorothy, jugueteaba preocupada con un objeto tan pequeño e irrelevante como es una bolsita de champú.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó.

—¿Sobre qué?

—Sobre volver a buscar a Charlie.

—¡Ah! Es que antes no me había dado cuenta de la hora que era. Fue todo un poco confuso. Voy un momento a hacer pis.

Mientras estaba en la planta de arriba pensó en lo que no podía decir, cosas de todo tipo, la mayor parte ciertas, la mayor parte ya sabidas, pero aun así indecibles. Podía simular preocupación por Charlie e irse con Dorothy y Sophie, pero entonces Rhiannon pensaría que la esquivaba. ¡Ah, idiota!, se dijo cansinamente, y a punto estuvo de desquijarse por culpa de un estupendo bostezo. Se enjugó los ojos con papel higiénico y bajó.

Aunque sabía de sobra que entre aquellas paredes Rhiannon no habría podido sonarse, y no digamos ir a parte alguna, sin que se la oyera en toda la casa, se llevó una desagradable sorpresa al encontrarla donde la había dejado. Pensó algo y fue al sillón en el que se había sentado para escribir a máquina.

—Es increíble que Dorothy pudiera seguir esa conversación teniendo en cuenta lo mucho que ha bebido. Solo en el restaurante debió de...

—Ya sabía que a Charlie le da miedo la oscuridad y todo eso. Como sin duda la mayoría de los viejos amigos, tú incluido.

—¿Por qué yo incluido?

—Porque eres el único al que no parece preocuparle. Fíjate en Percy, que ha ido a telefonar, sin hacer preguntas, y eso que apenas lo conoce.

—Sinceramente, no sé a qué viene todo este jaleo. Si le da miedo la oscuridad, las calles están bien iluminadas hasta donde dejamos los coches, y después... Después no está tan oscuro, y hay, ¿cuánto?, doscientos metros como mucho.

—Lo suficiente si te da miedo. Acuérdate de cuando eras pequeño.

—¿Cómo? Él ya es mayorcito. Sospecho que el bueno de Charlie se aprovecha de eso de que le tiene miedo a todo. Así lo traen y lo llevan de acá para allá y lo miman dondequiera que esté.

—Es posible, no se me había ocurrido. —Rhiannon se guardó el sobre de champú en un bolsillo del albornoz—. ¿Le enseñaste tu novela?

—Sí, y cree que necesita una revisión a fondo, que es lo mismo que yo pensaba, como recordarás.

—Sí. Bien. Voy a hacer té.

—Estupendo. Tomaré un poco.

Alun cogió su whisky, diciéndose que después de todo lo necesitaba, y se dispuso a relajarse, pero no tuvo tiempo de hacerlo porque enseguida oyó voces que se acercaban. Por un momento pensó que se trataba de desconocidos, pero pronto reconoció la de Sophie, y después la de Dorothy, en un tono que nunca había oído utilizar a ninguna de las dos. Había una tercera, una especie de gimoteo agudo que variaba de intensidad. Cuando se dio cuenta de que debía de ser la de Charlie, se

enderezó en su asiento, asustado. Rhiannon salió a toda prisa de la cocina, abrió la puerta y se quedó en el escalón. Alun se puso en pie y esperó.

Charlie tenía un color extraño, el de un hombre rubicundo que se ha puesto muy pálido. Apretaba un pañuelo sucio contra la boca con ambas manos, a pesar de lo cual sus gemidos se oían mucho. Entre palabras de consuelo Sophie y Dorothy lo llevaron al sillón, y Rhiannon se arrodilló junto a él y le acarició la calva. Cuando pareció relativamente calmado, Sophie corrió escaleras arriba, volvió con una caja de pastillas y le dio una. Alun se movía alrededor tratando de parecer dispuesto a hacer cualquier cosa razonable. Saltaba a la vista que Dorothy, cuyas palabras de consuelo superaban con mucho a las de las demás en alcance e inventiva, disfrutaba al poder distinguirse en ámbitos como los de la responsabilidad, la compasión, etcétera. Eso pensaba Alun, que intentó reflexionar sobre la cuestión de cuánto recordaría Dorothy por la mañana. Sin embargo le costaba apartar la idea de que, fuera lo que fuese lo que le ocurría a Charlie, y comoquiera que le hubiese ocurrido, la culpa era suya, de Alun.

De vez en cuando Charlie se quitaba el pañuelo de la boca y decía una o dos palabras con un breve chillido antes de volver a tapársela. Dijo varias veces que lo lamentaba, dos veces quizá que había creído que se encontraba bien y podía hacerlo, y una vez: «Que venga Víctor». Fue en ese instante cuando Percy reapareció para anunciar que no había conseguido hablar con los del pub. Apenas había hecho su entrada en escena cuando Sophie lo envió a empujones hacia la puerta indicándole que telefonara al Glendower.

Después de esto no ocurrió nada sorprendente o importante durante más o menos media hora. Percy, que no tardó en volver, dijo que Víctor estaba en camino. En dos o tres ocasiones Charlie se mostró más tranquilo y silencioso durante unos minutos, pero enseguida recaía. Dorothy, sentada en el suelo junto a él, se durmió o quedó aletargada con la cabeza gacha. Sophie explicó a los demás que lo habían encontrado acurrucado junto a la esquina de una tapia cerca de donde habían dejado los coches, al parecer incapaz de moverse. Rhiannon repartió tazas de té sin mirar a Alun ni al acercarse a él ni en ningún otro momento. Alun se limitó a estar por allí.

Al fin llegó Víctor. Llevaba chaqueta y pantalón oscuros y una camisa negra acanalada con cuello de polo, y su cara, muy bien afeitada, era de lo más inexpresivo. Sin mirar ni a izquierda ni a derecha atravesó la habitación y estrechó a Charlie entre sus brazos durante un minuto. Después se irguió y, ordenando que saliesen todos menos Sophie, sacó del bolsillo una caja de cuero o plástico de aproximadamente el tamaño de una funda de gafas y empezó a abrirla.

En la cocina, adonde fue a parar con notable velocidad el grupo expulsado, Percy señaló a Dorothy que no harían más que estorbar si seguían allí y que deberían salir por la puerta de atrás. Una vez que Dorothy hubo entendido la proposición y procedió a vetarla, Percy se apresuró a sacar *Limpia a fuerza de besos la sangre de mis manos* y se acomodó con él bajo la lámpara del techo. Ahora Rhiannon sí miró a Alun, solo

una vez y apenas un instante, para decirle algo que él ya sabía, pero que bastó para dejarlo súbitamente sin respiración. Fue consciente de que nada de lo que hiciera o dijese la haría cambiar de opinión. Rhiannon, que había amontonado las tazas en el fregadero, salió sin decir nada dejando la puerta entornada, quizá para invitarlo a seguirla, pero más probablemente porque tenía la costumbre de dejar las puertas abiertas. Alun decidió que sería mejor ir tras ella. Aún no se le ocurría nada útil que decir, pero tarde o temprano tendría que decir algo.

No corría el viento, y le pareció que fuera la temperatura del aire era igual que en la cocina. La luna había asomado por un lado de la colina e iluminaba las partes del campo circundante no ensombrecidas por arbolillos y arbustos dispersos; más o menos todos los sitios donde podía estar Rhiannon. Alun dio unos pasos indecisos por el jardín, entre enormes matas de maleza y hierba tupida, hacia una cerca baja tras la cual la cuesta empezaba a empinarse demasiado para subirla sin alguna razón de peso. No se movía ni una hoja. Bajaba trabajosamente por la estrecha franja que había al costado de un chalet cuando una ola más grande de lo común rompió con estruendo en la playa, y al mismo tiempo reparó en que ya no se oía la voz de Charlie, al menos a través de la pared y de la puerta de la calle. Siguió caminando hasta donde podía ver a uno y otro lado el paseo de Brydan. Tampoco allí había nadie. Después de cierta vacilación accionó sin hacer ruido el picaporte y entró.

Victor y Sophie hablaban en voz baja, pero se interrumpieron y lo miraron expectantes. Charlie, entre ellos, estaba despatarrado y al parecer dormido.

—¿Puedo entrar? —preguntó Alun.

Ninguno de los dos respondió, pero Victor asintió con un gesto.

—Ahora está muy tranquilo. —Alun se acercó más a Charlie, aunque no demasiado—. ¿Qué habéis... qué le habéis dado?

—Se llama Largactil —dijo Victor con voz clara clavando sus ojos claros en Alun—. Es un tranquilizante muy fuerte. Le he puesto una inyección intramuscular.

—¿Usted?

—Sí, yo. Se aprende en un par de minutos. Los dos acordamos que lo guardaría yo. Charlie temía que le diera por inyectarse cuando estuviera trompa si lo tenía él. Una decisión muy sensata.

Alun tuvo la suficiente inteligencia para no preguntar por qué no lo guardaba Sophie.

—¿Qué le ha pasado?

—No está loco, si es eso lo que estaba pensando. Se trata de un ataque de despersonalización. Pánico originado al verse sin posibilidad de ayuda inmediata y que se autorrenueva, como si dijésemos. Imagino que será terrible. Bueno, no hace falta imaginarlo.

—¿Se le pasará?

Victor se levantó de pronto.

—Sí, gracias. ¿Quiere saber algo más?

—Me siento responsable.

—Lo sé —murmuró Victor con afecto—. ¿Sabía que a Charlie no le gusta estar solo después de oscurecer y todo eso?

—¿Me lo pregunta a mí? Más o menos. —Marica, pensó Alun; maricón, mariconazo—. Quiero decir que solo lo había oído comentar.

—Pero algo sabía, por...

Victor señaló con la cabeza a Sophie. Nada en su mirada daba a entender una relación entre ella y Alun. Viendo que se esperaba que siguiera hablando, Alun dijo:

—Sí, algo había oído, lo suficiente para saber que podría ser una faena dejarlo venir solo de noche. Quise hacerlo porque estaba enfadado con él por haber dicho que algo que yo había escrito no era bueno, que estaba copiado de Brydan. Quién se cree que es, pensé. Quería vengarme de él por...

Se interrumpió porque ninguno de los otros daba muestras de prestarle atención.

Victor volvió la cabeza y dijo con exagerada amabilidad:

—Ah, sí, bien, desde luego, le estoy muy agradecido. Ahora propongo que nos pongamos en marcha.

Los primeros que se pusieron en marcha fueron Dorothy y Percy, a quienes se agradeció cordial y brevemente su ayuda y se envió a casa, una forma desacostumbrada de marcharse para ellos. Después Victor indicó a Sophie que condujese el coche de los Norris y que él iría detrás con Charlie —quien mientras tanto no se había movido del sillón—, y que ya vería más tarde cómo recogía el suyo. Por último, ya en la puerta y ahora con Rhiannon presente, dijo, con menor amabilidad que antes:

—Señor Weaver, nos conocimos, si lo recuerda, en el restaurante que tenemos mi hermano y yo. Me temo que no fui capaz de ofrecerle una gran comida en aquella ocasión, y esperaba poder servirle otra mejor. Pero por desgracia han surgido problemas de suministro y personal, aparte de que, como tal vez haya oído, la nueva cocina no acaba de funcionar bien. De modo que no le aconsejaría aventurarse por allí hasta nuevo aviso. No podemos ofrecerle nada de lo que suele tener en Londres. Estoy seguro de que lo comprende. *Nos da*.

—Es lo peor que he hecho nunca —decía Alun momentos más tarde—. Sé de sobra que no sirve de nada, pero quisiera que creyeses que me doy cuenta.

—Eso no lo sé —dijo Rhiannon—. ¿Te importaría dormir en la habitación de invitados ahora que está libre? La cama del dormitorio es algo estrecha y necesito descansar bien esta noche.

Al cabo de unos minutos, Alun fue hasta la mesa donde seguían su máquina de escribir y sus papeles, tratando estúpidamente de no hacerlo de ningún modo especial; sacó *Vuelta a casa* del sobre y se dispuso a romperlo por la mitad con los pulgares juntos y los codos levantados. Luego pensó que no estaría mal regalar un par de páginas al próximo canalla no pagador que le escribiera para pedirle alguna aportación para una revista de estudiantes o algo que subastar con fines benéficos, o

lo que fuese; de todos modos, nunca se sabía. Tras perdonar la vida a su obra, no veía ningún motivo para continuar con su siguiente proyecto, la destrucción de la fotografía de Dai y Brydan, que al fin y al cabo no era el original. Tampoco llegó a meter su ejemplar de las *Poesías completas* entre los libros de las estanterías, donde nunca tendría que volver a verlo. Probablemente lo necesitaría como libro de consulta la próxima vez que escribiera un artículo, preparase una charla o hiciera cualquier cosa que versara sobre el maestro. Claro que podía dejar de hacer eso, pero por supuesto no lo haría.

8

Charlie

—Por mi parte, la cuestión se reduce a eso —dijo Garth—. Ginebra con angostura. Gracias, Arnold. Ah, sí. ¿Ese hombre está a favor de Gales o no lo está? Así de simple.

—Con todos los respetos, Garth, me temo que no es tan sencillo —repuso Malcolm—. Un hombre puede estar a favor de Gales de tal modo que denigre sutilmente al país, y eso es lo que siento decir y me sorprende bastante tener que decir que creo que estaba haciendo Alun. Él...

—Perdona que te interrumpa —intervino un hombre rechoncho de espeso bigote y los rasgos faciales turcos e incluso asirios que tienen algunos galeses, pero que en realidad era un aparejador de Newcastle Emlyn, huésped de Arnold Spurling—. ¿Tú no fuiste profesor de lengua en el instituto de Saint Elizabeth hace años?

—No —contestó Malcolm un tanto secamente, como si le hubieran tomado demasiadas veces por maestro de escuela—. Nunca.

—Siento haberme equivocado —dijo el huésped sin mostrar ni en sus palabras ni en sus gestos la menor satisfacción por ello.

Malcolm continuó con buen ánimo:

—Una cosa es escribir un artículo de periódico sobre el Eisteddfod^[2] en estilo humorístico y ameno y otra retratar como excéntricos a quienes participan en él.

—Eso lo acepto —dijo Garth—. Desde luego.

—¿Cuándo apareció ese... artículo? —preguntó el huésped.

—Hace un par de semanas, quizá más. Era parte de una...

—Pero el Eisteddfod es una ocasión para el encuentro de viejos amigos y el intercambio de noticias y chismorreos. —Los lustrosos ojos negros del huésped recorrieron el círculo en busca de apoyo para una visión tan simple del tema—. Hace no sé cuánto tiempo que no he estado en uno, pero no solía perdérmelos, y en aquella época me encontraba constantemente con personas a las que no veía por lo menos desde el año anterior. ¿O estabais pensando en el Eisteddfod Internacional?

—No —contestó Malcolm todavía más secamente. Al mismo tiempo parecía perplejo.

—Tony Bainbridge —dijo el huésped, y le alargó la mano mientras se sentaba—. Creo que no cogiste mi nombre antes.

Malcolm dio el suyo sin impetuosidad la segunda vez que el otro se lo preguntó.

—¡Ah! —exclamó Tony Bainbridge entrecerrando los ojos—. ¡Hum!

Aquello estuvo a punto de frenar definitivamente a Malcolm, cosa que Charlie, sentado al otro lado de Garth, casi esperaba. Lo malo de Malcolm, como de otros muchos, era que no solo seguía las conversaciones, sino que también esperaba que

quienes lo rodeaban hicieran otro tanto, sin importarle que estuviesen aburridos, locos, sordos o borrachos siempre que él no los hubiese visto llegar a ese estado. Y allí estaba ahora, como observó Charlie, mirando furtivamente el vaso de Tony Bainbridge con aire reflexivo, y después el suyo, con cara de asombro. Y eso al cabo de sesenta y tantos años en Gales, o simplemente en el planeta.

Antes de que el silencio se prolongara más de la cuenta reapareció Arnold Spurling con seis vasos en una bandeja. El sexto era para Peter, que no había despegado los labios desde su llegada, aunque había dado un par de bufidos cuando el Eisteddfod salió a relucir en la conversación. No hacía tantas horas que habían abierto el Bible, pero, con las nubes bajas y la intensa lluvia, daba la impresión de que estaba anocheciendo. No importaba que según el calendario fuese todavía verano; el tiempo del país había tenido siempre ideas propias a ese respecto.

Tampoco Charlie había encontrado mucho que decir. Era la segunda vez que salía de casa solo desde el regreso de Birdarthur, hacía quince días. Durante más de la mitad de ese período, casa había querido decir el Glendower, un sofá-cama en el piso que había encima del local y la cercanía de Victor. Lo ocurrido aquella noche distaba mucho de estar claro en la memoria de Charlie, pero estaba convencido de que Sophie no había estado a su lado cuando la necesitaba. No obstante, recordaba también que se había arriesgado al creer que conseguiría arreglárselas sin ella, y no le guardaba rencor. Con todo, tardaría algún tiempo en recuperar su confianza en ella. De vez en cuando se preguntaba cuánto.

—Me han contado —dijo Garth bajando la voz pero sin llegar a hacer un aparte—, me han contado que tuviste algún problemilla en Birdarthur.

—Solo un mareo. Nada de que preocuparse, según Dewi. —Dewi había asegurado repetidas veces que el caso de Charlie no era infrecuente y que en realidad no tenía motivos para asustarse—. Me ha dicho que debo tomarme las cosas con tranquilidad durante algún tiempo.

Esto era para explicar su limitación de movimientos.

—¿Te ha dado algo?

Cuánto tiempo tenías que padecer un mal antes de que Dewi considerase necesario darte algo para curarlo era una buena pregunta; no era él, sino un amigo de Victor, quien le había suministrado el Largactil y la jeringuilla. Atrás quedaban los tiempos de Griff, de quien se decía que había tenido grogui a media población infantil de Lower Glamorgan administrándoles opio como si fuera lo más natural a fin de aliviar sus dolencias pulmonares un invierno más frío de lo normal. Pero Griff pertenecía a la desaparecida casta de médicos que consideraban que parte de su trabajo consistía en conseguir que sus pacientes se sintiesen mejor.

Garth interrumpió estos pensamientos más propios de Peter al preguntar:

—¿No te ha dicho nada de tu problema de peso?

—¿Dewi? No, ni una palabra. He leído un...

—Aun así, supongo que habrás tomado alguna medida por tu cuenta.

—¿Qué?

—Una cosa así, un mareo o comoquiera que lo llames, es una advertencia, un aviso de la naturaleza. Te recuerda que no puedes seguir viviendo como vives. ¿Sabías que sobrepasar aunque solo sea unos cuantos kilos de tu peso normal reduce de forma sensible tu esperanza de vida? Solo unos cuantos kilos. Mi metabolismo... mi buena suerte... tu metabolismo... tu mala suerte... el pobre Roger Andrews... grasas... azúcar... sal...

Otros encontraban molestos e incluso ofensivos los sermones de Garth; Charlie nunca. Eran solo parte, una parte insignificante, del gran edificio. La vida era ante todo aburrimiento, y después más aburrimiento todavía, siempre que al menos pudieras seguir tu camino. Estas y otras reflexiones hacía Charlie mientras Garth hablaba sin descanso. En un cómodo estado de media escucha, dejó que el whisky cumpliera con su misión y derramase en su ánimo la seguridad a prueba de bomba de sus próximas horas: unas copas más aquí; traslado seguro al Glendower a cargo de Peter, que sabía lo ocurrido, y más tarde a casa con Víctor, que se aseguraría de que Sophie no lo dejase solo. Por el momento también Peter parecía conformarse con dejar que las cosas siguieran su curso mientras no mostrasen claros indicios de empeorar. Con excepción de Garth, que ahora había derivado hacia la autobiografía, los demás charlaban de algún tema galés.

Así transcurrió el tiempo hasta que llegó Alun. Tampoco él había estado a la altura de las circunstancias aquella noche en Birdarthur, según recordaba Charlie, o mejor dicho, según le había insinuado Víctor un par de veces; de todas formas, nadie con dos dedos de frente había confiado nunca en él para algo más que preguntar dónde estaba el lavabo.

Tras pasar por encima del extraño la mirada de Alun regresó para posarse en él. Charlie vio con plácido horror cómo Tony Bainbridge sonreía levantando los labios hasta que el bigote le quedó aplastado entre ellos y la nariz. Tenía otra vez los ojos entornados.

—Hola, Alun —saludó con horrenda y tranquila confianza, alzando el mentón.

Alun contó hasta tres y se lanzó a una secuencia no menos horrenda pero interesante de gran guiñol en cámara lenta, desde una incredulidad que llegó a bordear el puro temor, pasando por un reconocimiento alboreante, hasta la gozosa aceptación, seguida de un doble apretón de manos.

—¿Quién diablos eres? —preguntó en esa etapa, pero para todos los presentes estaba claro que a buen seguro recordaba el nombre y, si le daban un momento, podía incluso decirlo—. ¿Cuánto hace? ¿Treinta años?

—No, no tanto. Probablemente unos quince.

—Ah. Dime, ¿dónde vives ahora?

Tony Bainbridge le dijo eso y más, y recibió a cambio la debida información. Los otros seguían sentados en silencio, cambiando cautelosamente de postura, como si estuviesen escuchando un disco.

—Tenías... dos hijas, ¿no?

—Exacto. —Alun asintió respetuosamente—. Una casada y otra en Oxford.

—En Oxford. Vaya. Cómo pasa el tiempo...

—Me temo que...

—De modo que tienes una hija en Oxford. Yo no. No tengo a nadie. ¿Qué quieres tomar, Alun?

—No, yo pago esta ronda.

En ese momento se abrió la puerta y Tarc Jones entró en el salón. Llevaba la gruesa chaqueta de punto que, por lo que todos sabían, nunca se quitaba, y traía una hoja de papel con letras verdes desplegada, a todas luces un impreso oficial, que plantó en la mesa a la que estaban sentados algunos de ellos, casualmente delante de Peter. Se hizo un silencio mientras su mirada acusadora iba de cara en cara.

—De modo que esta es la clase de cenagal en que se ha convertido nuestra democracia —dijo con amargura y gigantescas comillas donde eran necesarias—. ¿Tiene alguno de ustedes idea de lo que acaba de llegarme por el correo de su majestad?

Como es lógico, ninguno la tenía. Garth guiñó un ojo a Tony Bainbridge para hacerle saber que en realidad no se esperaba de él que pudiese arrojar ninguna luz sobre el asunto.

—La Compañía de Aguas de Lower Glamorgan —continuó Tarc sin apresurarse lo más mínimo— desea ser informada antes de veintiocho días, a contar desde la fecha del matasellos, de cuántas habitaciones de este establecimiento tienen instalación de agua corriente, de qué clase es esta en cada caso, sus usos principales y el volumen aproximado de litros diarios que se utilizan. Para instalaciones externas véase al dorso. «Aproximado.» Ahí detecto yo y agradezco un rayo de cordura y una chispa de consideración humana. Bien podían haber pedido la medida con tres cifras decimales. Pero se arrepintieron. «Aproximadamente» es suficiente. Les basta con una cifra redondeada.

Sus oyentes, incluso Alun, parecían desmoralizados por aquel espectáculo. Nadie dijo ni intentó hacer nada, mientras Tarc miraba a uno y otro lado inclinado sobre la mesa.

—Poder —murmuró con un susurro que era como el rugido de un puma—. Solo se trata de eso. Algún funcionario chinche se lo está pasando en grande redactando impresos para inundar con ellos el municipio y tratar de infundirnos a todos el temor de Dios. ¿Cómo voy a resolver esto? ¿Qué debo hacer?

Alun se volvió en su asiento para mirarlo.

—¿Qué debe hacer? Si no sabe qué hacer, que Dios le ayude. Pero le diré lo que no debe hacer; así al menos lo sabrá para la próxima vez, ¿de acuerdo? No actuará como si le hubieran dicho que van a llevarle a una cámara de gas, ni soltará durante media hora un maldito monólogo de music-hall cuando podría limitarse a matarnos de aburrimiento hablándonos del precio de las bebidas, como todo el mundo. Eso es

lo que no debe hacer.

Estas palabras, además de enfurecer visiblemente a Tarc, lo pillaron desprevenido. Con un movimiento espasmódico cogió el papel y preguntó a Alun cómo se atrevía, qué quería decir con eso, con quién se creía que estaba hablando y cosas por el estilo. No parecía muy interesado por las respuestas ni, comparado con su actuación anterior, nada bien dirigido. Pero se desquitó al final. Mientras hablaba y durante lo que siguió, trató obstinada, casi obsesivamente, de sacarse con el dedo corazón algo que se le había metido en el ojo.

—No tengo por qué tolerar eso a nadie —dijo con renovada seguridad—. Y mucho menos a un maldito sucedáneo de Brydan de segunda fila.

Más tarde Charlie se preguntaría a menudo hasta qué punto Tarc comprendía y había querido decir lo que dijo. La sonrisa con que Alun le escuchaba no se alteró.

—Únicamente para ponerle al corriente de con quién creo que estoy hablando. No solo es un miserable idiota, sino el tipo de idiota que está destrozando Gales... —Charlie había oído a Alun afirmar de dos o tres clases de hombres que eran ese tipo de idiota—, convirtiéndolo en una pantomima, en un número de feria, en un sitio lleno de puerros, *laver-bread*, capillas y viejos maravillosos que hablan una lengua idiosincrásica y a menudo curiosamente erudita. En ocasiones los turistas...

—Le está tomando el pelo, Tarc —dijo Garth—. No le haga caso. Es la idea que este hombre tiene de una broma.

Tarc hizo caso omiso de sus palabras.

—Fuera —masculló extendiendo horizontalmente brazo e índice para demostrar a qué se refería—. Fuera todos. Ahora mismo. ¡Venga!

—No se altere, Tarc, por el amor de Dios. No sé qué le pasa a Alun. Tómese una copa.

—Fuera todos. Empezando por usted, señor Weaver. Y eso va también por usted, el beodo, quisquilloso y gordo profesor Cellan-Davies. Y usted, Garth, en marcha, hermano. Y estos dos borrachines de aquí. —Parecía un modo muy injusto de aludir a Peter y Charlie—. Y usted, Spurling o como se llame. No, perdón, lo retiro, no es culpa suya, pero le agradecería mucho que se fuese también, si tiene la bondad.

Garth hizo un último esfuerzo.

—¿No podríamos...?

—Fuera. Si no se han ido dentro de dos minutos, enviaré a mis muchachos y verán lo que es bueno. Y llévense esa patética chorrada del club de squash. No dejen nada; quemaré todo lo que quede, se lo prometo. Me moría de ganas de librarme de ustedes desde hace años y ahora es la ocasión. Pensándolo mejor, que vuelva uno de ustedes mañana para recoger esas porquerías. Eso si creen que vale la pena molestarse. Y ahora lárguense todos. Dos minutos, no lo olviden.

Desfilaron bajo su mirada amenazadora y, sintiéndose ridículos, se reunieron en el pasillo que conducía a la puerta, adornado como estaba con plantas llenas de manchas y viejas fotografías deprimentes, y sembrado de restos de cajas que podían haber

contenido calzado o ropa. Aquí se desataron las lenguas.

—Te has portado de una forma vergonzosa —manifestó Malcolm—. Tu actitud, Alun, es del todo indefendible. Pensábamos que tenías más sentido común.

—Lo siento; es que no soporto esa clase de números.

—En cambio, a otras clases no les pones la menor pega —repuso Peter—. Sea como sea, gracias por dejarnos sin nuestro pub.

—Hablaré con Tarc mañana —indicó Garth.

—Nosotros nos vamos —dijo Arnold Spurling con resolución.

Él y Tony Bainbridge salieron juntos, y durante un tiempo no se dejaron ver. En ese instante se oyó una gran carcajada procedente del bar y Charlie vio que Doris, la camarera, los miraba desde la ventanilla por encima de los vasos.

—Es increíble que un hombre educado se rebaje a participar en una discusión así —opinó Malcolm.

—Ya he dicho que lo lamento.

—Ah, en ese caso todo va bien. —dijo Peter.

—Se me ocurre una idea —terció Garth—. Todavía es temprano para que nos retiremos y no nos vendría mal una copa y, como diría yo, una pausa para recapacitar. ¿Por qué no venís a mi casa? Está a la vuelta de la esquina. Angharad ha ido a visitar a su madre —añadió—. Noventa y un años tiene.

Hubo una pausa, tal vez por consideración a Angharad, o a su madre. Al final Alun dijo con cierto recelo:

—Sí. ¿Por qué no? A mí desde luego me apetece un trago. Gracias, Garth.

—¿Y tú, Peter? —preguntó Charlie—. A menos que pienses que...

—No. Vamos. ¿Por qué no?

—Vamos, lárguense, pelmazos —gritó Tarc desde la otra punta del pasillo, y su voz resonó de un modo aterrador—. Fuera de una vez. ¡Me están poniendo nervioso!

Sin mirar atrás, salieron precipitadamente a la lluvia, el viento y la oscuridad. La poca luz que había procedía sobre todo de las tiendas, las casas y los reflejos en la calzada. Charlie tuvo la impresión de cuerpos pesados amontonados en coches, faros que se encendían de repente, fuertes gruñidos, portazos y relinchos de motores. Había llegado el momento en que retrocedían en el tiempo. Pero no, se quedaron en el que estaban. Junto a él, Peter dio un suspiro sibilante y puso la primera.

—¿Estás bien, Charlie?

—Muerto de risa.

—No jodas.

—En serio.

No hablaron más por el momento. Charlie comenzó a divagar adormilado. El antiguo santuario de los viejos dioses, pensó. No: cuando la primitiva fortaleza de los ancianos se ve amenazada por poderes desconocidos, su guardián, el gigante Tarc (bajo), comparece ante ellos con una conmovedora petición de consejo («Ach, was muss ich?»). En respuesta, el más ilustre de los ancianos, Alun (barítono), reprende

altivamente a Tarc por su presunción («Vergessen nun Sie»). Una acalorada discusión entre ambos, a quienes el bufón Garth (contralto) trata en vano de calmar, da paso a una estampa elegíaca de desolación y derrota. En un monólogo culminante... En un monólogo de gran fuerza y belleza («Heraus Sie alles sofortig»), Tarc invoca su derecho inmemorial a desterrar a los ancianos de su refugio, les ordena marcharse, los ve desfilar uno tras otro y los obliga a retirar sus antiguos trofeos. El acto se cierra con un coro de ancianos de...

—Despierta. Hemos llegado. Creo.

La casa Pumphrey, que Charlie no recordaba haber visto antes, tenía las luces apagadas. Había resbaladizas hojas mojadas sobre las losas del camino del jardín, y estuvo a punto de caerse al tropezar con la rama de un rosal o algo parecido. Subieron media docena de escalones de piedra redondeados hasta un porche perpendicular de estilo victoriano en el que se adivinaban vidrieras. Charlie pateó rítmicamente el suelo embaldosado.

—¿Será aquí? —preguntó—. Y en ese caso, ¿dónde está Garth?

—Creo que lo traía Malcolm. Ni siquiera él ha querido venir a pie; me refiero a Garth.

—Ah, entonces es aquí. Habrá que esperar hasta medianoche, a menos que Garth no sepa el camino. Menos mal que tú sí sabías venir. Sí, supongo que es aquí. Al menos eso me parece; tengo escalofríos antes de cruzar siquiera el umbral. Parece un depósito de cadáveres.

Peter se arrebujó en el impermeable.

—Ya están aquí. Y Alun también. Por cierto, ¿crees que está loco?

—No, solo harto porque... Luego te lo cuento.

Nada más entrar, Garth encendió las luces, primero las del porche, lo que fue una sorpresa, y después dos en el vestíbulo. Estas debían de ser de pocos vatios, pues no hicieron gran cosa por alegrar el pesado mobiliario heredado de los padres o incluso de los abuelos ni por ayudar a identificar los grabados que cubrían gran parte de las paredes. Charlie vio un paragüero cilíndrico lleno de viejos paraguas y bastones. Una vez que hubieron entrado todos, Garth apagó la luz del porche, encendió la de una escalera para indicarles dónde estaba el retrete del descansillo, la apagó y los condujo a una sala del fondo.

En la habitación hacía mucho frío, como si no la hubieran caldeado desde hacía tiempo. Garth encendió una pequeña estufa eléctrica móvil, que pronto empezó a despedir olor a polvo quemado y emitir fuertes ruidos a medida que se calentaba el metal. Había algunos butacones y un sofá, pero no parecían demasiado cómodos. El grupo se arracimó en torno al aparador de madera negra mate sobre el que había dispuestos botellas y vasos.

Esta exhibición había atraído la atención de Charlie al entrar, pero enseguida advirtió algo inquietante: todas las botellas, entre las que había oporto y jerez, así como ginebra, whisky, aguardiente y vodka, tenían al cuello un medidor como los

que se usan en los pubs. Pronto se animó al pensar que Angharad no sería la primera ni la última esposa que tratase de limitar el consumo alcohólico de su marido, por muy exagerado que en este caso pudiera parecer el método. No había ninguna caja registradora a la vista, y cuando le llegó el turno Garth le sirvió un whisky doble y pasó al siguiente sin demora. El agua estaba en una botella de plástico medio vacía adornada en su interior con burbujas de antigüedad desconocida.

—Bienvenidos a mi humilde morada —indicó Garth en cuanto todos estuvieron servidos. Al ver que nadie decía qué casa tan bonita ni hacía el menor comentario, continuó—: Es triste pensar que ha hecho falta una trifulca en el Bible para que vinieseis aquí. Por cierto, no creo que debemos preocuparnos demasiado por lo ocurrido. Pasaré por allí mañana para tantear el terreno.

Tuviesen o no sus palabras cierto efecto alentador, lo cierto es que el enojo por la conducta de Alun parecía haberse enfriado o convertido en una aceptación apática; en todo caso, nadie dijo nada más.

Al cabo de unos minutos Charlie miró a Peter y lo condujo hacia un gran piano con todos los indicios de llevar allí desde la época de la muerte de Brahms. Fotografías de diversos tamaños adornaban su tapa o colgaban de la pared que había detrás.

—Dios mío, menuda pandilla —exclamó Charlie pasando del retrato de un barbudo con chaqueta de alto cuello a otro—. No pueden ser los padres, tíos y demás familia de Garth o de Angharad; son demasiado antiguos.

—Tal vez cuando eran relativamente jóvenes. Eso sería hace mucho tiempo.

—Imposible... Mira a esta bruja. ¿No son plumas de avestruz lo que lleva? ¿De qué época será? Ni siquiera de la guerra de los bóers; más bien de las de los zulúes, en la década de mil ochocientos ochenta.

—Pues...

—No creo que todo esto tenga nada que ver con los Pumphrey. Debió de entrar con la casa, como las alfombras y las cortinas. Y, por el aspecto, también los muebles. Hay algo... ¿No notas algo raro?

—¿A qué te refieres?

—No veo el menor indicio de que viva aquí nadie. No hay nada. Naturalmente, es posible que reserven esta habitación solo para las visitas. No es una idea tan ridícula y antediluviana por estos pagos. Pero me recuerda una vez que un tipo de por aquí llamado Lionel Williams, tal vez lo conocieras, me llevó a su casa de Kinver Hill para tomar la última copa al salir del pub, y se parecía mucho a esta. Naturalmente, yo había supuesto que se trataba del domicilio conyugal, pero resultó que su mujer se había divorciado de él hacía quince años y el hombre vivía allí como inquilino, porque la casa era de ella. Pues bien, el ambiente era muy similar a este. Imagínatelo. Supón que aquí hubiese ocurrido lo mismo y Garth viviera aquí como... como inquilino de Angharad.

—Imposible —aseguró Peter con cierta brusquedad—. Es absurdo.

—Sí, por supuesto. No hablaba en serio. De todas formas, lo de la casa de Lionel era muy extraño. El ambiente, quiero decir.

Vaso en mano, Charlie se apartó de la tapa del piano para mirar la docena de fotografías colgadas de la pared. Junto al aparador, Alun había conseguido arrancar una sonrisa desganada a Malcolm y una carcajada en falsete a Garth. El deseo de divertir a Garth era para Charlie señal de gran humildad. O quizá de una vanidad por encima de lo común. No obstante, le alegraba la presencia de Alun, y la de los otros también. No había ninguna habitación que fuera lo bastante agradable para encerrarse en ella a solas, aunque la de Birdarthur, donde había leído el manuscrito de Alun, no estaba mal, era tolerable, hasta el punto de que le había dado una falsa confianza en sí mismo. Esta de aquí no podía hacer otro tanto. Pasó de largo ante un grabado apaisado en colores de una puesta de sol o un amanecer en el desierto, con camellos, palmeras y una pirámide, y hubiera apostado mil libras a que había visto uno idéntico en su alojamiento de la playa de Porthcawl cincuenta años atrás. Después vio algo que le hizo detenerse y mirar con atención.

—Caramba, ¿qué es esto? Me hubiera gustado hacerle algo malo en aquellos tiempos. Claro que debía de ser de armas tomar; se nota en la boca. A esa nadie la obligaba a hacer lo que no quería. Ni por casualidad. ¿Quién diablos sería?

Vio que Peter se había sentado en un sofá cercano y miraba al suelo.

—Debe de ser Angharad. Nunca pensé... Nunca me pasó por la cabeza...

—¿Qué?

—Angharad como era antes de su enfermedad.

Charlie se acomodó junto a Peter y puso el vaso sobre una mesilla poligonal de aire oriental. La piel o material sintético del sofá hizo que sintiera frío enseguida, e incluso humedad en los muslos.

—¿Qué has dicho?

—Me está bien empleado por venir aquí. Ese retrato no le hace justicia. No a como era cuando la conocí. Fue por ella por quien dejé a Rhiannon, no por Muriel; lo de Muriel fue más tarde. Yo no quería abandonar a Rhiannon...

Peter tenía la cara muy roja y se apretaba el pecho con la mano. Respiró ruidosamente un par de veces, como si estuviera a punto de llorar.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Charlie.

—Prefiero que sigas aquí sentado, así no podrán verme. —Sacó del bolsillo un frasquito tubular y de él un comprimido blanco—. Quédate conmigo; enseguida se me pasará.

Sin tragar la pastilla, sino manteniéndola debajo de la lengua, permaneció rígido en su asiento con los ojos cerrados. De vez en cuando hacía una mueca de dolor, en cierto momento tan brusca y con tal retorcimiento de cara que Charlie pensó que estaba a punto de morir. También él permanecía quieto, con la mano preparada por si Peter necesitaba cogérsela, y atento a cualquier pausa en la charla de los demás o cualquier murmullo que denotase interés, aunque no tenía la menor idea de qué hacer

en tal caso. La estufa eléctrica ronroneaba. Pronto el color de Peter mejoró y su respiración se apaciguó. Al cabo de un minuto abrió los ojos, esbozó una sonrisa sin separar los labios, como hacía siempre para que no se le viesen los dientes, y tomó un sorbo de su vaso. Era whisky con agua, últimamente su bebida preferida en lugar de la ginebra (que según él lo deprimía) y la tónica de régimen (que siempre conservaba algunas calorías nocivas por más que la trataran).

—Bueno, por esta vez ya ha pasado. ¿Dónde estaba?

—¿Cómo? Sí, estábamos hablando de Angharad. ¿Seguro que no quieres...?

—No, estoy bien. Gracias por quedarte conmigo, Charlie. Pues sí; Angharad dijo (por favor, deja que te cuente esto), insistió en que yo tenía que romper con Rhiannon si quería volver a verla. Era de las insistentes, como astutamente has advertido al ver esa fotografía. Bueno, en una chica como esa puede comprenderse en cierto modo, y todavía más si tienes en cuenta que el tipo era un pobre egoísta bastante asustado. Después, no mucho después, Angharad volvió a insistir, pero esta vez en que no debía verla nunca más. Algún otro había... bueno...

Cuando se interrumpió y miró su vaso vacío, Charlie preguntó:

—¿Te traigo otro?

—No. No te vayas, Charlie. ¿Te importa que me beba el tuyo? Es solo un momento.

—Espero que no lo consideres un precedente.

—Gracias. Después, naturalmente, yo debería haber vuelto con Rhiannon, o haberlo intentado, pero no me atrevía a mirarla a la cara. Quizá ahora resulte difícil de entender. Mucho más fácil es comprender mi cobardía respecto a mi empleo, lamento decirlo. Entonces ya había conocido a Muriel. Aunque no lo creas, era amiga de Angharad.

»Todo esto ocurrió mucho antes de que Angharad cayese enferma. Era cáncer de matriz, o acabó siéndolo. Muy raro a los veintinueve años. Se lo sacaron todo, le hicieron un vaciado del útero, creo que así se llamaba. Eso influye o puede influir en el sistema hormonal y en todo lo demás. No volví a verla durante cuatro o cinco años, y cuando apareció estaba casi igual que ahora.

»En aquellos tiempos no sabían mucho de tales asuntos. No digo que ahora sepan más, pero entonces creían que se debía a una excesiva actividad sexual, como decían. O al menos que eso ayudaba. Yo me daba cuenta incluso entonces de que era raro que todo aquel daño se lo hubiera causado yo, pero sí podía haberle causado una parte, junto con uno o dos más. Es algo que no te pasa por la cabeza si tienes dos dedos de frente, no te has criado entre metodistas, calvinistas y metodistas calvinistas.

»Gracias por escucharme, Charlie. Supongo que mucho de lo que te he contado no lo sabías.

—Así es. Todos hacíamos cábalas, pero había cosas que nadie sabía.

—La gente suele decir que resulta imposible guardar un secreto en Gales, pero no hay ningún problema cuando es lo bastante repulsivo. Saben demasiado bien cómo

son, lo habladores que son. Y la hipocresía también es buena. Hasta se agradece, podríamos decir.

—Pero Muriel sí lo sabía.

Peter se echó a reír.

—¡Oh, sí! Cuando pienso en el pasado, lo que más me cuesta creer es que llegara a casarme con ella. Casi tanto como que ella se casase conmigo. Naturalmente, estaba deseándolo. No era virgen, pero para esos efectos como si lo fuera. Incluso puede que pensara que sinceramente no le importaba ser la tercera, después de Angharad y Rhiannon. En ese caso se le caería la venda de los ojos con...

—Una rapidez prodigiosa.

—Y del todo. Y de manera irreversible. Me ha sentado bien desahogarme contándote todo eso. —Peter respiraba ya normalmente y se quitó al fin la mano del pecho—. Cuánto tiempo puedo esperar que dure es otra cuestión. Es hora de rellenar los vasos.

Cuando se levantaron, a Dios gracias, del sofá, Charlie preguntó:

—¿Qué sabe Rhiannon?

—Yo diría que todo. Bueno, no todo lo que te he contado a ti. No he hablado del asunto con ella desde entonces.

—Lo comprendo.

Charlie trató de ordenar toda la información en su cabeza. Se dijo que no podía esperarse que un carcamal como él lo asimilase de golpe. Era más que suficiente para una noche. Fuera la hora que fuese, empezaba a tener ganas de marcharse; bebería otro whisky y luego propondría a Peter que fueran al Glendower a tomar una copa y comer algo. La estufa no había conseguido calentar la habitación de modo apreciable, y se había levantado un tufo a humedad mareante, acompañado de un olor a agua de flores rancia. Pero si Garth no vivía en la casa, ¿dónde vivía? ¿Sería de verdad un inquilino?

Al acercarse Peter y Charlie oyeron decir a Garth:

—Entonces, ¿quién paga esta ronda?

Como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, primero Alun y Malcolm y después Charlie y Peter se miraron. Le tocó a Malcolm, como tantas otras veces, decir lo que todos estaban pensando y nadie decía.

—Lo siento, Garth, pero no te entiendo. ¿Qué dices de rondas? No estamos en el pub.

—No, muchacho, claro que no —respondió Garth poniendo una mano tranquilizadora sobre el brazo de Malcolm—. Es que tal y como están los precios hoy día no podemos permitirnos una hospitalidad ilimitada. Nos gustaría, claro está, pero no podemos. Así que...

Lanzó una mirada interrogadora alrededor.

—Está bien; si va de rondas, yo invito a la primera. —Alun parecía estupefacto.

—Bien por ti. Whisky doble, ¿no? —Garth sacudió la botella dos veces mientras

el resto de la compañía permanecía atenta—. Bien. Ponte tú mismo el agua o la soda.

—¿No querrás decir que son gratis? ¡Estupendo, magnífico!

Garth asintió en silencio, con la mirada clavada en una calculadora de bolsillo que había aparecido ante él sobre el aparador.

—Si no te importa, no olvides añadir el coste de la primera ronda.

Al oír esto Garth apartó la calculadora, aunque no demasiado.

—Creo que eso sobra, Alun —repuso apenado— en tono lastimero—. Es gratuito. Los primeros vasos no eran una ronda en ningún sentido de la palabra. Eran mi hospitalidad libremente ofrecida. ¿Acaso me tomas por un avaro?

Alun se atragantó nada más tomar el primer sorbo de whisky con agua. Tosiendo con gran violencia, dejó con mano temblorosa el vaso sobre el aparador, dio un par de pasos y cayó despatarrado, con la mayor parte del tronco medio atravesado en un sofá y las piernas extendidas sobre la delgada alfombra. Parecía, incluso para él, una imitación insólitamente fiel de alguien que se desploma vencido por la rabia o la repugnancia. Eso al menos pensó Charlie. Dado que era quien se hallaba más cerca, se inclinó hacia el sofá. Peter lo imitó.

Alun respiraba ruidosa y profundamente con el equivalente gutural de un ronquido. Tenía los ojos muy abiertos y, al parecer, miraba algo, aunque no a Charlie ni a Peter, y tampoco a Garth cuando también se inclinó sobre él. En voz baja pero muy clara dijo un par de palabras sin sentido y movió la boca. Luego cerró los párpados y no volvió a moverse.

—Creo que se acabó —dijo Garth.

—¿Cómo? —Charlie estaba totalmente desconcertado.

—Creo que se ha muerto —afirmó Garth, que aun así continuó aflojando la corbata a Alun y le desabrochó el cuello de la camisa—. Sí, me temo que está muerto.

Al cabo de unos segundos Peter preguntó dónde estaba el teléfono y salió al vestíbulo, seguido de cerca por Malcolm. Charlie ayudó a Garth a colocar a Alun en una postura más o menos natural, tumbado en el sofá. Ahora no había duda de que estaba muerto.

Menos de un minuto después volvió Peter.

—Ya vienen —anunció—. Malcolm está tratando de localizar a Rhiannon.

Se quedó junto a la puerta, dubitativo.

—Toma una copa. —Garth estaba sentado y continuó sentado en el brazo del sofá, junto a Alun—. Y tú también, Charlie. Invita la casa. Qué ironía, ¿verdad? ¡Adelante, servíos!

—¿Qué le habrá ocurrido? ¿Sabéis si tenía algo? —Charlie contempló el cuerpo de Alun desde el sitio adonde se había trasladado instintivamente, que era la esquina del aparador, lo más lejos posible—. Tenía... ¡Dios mío!

—El corazón. O una apoplejía. Tal vez no haya sido el corazón, porque no parecía que le doliese nada. Desde luego ha sido cuestión de unos pocos segundos. Pero del corazón nadie se muere así sin más, por regla general.

Charlie echó de menos que Alun pudiera decir: «Supongo que quieres decir que las ovejas y los bueyes no se mueren así, por regla general». Tenía el vaso vacío y se sirvió un triple, u otro triple.

—¿Sabéis si había tenido algún ataque raro últimamente? —preguntó Garth—. O dolores de cabeza, o...

Había sucedido algo un par de semanas atrás, pero Charlie no conseguía recordarlo. Sacudió la cabeza. Entró Malcolm y explicó que no había logrado encontrar a Rhiannon ni averiguar dónde estaba. Si los demás estaban de acuerdo, proponía ir al hospital en la ambulancia y tratar de localizarla una vez allí. Antes de que hubiesen tenido oportunidad de pensar en alguna otra opción llegó la ambulancia. Su personal se negó a declarar muerto a Alun, aunque tampoco iban a decir que estaba vivo. Con excesiva precipitación lo pasaron a una camilla, salieron y se marcharon. Malcolm dijo «Buenas noches» y salió corriendo tras ellos.

—Pensar que no hace ni diez minutos estaba de pie ahí, tan vivo como vosotros y yo —comentó Garth—. Un soplo de aire fresco que se apaga para siempre.

Charlie no fue insensible a esas palabras. Estaba deseando sacar a Peter de allí y marcharse, pero tal como estaban las cosas difícilmente podían irse sin más. Sospechaba que Peter pensaba lo mismo. De modo que se quedaron, manteniéndose en el mismo lugar que antes, junto al aparador.

—Era un pequeño buen bebedor —añadió Garth—. Se puede decir eso sin miedo a la contradicción. Y un pequeño buen convidador.

—¿Un qué?

—Siempre estaba invitando. Era el que siempre pedía más bebidas. No me extraña que las que han sido sus últimas palabras fuesen para eso. A él le hubiera gustado.

Mientras que sus últimas palabras fueron para cagarse en ti por pedir que te pagáramos las copas que nos has servido en la que según dices es tu casa, lo que probablemente le hubiese gustado todavía más, pensó Charlie. Después se calmó un poco al ver que volvía a llenar los vasos sin preguntar. La verdad es que hubiera hecho falta cierta fortaleza de carácter para preguntar quién iba a apoquinar ahora que Alun no estaba.

—¿Creéis que, fuera lo que fuese, pudo provocárselo esa bronca con Tarc?

—No. —Garth se acarició el mentón—. No, no lo creo. Esas cosas solo ocurren en las películas. Lo que fuese estaba ya en camino. Es el único gran consuelo de esta triste historia. Nadie podía hacer nada. Nada.

—Fabuloso —exclamó Peter rompiendo un largo silencio—. Eso suaviza el golpe, qué duda cabe. No hay mal que por bien no venga, visto de ese modo. —Hizo una pausa para permitir que el manto de solemnidad volviese a asentarse, sin duda con la esperanza de que le excusasen de hacer una declaración definitiva a modo de despedida—. Entonces nos vamos —añadió—. Si te parece bien. Gracias por la invitación.

Garth exhaló un sonoro suspiro y cogió las manos de Peter. Con repentina y horrenda claridad Charlie previó que iba a pedirles que pronunciaran unas palabras por la muerte de un gran galés, pero antes que dijera nada se oyó un ruido sordo fuera de la habitación, apenas un ruido, más bien una especie de vibración. Fuese lo que fuese, Garth volvió la cabeza, soltó las manos de Peter y comprobó la hora de su reloj con el de la pared, un instrumento inadvertido hasta entonces, de aspecto inquietante aunque solo en cierta medida, bastante apropiado para la sala de billar o la despensa del mayordomo del castillo de Drácula. Los tres permanecieron inmóviles como si esperaran una explosión, hasta que se abrió la puerta y apareció Angharad.

Entre una cosa y otra a Charlie le resultó difícil no estremecerse o lanzar un grito de miedo y desesperación al verla. Llevaba una innominable prenda oscura hasta el cuello y de puños largos, cubierta por una especie de impermeable que se desabotonó muy despacio, se quitó y dejó doblado sobre un brazo mientras se desarrollaban los hechos. Su aspecto general evocó a Charlie, tras un momento con la mente en blanco, las fotografías que había mirado poco antes, quizá incluso una sola de ellas. Por sus ojos y su boca, parecía que hubiera envejecido perceptiblemente desde la última vez que la había visto. En ningún momento le miró a él ni a Peter.

—Vuelves temprano, cariño —comentó Garth sonriéndole.

Angharad respondió en tono tajante, con su voz incongruente, que era la de una mujer de menos de la mitad de su edad:

—No valía la pena seguir allí; era evidente que no me conocía. Recordarás que hace tiempo que se veía venir. Le dije varias veces quién era, le repetí mi nombre, y después que era su hija, y me oía pero no me comprendía. No se enteró de nada. Así que me fui. Esa mujer, la señora Jeffreys, la cuida muy bien, y yo no quería perderme ese programa sobre grandes jardines de Inglaterra, que hay que ver en color, y ella tiene la tele en blanco y negro. Y no hubiera podido verlo con tranquilidad de todos modos. —Miró la hora y añadió—: Telefoneé, pero estabas comunicando.

—Sí, es que...

—De modo que tenemos una fiesta.

—No exactamente. —El tono de Garth no denotaba alegría ni el menor atisbo de mala voluntad—. Alun Weaver cayó muerto más o menos donde tú estás ahora, y cuando llamaste Peter marcaba el nueve nueve nueve. Y... en esas estamos.

—¡Ah! —Angharad se dio por enterada y continuó—: Entonces es más bien un velatorio.

—Algo así.

A Charlie le hubiera gustado que estuviese presente Malcolm para que enumerara algunos de los motivos por los que lo que había sucedido no podía decirse en justicia que fuera un velatorio. Observó a Angharad, quien, tras terminar de quitarse la prenda exterior, estaba entre él y la puerta estirándose los puños sobre el dorso moteado de las manos y lanzando miradas al aparador, tal vez en busca del dinero que Garth debería haber sacado a sus clientes. Al final se dio por vencida y se volvió

hacia su esposo.

—Bueno —añadió, moviendo las mandíbulas como si estuviera masticando—, yo subo. —Y se dispuso a abandonar la habitación.

—Yo haré lo de costumbre —indicó Garth en un tono en el que había una especie de guiño dirigido a ella.

¿Qué sería lo de costumbre? ¿Correr siete kilómetros? ¿Alguna reunión? ¿Un pollo con patatas? Sin pararse a reflexionar sobre ello, Charlie condujo a Peter por el vestíbulo hasta el porche en cuanto el camino quedó libre. Había dejado de llover y se oía por todas partes el tamborileo del agua que caía de los árboles y los aleros de las casas. Con el cielo ya casi despejado, había más luz ahora que a su llegada.

—Charlie —exclamó Peter en lo alto de la escalinata—. Yo solo...

—Sí, lo sé. Escucha: estoy demasiado borracho para conducir y tú estás demasiado... borracho para conducir. No sé si te fijaste, pero hay un pub en la esquina de arriba, donde torcimos. Por horrible que sea, venderá bebidas y tendrá teléfono. Mientras tú te tomas un whisky muy largo, yo movilizaré a Victor. Después canapés y una botella para nosotros solos en el piso del Glendower y tu coche a la puerta. ¿Qué te parece, mayor?

—¡Oh... estupendo! Encima de que...

—Desde luego. Luego me lo cuentas. Al salir a la izquierda, después unos setenta metros hasta la esquina.

9

Peter

1

—Era William —señaló Peter—. Aún no se ha vestido. Dice que salgamos y que nos verá en la iglesia.

—Lo suponía. —Muriel le daba vueltas a un sombrero por encima de su cabeza frente al tocador—. No recuerdo haberlo sacado del armario desde el día en que se graduó el chico. —Abandonó lentamente su reflexión—. Bueno, ¿qué te parece?

A Peter le parecía, hablando en general, que quienes los viesan juntos se preguntarían qué hado cruel había unido a una mujer así, relativamente presentable, todavía esbelta y con la piel y el pelo bien cuidados, con aquel patán gordo y cansado. En cuanto al sombrero, pensaba que el fino surco o arruga longitudinal en la copa le daba un aspecto un tanto aplastado. Pero no era eso lo que se le pedía. Concentró su atención.

—Bien —dijo abriendo más los ojos y haciendo una serie de leves gestos de asentimiento—. Está bien.

—Tengo este otro. No estoy segura de habérmelo puesto siquiera desde que lo compré.

Era una especie de adorno de confitería rosa pálido con copa reforzada de gasa o tul. Peter hizo de nuevo gestos de asentimiento, más lentos esta vez, con aire crítico, al no encontrar palabras.

—¿Cuál te parece mejor?

Tras esforzarse como de costumbre en ser clarividente, se recordó a sí mismo que tal vez hubiera llegado el día en que, desafiando a la historia, Muriel le pidiese su opinión porque quería saberla. Eso no le sirvió de ayuda. Tratando de no sonreír ante su ocurrencia, dijo:

—Supongo que habrá algunas mujeres con sombrero. Creía que ya no se llevaban ni en las bodas. Claro que no entiendo mucho de...

—En Inglaterra lo del sombrero se acabó. En Londres no se ve ni uno.

—Entonces...

—Es que no estamos en Inglaterra.

—Estoy seguro de que irías muy bien sin él. Nadie diría nada.

—No quiero ofender a las esposas nativas burlándome de tabúes ancestrales.

Peter había encontrado esa frase muy divertida cuando la oyó por primera vez, allá por la época del canal de Suez.

—No creo que tengas por qué preocuparte.

Peter casi lamentó que Muriel se quitase el adorno de confitería y lo dejase sobre el tocador.

—¿Cómo estoy sin él? Venga.

—Muy bien —opinó escuetamente Peter—. Estás muy bien.

Se veía a la legua que aquello era lo que Muriel pensaba hacer desde el principio.

—Bien. Entonces decidido. Deberíamos salir ya.

—Nos sobra tiempo.

—Hay buenas razones para que estés en tu puesto cuando debes estar.

A Peter le sorprendió un tanto oír semejante opinión en labios de Muriel, pero se limitó a decir:

—Está bien. Iré por el coche. Baja cuando estés lista.

Mientras casi corría escaleras abajo, se dijo que su mayor prioridad era serenarse. Si continuaba haciendo esa clase de esfuerzos, saliéndose por la tangente, ofreciendo brillantes imitaciones del hombre que desea que su mujer tenga su mejor aspecto y cosas así, no tardaría en lamentarlo. Desde que a principios de año William había anunciado su intención de casarse con Rosemary Weaver, Peter había cobrado nuevas fuerzas. Cada vez que pensaba en ello se sentía como si acabase de leer un comunicado que anunciara una derrota aplastante de los imbéciles.

Ya en el vestíbulo, y moviéndose con velocidad ejemplar para alguien de su peso y condición, se subió a la silla Chippendale de imitación que había junto al teléfono y se dio la vuelta justo a tiempo de tirarse un pedo contra una enorme cara verde y malva, representada por una mezcla de pintura y porquería, que colgaba de la pared junto a la escalera. Al descender lleno de alegría divisó la imprescindible botella de Famous Grouse en su sitio, sobre el aparador de la cocina. Verla era cuanto necesitaba. Sin molestarse en pensar en ese día especial, etcétera, tomó solo un traguito rápido y después solo otro traguito rápido. Sin venir a cuento recordó que Charlie le había explicado en cierta ocasión que los aparceros o algo así de las Highlands escocesas bebían habitualmente un buen vaso de whisky antes de emprender las tareas de la jornada; al menos eso le había dicho Charlie mientras trasegaba una cantidad similar para entonarse durante los veinte minutos de trayecto en coche hasta un despacho de abogados del Saint Hilarys galés.

Era una mañana clara de principios de marzo, de las que por allí se recuerdan más a menudo que se ven, y el aire era calmo y tibio a lo largo de toda la llanura costera y la orilla del mar. En días así, los jardineros que acababan de llegar de Londres, y no solo ellos, solían hablar de cuánto más adelantado parecía estar todo en Gales: narcisos, rododendros, azaleas, incluso los pegajosos brotes de los castaños, llevaban dos o tres semanas de adelanto respecto a lo que habían visto en los parques y plazas londinenses. El sol, todavía bajo, proyectaba sombras largas y arrojaba una luz no más fuerte que la de un atardecer de verano, clara pero no vívida, llena de una blandura que habría desaparecido para mayo. Cwmgwyrdd resplandecía al sol, y Peter, que había reparado en el buen tiempo, pensó por un momento, mientras entraba

en el garaje, que no era un sitio tan malo para vivir.

—¿Estoy bien? —le preguntó a Muriel cuando esta bajó al vestíbulo.

—Muy apropiado para la ocasión.

—Lo digo por las manchas; ya sabes, natillas, chocolate... Ya no puedo ponerle remedio a estas alturas.

—No, vas limpio. La corbata podría ir más apretada.

Mientras se la apretaba, Peter echó una ojeada sumaria a su mujer y dijo:

—Mucho mejor sin sombrero, qué duda cabe.

Subieron al coche y se dirigieron a la ciudad. Peter pensó en la conversación del vestíbulo y en ciertas partes de la sostenida antes en el dormitorio. Hablaban a menudo, así en las últimas semanas, con estudiada normalidad, como un matrimonio inglés en un país socialista, temerosos de que alguien los oyera, procurando decir solo cosas insulsas. Pero la procesión iba por dentro. Cuando Muriel le consultó lo de los sombreros lo hizo sin mirarlo, al menos de verdad, como es debido, y tampoco él la había mirado al responder. Era cierto que disfrutaba en parte con aquella pantomima, pero había en ella no poco de histérico. Había que andarse con pies de plomo.

—No podían haber deseado un día mejor —comentó Muriel.

—No se prevén lluvias hasta mañana.

—Creo que hace suficiente calor para sentarse fuera.

—Ya veremos cómo va la cosa.

Un ensayo, pensó de pronto Peter; era el ensayo para hacer de suegros, la imagen de un matrimonio de ancianos formales, agradables y sobre todo normales y corrientes que de un modo bastante inesperado volvían a formar parte de una familia algún tiempo después de que nada de esa especie hubiese ocurrido de manera perceptible. Y, naturalmente, limitarse a adoptar un estilo propio de suegros cuando fuera necesario resultaría muy arriesgado; hacía falta algo más. Para volver a la idea del matrimonio en la Europa oriental, este era el período de preparación previo al lanzamiento. En la pantalla de televisión de su mente, Peter veía a un hombre del MI6, uno de esos que ahora estaban de moda, distante pero de mirada ardiente, diciendo que cuando acabasen con ellos pensarían, sentirían y soñarían como Darby y Joan. Y en efecto, la nueva forma de hablar, en realidad solo nueva en cuanto a la cantidad, a la proporción, había empezado a manifestarse más o menos cuando William les había anunciado que Rosemary y él iban a casarse.

—El día ha llegado al fin y todo parece haber ocurrido tan deprisa... —señaló Muriel.

—Sí, creo que en cierto modo tienes razón.

—¿Y no es increíble que apenas hayamos hablado del tema?

—No, en realidad no había mucho de que hablar.

—Y ahora es ya demasiado tarde, cualquiera que sea la conclusión a la que lleguemos.

Para Peter, eso era precisamente lo que confería una notable superioridad a ese

día respecto a los precedentes. No obstante, y sin la menor intención de andarse con pies de plomo:

—Yo no estaría tan seguro de eso. No olvides que seguimos en Gales.

—¿De qué hablas?

—En Caerhays vivía una familia llamada Ungoed-Thomas, emparentada con un primo de mi padre, según creo. Tenían una hija, Gladys, un par de años mayor que yo. Pues bien, Gladys cazó a un norteamericano, no sé cómo lo consiguió en Caerhays, y en aquellos tiempos, pero lo hizo; sería en mil novecientos treinta y siete. El caso es que Gladys iba a casarse con él, y ya estaba todo arreglado y dispuesto. ¿No te lo he contado ya? No. Pues bien, la noche anterior a la boda mis padres reciben una llamada de Gladys y se cuelan en el tren que va a Caerhays; en aquella época se hacían esas cosas. Ojalá hubiera ido yo también. Debían que usar su influencia para evitar que la madre de Gladys impidiera la boda.

—¿Y lo hicieron?

—Sí. Habría sido maravilloso verlos a los dos dándose las de progresistas.

—¿Y qué podría haber hecho la madre? ¿Cómo iba a impedir la boda?

—No podía impedir la boda indefinidamente, de acuerdo, ni siquiera en Caerhays en mil novecientos treinta y siete, pero sí ocasionar no un pequeño trastorno, sino uno bien gordo. Lo interesante era su motivo para estar en contra del norteamericano. Porque era norteamericano.

—Ya te he oído.

—No, quiero decir que esa era la razón por la que estaba contra él, o al menos eso decía. No es que no fuese una acusación bastante grave, pero es que en este caso resultaba cómicamente justa. Se llamaba Foster, Ralph Foster. Es curioso cómo recuerdas cosas que no tienen nada que ver contigo. Era profesor de física en la Universidad de Yale. Dios sabe qué podría hacer en Caerhays en estos tiempos, y no digamos en mil novecientos treinta y siete. Era tan norteamericano que se murió de la emoción en un partido de béisbol pocos años después, pero para entonces Gladys ya estaba bien situada en Estados Unidos.

Después de decirle que ya le había oído, Muriel había empezado a retorcerse sobre el respaldo del asiento para tender el brazo hacia una caja azul y blanca de pañuelos de papel que había en la repisa trasera. Tras alcanzarla se echó hacia delante poco a poco, se deslizó hacia un lado cuando el coche tomó una curva cerrada y recobró la postura original en el preciso instante en que Peter acababa de contar lo del partido de béisbol.

—Te escucho —dijo.

—Esto es todo.

—¿Qué? —Bajó la visera de la parte superior del parabrisas y contempló su imagen en el espejo ovalado que allí había, mientras intentaba sacar un pañuelo de la caja—. ¿Qué tiene de interesante esa historia?

—Es una escena de la vida galesa. Creía que te gustaban. Título: en Gales nunca

se sabe.

—¿Quieres decir que si a mí se me ocurriese algo trataría de impedir que William se casase con como se llame, con Rosemary, si hubiese algo que yo pudiese alegar? Porque, de lo contrario, no sé a qué viene.

—No, no. Por supuesto tú estás tan contenta como yo. Aun así, ella nació en Londres, y he notado que te estás volviendo muy galesa en la vejez. Francamente, me sobresaltó oírte decir hace un momento que era bueno que lo vieses a uno en su puesto a la hora. ¿Hay algo más galés? Y te salió del alma.

Muriel abrió de repente la boca tanto como pudo manteniendo los labios estirados sobre los dientes, tal vez a modo de comentario implícito, pero más probablemente para conseguir que aquellas partes de su cara formasen una superficie tersa a la que aplicar el pañuelo que al fin había conseguido sacar de la caja. Continuó callada.

—¿Qué hubieras dicho si hubiéramos hablado de ese matrimonio antes de hoy?

—Nada en especial —respondió Muriel mirándose todavía al espejo—. Además, no tiene sentido hablar de eso ahora.

Pues no. No más que hacía cinco minutos, y la verdad es que Peter no esperaba que ella le dijese que tenía ganas de matarlo al pensar que el único hijo que habían tenido iba a casarse con la hija de una mujer con la que su marido habría preferido casarse, y eso solo para empezar. Se dio cuenta de que hacer la pregunta había sido el último arrebató de la peligrosa euforia que de nuevo se había apoderado de él. Por el amor de Dios, tranquilízate. Ten cuidado.

Tras hacerse algo indetectable en la boca, Muriel guardó el pañuelo de papel y prosiguió:

—Te has vuelto muy descarado estos últimos meses. Estás hecho un fresco. Hablaba en un tono de mesurada aprobación, más apropiado para decirle que había dado muestras de estar volviéndose culto o cariñoso con los animales.

Se la veía dispuesta a hacerle pagar el hecho de que se alegrara de algo que a ella la disgustaba.

—Sí, probablemente he estado un tanto rebosante de vitalidad al ver a William tan feliz.

—No es solo eso. Empezó antes. En Navidad ya estaba en su apogeo.

—¿De veras? No se me ocurre ninguna explicación —reconoció Peter sin tratar en absoluto de buscarla.

Si a Muriel se le ocurría alguna, se la guardó. Pasaron en silencio por el viejo puente, ahora reparado, y ante las fundiciones sin tejado; cruzaron Saint Advent, dejaron atrás la estación Victoria, subieron por el Strand, pasaron frente al Museo de Bellas Artes Trevor Knudsen, Marks & Spencer, el Glendower, la Real Fundación Galesa, el campo de críquet y rugby y la universidad, y rodearon el hospital, camino de Holland.

—Peter —dijo Muriel cuando se hallaban a un par de minutos de la iglesia—. Voy a vender la casa.

—¿Qué?

—Esta vez hablo en serio. Ahora que William ha sentado la cabeza, no tengo ninguna razón ni excusa para quedarme más tiempo aquí. Sí, me vuelvo a Middlesbrough, y si quieres venir habrá una cama para ti. Pero a lo mejor antes que ir al soleado Yorkshire o Cleveland o como lo llamen ahora, prefieres vivir solo aquí, por tus propios medios como quien dice. Bien, creo que eso puede arreglarse. Solo depende de ti.

Hasta aquí la exhibición de acogedora vida doméstica. Muriel había hablado con su acostumbrado sentido práctico, e incluso algo más. Peter pensó que la presencia de William y su padrino, que en un principio deberían haber ido con ellos, no hubiese cambiado nada. Muriel hubiera procurado soltárselo todo, o al menos lo suficiente, antes de entrar en la iglesia. Esta quedaba ya a la vuelta de la esquina, y los primeros invitados se dirigían hacia ella. Peter vio a Owen Thomas y su familia apeándose del coche.

—No hay más que decir —añadió Muriel—. Esta gente será buena o mala, y no diré que no sienta afecto por un par de personas, pero no son mi gente, y pienso hacer algo al respecto mientras aún esté a tiempo. De modo que me marcho. La casa se pone en venta a primera hora del lunes. Eso es todo. ¿De acuerdo? ¿Comprendido? Nada de súplicas, de condiciones, de aplazamientos, de arreglos ni de una posible alternativa. Se acabó. Puede que esté equivocada una vez más y resulte que llevas años deseando perder de vista la casa, pero si no lo estoy te daré un consejo: empieza a hacerte a la idea cuanto antes. Yo en tu lugar torcería a la izquierda e iría al aparcamiento de Holland Court.

—Torcer y...

—A esta hora apenas hay gente.

Estaba en lo cierto, pero apenas había tenido tiempo Muriel de ocupar su sitio como madre del novio al lado de Peter cuando se vieron rodeados por Tudor Whittingham, su mujer, su hijo, su hija, su yerno, dos nietos, la hermana casada y la sobrina, a la que esperaba no estuviese mal haber traído, dado que vivía con ellos. Había más, muchos más, en el camino hasta la iglesia y en el ancho paseo asfaltado que la rodeaba. Algunos, como Percy y Dorothy, Malcolm y Gwen, el viejo Vaugham Mowbray y su amiga artrítica, algunas personas vagamente recordadas de la universidad, la fábrica o el club de golf, y varios jóvenes que cabía suponer relacionados con William, iban y venían. Otros, como Garth, Siân Smith, Arnold y la presumida de Eirwen Spurling, además de dos parejas independientes y vestidas de funeral, desconocidas, silenciosas y desmoralizadoras, vinieron y se quedaron por allí. No se veía a ningún pariente de los padres del novio. La familia de Muriel, por supuesto, vivía en Inglaterra, y era evidente que allí se había quedado. Peter tenía dos hermanos vivos, pero no sabía muy bien dónde.

Con gesto severo y aire de estar dispuesto a terminar con cualquier tontería que pretendiese dar a aquello un carácter festivo, un ujier se los llevó a los dos y los

acompañó hasta el interior. En el último momento Peter vio a Rhiannon entrar por la puerta del patio y le hizo señas, pero no estaba seguro de que ella lo hubiese visto. El pequeño retraso provocó en el individuo en cuestión una impaciente sacudida de la cabeza, cosa bastante arriesgada dada la lustrosa peluca en forma de molde de pudín que llevaba puesta. Su actitud indicaba que creía haber venido a un funeral, en cuyo caso no se apartaba demasiado del estado de ánimo de buena parte de los congregados, que contemplaban con pesimismo a los padres del novio al pasar, atentos al hipo del llanto o a cualquier traspíe revelador. Pero ambos llegaron al primer banco sin escándalo alguno y se acomodaron junto a Charlie y Sophie.

Peter no recordaba haber estado nunca allí. El sol que entraba por los vidrios que no eran de colores hacía que el lugar pareciese alegre e inmaculado, como nuevo. La madera clara le resultó familiar, muy personal, en cierto modo como suya, y se dio cuenta de que le recordaba el estilo de muebles, de inspiración escandinava según decían, que estaba de moda cuando él y Muriel se casaron.

Los pensamientos de aquella época y de lo que había venido después, hasta aquel mismo día, llegados por un camino lateral, resultaron imposibles de espantar. No eran tanto pensamientos como una mezcla de recuerdos y sentimientos. Los recuerdos eran poderosos, pero brumosos y confusos, y en ellos estaban Angharad y Rhiannon, así como Muriel y una masa de rostros y lugares casi olvidados a los que hubiera sido incapaz de poner nombre. De sus sentimientos, los dos más acusados eran el remordimiento y la autocompasión. Aunque los conocía bien a ambos, nunca había sabido cómo afrontarlos, y se puso en pie y volvió a sentarse en el banco tratando en vano de sacudírselos para ver la boda de su hijo, por la que había suspirado tantas veces al día desde que supo que iba a celebrarse, y que había decidido asimilar y valorar minuto a minuto. Sin embargo, lo que estaba ocurriendo ante él tomó un atajo y se fue directamente al pasado, donde se mezcló con todo lo demás. Como de costumbre en aquellos últimos años.

Peter pasó la mayor parte de la ceremonia en un estado parecido al aburrimiento en algunos aspectos importantes. Al mismo tiempo, incapaz como era de ver el centro del cuadro, consiguió no obstante captar los detalles de los bordes. Por ejemplo, oía los cánticos de los fieles —nada de coro, naturalmente, porque alguien estaba de vacaciones o tenía algo mejor que hacer— y las encontraba endebles, embrollados por las voces de los hombres, algunos de ellos una octava por debajo la mitad del tiempo, y en conjunto, como interpretación, solo defendible en la medida en que servía para demostrar a cualquier inglés presente lo equivocado que había estado al esperar algo fuera de lo corriente de unos galeses cantando en directo, al contrario que en televisión. Eso era lo que habría dicho si alguien se hubiese molestado en preguntarle. Charlie destacaba bastante en medio del barullo, pues no desafinaba; probablemente su voz de bajo sonaba bien en los himnos, y hacía lo que podía en el salmo, mucho más difícil. Peter recordó que hacía años se escabullía para ensayar con algún coro secular en Harriston o en Emanuel y prometía volver a las nueve y media

como muy tarde para beber unas cervezas propiciatorias.

Observó que celebraban la ceremonia dos o más clérigos que llevaban vestiduras bordadas de un tejido blanco que no era algodón. Algunas partes del servicio eran cantadas. Peter había empezado a dar la bienvenida a esos toques de High^[3] por considerarlos muy apropiados para ofender a parte de los fieles, cuando vio que una figura secundaria a la que había tomado por un muchacho afeminado era en realidad una hembra, una mujer joven, y no mal parecida, por cierto. Dios mío. Había llegado a pensar que casi el único punto a favor de Gales en esa época era que uno podía ahorrarse ese tipo de cosas, al menos de momento. Lo invadió un gran hastío, el deseo de que todo acabara de una vez, pero tampoco eso tardó en pasar. Después, ya al final, cuando se suponía que William y su esposa iban a recibir la bendición, notó que la mano de Muriel buscaba la suya y vio el surco de una lágrima en su mejilla. Pensó que, como todo lo demás, formaba parte de la función, pero no podía negarse a cogerle la mano, y para estar a salvo adoptó una expresión cariñosa por si ella volvía la cabeza, aunque pronto se vio que no era necesario.

2

El órgano tocaba a Mendelssohn: en la galería había un hombre (o una mujer, quién sabe, maldita sea) que no se había tomado el día libre. Al desfilarse por el pasillo William miró a sus padres y, sin que pareciese hacer el menor movimiento con ninguna parte de su rostro, transmitió a Peter de manera inconfundible una confesión de rendición entre alegre y abochornada, pero de rendición al fin y al cabo. Peter se preguntó de pronto qué creería William que pensaba su madre de su matrimonio y de su esposa. Rhiannon les dedicó una sonrisa, demasiado cordial para ser calificada de impersonal, pero aun así nada personal. Había que salir. Los que seguían en los bancos miraron fijamente a Peter igual que antes, sin la menor señal de que los hubiese tranquilizado lo ocurrido entretanto.

—Bueno, creo que hemos tratado bien a la joven pareja —dijo Charlie—. No sé tú, no quisiera tomarme la libertad de suponerlo, pero a mí no me vendría mal una copa.

Estas palabras, o acaso el tono en que fueron dichas, hicieron que Peter le echase una ojeada.

—Sí, a mí también —convino.

Charlie esbozó una sonrisa.

—¿Tan mal estás? Son esas malditas nuevas píldoras para dormir de Dewi. Dice que es lo mejor que hay, que no afectan al organismo, que es como cuando lo mandas a dormir. Ya verás como lo mandamos a dormir esta noche. Mira, si te escapabas más tarde, podríamos tomar un par de copas en el Glendower. En todo caso, allí estaré. Solo una condición: no traigas a Garth. En este día feliz... este día de amor familiar y

camaradería típicamente galeses, es natural que pensemos... en colgar a Garth Pumphrey, miembro del Real Colegio de Veterinarios, delante del Bible. Maldita sea, ahí está.

—Alguien tenía que decir todas aquellas cosas.

—Oh, no, para nada. Bueno, tal vez sí. Hay un montón de huecos que llenar en la vida.

—De todos modos, el bueno de Garth tiene una gran virtud, como dijiste hace tiempo. Cuando él está cerca, puedes dar por hecho que no vas a tropezarte con Angharad.

—¿Cuándo dije eso? Espero que al menos fuese en broma. Lo lamento, Peter.

—Tonterías; tenías toda la razón. No sabes cuánta. Y nunca ha sido más aplicable que hoy.

—Eso creo. —Charlie bajó la vista hacia sus pies, muy serio, cuando se detuvieron en el pórtico—. Angharad no hubiera sido más que una... —Se interrumpió.

—Una aguafiestas, sí. Has vuelto a dar en el clavo. Es curioso...

—¿El qué? Creo que puedo...

—Desde esa noche en casa de Garth he tenido la...

—Te veré luego en la casa. Pero...

Se vieron arrastrados fuera, al sol, entre cuerpos que se apresuraban o se resistían, y no hubo modo de continuar la conversación. Sophie y Dorothy estaban cerca, la primera sin mirar a nadie, callada, tal vez llorosa; la segunda, aferrada a un bolso de piel en el que habrían cabido un bate y unas espinilleras de críquet tamaño infantil, y vestida con algo de lo que solo podía decirse con certeza que era verde lima y que se lo había hecho ella misma. Charlie llevó a Peter hacia una esquina de la pared de cantería y lanzó un grito ahogado al golpearse el tobillo con un limpiabarros.

—Hay algo que convendría que le dijese a Rhiannon si tienes ocasión de hablar con ella a solas.

—¿Sí? —preguntó Peter, casi seguro de saber de qué se trataba, y pensando aún en lo ocurrido en casa de Garth.

—Ya sabes que Victor y yo nos ocupamos de la fiesta, y por diversas razones queremos cobrarle el precio establecido, pero el mes que viene recibirá por correo un descuento que no queremos que conste. ¿De acuerdo?

—Genial —dijo Peter, riéndose por la falta de imaginación de su conjetura—. Estupendo.

—Hemos pensado que sería mejor que se lo dijese tú, si no te importa.

—No faltaba más.

—Gracias. Nos vemos.

Charlie le dio una palmada en la espalda y se fue.

A solas durante un rato, Peter tuvo tiempo de mirar ociosamente a las docenas de personas que pululaban por el bien cuidado césped y los senderos, buscándose unas a

otras con la cabeza vuelta o alejándose con paso vacilante: William con unos amigos suyos, Rosemary con unas amigas suyas, jóvenes parejas, arrastradas de aquí para allá por los niños, parejas mayores, formadas en general por un anciano más o menos apático y una anciana alerta e inquisitiva con gafas y sombrero —sí, sombrero, probablemente sin nada que ver con la boda, solo como parte del uniforme—; solitarios que se preguntaban qué diablos se les había perdido allí, y Rhiannon, de gris con cuello y puños blancos, cerca de las puertas, junto al hermano de Alun, muy gordo y con semblante adusto, que había venido de Londres para entregar a la novia, y rodeada de tíos, primos y parientes de Breconshire; en ese momento hablaba vacilante ante un micrófono sostenido por un hombre rechoncho con impermeable blanco mientras un fotógrafo daba vueltas alrededor. Todo esto contempló Peter, hasta que oyó una voz muy conocida:

—Dinos, ¿para cuándo el niño?

Aunque la voz de Garth era en efecto muy conocida en ciertos lugares, en ese momento parecía aún más que de costumbre la de un actor galés.

—No hay niño; todavía no, que yo sepa —respondió Peter, suspirando por poder representar su papel con tanta facilidad como Charlie y los otros.

—No me digas. ¡Qué elegancia!

—Dirás más bien qué farol —le corrigió Tudor Whittingham, que estaba junto a Garth.

Tudor había conseguido deshacerse de sus acompañantes por el momento y miraba continuamente alrededor para asegurarse de que permanecían lejos de él. Su asombrosa carencia de carne sobrante permitía ver el cuerpo delgado y estrecho que tan útil le había sido como jugador de squash en un pasado remoto. La estrechez se extendía hacia arriba hasta el cráneo, que sucesivas generaciones habían considerado inadecuado para contener una cantidad suficiente de cerebro sin que este estuviese apretado. Tudor Cabeza de Tótem lo llamaban sus compañeros de instituto, donde estudiaba un curso por encima de Peter.

—Elegancia o farol, tanto da —exclamó Garth. Cambió de tono bruscamente y redujo el volumen para decir a Peter—: Tarc comentó anoche que esperaba que hoy fueses un rato si tenías tiempo. No has ido apenas desde que murió el pobre Alun. —Lanzó a Peter una apenada mirada de bardo.

—No, supongo que no.

—Pues te echamos de menos. Y sé que sobre todo Tarc. Todavía se siente fatal por lo de aquella noche, cuando nos puso a todos de patitas en la calle. No es que se sienta responsable ni mucho menos de... lo que ocurrió más tarde; creo que ya le he convencido de que él no tuvo la culpa. Es más bien que le entristece que él y Alun se separasen por última vez tan enfadados. ¿No tienes tú esa impresión, Tudor?

—Sin duda. Sin la menor duda.

—Por supuesto, no hablaba en serio cuando dije que teníamos que llevarnos todas nuestras cosas. Fue solo un pronto. Lo admitió cuando fui al Bible a la mañana

siguiente. No sé si te lo comenté.

Dirigiéndose a Peter, pero obviamente reprochando a la vez a Garth su omisión, Tudor dijo:

—Me ha parecido una ceremonia preciosa, y los jóvenes estaban radiantes, y espero que sean muy felices.

—Claro, claro. —Garth quería dar a entender que entre él y Peter esas cosas se daban por supuestas—. Sí, Tarc respetaba al pobre Alun. Creo que todos lo respetaban. Por supuesto, no ha habido en el mundo hombre que no haya dado motivo de queja a quienes lo rodeaban. De todas formas, qué gran persona era.

Alguien tenía que decirlo, pensó Peter.

—Sí, supongo que sí.

Al oír estas palabras Tudor adoptó una expresión de desconcierto e incredulidad.

—La verdad —continuó Garth— es que no todos lo respetaban. ¿Recordáis aquel artículo del *Western Mail*, aquella necrológica? Repugnante. Malas pulgas lo llamaría yo. ¡Ah! ¿Y visteis lo que decía una reseña del *Times* el otro día? Esperad un segundo. —Su mano fue al bolsillo del pecho, pero se detuvo antes de llegar—. No, lo he archivado. ¿Cómo era? Podría considerársele discípulo de Brydan siempre que eso no implique cierto grado de fuerza y vital... y no sé qué más. Muy desagradable. Haré una fotocopia y os la mandaré.

Intervino Tudor con cierta determinación:

—William y Rosemary se irán de viaje, supongo.

Aunque preparado para responder y deseoso de hacerlo, Peter no llegó a hablar, pues en ese instante lo apartaron de los otros dos para hacerle una fotografía. Confiaba en que Tudor pensase que había valido la pena deshacerse de su familia.

Había una fila de personas al sol, de espaldas a la pared de la iglesia. Peter intentó ocupar lo más furtivamente posible su lugar al final, junto a Muriel, pero hubo que repartir abrazos, no por supuesto al hermano adusto, que sin sonreír le dedicó una inclinación de la cabeza, ni a Muriel. Y eso que ella sí sonreía, aunque no durante mucho rato, lo que al fin y al cabo qué más daba. No estaba dispuesto a ahondar en sus motivos ahora. Había algo que decir de todos modos: ni él ni nadie podía hacer nada al respecto. ¿Quién le había dicho casi esas mismas palabras no hacía mucho, y a propósito de qué o de quién?

Durante unos minutos tres o cuatro fotógrafos, uno de ellos mujer, todos mostrando en su atuendo y peinado lo que alguien podía considerar una falta de respeto malsana hacia cosas tales como las bodas, juntaron a los seis protagonistas principales sin resultado, volvieron a separarlos, mandaron adelantarse a unos e indicaron a otros que se fuesen con bruscos movimientos de la mano. A Peter no le pasó inadvertido que los adelantos de la ciencia consistían en que ya habían tomado diez veces el número de fotos que en otro tiempo hubieran parecido necesarias, y por lo visto estaban dispuestos a tomar todavía otras tantas. Supuso que de ese modo les resultaba más fácil, y también más divertido, baquetear lícitamente a una serie de

desconocidos. Era muy comprensible. También él lo haría si tuviese ocasión.

Al final todos pensaron que sería innecesario y tal vez inútil prolongar la sesión fotográfica, que concluyó sin que ninguna de las dos partes pronunciara palabra. Poco después comenzó la marcha hacia la casa de los Weaver, apenas un par de cientos de metros. Como si se tratara de una maniobra organizada de antemano, Muriel avanzó, pasó un brazo por el de William y rodeó con el otro la cintura de Rosemary, y pareció llevarlos describiendo un semicírculo hacia la puerta. Descartado el avance de seis o más en fondo, Peter se encontró en la segunda fila, entre el hermano de Alun, que en su brevísimo primer encuentro de la noche anterior había dicho llamarse Duncan, y su recién aparecida esposa, que lucía gafas y sombrero, labios rojísimos y dientes muy largos por añadidura.

Al otro lado de la verja estaba Rhiannon con una tía o prima o algo así, y Peter quedó adscrito, irrevocablemente según se vio después, a esos parientes políticos de Rhiannon. Siempre se había tenido por persona capaz de mantener la calma en situaciones como aquella, a quien nada del mundo obligaría a ser el primero en hablar. Sin embargo, al cabo de cuatro minutos de silencio, los tres últimos parados en fila en un punto cualquiera de la acera, se encontró preguntando a la esposa si ella y, ejem, Duncan pensaban quedarse hasta el día siguiente o si, por el contrario, volverían a Londres esa misma noche.

La mujer se volvió hacia él con verdadera ansia.

—Tenemos que volver, no hay más remedio —explicó con acento de algún sitio no muy recomendable de Inglaterra—. Le aseguro que nos costó Dios y ayuda conseguir que se aviniera a pasar aquí una noche.

—Los negocios, supongo. —Peter recordaba vagamente algo de una compañía financiera o una constructora.

—¿Bromea? Eso es cosa del pasado. Hace ya cuatro años que está así. —Había en sus palabras cierto pesimismo—. No, es que no se mueve si puede evitarlo. Lo que está haciendo ahora, señor Thomas, es darles tiempo para que se instalen en el sitio adonde vamos y así entrar sin llamar la atención y sin que nadie le diga nada.

—Ya —repuso Peter volviendo los ojos pero no la cabeza hacia Duncan, que resoplaba rítmicamente y se balanceaba sin moverse del sitio.

—Al menos eso es lo que piensa. No le gusta que le hablen porque la gente espera que les conteste. Por eso pone cara de pocos amigos. Yo le digo que necesita un audífono, que nadie es tan tonto como para ponerse a hablar a una persona que lo lleva, pero él no quiere. Dice que llamaría la atención. —Se dobló un puño entretejido de oro—. Dios mío, ya habrán tenido tiempo de llegar hasta tu abuela y la señora Brown. —Volviéndose hacia su marido dijo a grito pelado y con mucha actividad facial, que Peter no podía ver pero era de sobra audible en sus palabras—: Será mejor que sigamos, papá. Estarán preguntándose dónde nos hemos metido. Vamos. Allí.

Mientras lo decía señalaba a lo lejos. Duncan asintió con un gesto y reanudó la

marcha. Los tres cruzaron la calzada hasta la esquina de la calle que conducía a su destino.

—No sé por qué sigo gritándole así. Es solo la costumbre. Se ha quedado sin nervios en ambos lados, de modo que por mucho que chille no oye nada. Un virus, creo que lo llaman. Sí, ¿no se lo contó Rhiannon? —La esposa de Duncan pronunció mal el nombre, aunque sin el menor indicio de que no le fuese familiar—. Quiero decir que si se lo comentó.

—Sí.

—Tampoco él puede hacer gran cosa. Es incapaz de aprender a leer los labios y ese lenguaje de signos; dice que todos lo hacen diferente, que no tiene pies ni cabeza. Menos mal que en la televisión están los subtítulos. Lo que no ha perdido es el apetito, como puede ver por su... —Hizo una pausa por primera vez, pero continuó con firmeza—: No quiera saber cómo me siento tirando de él hasta aquí y llevándolo por entre toda esa gente a la que no conoce. Me volvería loca si no tuviese un descanso de vez en cuando.

—Desde luego —se obligó a decir Peter—. Es lógico y normal.

Delante de la casa de Rhiannon se detuvieron de nuevo, Duncan cuando su esposa le puso una mano en el hombro.

—Siga mi consejo, señor Thomas, y no se quede sordo. Ha sido muy agradable hablar con usted. William es un chico encantador. Ahora vaya y diviértase. Nosotros entraremos dentro de un momento.

Duncan inclinó la cabeza con semblante menos adusto en un gesto de despedida y agradecimiento por no haberle dicho nada.

Dentro de la casa, la primera persona a la que vio Peter fue Gwen, que tenía la cabeza ladeada en un ángulo ofensivo mientras escuchaba lo que decía una vieja tontorróna muy alta y de aspecto respetable que llevaba un imprudente traje verde; prima de Malcolm, tal vez. Era fácil imaginarla frunciendo el ceño y lanzando miradas de reojo a la espera del relato de la conversación con la mujer de Duncan que nadie le iba a hacer. Peter miró alrededor buscando a Charlie, no lo vio y fue hacia el bar, una mesa de caballete con un mantel blanco como la nieve y un montón de botellas de las que una proporción asombrosamente alta parecía contener bebidas no alcohólicas. La atendía el muchacho rubicundo y afeminado del bar del Glendower, con gran eficiencia por lo visto. Otro joven cargado de espaldas estaba sentado en una silla de metal plegable arrimada a la pared. No tenía nada de rubicundo y se había desabrochado el cuello. No llevas mala marcha para la hora que es, pensó Peter.

A pesar de haber llegado con solo un leve retraso, gran parte de los invitados había tenido tiempo de instalarse aquí o allá, docenas de ellos en el jardín, todos lanzando exclamaciones sobre el buen día que hacía y dando cuenta de sus bebidas a una velocidad que, de mantenerla, no tardaría en dar con ellos sobre la hierba. Observó la escena desde el escalón que había junto a la puerta vidriera, y no tardó en reconocer a Muriel, que estaba de espaldas a él, por la cabeza gacha y sus enérgicos

andares. Paseaba con un par de jóvenes que medían casi cuatro metros entre ambos, y que supuso que eran amigos de William, por el borde del césped, y precisamente cuando él la vio se volvió a medias para lanzar una mirada de superioridad a lo que crecía —no mucho, quizá— en un arriate. Se detuvo a observarlo para asegurarse de que lo que en él había era tan malo como le había parecido a primera vista y después apartó la mirada con un gesto de disculpa, ambas cosas con un estilo que Peter estaba seguro de que hubiese reconocido con un grito interior de asco a diez veces esa distancia. Verlo, verlo sin ser visto, sorprender a la vieja bruja incluso a escala tan insignificante, era como paladear una bebida fuerte.

Cuando se volvió para ir a llenar su vaso, que en el último minuto se había vaciado misteriosamente, divisó a Rhiannon no lejos de allí, más cerca de lo que había estado Muriel. Formaba parte de un grupo de doce mujeres y algunos hombres enfrascados al parecer en una única conversación ruidosa, en la que las miradas pasaban de un interlocutor a otro, todos muy interesados por lo que se decía. Entre ellos estaban Sophie y Siân, y un par de personas que conocía de vista; pero ¿quiénes eran los demás? Por el amor de Dios, quiénes van a ser, idiota; amigos de ella, se dijo. ¿Qué otra cosa iban a ser? Pero ¿por qué necesitaba darse cuenta de que lo eran? Porque había olvidado, si es que alguna vez había llegado a comprenderlo, qué papel tan pequeño desempeñaba una persona en la vida de las demás y qué poco sabía de ellas, aunque las viese a diario. Entre la muerte de Alun y esa mañana había pensado muchas veces, o al menos algunas, en Rhiannon y en su vida, en cómo buscaba la compañía de Sophie, Gwen, Dorothy, ¡y hasta Muriel —ninguna de las cuales estaba a su altura, pensaba Peter desde hacía mucho más tiempo—, y sin duda de otras, y de sus hijas y sus amigos de Londres. Lo que veía le servía para hacerse una idea, aunque no mucha, ni siquiera ahora. Peter hubiera dicho que él se había olvidado también del amor, pero por el momento hubiese tenido que admitir que en cierta ocasión había habido unas cuantas semanas durante las cuales alguien había desempeñado un papel muy grande en su vida y él había sabido mucho acerca de esa persona, hasta que el resto del mundo se entrometió.

Tuvo que esperar un par de minutos en el bar, ahora presidido por Victor, mientras atendían a un aluvión de invitados que querían rellenar sus copas. En el intervalo vio cómo un hombre con bigote daba un codazo a otro con un bigote del todo distinto y le hablaba de sí mismo, sin duda para informarlo de que era uno de esos mastuerzos a los que uno podía acercarse y saludar sin más, y que le gustaría que lo hiciese. Antes de que le llegase el turno, Victor alargó el brazo por encima del hombro de alguien para entregarle un whisky con agua acompañado de un gesto que venía a decirle que cualquier cosa pasada relacionada con Alun era eso, pasada, y, por cierto, no olvides ese pequeño mensaje para Rhiannon. El joven no rubicundo se había marchado, pero no tardó en acercarse otro muy distinto en forma de novio.

—Papá, ¿dónde te habías metido?

—Estaba fuera. Soy demasiado grande para que se me vea.

—Ven a conocer a unos amigos.

Los amigos no estaban muy lejos, a unos cinco pasos de las bebidas, y Peter pensó que no había quedado mal con ellos, dadas las circunstancias. Le conmovió e impresionó la discreción con que montó William la escena, permitiéndole tener la sensación de que estaba conociendo a todos ellos o a la mayoría, a la vez que cuidaba de que solo tuviese que hablar con los dos más parlanchines. Al cabo de un rato William le dijo, sin temor a que nadie más le oyera debido al alboroto reinante:

—Es una chica extraordinaria. ¿O ya lo sabías? Dice que apenas te ha visto estas últimas semanas, quiero decir antes de hoy.

—Sí, la verdad es que no ha habido muchos...

—No, claro. De cualquier modo, es extraordinaria. Supongo que habrás oído decir que es maravilloso cuando resulta muy difícil llegar a conocer a alguien y llevarse bien con esa persona al principio, y después, cuando llegas a conocerla, es mucho mejor que... bueno, que si las cosas no hubieran sido así.

—Sí. Me refiero a que lo he oído decir.

—También yo, y supongo que quizá sea cierto, pero personalmente me parece una tontería. De cualquier modo, lo que quería decir es que las cosas no fueron así entre Rosemary y yo. No hubo la menor pega ni ningún problema desde el principio. ¡Dios mío, acabo de darme cuenta de que fue un auténtico flechazo! ¿No te parece ridículo?

—No.

Hubo una breve pausa mientras William tomaba un buen trago de champán en vez de aludir al matrimonio de sus padres.

—El caso es que es una chica maravillosa. Si quieres verla, será mejor que te des prisa. Nos marcharemos en cuanto terminen los discursos. No queremos que nos enrede esa panda de borrachos.

—No, desde luego.

—Creo que yo mismo estoy un poco trompa. Te veremos tan pronto como volvamos. Te lo prometo. Siento no haberme ocupado más de ti cuando te dije que iba a hacerlo, justo antes de conocer a Rosemary, ¿te acuerdas?

—¡Ah! ¿Fue ese día?

—Me temo que ese fue el motivo, conocer a Rosemary. Eso me apartó de todo lo demás.

—Sí, conozco ese sentimiento. Bien, espero que estés...

—¿Cómo estás tú, papá? Apenas te he visto en todo este tiempo.

—Estoy bien, mejor. Los dolores de que te hablé parecen haber... Bueno, cruzo los dedos.

—Supongo que estabas allí aquella noche, ya sabes, cuando él murió.

—Sí. Es horrible decirlo, pero no me costó superar aquel mal trago.

—De todos modos, en el momento debió de ser una impresión tremenda, algo espantoso.

—Fue una experiencia bastante dura para todos.

William alargó el brazo con rapidez marcial para presentar su vaso a la botella de champán que circulaba por allí.

—Bueno, al menos no tendré que tratar con él.

—No era persona con la que hubiera que tratar mucho, a menos que estuvieses casado con él.

—Ya. Era un mal bicho, ¿no? Yo apenas lo conocía.

—Supongo que sí. A medida que pasa el tiempo me cuesta cada vez más decir eso de nadie. De Himmler, bien, sin duda, y de Eichmann; ese tipo de gente. Desde luego dejaba bastante que desear como amigo, me refiero a Alun. Era un maldito galés.

—Entonces, ¿de verdad que estás bien, que no te pasa nada? —preguntó William mirando fijamente a su padre.

Peter le sostuvo la mirada.

—Nada en absoluto, te lo aseguro. Y tienes razón: será mejor que busque a tu mujer mientras aún queda tiempo. Tenemos que hablar antes de que os vayáis.

—La última vez que la vi estaba en el jardín con mi suegra. Joder, qué palabra.

Entonces ya habían pasado al comedor, donde había numerosas fuentes con jamón, pastel de ternera y jamón, salchichas a la inglesa y salchichas al estilo continental. Había también cuencos de sana ensalada y platos con cebollas en vinagre de tres colores, nueces en vinagre, pepinillos en vinagre, de dos tamaños, remolacha en vinagre, cuatro clases de salsa agridulce, tres de mostaza y seis de otras salsas envasadas; en otras palabras, una comida al más puro estilo galés, notablemente completa si se exceptúa la falta de frutas en almíbar. De reserva había montones de emparedados, incontables quesos y, en la mayor parte de las superficies planas al alcance de las personas de estatura normal al menos una botella abierta del tinto de precio especial de Victor o del blanco ídem. Uno u otro de estos, o ambos, vendrían bien después de unas cuantas copas de champán y cuatro o cinco ginebras con tónica acompañadas de salami, encurtidos en mostaza, pan de ajo, grandes cebollas de primavera y berros. Victor se hallaba a la cabecera de la mesa repartiendo platos y cubiertos y tratando de despertar algún sentido del orden en la chusma charlatana que había empezado a acercarse con paso vacilante en busca del condumio.

Tras abrirse camino a empujones entre el gentío, Peter salió del mismo modo al jardín. La estampida general en busca de la comida había llegado hasta allí, y las últimas siluetas dispersas convergían lentamente hacia la puerta vidriera. Una de ellas era Rosemary, pero Peter no le dedicó más que una mirada de disculpa antes de abalanzarse casi sobre Rhiannon, que iba a su lado.

—¿Podemos hablar a solas? Tengo un mensaje para ti.

—Nada malo, supongo.

—No, en absoluto. Solo quiero hablar contigo un par de minutos.

Cuando se alejaron unos treinta metros de la casa, Rhiannon se volvió hacia él, sonriente pero todavía inquieta.

—Charlie me ha pedido que te diga que Victor y él van a cobrarte lo de hoy al precio establecido, pero que te devolverán más tarde una cantidad que no quieren que conste.

Rhiannon esperó un momento antes de decir:

—Vaya. ¿Y eso por qué?

—No lo sé. Supongo que tiene que ver con hacienda. Será alguna trampa. No tengo ni idea.

—¿Eso es todo?

—No, hay otro mensaje. De Alun. No, no te preocupes. No es nada malo, te lo aseguro. —Cuando Rhiannon se limitó a estarse muy quieta, Peter continuó—: Antes de morir, en aquellos pocos segundos, dijo algo, solo un par de palabras, pero muy claras. Dijo: «Mi pequeña». Charlie debió de oírlas también, pero dudo que las comprendiese; en cambio, creo que yo sí. Alun pensaba en ti, te hablaba a ti. —Peter deseó cogerle la mano, pero carecía de la suficiente seguridad en sí mismo para hacerlo—. Estaba enviándote su amor antes de morir.

—Puede ser. Es posible. Solía llamarme... —Su boca y su barbilla se movieron de un modo que recordó a Peter cómo era de joven de manera más brusca e inesperada que cuanto había visto hasta entonces. A continuación Rhiannon clavó los ojos en él—. Tampoco ahora es eso todo, ¿verdad?

—Es todo lo que puedo decirte de él, pero si no te importa...

—Espera un momento. Quédate aquí.

La vio caminar presurosa por el césped hasta donde estaban Rosemary y otra chica, junto a los ventanales. Al cabo de un momento se dio cuenta de que podía parecer que estaba figoneando y volvió rápidamente la cabeza. Al hacerlo vio un triángulo de hierba donde no había dado el sol y que aún estaba húmedo de rocío. Más allá, a la luz del sol, una mariposa pardusca agitaba débilmente las alas posada sobre la cerca. Más lejos, el terreno boscoso salpicado de verdor se extendía a ambos lados hasta perderse de vista.

Cuando Rhiannon volvió, dijo en tono monótono, mirando por encima del hombro de Peter:

—Gracias por decirme eso. No importa si lo dejamos así por ahora. La verdad es que todavía me cuesta trabajo hablar de él. Pero te agradezco mucho que me lo hayas dicho.

Esperó de nuevo a que Peter hablara, y él se dio cuenta de que apenas sabía cómo empezar o adónde quería ir a parar.

—Te quedarás aquí, ¿verdad? ¿O vas a...?

—Sí, al menos durante algún tiempo. Supongo que al final tendré que buscar un sitio más pequeño. Pero cerca de aquí. Rosemary y William se irán a Londres, pero yo no...

—¿De veras? ¿Cuándo? No me ha dicho nada.

—A lo mejor no lo sabe todavía. En otoño. Es por lo de la abogacía; ya sabes, por

Rosemary.

La expresión de Rhiannon hizo que Peter no le preguntase nada sobre el particular.

—Desde luego. Pero ¿no te convendría irte a ti también? Has vivido allí muchos años.

—No ahora que he vuelto. Ahora que estoy otra vez aquí, quiero quedarme. Probablemente pensarás que es una locura; te he oído hablar tanto de lo horrible que...

—Puede parecer una locura, pero no lo es. No se puede explicar.

—No, no se puede explicar a alguien que no sea galés; ni siquiera hablar de ello.

—Ni a los galeses. A ellos todavía menos. Gales es un tema del que no se puede hablar, salvo para soltar una retahíla de mentiras y tonterías sentimentales. Es lo que se oye siempre.

—Pero tiene sentido cuando piensas en ello. Entonces parece buena idea.

—Sí, qué duda cabe. Pero solo entonces.

—¿De modo que crees que es sensato seguir aquí? Tú en mi caso lo harías.

Peter vaciló. Rhiannon lo miraba de aquella manera tan suya, afectuosa, atenta, llena de turbación, como lo había mirado antes de que él le dijese aquella última vil mentira, que no pasaba nada y seguía siendo la única para él. Detrás de Rhiannon vio que Rosemary, sin duda siguiendo órdenes, salía para interceptar a una de las mujeres con sombrero del interior que llevaba un plato atiborrado de comida a la altura del pecho. Con repentina agitación Peter se preguntó cuánto tardaría cierta mujer sin sombrero en echarlos de menos a él y a Rhiannon en la fiesta, correr en su busca y joderlo todo.

Por eso dijo un tanto precipitadamente:

—Bueno, de eso quería hablarte. Muriel dice que ahora que William se ha casado ya puede marcharse de Gales como siempre ha deseado, o desea ahora, no lo sé, y volver a Yorkshire. Cuando me lo dijo no sabía que él se iba a Londres, pues de lo contrario lo hubiese mencionado. Yo también tendré que irme a Yorkshire. No lo deseo, tengo tan pocas ganas de irme como tú, he vivido aquí toda mi vida. Y hay algo más que eso, como tú dices. Pero no sé qué otra cosa puedo hacer. La casa y todo lo demás son suyos, yo no tengo un chelín. Sí, una pensión que apenas me daría para pipas. No parece una actitud muy noble, lo sé, pero es difícil tener sentimientos nobles cuando uno está a dos velas y se acerca a los setenta.

—Pero no podrás soportarlo —murmuró Rhiannon, consternada.

—Tendré que hacerlo. No siempre es tan espantoso. Parte del tiempo nos las arreglamos más o menos bien. Lo mismo da.

—¿De verdad? Es curioso, nunca pensé que eso significara nada. Solo es algo que dice la gente.

—Sí, para quedar bien.

Rhiannon sacudió la cabeza con impaciencia para recordarse que debía volver al

tema.

—Cambiaré de opinión. Ese es un gran paso a su edad.

—No lo haré, teniendo en cuenta cómo lo ha dicho, con fechas y todo. La conozco. Créeme: no hay vuelta de hoja. —Y Peter añadió con vehemencia y de manera terminante—: Me horroriza, pero tendré que ir.

—No puedes. Pensaba que íbamos a empezar a vernos de nuevo. Dijiste que me llamarías, pero no lo has hecho.

—Pensaba llamarte, pero a la hora de la verdad no me veía capaz.

—Creía que ahora tal vez pensaras que era la ocasión, con los chicos casados y todo. Me refiero a nosotros dos. Tenía la esperanza de que así fuera.

—¿Después de todo lo que he hecho, del modo en que te traté?

—Sí. Lo que me preocupaba era perderte. Lo demás me importaba un bledo. ¿No te lo dije aquella vez, en la fiesta del club de golf? A lo mejor no me estabas escuchando. Dios mío, a lo mejor no lo dije en realidad. Sea como sea, quería decirte que siempre serás... Tampoco ahora puedo decirlo. Antes era tan fácil... Ahora es como hablar de Gales.

Despacio, para darle tiempo a retroceder si así lo quería, y furtivamente, para que no lo viesen Rosemary y los demás, Peter alargó la mano y Rhiannon la cogió. También furtivamente, la miró y vio que ella trataba de mirarlo a él. Sí, había cambiado: su mirada ya no era directa y confiada.

—Déjame intentarlo —balbució Peter con cautela—. Aunque tal vez no lo creas, y sin duda hubo una época en que yo también lo olvidé, siempre te he querido y sigo queriéndote. Lamento que suene ridículo, porque estoy gordo y feo y no soy simpático ni siquiera divertido, pero es la verdad. Solo me gustaría que lo que te ofrezco valiese algo más.

—Llámame. —Medio vuelta ya de espaldas, Rhiannon añadió—: Lo siento, pero no puedo seguir hablando.

—Tengo tanto que decirte...

Peter la vio alejarse una vez más, caminando menos deprisa que antes, y desde luego sin correr. Una de las características que siempre la habían distinguido de otras mujeres era que solo corría para coger el autobús y cosas así, no para hacer saber al mundo lo desenvuelta y alocada que era o para demostrar la emoción que en ese momento la invadía. Al verla acercarse Rosemary soltó un ridículo perro negro cuyo collar había estado sujetando. El animal saltó torpemente hacia ella, estuvo a punto de caerse y la siguió al interior de la casa.

Peter hizo otro tanto a mayor distancia, sintiéndose mucho más borracho que nunca o algo parecido. Cuando llegó a donde estaba la comida, la mayor parte de esta había desaparecido, al menos los platos principales, pero las reservas seguían en su sitio. Encontró los emparedados excelentes, sobre todo los de queso y encurtidos y los de huevo y tomate, y especialmente con mucho Vin Rouge du Pays para ayudarlos a pasar, y se prometió en silencio que no volvería a subestimar a Victor, como era

consciente de haber hecho en tiempos pasados. Alabó en voz alta los emparedados.

—Son de primera. Sobre todo los de huevo y encurtidos.

—Creo que todavía no he llegado a esos —dijo Garth.

Peter acababa de pasar a la tarta de Dundee y el oporto Founders Reserve cuando se anunció que antes de cinco minutos empezarán los discursos. Al instante, como se pretendía, todos aquellos con vejigas entradas en años, o al menos tantos como fueron capaces de responder a la llamada, se dirigieron a los lavabos. Otros fueron también o ya estaban allí. De entre la pequeña multitud que esperaba en torno al que había junto a la cocina Peter identificó a Percy Morgan.

—Una ocasión feliz —le dijo.

—Desde luego que sí, muchacho. —A Percy quizá le había sorprendido un poco oír a Peter decir tal cosa acerca de algo—. Tu nuera parece muy simpática. La he visto algunas veces, con su madre. No es mujer para andarse con tonterías. ¡Qué va! Al padre nunca le tuve simpatía, te lo digo francamente. Nunca me ha caído bien la gente que carga las tintas en la herencia galesa y todo eso. No sé si estarás de acuerdo conmigo, Peter, pero en mi opinión esas cosas son... bueno, pueden resultar un tanto embarazosas si se exageran.

—Estoy de acuerdo. Precisamente estaba diciendo...

—Me quedaré a los discursos, desde luego, y creo que después me iré. Es como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Te refieres a...

—Lo de hacer cola para mear. Le hace a uno recordar aquellas noches después de los partidos de rugby. Bueno, al menos a mí me los recuerda. Dejó de gustarle en una semana, después de una charla con Dewi.

Tan imperceptible había sido la pausa entre esta frase y la anterior que Peter se preguntó si no se habría quedado dormido de pie durante unos segundos.

—Oh, sí —exclamó tratando de sonreír interesado.

—El hígado. Otro par de meses con la marcha que llevaba y... —Se pasó el canto de la mano por el cuello y emitió una fuerte exhalación palatal—. Naturalmente, me alegro por ella, pero me ha dejado hecho un lío. Yo era el tipo que se las daba de magnífico con esa esposa intratable, como lo oyes, y ¿qué hago ahora que de repente se ha vuelto tratable?

—Sí, lo entiendo. Creo que probaré suerte arriba.

Arriba Peter encontró esperando a Siân Smith, Duncan Weaver y otro hombre al que estaba casi seguro de que conocía y a quien quizá incluso había invitado. Juzgó razonable, y propio de un espíritu emprendedor, subir el otro tramo de escalera. En la última planta había un pasillo que discurría a lo ancho de la casa y a cuyo final llegó justo a tiempo de vislumbrar a una mujer de pelo blanco medio desnuda que lo atravesó a la carrera con un par de prendas sobre el brazo y desapareció. Se cerró una puerta y se oyó correr un pestillo. Al cabo de un momento se abrió otra, el viejo Vaughan Mowbray asomó la cabeza, se volvió hacia él y, tras unos segundos de

asombro compartido, se retiró. Peter decidió bajar al otro piso.

La situación allí no había cambiado, con la excepción de que Siân se había trasladado a la ventana del rellano y estaba inclinada sobre el alféizar, probablemente en busca de aire fresco. Peter supuso otra cosa cuando estuvo lo bastante cerca para oír los ruidos que hacía. También Duncan Weaver tenía los ojos clavados en ella, aunque de manera más despreocupada; con su sordera carecía de motivos para descartar la hipótesis del aire fresco. En ese instante sonó el segundo pedo del día para Peter, de Duncan sin duda, a menos que el respingo, la mirada airada y el enérgico forcejeo del otro hombre con el picaporte de la puerta fuesen la obra de un consumado actor. Peter reflexionó brevemente sobre lo extraño de un mundo sin sonido.

Seguía habiendo cola junto a la cocina, aunque formada por otras personas, y Peter recordó el pequeño aseo cercano a la puerta de la calle, que aún no había probado. A medio camino se encontró perfectamente situado para ver cómo entre el viejo Arnold Spurling y el padrino empujaban con cierta brusquedad al Tony Bainbridge de bigotes levantinos hacia el vestíbulo y lo ponían en la calle. Antes de que el tipo desapareciera de la vista Peter le vio proferir maldiciones y agitar el puño al viejo estilo.

Comenzaron y acabaron los discursos. La bebida siguió corriendo hasta que de pronto no hubo nada que poner en los vasos, ni siquiera vino. Victor ordenaba que se recogiese todo, se metiese en cajas de cartón y se llevase a una pequeña furgoneta color hueso. Peter estaba en un grupo y de pronto se quedó a solas con Rosemary Thomas, que era como se llamaba ahora y como se dirigió a ella un par de veces.

—Tengo entendido que vas a salir con mi madre de vez en cuando —dijo ella.

Rosemary tenía los lóbulos de las orejas más gruesos que los de Rhiannon.

—¿Sí? Quiero decir que es cierto, pero ¿cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho ella. —Le miró a los ojos y añadió, no del todo en serio pero sí bastante en serio—: Ahora pórtate bien. ¿De acuerdo?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no te portes mal.

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Cualquier amigo de Alun encontraría el modo. Lo de hoy no tiene importancia; me refiero a cosas gordas. Como abandonarla. Si lo haces, William y yo te mataremos, ¿comprendido? Ah, Peter, creo que no conoces a Catriona Semple, que estudia también derecho en Oxford. Catriona, te presento a mi suegro.

10

Malcolm

—¿Qué tal le va por allí?

Gwen volvió una de las hojas escritas con muy buena letra.

—Por lo visto se lo pasa en grande. Cenas todas las noches, la casa nunca vacía, fines de semana en el campo... ¿Campo? ¿Qué campo?

—Es un sitio muy grande, como esto, y todavía conocerá a muchas personas, no me sorprendería que algunas de ellas ricas, incluso en estos tiempos de crisis industrial.

—Muriel nunca se relacionó mucho con ellas, por lo que tengo entendido. De todos modos, allí está. El teatro. ¿De qué está hablando? ¿En Middlesbrough? No puede ser teatro tal como lo concibe la gente civilizada. ¿Carreras? ¿Acaso hay algún hipódromo en esa región?

—Lo siento, no tengo ni idea —respondió Malcolm sonriendo y extendiendo las manos—. No es mi especialidad.

—No, ya me doy cuenta, pero pensaba que a lo mejor lo sabrías. Tal vez se refiera a carreras de galgos.

—De todos modos, es bueno saber que le va más o menos bien.

—Dice mucho de su orgullo que se esfuerce en dar esa impresión.

—Me temo que no estoy del todo de acuerdo contigo.

—Si quieres saber mi opinión, todo eso son mentiras. La vida no le está resultando muy divertida, cómo iba a serlo en un agujero como ese, pero no va a dejar que nadie piense que ha cometido un error.

—Es posible. —Malcolm trató de parecer medio convencido—. ¿Qué dice de Peter?

—No mucho. Está más segura que nunca de que acertó al romper cuando lo hizo, exactamente lo mismo que decía antes. Vamos a ver... Y si ves a Peter, dile a ese perezoso que me escriba unas líneas. Ya ves, intenta quitarle hierro al asunto.

—Seguro que le echa mucho de menos a pesar de todo.

—No es a él a quien echa de menos, sino a un marido, como sello de calidad social. Además, le fastidia que no esté allí porque en realidad todavía es suyo. A algunas mujeres no les gusta separarse del menor objeto de su inventario aunque ya no les sirva para nada.

—Es increíble tu capacidad para ver las cosas. Yo nunca hubiera sido capaz de calar así sus motivos. —Echó en falta la expresión severa que tales observaciones provocaban en Gwen, y añadió tímidamente—: Pero no crees que vaya a volver.

Gwen reprimió un suspiro y dijo:

—Es más probable que Peter vaya allí que ella admita que se equivocó en letras

de dos metros de altura. ¿Te importa que entre yo antes en el cuarto de baño?

—Adelante.

Una vez solo, Malcolm se sirvió una última taza de té y encendió su cigarrillo diario. Al dejar a un lado el *Western Mail* para más tarde, reparó en una sección titulada «Noticias de Gales», apenas un cuarto de página, y eso en el diario de la capital del principado. Ahí se ve de verdad cómo están las cosas, pensó. Pero era difícil sentirse indignado mucho tiempo, sobre todo después de haber pasado sus buenos diez minutos leyendo las noticias de un escándalo policial en el sur de Londres y casi otros tantos con los comentarios sobre las posibilidades de los jugadores de críquet ingleses en su gira australiana.

La conversación en la mesa del desayuno le había recordado a Malcolm otras, la mantenidas en el 221B de Baker Street. También allí el primer interlocutor solía dar explicaciones provisionales y bienintencionadas de aspectos del comportamiento humano, y el segundo denunciaba su ingenuidad, su ignorancia, su excesiva simplificación y su desconocimiento, no precisamente virtuoso, de los asuntos mundanos. Pero allí esas denuncias, a diferencia de aquí, a veces se suavizaban con una tolerancia como la que se tiene con el alumno predilecto e incluso se alternaban con algún «¡Excelente!» o un «¡Muy bien, Watson!». Tampoco se sabía de Holmes que la mitad de sus frases estuviesen en cursiva, en negrita o en letra de palo. ¿Había empezado Gwen a cargar tintas recientemente? ¿O solo había empezado a hacerlo para que él se diera cuenta? Bueno, llevaban mucho tiempo casados.

Cogió la carta de Muriel. La letra firme y espaciada, que no recordaba haber visto antes, lo impresionó y por un momento le hizo lamentar levemente que quien así escribía no se hubiera hecho valer más. Prescindiendo del breve apartado dedicado a preguntas por la salud y otras formalidades sociales, el texto comenzaba *in medias res* con un relato dramatizado pero no muy lúcido de una visita a alguien en alguna parte. Los hechos más concretos venían después. Entre ellos, Malcolm reparó en una noticia, real o supuesta, que Gwen no le había comunicado: junto con dos amigas y la hija de una de ellas, Muriel se proponía abrir y dirigir lo que ella llamaba un café en un centro comercial de las afueras. Por el modo en que hablaba de ello, no le pareció en absoluto que formara parte de un intento valiente o exagerado de ocultar el aburrimiento y la soledad, por más que dijera el maldito Sherlock.

Malcolm quitó la mesa, llenó el lavavajillas y lo puso en marcha. Últimamente el zumbido continuo que hacía se había visto reforzado por un tamborileo irregular, y el chisme vibraba sobremanera cada pocos segundos. Como ya nadie reparaba nada, probablemente lo mejor sería que siguiera así hasta que reventase. *Western Mail* en mano, se dirigió al cuarto de baño. Iba un poco retrasado, pero en ese aspecto no había de qué preocuparse; en realidad todo iba bien, que él supiese. No, todo iba bien. Tiempo atrás decía a quienes le preguntaban cómo le iba: «Estoy bien, que yo sepa», pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que era lo mismo que decir simplemente que estaba bien. Como si eso importase.

Gwen casi había terminado de arreglarse delante del tocador. Estaba echando líquido antiestático en sus gafas de cristales ahumados y se preparaba para continuar con el trapito impregnado. Malcolm pensó que los movimientos de sus manos hacían que parecieran un tanto gordas.

—¿No te importa que me lleve el coche? Tú irás al Bible, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Si está allí Peter, podrías darle el mensaje de Muriel.

—¿Eh? ¡Ah, sí! La verdad es que hace días que no va.

—No puedo por menos de preguntarme... —Gwen se sentó frente a él en el taburete acolchado, alzando las gafas hacia la luz—. ¿Ha comentado alguna vez si paga por la cama y la comida? ¿Contribuye a los gastos de la casa?

—Pues no. Nadie se lo ha preguntado, ni siquiera Garth. Dicen que está pasando una temporada en casa de Rhiannon.

—Una temporada... ¿Cuánto lleva? ¿Tres meses? Fascinante. Y en Gales. Bajo el mismo techo que una mujer indefensa en Gales. Y ella también viuda. Cualquiera diría que estamos en el siglo veinte.

—Yo les deseo buena suerte.

—¿De veras? Yo también, por supuesto. Y se la deseo igualmente a los representantes de la generación más joven. Supongo que el chico podrá ejercer su profesión con igual provecho en Londres que aquí. Cualquier cosa con tal de salir de este poblacho.

—Puedes llamarlo así si quieres. Yo opino que el sitio donde dos personas se enamoran no puede ser tan malo.

—¿A quiénes te refieres?

—Pues... a William y a Rosemary.

—Sí, claro. Querido Malcolm, yo solo... solo quería decir que supongo que es así como lo ve William, como un poblacho del que lo mejor es irse. Yo estoy muy bien aquí. —Y le sonrió.

—Perdona —dijo Malcolm. Había olvidado incluir las comillas acústicas en su repaso de los efectos vocales especiales de Gwen.

A continuación ella se levantó y se cepilló la parte delantera de su vestido de cuadros.

—Bueno, da recuerdos a Charlie de mi parte.

—Lo haré si lo veo. Tampoco va al Bible últimamente.

—Estoy preocupada por Charlie, de veras. Aquella noche en casa de Dorothy, tú no notaste nada raro, pero tenía muy mal aspecto. Malísimo.

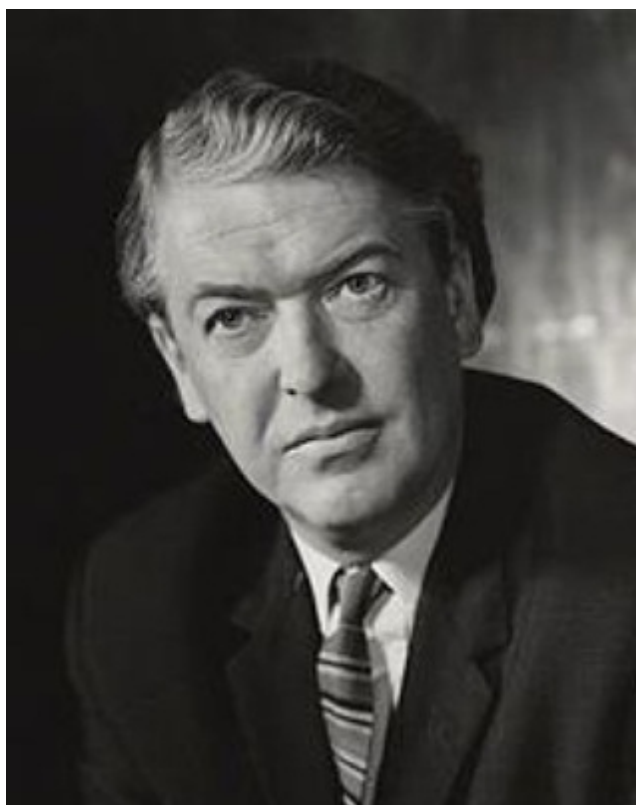
Una de las particularidades de Gwen era que no solo sabía más de todo en general, sino que sabía más que su interlocutor de las personas de las que en principio este debía saber más que ella. Al menos así le había parecido a veces a Malcolm, quien ahora aventuró:

—Me dijo que hace más de un año que no duerme bien.

—Bueno, me voy. A la sabionda de Eirwen no le vendrían mal algunos comentarios críticos sobre la exposición de cultura galesa alternativa que hay en el Centro Artístico Dafydd ap Gwilym. —Era evidente que había que desarrollar algún sistema de notación tonal para frases como esta—. Después tomaremos café y quizá un vaso de limonada en casa de Siân. Hasta luego.

Malcolm fue a cepillarse los dientes con un estilo oblicuo, un ejercicio todavía menos complicado que antes, dado que la mandíbula de abajo, que tenía un agujero, se había hecho pedazos cuando mordió un trozo de jamón en la boda de esa primavera. Mientras se afeitaba pensó que desde que le había dado a Gwen la noticia de la muerte de Alun ella no lo mencionaba para nada. Al principio Malcolm lo había atribuido a la impresión, o a algún otro estado pasajero, pero ya había transcurrido demasiado tiempo. Durante meses le había bastado con soltar cualquier alusión indirecta para cortar una conversación con ella, o así había ocurrido sin él quererlo, pues no tenía muchas ocasiones de usar semejante arma. Ignoraba qué clase de castigo o autocastigo trataba de infligir el silencio de Gwen, pero si lo que pretendía era eliminar cualquier sospecha que él pudiese albergar sobre una posible relación entre ella y Alun... lo había conseguido con el mejor estilo. Malcolm no había perdido del todo la esperanza de que algún día la mención espontánea del nombre provocase una alusión igualmente espontánea a esa relación y él pudiese decirle que eso no tenía importancia ni nunca la había tenido. Pero lo consideraba muy poco probable. Y era curioso cómo la prohibición impuesta sobre un único tema casi irrelevante parecía haber impuesto la censura sobre tantas otras cosas.

Cuando acabó en el cuarto de baño, Malcolm recogió sus discos de jazz del salón, donde llevaban siglos, y volvió a ponerlos en el armario blanco de su estudio del primer piso. Antes de sentarse a su mesa de trabajo miró por la ventana. El trozo del cielo que veía más allá de varios tejados estaba cubierto, prometía lluvia, un auténtico tiempo de otoño galés. Antes de salir hacia el Bible disponía de más de una hora para trabajar en su traducción de un largo poema de Cynddelw Mawr ap Madog Wladaidd (c. 1320-1388), *Heledd Cariad*, en realidad una adaptación, pues, entre otras modificaciones, había cambiado las características físicas de la protagonista para que coincidiesen con las de Rhiannon. Si esta había encontrado el amor en Peter, se alegraba, porque él no tenía nada que ofrecerle. En cambio ella sí le había dado algo: el poema, el poema de Malcolm, que iba a ser el mejor homenaje que podía rendir a la única mujer que había llorado por él.



KINGSLEY AMIS (Londres, 1922-1995) fue un reconocido novelista, poeta, crítico literario y profesor, autor de una veintena de novelas, relatos breves, tres libros de poesía, guiones de radio y televisión y libros de crítica literaria y social.

Se educó en la Escuela de la Ciudad de Londres y en St. Johns College de Oxford. Después de servir en la Segunda Guerra Mundial, en el Cuerpo Real de Señales, se licenció en 1947 y llegó a conseguir una cátedra de inglés en la Universidad Swansea de Gales y en Cambridge. Comunista de joven, con el tiempo se distanció de esta ideología debido a su decepción con el régimen ruso, y se acercó a la derecha británica, alcanzando cierto grado de confianza con la primera ministra conservadora Margaret Thatcher. Suele asociarse al grupo literario de los Jóvenes airados, en los que suelen incluirse a escritores como John Braine, Alan Sillitoe y Arnold Wesker. Su novela *La suerte de Jim* (1954) le granjeó la fama, galardonado con el Premio Somerset Maugham y más tarde la novela *Los viejos demonios* (1986), acerca de un grupo de amigos retirados, ganó el galardón Booker Prize.

También cultivó la poesía y colaboró en los manuscritos de obras relacionadas con James Bond, siendo cercano al escritor Ian Fleming. Casado en dos ocasiones, tuvo varios hijos, entre los que destacó el escritor Martin Amis.

Fue ordenado Caballero del Imperio Británico en 1990.

Notas

[1] Colección de antiguos relatos galeses de carácter mágico y sobrenatural. (*N. del T.*)

<<

[2] Antigua reunión de bardos y juglares resucitada a partir del siglo XIX al estilo de los «juegos florales». (*N. del T.*) <<

[3] *High Church*. Designa en general, dentro de la Iglesia anglicana, a quienes exaltan la autoridad y la jurisdicción eclesiásticas y conceden gran valor a los elementos rituales. (N. del T.) <<